

NELSON ALGREN

# El hombre del brazo de oro



Lectulandia

*El hombre del brazo de oro* fue considerada por Hemingway como una de las dos mejores novelas norteamericanas de la década de los cincuenta. Influyó, sin duda, en el juicio de Hemingway todo lo que hay de hemingwayano en este relato, que mereció en los EE. UU. el Premio Nacional de la Crítica y que, vertido al cine y protagonizado por Frank Sinatra y Kim Novak, se convirtió en un clásico del «cine de denuncia» que proliferó en la América de la posguerra.

El mundo de los bajos fondos de Chicago plasmado con un vigor de aguafuerte, y unos hombres que, según expresión del propio Algren «no tienen un Ford en su futuro», seres ínfimos, al borde de la degradación total, centran una novela en la que, como en Hemingway, el diálogo es el elemento fundamental de aproximación a la realidad.

La novela detalla los problemas y dificultades de un crupier ilícito Frankie Machine, y de los personajes variopintos que le rodean en el Chicago de finales de los años cuarenta. Como veterano de la Segunda Guerra Mundial, Frankie se esfuerza por estabilizar su vida personal, tratando de ganarse la vida y luchando contra una creciente adicción a la morfina. Mafiosos, camellos, drogadictos, prostitutas, este es el ambiente que rodea a Frankie, en el barrio polaco de Chicago, por lo que va a costarle gran trabajo escapar del mundo en que ha crecido.

**Lectulandia**

Nelson Algren

# **El hombre del brazo de oro**

ePub r1.0

Lipa 31.07.15

Título original: *The man with the golden arm*

Nelson Algren, 1949

Traducción: F. Ramos Bros

Editor digital: Lipa

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## RUMORES DE LA TARDE

*Comprenderán, señores, que el horror  
consiste precisamente en eso: en que se  
carece de horror.*

KUPRIN.

El capitán no bebía jamás. Pero a la caída de la tarde, en esos días con cielo color de humo, entre el veranillo de San Martín y las primeras nieves de diciembre, solía hacer alguna excepción. Por su gusto hubiera colgado cuidadosamente su guerrera en el respaldo de la silla, allí en la plomiza semioscuridad del puesto de policía, y dejándose vencer por el sueño hubiera apoyado la cabeza sobre su pupitre, en el despacho destinado a los interrogatorios, y se habría dormido como un bendito.

Pero no era el trabajo lo que le fatigaba, ni su sueño era turbado solamente por aquella llovizna color de humo.

La gente de la ciudad le había ido saturando de culpas ajenas. Estaba cansado de oír una y otra vez las acusaciones contenidas en las denuncias. Durante veinte años, tras el mismo pupitre lleno de rasguños, había ido anotando raterías, incendios intencionados, golpes, cuchilladas, tiros, desfalcos, robos de caballos, raptos y otros delitos por el estilo. El estilete de la culpa, apuntando severamente durante tantos años por encima de la carpeta de papel secante, lo había taladrado todo, incluso su cerebro. De modo que si durante el día era siempre el perseguidor, había noches que soñaba ser el perseguido.

Ya hacía tiempo que uno de los asiduos frequentadores del puesto policíaco le había apodado «Gran Archivo», en honor a su extraordinaria facultad de recordar viejos delitos olvidados por todo el mundo. Próximo a jubilarse, ahora se le llamaba oficialmente *capitán Bednar*.

El par de vagos que tenía delante estaban ya fichados, incluso con huellas dactilares, tanto en los archivos como en su memoria.

—En mi ficha no hay más que alguna borrachera y alguna riña —recordó al capitán el ex combatiente de los ojos hinchados—. Juego a las cartas, bebo y me peleo. Ése es todo mi delito...

El capitán miró con interés las marchitas insignias militares del detenido.

—¿Qué licencia tienes? —preguntó de pronto.

—De primera clase. Y la *Purple Heart* <sup>[1]</sup>.

—¿Con quién te has peleado?

—Con mi mujer.

—Ya...

Tras las gafas de concha, sus ojos agudos dejaron de mirar al ex combatiente para

curiosear sobre el otro vagabundo.

—No te había vuelto a ver desde la noche en que tuviste aquel tropiezo con el viejo Gold, desgraciado. ¿Se puede saber por qué no te avienes con el sargento Kvorka? ¿Es que no le quieres?

Dijo esto como si todos los pillos del barrio, menos la extraña excepción que tenía delante, estuviesen bien avenidos con el viejo Primo Kvorka.

—No tengo nada contra Kvorka. Es él quien no me quiere a mí —protestó el detenido, de cara extraña, con barbilla hundida—. La prueba de que respeto a Primo cuando cumple con su deber, es que cada vez que me echa el guante aumenta mi respeto hacia él. Después de todo, estamos hechos para ser detenidos de vez en cuando. Yo no soy mejor que otro cualquiera. Sólo que Kvorka exagera, capitán. No le puedo meter en la cabeza que soy un incapacitado, eso es todo.

El ex combatiente, inquieto, intentó ir hacia la abierta puerta.

—Bueno, eres un incapacitado —concedió el capitán—. Tu sesera está atornillada al revés. ¡Eh, tú! ¿Dónde quieres ir tan de prisa?

El veterano volvió a su puesto.

El capitán se dirigió al otro sujeto y continuó el interrogatorio:

—¿Has estado alguna vez en un reformatorio?

—Desde luego que sí. El día que mi amiga Violet le pegó a Antek con la sartén, yo estaba en un sitio de esos. Pero no me dejaron quedarme. Ni fui lo bastante hábil para que me dejaran en libertad, ni lo bastante tonto para que me encerrasen... A medias...

El entusiasmo del pillastre crecía por momentos.

—Siempre que quiera verme, capitán, telefonee a casa de Antek. Él me dirá que tengo que venir aquí para ser detenido. Me agrada que me encierren de vez en cuando. Es la única manera de que un tipo de mi clase no sufra demasiadas molestias. Si tiene mucha prisa en verme, alquilaré un taxi. No me gusta llegar con retraso cuando puedo tener la suerte de que me condenen para treinta días por algo que no he cometido.

El capitán le miró con fijeza.

—No freirás en tu vida bastantes buñuelos para que se te lleve en coche de aquí a Lake Street.

—¡Oh! Yo tomo coches a todas horas —repuso respetuosamente el pillastre—. Siempre que me emborracho alquilo un *Checkerd*.

—Menos mal que no te emborrachas cada media hora. Obstruirías el tráfico. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Saltskin.

—¿Quién es «Gorrión»?

—Soy yo también. «Gorrión». Saltskin. Así me conocen durante el día.

—¿Se puede saber cuál es tu nombre nocturno?

—«Solly». Eso se debe a que soy medio hebreo.

—Medio hebreo y medio loco —agregó inesperadamente el veterano.

Pero nadie reaccionó ante su comentario.

—¿Por qué estuviste aquí la última vez? —preguntó a «Gorrión».

—Por nada.

—¿Por nada?

—Sí, por nada. Yo subí al coche de la policía cuando Kworka se detuvo ante el semáforo. Como me vio allí, se creyó obligado a detenerme. ¿Cuántas veces me han pescado ya, capitán? —preguntó, inclinándose con curiosidad sobre su pliego de cargos—. Las ha apuntado, ¿verdad, capitán? Cuando lleguen a cien pediré ser enviado a la penitenciaría federal de Leavenworth.

—No te preocupes. Te las apunto todas, «Gorrión» —repuso afablemente el capitán—. Es para mí un placer. Cuando lleguen a cien te ahorcaremos. Hasta ahora has conseguido sólo noventa y nueve. Vete a tu casa, si es que la tienes. En tu tejado hay goteras.

—Sólo por un lado —protestó «Gorrión» con cierta dignidad, encasquetándose una sucia gorra de *baseball*.

Puso la visera hacia atrás, como si se dispusiera a correr.

—Me parece que pasas más tiempo dentro de la cárcel que fuera —dijo el capitán.

—No —repuso el veterano—. Usted lo sabe... Estoy más fuera que dentro.

La mortecina fisonomía del veterano se fijó distraídamente en una cucaracha que, volviendo halagüeñamente las antenas hacia él desde debajo del radiador, parecía decirle: «Ven aquí abajo, donde todo es cálido amor y ensueños eternos».

Luego, sintiendo los ojos del capitán fijos en él, se rehízo y advirtió confidencialmente:

—Hemos sido atrapados juntos. De modo que si este tipo sale a la calle, yo también saldré. Si no, es que la justicia tiene doble fondo.

El «Gorrión» se volvió con lentitud hacia el veterano.

—Hasta ahora jamás había visto a este tipo, capitán.

—Sois una pareja de vagabundos que explotáis a otros vagabundos más débiles, en espera de acabar a costa del Estado en cualquier penitenciaría —sentenció el capitán, y llamó por encima de la cabeza de los picaros a alguien invisible hasta el momento—. Méteme a estos dos tipos ahí dentro. Eso les permitirá descansar, aunque sólo sea un par de días.

Desde la penumbra una mano cogió al «Gorrión» por el cogote. El golfo comprendió qué a pesar de todo no estaba dispuesto a pasarse la velada en el calabozo.

—¿Por qué me cogerá todo el mundo por el cuello? —rezongó—. No soy una condenada pipa. ¿Es que me lo va a desatornillar del cuerpo? ¡Eh!

Por encima del hombro le gritó al capitán antes de descender al familiar corredor de los sótanos:

—Bednar. Bednarski. Capitán Bednarski. ¡Se necesita una acusación para encerrarle a uno!

—Si quieres podemos acusarte del asesinato de aquel agente del Humboldt Park —replicó el carcelero un instante antes de cerrarle la puerta de barrotes.

A pesar de su arrogancia, el pillastre sentía un verdadero terror a que lo encerraran. Todos los agentes del puesto de «Saloon Street» lo sabían.

—Súbete un par de plomos de ahí abajo —se oyó gritar al «Gran Archivo» desde lo alto de la escalera—. Esta noche haremos cantar al tonto.

—Alude a ti —dijo rápidamente el «Gorrión».

—No, a ti —replicó el veterano.

Se preparaba una noche de terror para Solly Saltskin. Ni siquiera Frankie Machine podía asegurarle que los policías estaban bromeando.

—Hay algunas cosas que aclarar entre nosotros —le dijo el «Gorrión»—. Podría denunciarte ahora mismo por difamación. Tú eres quien me ha metido aquí. «Gran Archivo» estaba a punto de echarme a la calle y tú lo has estropeado todo al meter baza. No eres más que un farsante... Eso es lo que eres.

Al decir esto le lanzó un puñetazo con la izquierda, pero Frankie le paró con una mano y luego le rascó la cabeza como si acariciara a un cachorrillo. Si el «Gorrión» hubiera tenido cola en ese momento, la habría agitado agradecido.

—Si Schwiefka no estuviera siempre tratando de ahorrar migajas, no nos menearían tanto en el cubo —le dijo, con el tono de quien ofrece una información confidencial—. Bednar nos ha hecho pescar por Kworka para demostrarle a Schwiefka que está atrasado en una semana de paga.

Después, apartándose del veterano, le gritó al carcelero de ronda:

—¡Eh, Pokey! ¿Has cerrado la puerta? No queremos que esta noche se nos moleste, malos bichos.

\*\*\*

Aquel tranquilo rubio de rostro cuadrado y pequeños ojos claros, llamado Frankie Machine, y el sucio y temeroso hombrecillo apodado el «Gorrión», sabían que no eran dos estúpidos. Aquellas paredes, entre las que ya habían estado muchas veces, no les retendrían ahora mucho tiempo.

—Todo consiste en el juego de la muñeca, y después en tener ojo. —Frankie no se cansaba de alabar sus manos sin nervios y su espíritu de observación—. No llego nunca a ninguna parte, pero pago regularmente mi billete.

—Yo estoy un poco desequilibrado, pero sólo de una parte —revelaba el «Gorrión» con una voz que podía oírse a la distancia de una manzana—. Así que procura no hacerme pasar por bobo, porque podría usar la parte que me funciona. Debería hacer que te condenaran a diez años, después de haberte roto los dientes a patadas.



El hecho era que no estando bien de la cabeza se acababa en la cárcel lo mismo que con un cerebro que funcionara bien. Así estaban las cosas, porque así habían estado siempre. Y por esto nunca podrían ser diferentes. Ni la guerra ni los jueces del distrito habían conseguido ningún cambio substancial en la calle de la División Oeste.

Porque la casualidad y el jefe del distrito obraban mano a mano, y ninguno se movía sin consentimiento del otro. La casualidad prestaba su colaboración al jefe y éste transfería un tanto por ciento de lo conseguido. El jefe fijaba este tanto por ciento a todos los buscavidas, y la casualidad se lo fijaba a él. El jefe protegía a todos los buscavidas, y la casualidad le protegía a él. Porque una misma casualidad protegía a los buscavidas y al jefe, y a su modo era tan eficaz como la casualidad que protege a los financieros. El jefe llevaba en su destino catorce años, y jamás había sido clausurado un garito en su zona sin su consentimiento personal. Nadie podría obtener la inmunidad allí y sin la ayuda del hábil capitán del distrito.

Había una canción intencionada:

*¿Qué harás por Dunovatka  
después de lo que Dunovatka ha hecho por ti?*

Los capitanes cantan aún en las reuniones del distrito:

*¿Harás prosperar tu circunscripción?  
¿Respetarás las leyes de la moralidad?*

Considerándolo a la ligera podría parecer que fuesen los hados de la policía quienes protegían a los hombres del distrito. Sin embargo, un centenar de agentes había conocido la violencia de un traslado, mientras los protegidos del jefe continuaban un año tras otro ocupando las mismas oficinas. Estaban en las manos del Amo. Eran algo así como los elegidos.

La providencia de los buscavidas velaba también por Frankie Machine; había visto la caída ocasional del «Gorrión»; había visto a los dos muchachos trabajando de noche para Zero Schwiefka, y cómo el jefe mismo les daba a diario cariñosos golpecitos en el hombro.

La única cosa que ni el jefe del distrito conocía era la jeringa que Frankie guardaba, junto con otros recuerdos, en el fondo de un descolorido macuto militar que tenía en casa de otro ex combatiente. La caña de un *mauser* y una espada oxidada traídas de Alemania se apoyaban en la pared de la habitación que Louie Fomorowski tenía en los altos del «Club Safari».

El raterillo y el tahúr se trataban como dos alegres cachorrillos.

—Es como yo —explicaba Frankie—. No bebe nunca, excepto cuando está solo o cuando está con alguien.

—No me importa que Frankie pretenda de vez en cuando que mi cogote es una pipa —admitía el expósito—, pero no permito que lo pretenda cualquier polizone.

Aunque Frankie lo zarandease continuamente, el pillete no olvidaba nunca quién le había protegido aquella noche en casa de Zero Schwiefka.

Su amistad había comenzado una noche de invierno, dos años antes de lo de Pearl Harbour, cuando el «Gorrión» había llegado vagabundo con las primeras nieves del invierno, desde las tinieblas de una callejuela completamente nevada a una calle sucia de estiércol.

Frankie lo había encontrado arrebujado bajo un montón de viejos ejemplares de un periódico deportivo en la cabaña de madera de Schwiefka.

—¿Qué diablos estás haciendo ahí abajo? —preguntó Frankie a los rotos zapatos que sobresalían bajo los periódicos esparcidos.

Porque era allí donde Schwiefka, acuciado por una íntima sensación de inseguridad, amontonaba los viejos números del periódico. Nunca se había atrevido a tirar un solo ejemplar, en espera del día en que el tiempo les diera algún valor. Frankie los utilizaba a escondidas para encender la estufa de Schwiefka, pero al de los zapatos le advirtió secamente:

—¿No sabes que éste es el archivo de Schwiefka?

El «Gorrión» se levantó, buscando a tientas sus perdidas gafas por entre los papeles arrugados que habían servido de almohada.

—Busco perros perdidos —explicó apresuradamente, sabiendo por experiencia que en cuanto empezara a interrogarle cualquier desconocido debía convencerle de que se ocupaba en un trabajo determinado.

—Conozco ese empleo —le advirtió Frankie, tratando de aparecer como policía —, pero aquí no hay perros perdidos que recoger. ¿Estabas tratando de robar la leña?

Frankie hacía dos meses que estaba robando una brazada de leña a Schwiefka cada mañana y no sentía necesidad de la ayuda de ningún vagabundo.

—No tenía adónde ir a dormir —confesó entonces el «Gorrión»—. Mi patrona me echó una semana antes de Navidad. He estado trajinando para Schwiefka todo el día y me ha dado permiso para dormir aquí, pero puesto que no me ha dado ni un céntimo, es como si hubiese pagado yo encima. Hace demasiado frío para recoger perros. Están todos en el interior de las casas.

\*\*\*

Sophie había puesto la carta sobre el espejo del bar de Antek, entre otras cartas del correo militar. La noche que el «Gorrión» la leyó, dio la medida de toda la gallardía que le había granjeado su asociación con Frankie y que se había esfumado con su ausencia. El patrón volvía a casa.

—Los tipos que crean que pueden tratarme como a su perro, que estén atentos a no despertar delante de una pistola —advirtió a todo el mundo. Y acto seguido

escupió, para demostrar lo duro que podía y debía ser un vagabundo de «División Street».

No veía la hora de asistir una vez más a los juegucitos que Frankie sabía hacer con su decrepita baraja. Juegucitos de los que nunca se cansaba y de los que Sophie estaba tan cansada de verlos hacer como el mismo Frankie de hacerlos. En cambio, no se cansaba de recibir la admiración eternamente renovada del «Gorrión».

—Éste es un juego que el «Gorrión» sabe lo mal que puede darse —explicaba a veces a sus amistades—. Sabe lo malo que puede ser y sabe también lo bueno que puede traer. Yo me fiaría de dejarlo solo con mi hermana toda una noche, siempre que mi hermana, naturalmente, no tuviera consigo más de treinta y cinco centavos.

\*\*\*

Frankie no había admitido nunca que fuera bizco.

—Si hubiese tenido algo en la vista, no me habrían aceptado en el ejército —argumentaba—. La mano es más ligera que el ojo y pocos tienen un ojo más abierto que yo.

Sin embargo, a veces no lograba ver una cosa que tenía precisamente dejado de ese mismo ojo tan abierto.

—¿Dónde está mi bolsa? —Gritaba.

—Debajo de tu nariz, patrón —le contestaba alguien.

—Bien, habéis de saber que hay seis mudas en ella —explicaba, como si ésta fuera la razón de que no la hubiera visto inmediatamente.

Ahora, a la luz turbia del calabozo, bizqueó un poco con el eterno mazo de naipes en la mano.

—Puedo controlar veinte cartas —se jactó, dirigiéndose al «Gorrión»—. Si no me crees, ponte el dinero en la boca. Ahora daré seis cartas y te diré cuáles son una a una sin mirarlas. ¿Qué cartas quieres? ¿Tres reyes? Muy bien, aquí tienes lo que has pedido. Pero atención, pillastre, la mano que está junto a ti está igualándote, y ese pájaro que sólo deja ver un as tiene otros tres.

Así era su manera de ser, tanto si se exhibía en una celda carcelaria como en la parte trasera del bar «La Maroma y el Mazo» de Antek Witwicki.

—Cuando echo la vista encima a uno, si me ves partir un cuarto de hora después podrás asegurar que el amigo ha sido desplumado.

El «Gorrión» asintió con la cabeza. Era el único maleante de la «División Street» que aún creía que Frankie Machine era maestro. Las veces que le había visto derrotado no contaban para el «Gorrión».

—Lo que debes comprender es que el distribuir las cartas es como cuando te adiestran en el ejército. Aquí el banquero es el sargento instructor. Todos tienen que marcar el paso, hacer flexiones sobre los dedos de los pies y no hablar con el de atrás. Me agradan los tacos de billar porque también dependen del pulso. Recuerdo una vez

en la que participé en un torneo de billar. No, no pusieron ni fotografía en la pared, pero casi viví tres meses del taco, y esto es más de lo que muchos aprovechados pueden contar.

Era también mucho más de lo que Frankie debería decir. Durante esos tres meses se hubiera muerto de hambre a no ser por los cheques de la paga de Sophie. En el ejército, donde había servido durante treinta y seis meses sin ganarse siquiera los galones de soldado de primera, no debían haberse dado cuenta de qué clase de pájaro era él cuando se encontraba con un mazo de cartas en la mano.

Había quien pensaba que le llamaban Machine porque su nombre era Majcinek. Pero los verdaderos noctámbulos le habían llamado durante años *El automático Majcinek*, hasta que Louie Fomorowski le acertó el apodo. Ahora, tanto entre los tahúres como en las fichas de la policía, era simplemente Frankie Machine.

La carta de abajo crujió cuando la sirvió al «Gorrión» sobre el suelo gris de la celda, lo que irritó a éste al no poder sacar otra de las de abajo sin tocar las de encima. Si bien no tenía el valor de hacer trampas cuando estaba en la mesa de juego, le agradaba hacerse la ilusión de que las sabía hacer.

Cuando se hizo demasiado tarde para poder ver las marcas de las cartas, Frankie se sacó del bolsillo de la cadera una gran hoja de calendario arrugada y doblada.

—Diez años me ha costado aprender esta maravilla. Fíjate en mis dedos.

El «Gorrión» miró con atención los largos y seguros dedos moviéndose rápida y delicadamente.

—Cincuenta movimientos en menos de un minuto —proclamó Frankie, y de pronto le floreció entre las manos una corbata del tipo llamado *Sinatra jazz bow*, con su cuello y todo, unido a lo que restaba de la hoja del calendario.

—Si fuera de seda podrías ponértela ahora mismo —dijo el «Gorrión» fascinado—. ¿Por qué no te dedicas a fabricarlos durante el día, patrón? En la tienda del viejo podrías vender una fortuna.

—Yo no soy un hombre de negocios —contestó Frankie—. Soy un artista... Bueno, ahora dime cinco números impares entre uno y diez y que sumados den treinta y dos.

El «Gorrión» quiso pasar por listo y trazó varios números con el dedo índice sobre el polvo gris de la celda, hasta que Frankie se decidió a darle la solución. Bien es verdad que el «Gorrión» no estaba nunca seguro de cuáles fuesen los números pares e impares.

—Las matemáticas están en la parte anormal de mi cerebro —confesó—. Las confundo constantemente.

Sin embargo, era tan seguro como una máquina de sumar al anticipar combinaciones en cualquier juego de azar. Entonces distinguía muy bien entre números impares y números pares, a veces antes de verlos.

—Una cosa es jugar una partida de dados y otra resolver rompecabezas —dijo el «Gorrión»—. Esto era lo que no acababa de entrarle en la cabeza a aquel de la oficina

de reclutamiento —se lamentó—. Sospechaban allí que yo era demasiado listo o demasiado tonto, pero no supieron averiguarlo. Por eso no me aceptaron. Dijeron que era *de moral desviada*.

Frankie hizo una hilera vertical de tres unos y una hilera paralela de dos unos. Sumando la primera hilera, obtuvo un total de tres, y sumando la segunda un total de dos; la vecindad de los dos totales le dio la cifra de treinta y dos.

—Ahí hay algo equivocado, Frankie —se quejó el «Gorrión» con voz lastimera—. Me estás haciendo perder la vista y llenándome la cabeza de barullos. Si yo supiera hacer una buena división, con muchas cifras, conseguiría descubrir dónde está el truco.

—Aquí no hay ningún truco, «Gorrión». Todo está dentro de la más estricta legalidad. Precisamente es la nueva fórmula que tenemos hoy para hacer las cosas. Nuevo sistema de ganarse diez dólares extra de cada cien que haya en la Banca. Es un sistema que no se lo enseñaría a nadie por todo el oro del mundo. Pero a ti, sí. Sólo yo y los banqueros lo conocemos, pero ellos viven con el miedo de que la gente lo descubra y les hagan quebrar en una semana. Jura que no se lo dirás a nadie.

—Que todos los diablos me lleven si digo una sola palabra.

—No vale. Haz un juramento hebreo.

—No conozco ningún juramento hebreo, patrón.

En todo caso, el juramento era innecesario. Se hubiera muerto antes de traicionar al más pequeño secreto profesional de Frankie.

—Naturalmente —advirtió el maestro—, para aprovecharte de este sistema debes renunciar a los intereses del capital depositado. ¿Estás dispuesto a renunciar a los intereses?

La pregunta preocupó al «Gorrión».

—¿Se trata de una banca hebrea o de una banca polaca, Frankie?

—¿Qué diferencia hay?

—Si se trata de una banca hebrea, puede que tenga un tío trabajando allí y me largue un puñado de billetazos cuando el presidente no pueda verlo.

—No, no tienes ningún tío en esa banca —dijo Frankie con firmeza—. En realidad, no tienes tíos en ninguna parte. Ni siquiera has tenido madre.

—Puede que tenga a alguien en Polonia, ¿eh, Frankie? —preguntó con un tono lleno de esperanza.

—No se ha quedado nadie en Polonia, estate tranquilo... Pero, bien, ¿quieres probar este nuevo sistema o no? Tú comprenderás que con cierta suma no se puede especular y gozar al mismo tiempo de los intereses.

—Está bien, Frankie, lo intentaremos.

—Mira, es simplicísimo, muchacho.

Empezó a hacer rectángulos con la hoja del calendario, cada rectángulo representando diez dólares, hasta que estuvo en condiciones de hacer un depósito de diez rectángulos. Entonces los retiró y los volvió a depositar de nuevo, maniobrando

en forma tal que al final se quedó con un rectángulo en la mano.

—Y he aquí tus diez pavos de más, mientras los otros cien se hallan seguros en la banca —anunció triunfalmente—. Es una cosa que puedes hacer todos los días. No pueden impedírtelo mientras tengan escrito fuera que la banca está abierta para todo género de operaciones. Todo está dentro de lo legal y nadie puede mover un dedo. Ésta es la nueva manera de hacer las cosas hoy día.

El «Gorrión» se quitó las gafas, las sopló, se las volvió a poner y alternó la mirada, primero hacia Frankie y luego hacia el falso dinero. Cuando el pillastre bizqueaba de ese modo, era muy difícil saber si en realidad no entendía o se hacía el tonto para agradar a Frankie.

—También aquí debe haber un truco —se lamentó, al parecer incapaz de descubrirlo.

Sin darle tiempo a rehacerse, Frankie le mostró un nuevo prodigio.

—He aquí un buen sistema para ganar un par de dólares en el juego de los bolos, «Gorrión». Basta que tú tengas el bolín oculto en el otro boliche en posición que sea imposible cogerlo. Siempre hay un tipo dispuesto a apostarse dos dólares a que tú no eres capaz de levantarlo. «Es imposible», te dirá. «Un boliche como ése no lo he visto levantar en mi vida. Ni siquiera un campeón como Wilman consiguió hacerlo». Tú entonces le dices: «Amigo, pon el dinero sobre la mesa de las apuestas y verás si lo levanto». Él pone el dinero sobre la mesa, tú te acercas y lo coges. Y ya está. Todo dentro de la más estricta legalidad.

—Pero ¿se hace en una pista hebrea o polaca?

—Yo se lo hice a un tipo en Milwaukee, así es que creo que la pista era polaca.

El «Gorrión» vio en seguida el juego.

—Ni pensarlo. Seguramente me darían un golpe en la cabeza. Y entonces sería anormal por ambos lados.

—Eso te nivelaría.

\*\*\*

Sin razón aparente, el «Gorrión» apuntó de pronto a Frankie con un dedo acusador.

—¿Quién es el hombre más feo en este calabozo? —preguntó, e inmediatamente se respondió a sí mismo—: ¡Yo!

Luego se sentó a meditar sobre esta contestación como si hubiera sido hecha por otro.

—¿Por qué me he de preocupar por mi facha? —dijo, para suavizar el insulto que se había inferido—. Lo que cuenta es que yo sé tratar a la gente.

—Si supieras tratar a todo el mundo no estarías siempre metido hasta el cuello en líos —le recordó gentilmente Frankie.

—El caso es, Frankie, que a mí me agradan los líos, ¿sabes? Si no tuviera líos me

moriría de aburrimiento en este barrio miserable. Cuando se es tan feo como yo, uno se ve obligado a remover el ambiente para que la gente no tenga tiempo de hacer chistes a tu costa. Y de este modo evitas sentirte mortificado.

Sin embargo, se burlaba de su rostro, de sus gafas y de su cogote como el tubo de una pipa, más que todos los demás juntos. Se apresuraba a sacarse el agujón de las mofas ajenas poniéndolas antes en su propia boca. Pero este anticiparse a las burlas era de ordinario inútil, pues los demás no solían ocuparse para nada de su fealdad. Todos estaban acostumbrados a él desde hacía tiempo; él era el que no se acostumbraba a sí mismo. Todo lo que podía hacer era reír con su aguda risita burlona y contentarse con ser Solly Saltskin en vez de Blind Pig o Drunkie John.

Sentado en el suelo de cemento, contempló con su mirada de cegato las paredes enjalbegadas. Se limpió los cristales de sus gafas y dio vuelta a la gorra para que la visera le cayese sobre los ojos. De ese modo dio a entender su opinión de que no se movería hasta la mañana.

—¿Apostamos a que no tienes ninguna gorra en la cabeza? —dijo Frankie, volviendo a desafiar por enésima vez a su súbdito. El «Gorrión», después de haberse asegurado con la mano de que tenía la gorra, declinó la apuesta—. Te apuesto que no tienes tus botas puestas —continuó Frankie—. Te apuesto que no estás fumándote un cigarrillo. Te apuesto que puedo subir sin billete en un tranvía, sin decir nada al cobrador, sin darle ni un centavo y atravesar así todo el vehículo. Pero no puedo explicarte cómo lo hago, para no comprometerme.

—Yo no te comprometo, y tú no me comprometas, ¿de acuerdo? —El «Gorrión» se levantó para sellar con un apretón de manos aquel extraño pacto. Después comenzó a balancearse colgando de la viga maestra que había sobre su cabeza.

—¡Mírame! —dijo—. ¡El Tarzán de Chicago!

Frankie le hizo bajar tirándole de las delgadas canillas.

—Es la nueva manera de andar de hoy día —explicó el «Gorrión»—. Tenemos muchos modos nuevos de hacer las cosas desde que has vuelto, Frankie.

—Te darán los mismos disgustos que los antiguos —contestó tristemente el pícaro.

Esa noche, mientras las lámparas de veinte vatios alumbraban desde el pasillo enjalbegado, Frankie Machine fue presa de nuevo de la fiebre, herencia que conservaba de una antigua herida. Por segunda vez en su vida soñó con el hombre que llevaba sobre las espaldas un mono de treinta y cinco libras. Se llamaba McGantic, nadie sabía por qué. Aún estaba de pie, encorvado por su terrible carga, en el umbral remoto y soleado de una tienda de campaña, donde él yacía una vez más sobre la vieja camilla sanitaria.

Ningún otro soldado yacía en la doble hilera de camillas cuidadosamente preparadas, pero Frankie sabía que el militar que miraba de soslayo hacia la tienda de campaña había sido enviado por el dispensario. El sol de invierno revelaba en su cara una palidez de hospital, y sus ojos lucían descoloridos bajo la oscura y descuidada

masa que llevaba sobre los hombros.

—No me lo puedo quitar de encima —se lamentó sin dirigirse a nadie en particular, con cierta inocencia en la que se traslucía algo de vergüenza, como si fuera un niño confesando una enfermedad sucia sin tener conciencia de la suciedad.

«Debe haberle sucedido algo», pensó Frankie.

Luego supo qué. El hombre había tenido dolores, y ante ellos se sentía débil. Eso le había hecho contraer una mala costumbre. Se lo dijo. El dolor era malo, dijo también. Él sintió recrudescerse los suyos propios, y no lo toleró. Por eso empezó a pensar, a pensar. Y al final también él obró del mismo modo.

Oyó al cabo decir:

—Hoy le voy a coger en el ajo.

Pero no le sorprendió.

De pronto alguien puso la luz de un reflector directamente sobre sus ojos y se despertó echado de espaldas en la celda. En sus ojos había una mirada de sorpresa y en su cuerpo latía el antiguo dolor.

Dolor que fue cesando lentamente. Alguien desde el pasillo se dedicaba a despertar a todo el que podía. La celda se fue llenando de luz natural y los huéspedes fueron saliendo de los calabozos para lavarse, airearse, estirarse, escupir y rascarse.

Frankie se levantó y se acercó a los barrotes sin despertar al «Gorrión», para observar los más derrotados despojos de la *República* dispuestos a mojarse las manos y lavarse la cara con una sola gota de agua cada uno, como si se tratara de tomar agua bendita y aquellos pillos fueran a confesarse en vez de ir a recoger una multa de veinte dólares o una condena de veinte días de estancia en Bridewell.

\*\*\*

Frankie Machine había visto bastantes maleantes en sus veintinueve años de vida, pero cualquiera de éstos daba la sensación de haber sido apaleado por los demás durante la noche con duelas de tonel. Caras sanguinolentas como carne cruda de cerdo, trituradas lentamente por el gran molino de la ciudad; caras como vejigas blancas reventadas, algunas con ojos de gallina y otras tan insolentes como las de un perro de presa; ojos con fulgores de histerismo y ojos velados por el pesado brillo del rencor.

Algunos miraban de soslayo, escuchaban sin atención y contestaban distraídos; todos contemplaban en su fuero interno un camino inacabable: y en el camino las ruinas retorcidas de sus propias vidas, sin rumbo, sin luz y sin amor.

Aunque en su vida había visto a ninguno de aquellos hombres, Frankie les reconoció uno a uno. Pues todos se habían quemado en la misma hoguera, cuya llama había sentido en su carne él mismo. Una hoguera que ardía con una oscura llama interior y lo abrasaba todo en el hombre menos algo que quedaba para siempre sucio de humo. Este algo no era sino la grande, la secreta, la particularísima tragedia



americana de quien no posee nada en el país donde propiedad y virtud son la misma cosa. Culpa que yace escondida detrás de cada proyecto de ley, que obliga a todos con su mandato y hace necesario que aquellos hombres descarriados desobedezcan la ley de arriba abajo. No había ningún automóvil *Ford* en el porvenir de aquellos hombres, ninguna casa, ningún amor. Habían desoído los anuncios comerciales de la radio, la publicidad en los tranvías, la moral de cualquier respetable revista. Con sus propios ojos habían visto a los verdaderos americanos subir la vasta escalera marmórea del éxito con paso rápido y seguro, sin la ayuda de nadie. Y ellos habían ido quedándose atrás, aplastados, sin ni siquiera el suficiente sentido del honor para escapar de las cestas de basura de West Madison Street, ni bastante ambición para levantar sus ojos de nuevo hacia la ley y regenerarse.

Ni siquiera habían tenido éxito en las tabernas. No habían podido consumir el licor que presta distinción, ni la cerveza que da ese especial aspecto de salud que a veces conduce repentinamente al éxito social. Habían cogido al vuelo las colillas de los cigarrillos, con los que aclarar el cerebro cuando crisis imprevistas exigen rápidas decisiones. Las habían cogido todavía encendidas.

Sin embargo, quién sabe por qué, cuando el papel del cigarrillo había tocado sus labios, ya el tabaco había cambiado de sabor, de olor... ya era basura.

Todo estaba perdido para aquellos desheredados. Sus verdaderas vidas exhalaban un cierto olor a cárcel que se esparcía por las calles de Skid Row tras ellos, hasta que la ciudad misma terminaba pareciéndose a una especie de mazmorra sin techo, con muros para todos y risas para unos pocos. En Skid Row, incluso el nacido en el país dejaba de sentirse americano para sentir solamente que había nacido del lado allá de las fronteras de la ley.

Sin embargo, hablaban y reían; y aun los más miserables conservaban, como un estandarte, un resto de alegría, recuerdo de los años puros. Como un trapo sucio que un vendedor borracho hiciera tremolar en un mercado barato, sabiendo que nadie vendría a comprarlo, aunque dispuesto a ofrecerlo a cualquiera haciendo befa de sí mismo, aquellos desgraciados reían, sabiendo que nadie abogaría jamás por ellos.

Eran los infelices que se daban prisa en vivir. Eran los que acabarían siendo pescados en el río o en el lago; encontrados inertes entre papeles rotos u hojas secas en los parques; recogidos sin sentido en las callejuelas estrechas; aporreados por media botella de vino; asesinados en los túneles sucios de barro que discurren en los suburbios.

Por fin, un día serían personas importantes. Fotografías de frente y de perfil y un rótulo de bronce colgado al cuello; luego, esperar al juez de guardia, la orden de investigación y...

La *Demonstrator's Association* invitaría a algunos a participar en una autopsia. El sepulcro de estos hombres sería la blanca y fría mesa de disección: de sus cuerpos quedaría muy poco para ser honrado con un puñado de tierra americana y la más sencilla de las cruces.

Sin embargo, algunos de los que durante mucho tiempo habían sido infelices, podrían a la postre ser mejor tratados: se les destinaba a ser embalsamados bajo los auspicios de la *Escuela de Embalsamar, Embellecer y Conservar Sanitariamente la Sangre*. Desde luego, eran pocos los que se hacían merecedores de tanta felicidad.

\*\*\*

Cuando se reunían treinta cadáveres, venían los alegres carpinteros del distrito, con grandes lápices detrás de la oreja, negras fiambreras, clavos, herramientas y las tarjetas de la Seguridad Social en sus bolsillos, para construir treinta cajas de pino nuevas. Con indecible desdén, las treinta víctimas escuchaban en un aposento blanqueado, en los sótanos, cargado el aire de desinfectantes en lugar de aroma de flores, el alegre ruido de los martillos y la charla de los hombres.

En ocasiones, algún cadáver, continuando en su insobornable intento de molestar hasta el último instante, requería una caja más larga o más ancha que la que en derecho le correspondía. Los casos de defunción por gas o por ahogo eran los que daban mayores disgustos.

Cuando las cajas estaban preparadas y pagadas, la compañía de *Recogemos Todo* enviaba un carromato disfrazado de carroza fúnebre. El cochero conducía a los deshonrados muertos hasta el Bosque de Olmos, donde una máquina excavadora del distrito hacía una trinchera lo bastante larga para contener treinta cajas, ni una más ni una menos.

Ésta era la parte cierta del secreto de aquellos hombres que se humedecían la frente con el agua de la cárcel. Todos emprenderían el mismo camino por la calle llena de estiércol hacia la misma sencilla trinchera. Por eso era por lo que se interpelaban unos a otros familiarmente y un poco de soslayo se decían:

—Toma mi consejo, pimpollo, y no te mueras quebrado.

Un viejo borracho que arrastraba por el suelo un par de tirantes moteados, vino desde alguna parte y preguntó sorprendido:

—¡Eh, muchachos! ¿No os acordáis de mí?

Cómo ninguno se acordaba, se repitió la pregunta a sí mismo, a flor de labios, como si él mismo casi se hubiera olvidado. Pues con cada pulsación, su sangre quería saber antes de enfriarse quién se acordaba de él y de sus tirantes moteados.

—¿No os acordáis de mí? Yo era vigilante en el viejo Wabash.

Nadie recordaba al sereno del nuevo o del viejo Wabash.

—Desde luego, ésa es una buena colocación —le explicó gravemente Frankie al «Gorrión»—. Guardas a la gente mientras duerme. Cuando todos dependen de ti es cuándo nada malo te puede pasar. Cuando duermes es cuando no puedes defenderte tú mismo. Hasta Joe Louis es entonces un niño pequeño. Por eso es por lo que no debes reírte de un viejo tipo que haya sido un buen vigilante de noche.

—Conocí a Fitzsimmons en la vieja Academia —dijo el barba de chivo—. ¿Te

acuerdas de la vieja Academia?

—No —le contestó con respeto Frankie—. Pero te voy a presentar a un millonario realmente vivo.

Cogió al «Gorrión» por los hombros y le hizo volverse en redondo, de modo que el viejo pudiera verle completamente.

—Mira la gorra que lleva puesta. Se la regaló Pop Anson y hoy vale una fortuna.

El viejo intuyó una burla, y volviéndoles deliberadamente la espalda e inclinándose hacia delante tanto que sus huesos crujieron, empezó a rascarse convulsivamente por entre las amarillentas ropas interiores, partiendo desde las rodillas y continuando metódicamente hacia arriba como si persiguiera la sangre, de igual manera que un perro persigue sus pulgas. Un poco después hizo una pausa, y finalmente se cubrió con los pantalones. Con los tirantes caídos aún sobre la sucia espalda, volvió a repetir de nuevo. Por lo visto era lo único que enardecía su sangre.

—¡Eh, muchachos! ¿Os acordáis de mí?

La sangre agonizante creía poder renovarse si encontraba a alguien —quienquiera que fuese— con quien compartir el recuerdo del viejo Wabash, en donde tantas noches había pasado. Si alguna vez alguien hubiera contestado: «Yo me acuerdo», la sangre hubiera acusado el golpe hasta el punto de hacerle creer por un momento que todavía era lo que fue.

Pero aquellos que podían recordar se habían ido a la fosa común con las lluvias del pasado año: amigos, familia y enemigos, todos a la vez.

—¿Me recuerdas?

Se detenía en su incesante rascar, pues le parecía que los hombres que había a su alrededor acababan de llegar todos del viejo Wabash. También ellos habían escapado de la vida envueltos en un resplandor color de sangre, y ahora venían hacia él para la reunión final tras la trinchera color de niebla.

—Ya no recuerdan a la gente de estos alrededores —se lamentó por fin en voz alta, y volvió a su rascar, arrastrando los tirantes por el suelo sucio de polvo.

\*\*\*

—Un buen carcelero puede sacar más en una redada que un agente en servicio de patrulla —dijo el «Gorrión» a Frankie.

—Todo depende del barrio —contestó Frankie, mejor conocedor del mundo—. Piensa en un guardia de servicio en Evanston. El tipo no hace más que pasear por los alrededores sonriendo, llevarse la mano a la gorra y decir: «¡Qué bonito está el césped esta mañana, señora Rugchild!». Siendo el único vigilante por aquellos lugares, tiene que ser cortés porque ello significa buenas propinas, que no sacaría por aquí, donde tendría que vérselas con individuos como Schwiefka y atormentar a tipos como nosotros antes de obtener algo. Por eso se meten contigo si te pillan deambulando por cualquier calleja de la «División Street» después de las doce. Te

consideran culpable desde el momento que te ven, porque no eres el tipo que debe estar rondando por tales lugares a esa hora. Si no fuera por individuos como tú y yo, los tipos como Primo Kvorka podrían estar de servicio en el «North Side». Por eso es por lo que la tienen tomada con nosotros. Creen que entorpecemos sus carreras.

—Kvorka no es el peor —dijo el «Gorrión»—. No hace más que lo que debe. Cuando me cogieron por hurto no quiso informar, porque sabía que me costaría una nueva condena.

—Kvorka es el mejor —concedió Frankie—. Nunca olvida si haces algo por él. Pero se muestra duro si alguien trata de pagarle malamente. Hace catorce años que está aquí sacudiendo a los imbéciles. Pero un día u otro encontrará un tipo que le dará una paliza.

—Eso ha sucedido ya cinco o seis veces, pero después la cosa ha quedado en nada —recordó el «Gorrión»—. ¿Cómo puede ser un hombre tan ambicioso?

—No es difícil maltratar a los que no tienen hogar —explicó Frankie.

Una cucaracha había caído del techo dentro del cubo del agua, donde una húmeda rebanada de pan y un trozo vacío de salchicha daban ahora vueltas lentamente uno tras otro. Panza arriba, la cucaracha batía el aire con las patas tratando de volverse. Frankie, apoyado soñolientamente sobre un codo, pensaba que él sabía cómo ayudar al animalucho a salvarse.

Imaginó que se trataba de la misma cucaracha que le había hecho señas desde debajo del radiador mientras le estaban interrogando, y casi se sintió inclinado a ayudar al pobre bicho. Empezó por empujarle por encima de la barriga para que pudiera trepar por las paredes del cubo, pero luego desistió de tal amago de caridad.

—No saldrás hasta que yo no salga —le dijo en voz alta, recordando que también él había caído entre paredes que no podía escalar—. Los dos estamos juntos en el cubo por no haber sabido dónde poníamos los pies.

Se burló del insecto como tantas veces Sophie se había burlado de él.

Mientras tanto el «Gorrión» le escuchaba muy serio.

—Puede que la próxima vez mires por dónde andas —continuó Frankie, imitando el ruidoso lloriqueo de Sophie—. Es culpa tuya por querer cogerlo todo sin necesidad. La próxima vez puede que sepas hacerlo mejor —se consoló a sí mismo, a la par que consolaba a la cucaracha—. Esto será una buena lección para ti, desgraciada.

La luz empezó a dibujar una escalera sin destino con las sombras de los barrotes. Una claraboya alumbraba débilmente con el reflejo de su cristal, queriendo competir con la luz del día.

—Yo no soy bueno, pero mi mujer vale en oro lo que pesa —confió alguien en voz alta a los demás, desde cierta distancia.

«La mía apesta», pensó Frankie Machine, e inmediatamente su conciencia le dio un golpe en la espinilla.

—Yo también tengo una mujer perfecta —proclamó en voz alta para no quedarse

atrás en nada.

Y su conciencia le dio nuevamente una patada en la espinilla, por mentir.

Las primeras sombras de la noche, empujándose las unas a las otras por los corredores, se separaron suavemente para dar paso a una panza envuelta en una camisa de rayas color caramelo y un grasiento traje negro de enterrador. Era Zero Schwiefka, echando hacia delante sus grandes pies planos. Chillaban lastimosamente las suelas de sus zapatos como si fueran dos pequeñas cosas vivas aplastadas por la enorme carga de su peso.

Se situó frente a la celda de Frankie frotándose las manos sin cesar, igual que un moscardón se frota las patas delanteras y luego estira la cabeza y el cuerpo para frotarse las de atrás. La mano frotadora se trocó en un brazo frotador. La cabeza inclinada hacia delante, sobresaliendo de las oscuras y retorcidas solapas, hacía pensar que las retorció con las manos y que después se iba a frotar las piernas con movimientos mecánicos de insecto...

—¿Dónde te has metido, nariz de berenjena? —le saludó Frankie, sentándose en el camastro—. ¿Te has casado?

—¿Quién se va a casar con eso? —preguntó el «Gorrión», sabiéndose protegido por la celda—. ¿Una prójima?

—He venido en cuanto he podido, tahúr —se disculpó el barrigudo, cogiéndose la panza con sus manos parecidas a jamoncillos. Entre los carrillos, lacios por la pereza y la bebida, su bulbosa nariz pendía sobre una boca parecida a una herida de cuchillo a medio curar—. Estarás en la calle dentro de media hora, tahúr. De aquí no sueltan a nadie hasta que no están en casa los perreros.

Y escupió para dar a entender su desprecio hacia los aprovechados de la «División Street».

El «Gorrión» escupió a su vez. Exactamente en el cubo de agua donde ahora flotaba pasivamente la cucaracha.

—Desde anoche no hemos comido —acusó a Schwiefka.

—¿Cuántas cenas te has tragado esta noche, señor Barrymore?

—¿Tienen alguna denuncia? —Se entremetió Frankie con delicadeza.

—Les he hecho escribir contravención al orden público. Os impondrán una simple multa, y mañana por la mañana todo estará listo.

—Pero yo no espero hasta mañana ni aunque me lo pidas de rodillas, compañero —dijo el «Gorrión»—. ¿Por quién me has tomado?

—Escucha —replicó Schwiefka en tono severo—. Cuando quiera oír tu voz ya te silbaré, y entonces vienes moviendo la cola. Pero cuando no te silbe, procura que yo no te oiga. ¿Comprendes?

Nadie tomaba ya en serio a Solly Saltskin.

—¿Crees que voy a volver a dormir esta noche en esta sucia cueva húmeda? —protestó Frankie—. Sácanos esta noche, aunque tengas que echar mano de Zygmunt para conseguirlo.

—Dónde dormir, es cuenta vuestra —le dijo suavemente Schwiefka—. Te he dicho que dentro de media hora estaréis fuera, y el jefe mismo de la policía no habría conseguido libertaros antes. Debéis confiar en el gran Zero.

—El único sitio donde eres grande es en la panza, gorila —le espetó el «Gorrión» desde detrás de Frankie.

—Aún no te he silbado. Cállate —replicó Schwiefka, y le encendió un cigarrillo a Frankie a través de los barrotes con un mechero de plata.

—No temas, «Gorrión» —le aseguró Frankie—. Podemos fiarnos de Zero. Nos sacará aunque tarde diez años.

—Ni siquiera os he preguntado por qué os han encerrado —se quejó Schwiefka—. Acabo de llegar y ya os he sacado. ¿Dónde está la gran ofensa?

—Tú sabes muy bien por qué estamos encerrados. Ésa es la gran ofensa —replicó Frankie—. Cada vez que le das un remojón a Kvorka, recorre la «División Street» hasta que me pesca a mí o a este pillastre y nos encierra en nombre de los principios generales. Esta vez nos ha pillado juntos. La próxima vez puede ser que tengas que pagar por mí y por este granuja.

—La próxima vez me colgarán —dijo suavemente el «Gorrión».

—Estaremos parados durante un par de días, hasta que las mesas hayan vuelto a la callejuela —repuso Schwiefka—. Espero que tengamos allí mucha gente el sábado por la noche. ¿A qué hora irás? —le preguntó a Frankie.

—No tan temprano como para mudar mesas —contestó éste, y se volvió de espaldas.

Schwiefka estaba acostumbrado a que le volvieran la espalda, pues antes de ahora ya había traído noticias de salvación a otros hombres.

Frankie escuchó las pisadas de los enormes pies planos perdiéndose en la obscuridad creciente. Los pies probaban cada escalón de la escalera de caracol, como si cada uno fuera el último de todos.

—Se las has cantado claras, patrón —dijo el «Gorrión»—. Se ha largado como un perro escaldado. Me parece que lo has ahuyentado, Frankie.

—En mi vida he ahuyentado a nadie —replicó éste con sentimiento.

—Pues a los comecoles sí los ahuyentaste —le recordó el «Gorrión» con su voz carrasposa—. Fuiste un gran hombre en el ejército.

—Fui un gran hombre por casualidad. Yo era un tipo que tenía que cazar moscas con guantes de boxeo —se burló Frankie de sí mismo.

—Bueno, tal vez. Pero a Nifty Louie sí que le ahuyentaste, aquella vez que lo pescaste tratando de venderle a Sophie unos cigarrillos muy extraños.

—Todos los cigarrillos que ofrece ese tipo son muy extraños. Esto no es un secreto para nadie —observó Frankie, y añadió amargamente—. Si no fuera porqué de vez en cuando tengo necesidad de él, ni siquiera le permitiría a ese reptil que pusiera las manos en la mesa: donde yo doy las cartas.

—Te diré algo que tiene mucha gracia, Frankie —repuso el «Gorrión»—. Louie

ahuyentado por ti, Zero ahuyentado por Louie y tú ahuyentado por mí. ¿Cómo puede un pobre tipo como yo husmear alrededor de vuestros secretos, Frankie? ¿Cómo puede un pobre tipo como yo ser un pequeño *terrier*?

—Quizá porque eres muy vehemente, digo yo —respondió distraídamente Frankie, pensando aún en Louie y en sus muchos caprichos.

Todavía llevaba él pantalones cortos en los días en que Louie Fomorowski sufría dos condenas por asesinato. Por el segundo le habían impuesto una perpetua, de la que cumplió nueve meses en circunstancias privilegiadas.

Ahora se dedicaba al tráfico de estupefacientes, y tenía sus quebraderos de cabeza con esta explotación. Nadie sabía de dónde sacaba el género, excepto el ciego llamado Pig, que lo revendía por su cuenta. Pero éste no hablaba de ello con nadie.

—Vamos —dijo Frankie al «Gorrión»—. A ver quién saca una carta más alta.

Se sentaron juntos sobre el estropeado suelo. El «Gorrión» jugaba siempre con nerviosismo, pues el ganador tenía el privilegio de abofetear al perdedor cruzándole la nariz diez veces, y el «Gorrión» perdía siempre. Soportaba su castigo casi sin retroceder, haciendo esfuerzos para que las lágrimas no acudieran a sus ojos al golpe seco de las cartas. Porque siempre le parecía que Frankie le pegaba debido a que guardaba secretamente algo contra él.

Sabiendo que el carcelero estaba a punto de llegar, trató de resistirse cuando ya debía a Frankie dos juegos, equivalentes a veinte bofetadas. Y en ese mismo instante apareció el guardián.

—Vosotros dos, levantaos.

—Me las pagarás en cuanto tengamos un poco más de tiempo —le dijo Frankie al pillastre cuando se levantaron para coger sus gorras.

El «Gorrión» sabía positivamente que Frankie tenía derecho a cobrar, con o sin juego, pues el juego no era en realidad más que una excusa para imponerle el pago por algo que él desconocía.

Ya ante la puerta abierta, Frankie se acordó. Hizo una mueca y se dirigió al cubo del agua.

«Había prometido echarle una mano cuando saliera yo mismo del cubo —se dijo en voz baja, mirando la cucaracha mientras el carcelero le miraba a él con suspicacia—. Tengo que darme prisa. Es ya demasiado tarde».

Verdaderamente era demasiado tarde. Demasiado tarde para las cucarachas o para los vagos de Skid Row. Incluso era ya algo tarde para los inválidos y los pillos. El cuerpo hinchado flotaba a media, con la cabeza sumergida y la parte posterior apuntando hacia el techo, como un submarino cazado en el momento en que las aguas del mar empiezan a tirar de él hacia bajo para siempre.

«Podía haberla salvado —pensó Frankie con un débil remordimiento—. Toda la culpa es mía de nuevo».

—Sois un par de tipos —dijo el carcelero contemplando a la pareja que subía los sucios escalones hacia la libertad.

En la calle esperaron un tranvía que se dirigiera hacia el Norte. Un tranvía que llegase despacio. «Pero no demasiado», pensó Frankie Machine. Un tranvía como los que veía en sueños, que nunca llegaban a ninguna parte. No quería ir a casa para no tener que soportar a Sophie.

—Me temo que Sophie va a empezar con la misma lata de siempre —murmuró perezosamente; imitando el tono de la voz de ella, añadió—: ¿Qué has hecho ahora? ¿Por qué no empuñas una herramienta y te pones a trabajar legalmente? ¿Por qué no nos mudamos de este barrio, en el que vive tanta gentuza? Si no fuera por ti, yo no estaría atada con correas a una silla con ruedas. ¡Santo cielo, qué mujer!

\*\*\*

—¿Crees que eso es justo?

Miró el billete de Frankie.

—Póker los dos.

Ambos habían ganado. Pero camino de casa, el «Gorrión» tuvo la sensación de que uno de los dos había perdido bastante.

—Te pago una copa en casa de Antek —ofreció de repente cuando llegaban a Milwaukee Avenue y a «División Street».

Entraron juntos en el bar de Antek, llamado «La Maroma y el Mazo». En la mesa del rincón John el «Borracho» estaba discutiendo con Molly Novotny, una muchacha muy joven. Pequeña, de cara ovalada y ojos exageradamente oscuros, escuchaba a John con una especie de sombría desesperación.

Cada tarde tenía que pagarle la bebida y escuchar sus reproches por las cosas que había hecho mal desde por la mañana. Estaba sentada sin beber, y no apartaba los ojos de su boca, como si temiera perderse una sola palabra.

Frankie observó que John se había peinado con raya en medio, con tanta precisión que seguramente habría tenido que estar diez minutos delante del espejo para conseguirlo.

Su mano tembló al querer coger el vaso. La muchacha retuvo el suyo fuera de su alcance. Sin duda John había bebido demasiado. Frankie oyó a Molly suplicarle que cogiera el sombrero y volviera con ella a casa.

John el «Borracho» no tenía nunca ganas de ir a casa.

—¡El manicomio es el mejor sitio para ti! —empezó a gritar—. Las muchachas de tu edad van y vienen continuamente allí dentro.

Quiso cogerle el vaso cuando precisamente ella se echaba hacia atrás, de modo que su mano tropezó con la suya y el *whisky* se derramó en su vestido de algodón de flores estampadas.

—Como tú quieras, como tú quieras —trató de calmarle ella, sin que supiera qué deseaba ahora John: la mayor parte de su vida la empleaba en tratar de adivinar qué podía desear su señor, dado que éste no se lo decía nunca. Porque era un hombre



lleno de extraños caprichos.

John era tan imprevisible como el tiempo. A veces la apremiaba para que se vistiera y lo dejara para siempre. Y al minuto de haberse puesto el abrigo, le ordenaba que volviera a quitárselo.

—Y no me digas que no quieres —la amenazó ahora a propósito de cualquier otra cosa—. No me digas *nunca* que no quieres hacer *esto* o *aquello*.

—Bébetelo eso —suplicó Molly—. La gente nos está mirando.

Estaba tratando de meter el dedo en la botella de cerveza negra que tenía a su lado.

—¿Qué estás haciendo ahí? —le preguntó John, como si sólo ahora se hubiera dado cuenta de quién era ella. Después rechinó los dientes, y acercó tanto la cara a la suya que la muchacha tuvo que retroceder un poco—. ¿Te estás emborrachando tú también, preciosa? —le preguntó insinuante, como si pensara que su matrimonio sería más perfecto si se embriagaban juntos. Acto seguido empezó a sacudirla por los hombros con pesadez de borracho—. Ahora eres una buena anfitriona.

Ella protestó con risa forzada:

—Johnny, acaba ya.

—Canta y baila algo. Haz reír a la gente. Hacer reír a la gente es bueno. —Y añadió—: Es una lástima que no pueda hacerlo yo, cariño.

—Dale algo a la muchacha —le dijo Frankie al «Gorrión»—. Una vez la llevé a bailar cuando tenía catorce años, y Sophie la abofeteó por pasear con hombres más viejos que ella. Creo que yo tenía entonces veintiuno.

Empujó hacia el «Gorrión» el cambio de éste.

—Pon diez centavos en el platillo y dale a ella otros diez para que cante. Antes tenía costumbre de estar cantando siempre.

El «Gorrión» ladeó la cabeza para estudiar a Frankie dubitativamente.

—Dáselo tú al tipo. Yo no quiero meterme en asuntos de familia.

Frankie se levantó, le alargó una moneda a Molly, y John se la arrebató de un manotazo.

—La mantengo yo —le dijo a Frankie—. ¿Quién te ha dicho que vinieras aquí?

Parecía realmente deseoso de saberlo. Quiso hacer la pregunta con tal intensidad que la cabeza le tembló un poco al hablar. Hubiera bastado un leve empujón para tirarlo al suelo. Pero Frankie volvió a su mesa con la cara encarnada. La moneda de diez centavos había caído al suelo, sobre el serrín; Molly la miraba, pero John vigilaba esperando que hiciera un gesto para cogerla.

—Anda, decídetelo —le dijo—. Has perdido el orgullo de tal manera que ya no te importa recoger monedas del suelo de las tabernas. Vamos, si la gente sabe ya de todas maneras lo que eres. No han olvidado los días en que bailabas aquí. Anda, demuéstrole a la gente lo bajo que puede caer una mujer. Un hombre se siente muy a gusto viendo a su mujer arrastrarse por el suelo en busca de la moneda que le ha arrojado un jugador de ventaja barato. Vamos, no hagas caso de *mí*. Has caído tanto

que estás dos pisos más abajo de los cimientos.

Estaba tratando de enfadarse. Ella contestó con indiferencia:

—No te excites, Johnny.

Con la punta de sus escaarpines de baile le dio una patada en el tobillo. Molly se levantó y sin pronunciar palabra se dirigió a la puerta, agachándose alguna vez para acariciarse el tobillo lastimado.

Con una barra de fontanero en la mano, Antek impidió el paso a John cuando éste intentó seguirla.

—No te pido sino que le des una cabeza de ventaja —le dijo—. Yo se la daría incluso a un perro.

—¿Estás llamando perro a mi Molly?

—No. Es a ti a quien te lo estoy llamando.

—Eso es mejor —repuso Johnny con gratitud—. No me importa lo que me llames a mí. Yo no valgo nada. Pero esa muchacha es una reina. No hay nada que no se lo merezca. Estoy deseando no poder alcanzarla.

—Pienso que lo que necesitas es una colocación fija recogiendo bolos en la pista de una bolera —replicó Antek—. Todo te ocurre porque no sabes lo que hacer contigo. Nunca comprenderé por qué te soporta esa muchacha.

Finalmente le dejó salir a la calle.

En verdad, John era simplemente un hombre que no sabía qué hacer consigo mismo, porque no había sabido nunca conocerse. A veces es más fácil encontrar trabajo que encontrarse a sí mismo, y John no había hecho nunca nada por hallar lo primero ni lo segundo. ¿Cómo podía saber quién era? Algunos se encuentran a sí mismos a través de la alegría, y otros a través del dolor. Pero Johnny no había probado una cosa ni otra, más que el *whisky*, que le hacía sentirse cada día una persona nueva.

Había días en que recorría los garitos sin un centavo en el bolsillo, pero con unos prismáticos colgados al cuello. Entonces se sentía como un gran jugador venido a la ciudad para ver correr a sus caballos en el hipódromo de Hawthorne.

Otros días se sentaba en el bar de Antek con una cesta de golf entre las rodillas con una sola maza. Entonces imaginaba que acababa de llegar del campo de golf porque hacía mucho calor allí.

En su cuarto había una foto amarillenta. Estaba sujeta con grapas a la pared y representaba a un joven de mandíbulas caídas, cubierto con amplios calzones de luchador, en actitud de ataque. Tenía la frescura de decir que había sido luchador en su juventud, como lo demostraba la firma que había debajo del retrato. Evidentemente, la fotografía era suya, dado que nadie más que él podía vanagloriarse de tener una boca tan grande, unos brazos como tacos de billar y aquella cara de emigrante desnutrido.

Era un histérico manojito de pequeñas posibilidades que nunca se realizarían. Era una boca pegada a una copa de *whisky*; un petardista con escaarpines de baile.

—Esa chica tiene un corazón demasiado grande —dijo Antek refiriéndose a Molly—. Un tipo puede entrar en el corazón hasta llevando puestas botas del ejército.

Frankie y el «Gorrión» permanecieron callados durante un buen rato hasta que por fin dijo el primero:

—Ya no quedan muchos corazones como ése, «Gorrión».

—Sophie debe estar verdaderamente inquieta por ti —repuso éste, aprovechando la ocasión para recordárselo.

Frankie se levantó. Tal vez estuviera pensando que muy bien podría pasar la noche en casa de Molly Novotny.

\*\*\*

Los inquilinos del 1860 de «West División Street» raramente hablaban del señor Schwabatski como del propietario de la casa. Para ellos era sencillamente Schwabatski el «Carcelero», si bien su uniforme no pasaba de ser un destrozado mono del ejército, y su arma defensiva un martillo con el que de vez en cuando pretendía arreglar un escalón averiado en la escalera. Como prueba de que efectivamente era el propietario, encima de la puerta de su despacho, en el segundo piso, había colgado un letrero que decía:

NO ARMAR RUIDO, O IRÉIS A LA CALLE

Tanto el despacho como el letrero daban la impresión de estar torcidos. Toda la casa y el propio Schwabatski parecían estar torcidos. Si el despacho estaba inclinado, bien podía ser una prueba de que el «Carcelero» era tan poco hábil en la carpintería como en desempeñar su papel de propietario.

Representaba más bien a la clase de hombres que están más a gusto detrás de los barrotes de una celda que echándole la llave a una cerradura. Sin embargo tenía que ser el portero de aquellos huéspedes que en verano y en invierno insistían en dejar las puertas abiertas.

Cierto que la mayoría de las habitaciones eran pequeñas y mal ventiladas, pero Schwabatski opinaba que no siempre era por falta de aire por lo que los inquilinos dejaban las puertas entornadas.

—Puede ser que realmente las dejen así para tener algo de aire —solía decir—, pero siempre hay quien cree que es una invitación, y esto es causa de peleas. Y entonces, ¿quién paga a los policías por mí? Si queréis tener visitas, hacedlo de forma familiar, a puerta cerrada.

—De modo que para poder respirar un poco de aire tendré que vestirme y largarme a dar vueltas por la calle como un zángano —se le insolentaba algún vago.

Los vagabundos refunfuñaban siempre, pero los argumentos del «Carcelero» no variaban nunca:

—Si quieres salir, sal. Pero si estás dentro, no lo hagas a medias; estate

completamente dentro. Y nunca estás dentro si la puerta no está cerrada. Un viejo como yo no puede estar subiendo y bajando las escaleras cada cinco minutos. De manera que tú verás lo que haces. Yo tengo que trabajar.

Schwabatski tenía que trabajar, desde luego. Tenía un hijo de veintiún años, grandullón y de mollera dura, cuyo único y sencillo placer consistía en plantar margaritas de papel en las grietas de la vieja y sombría escalera. Schwabatski no abandonaba nunca la esperanza de poder enseñarle al mozo algo de carpintería, de suerte que todos los días hacía que le acompañara con el martillo, el lápiz y los clavos para que viera cómo se componía una escalera rota.

La paciencia del viejo era admirable. ¿Cuántas veces el mismo escalón había sido deshecho y la labor vuelta a empezar porque la atención del muchacho se había desplazado de los martillazos a sus preciosas margaritas? En este aspecto la paciencia del chico superaba a la del padre. Peter esperaba que sus margaritas enraizaran, con la misma fe que el viejo esperaba que se hiciera alguna luz en su cerebro. El pobrecillo se llevaba a los labios cada margarita antes de plantarla, y rezaba para que la lluvia cayera en el oscuro hueco de la escalera.

El viejo creía que no había nada seriamente estropeado en el cerebro del muchacho, sólo que siempre que empezaba a tener idea de lo que son un martillo y unos clavos algún tipo de aquellos armaba un alboroto y había que abandonar el martillo, los clavos, la escalera y el hijo y salir corriendo a restablecer la paz a su manera, antes que los agentes de Saloon Street vinieran a restablecerla de otro modo.

¿Por qué diablos querían comer todos avellanas en la obscuridad con la puerta entornada? Ahora mismo estaba ocurriendo eso. Una puerta se hallaba entornada, y él podía oír el ruido que producía alguien al partir las avellanas y tirar las cáscaras dentro de un periódico en el cuarto a oscuras. No sabía si era un hombre o una mujer. Gritó:

—Eso no me parece bien. Si te gustan las avellanas, cómelas bien. Enciende la luz y cierra la puerta.

Una voz de mujer contestó llena de sarcasmo:

—¿Es que tiene un reglamento que me obligue a tener la luz encendida mientras como avellanas?

—Soy un viejo y no puedo estar levantado toda la noche para vigilar negocios raros.

—Nadie le ha llamado.

—Tampoco te han llamado a ti. Cierra la puerta.

De buena gana la habría encerrado aunque hubiera tenido que vigilarla personalmente desde fuera y tener la llave en el bolsillo toda la noche.

Cada semana había varios altercados, pero cuando desde alguno de los pisos altos veía alguien acercarse a una pareja de policías del puesto de Saloon Street, siempre le hacían al viejo, una advertencia desde lo alto de la escalera:

—«Carcelero», visita.

Y siempre eran los nuevos los que daban más que hacer. Los antiguos, como el tahúr y su mujer, se peleaban con la puerta cerrada, como deben hacerlo las personas respetables. Los oídos de Schwabatski conocían desde hacía ya tiempo la clase de escándalo que el tahúr y Sophie armaban de vez en cuando. Un extraño hubiera creído que se estaba cometiendo un asesinato, pero el «Carcelero» se decía a sí mismo:

—Se quieren los dos, pero no lo saben.

Y seguía su camino.

Eran los cuartos de los que no salía ningún ruido los que más preocupaban a Schwabatski. En ellos tenían lugar los verdaderos líos: el repentino ruido de rotura de vidrios, momento de trágico silencio, después el alarido de terror y por fin la mujer que sale tambaleándose con la cara ensangrentada, y perseguida por el hombre con una botella rota en la mano.

Schwabatski no se preocupaba nunca de la puerta amarilla del tahúr. Allí estaba sentada Sophie, con los cabellos rubio ceniza enrollados en los bigudíes, con una mano puesta sobre el brazo de la silla de ruedas, con su manta del ejército sobre las rodillas, jugando con una linterna en forma de lápiz, encendiendo y apagando la lucecita una y otra vez.

Un perro aullando desde la oscura escalera de Schwabatski le recordó una promesa.

—¿Cuándo me vas a traer el perro que me prometiste? —le preguntó a Frankie cuando éste cerró con cuidado la puerta tras sí—. Prometiste que me traerías un perrito. Pues bien, aquí estoy esperándolo y no veo ningún perro, excepto un perro de presidio que eres tú. ¿Por qué andas siempre haciendo promesas? Me dices que vas a traer un cachorrillo gracioso, y luego lo que traes es una baraja vieja y una camisa sucia. Supongo que crees que no sé adónde has estado otra vez.

—No ha sido en una tienda de perros, Zosh.

—Lo sé.

—Me lo figuraba. ¿Quién trae siempre las noticias aquí? Piggy o la Oficina de Información.

—Me ha preguntado cómo estaba. Él no pasa por aquí sin preguntar a cada uno cómo está.

—¿Cómo te encuentras, Zosh?

—No me llames Zosh. No soy una inocente, ni he nacido en Slutsk. He nacido aquí, en el Boulevard Augusta, y me llamo So-phi-e. Prueba a decirlo.

—¿Cómo te encuentras, So-phi-e?

—Que me condenen si me encuentro bien. Tengo gases en el estómago. ¿Has tenido tú alguna vez gases en el estómago?

Era algo más sutil que los gases lo que había en su estómago. Tras la cortina de soledad que ocultaba su niñez había crecido un terror enfermizo. El terror de ser abandonada en una habitación igual a su pequeño cuarto, sin tener a su lado a nadie

de los suyos. Un terror del que a veces se libraba cogiendo un enorme álbum, en el que su propia y mutilada mano de niña había escrito:

#### MI LIBRO DE RECORTES DE ACCIDENTES FATALES

Cuando terminó de recortar estas letras de unos papeles rojos y verdes, le parecieron tan grandes y divertidas que empezó a bordar el título con recortes de historietas cómicas: *El Superhombre y Buga Bunny*, *Tarzán y el pequeño Teoner*, mezclado con una confusión licenciosa de espías fatales en ropas menores, anuncios de horrores tenebrosos y recortes de las revistas cinematográficas.

Había empezado el libro con la fotografía de su propio «accidente fatal», extraída del *Times*, y había seguido añadiéndole toda clase de lúgubres gritos del abismo, de relatos de madres que abandonaban a sus hijos o les dejaban morir de hambre.

Le gustaba sacar la fotografía titulada *La muerte conducía*, a la que había añadido, una calavera y dos tibias cruzadas, porque había advertido que esto ponía a Frankie «carne de gallina».

De hecho le halagaba mucho el efecto escalofriante conseguido sobre su piel, porque le recordaba el que le hizo la noche que estuvo sosteniéndola en la blanca y fría cama de un hospital. En aquellos instantes sus ojos estaban dilatados aún por el horror, lo que sin duda habría hecho pensar a todos que había muerto. Por lo menos toda una familia había perdido la vida en un *Cheuvie* de segunda mano, una hermosa mañana de mayo, en el paso a nivel del puerto de Indiana.

Los anuncios cinematográficos que había recortado y guardado como una vieja coqueta que atesorara los programas de baile, eran:

TRAJO CONSIGO UN TERROR SIN NOMBRE  
UNOS CELOS SINIESTROS  
SÓLO PARA ADULTOS  
¿MATAN LOS GORILAS A LAS  
MUJERES QUE HAN RAPTADO?  
¿VIVEN LOS INDÍGENAS CON LOS GORILAS?  
VAYAN A VER: UNA MUCHACHA HERMOSA EN  
MANOS DE LA HORRIBLE TRIBU DE LOS URUBU  
LOS SECRETOS DEL VOODOO

Lo mejor de todo era la amarillenta fotografía del *Times*, con que demostraba cada día que todo había ocurrido por culpa de él. Tan grande había sido su culpa que no quería dejarla otra vez sola.

—Empújame un poco, Frankie —pidió.

Había momentos en que ni siquiera le sostenía el libro de recortes. Se sentía como si estuviera cayendo en un abismo y sólo haciendo rodar su carrito vencía la horrible sensación de estar deslizándose hacia la nada.

Algunas noches movía ella misma el carrito mientras él dormía. Al despertarse se la encontraba en el rincón donde la luz y la oscuridad se unían, dejando su cara entre las fugitivas sombras del sábado por la noche y la luz recién lavada por la lluvia del

domingo.

Durante todo el día pellizcaba con sus uñas pintadas la manta militar con que se cubría las rodillas, o se pellizcaba el mentón. Tenía la manía, en las horas de soledad, de pellizcarse la barbilla hasta despellejársela. «Me gusta arañarme cuando me domina la melancolía».

Todo el día lo mismo, hasta que las sombras de la noche la envolvían de nuevo.

Algunas veces Frankie se hartaba de oír el ruido del carrito. Para vengarse sacó del lavadero una tabla para hacer de tamborilero y se sentó en un taburete con los palillos en la mano.

Durante un momento redobló suavemente.

—Está bien, juega a tocar el tambor, diviértete como si yo no existiese. Te pido que me empujes y haces como si me hubiera muerto. Naturalmente, eso es lo que estás deseando.

Por un momento no se oyó otro ruido que el que hacía el abollado reloj colgado debajo del crucifijo fosforescente. Luego Frankie improvisó un largo, seguro y sostenido redoble.

Le gustaban los tambores porque también eran cuestión de pulso. Así es que redobló dos veces su propia versión del *Canto de las Islas*.

—¿Sabes? —dijo Sophie cuando él hubo acabado—. Gertie Michalek, esa que tiene en la muñeca un antojo parecido a una patata, cada vez que se queda encinta sabe si será una niña porque le entra un gran deseo de comer patatas fritas. ¿Y sabes qué le pasa, Frankie? Todas las veces que su hija come una patata, las hojas de la patata brotan en el antojo de Michalek. ¿Qué te parece eso?

No hubo contestación. Frankie trató de no alterarse por nada.

—Estoy buscando una colocación para tocar el tambor, Zosh —dijo inclinándose hacia delante para empezar de nuevo.

Precisamente en ese momento ella comenzó a hacerle señales con la linterna (punto-punto-línea-punto-punto-punto) en una clave que acababa de inventar.

—¿Qué te estoy señalando ahora? —le preguntó. Ya estaba harta de oírle tocar el tambor. Si no quería empujarle la silla, tendría que iniciar algún juego.

Echándose el pelo hacia atrás, Frankie sintió que los palillos se le enfriaban entre las manos.

—Lo único que puedo adivinar es que en tu tejado hay goteras —dijo por fin.

Sabiendo que no le seguiría el juego, Sophie empezó a dar golpes con la linterna sobre el brazo de la silla, traduciendo la clave secreta en un Morse más secreto aún, mientras una débil y maliciosa sonrisa brillaba en sus labios. Sonrisa que ocultaba su conocimiento del último truco inventado por él, ya que la primera noche que había subido la tabla, lo había adivinado. Aquello no era más que una excusa para no empujar la silla. Sí, eso era en realidad la tabla de practicar. Toda la charla sobre su deseo de tocar en una banda de verdad, inscribirse en el sindicato de músicos y ser honesto no eran más que otros tantos trucos para zafarse de su verdadera obligación.

Pero ella también tenía en la manga un truco o dos de su propia invención. Le observó mientras él trataba de evitar la luz de la linterna.

Durante un momento ella sostuvo la linterna en equilibrio sobre el brazo del sillón de ruedas, mientras él mantenía los palillos sobre la tabla. Por último metió la tabla y los palillos debajo del lavadero y echó la cabeza sobre los brazos cruzados. Entonces ella guardó la linterna con una profunda sensación de triunfo:

—Está bien. No te preocupes de poner sobre el fuego el caldero con el agua para lavar los platos. Quédate así con la cabeza, y ya verás cómo los platos se lavan por sí solos.

Frankie se levantó, cogió de la estantería una baraja estropeada, apartó a un lado el plato sucio e hizo saltar la baraja entre sus dedos.

—Naturalmente, lo has apartado a un lado para que se encargue de él la criada. Y ahora vas a empezar a echarle las cartas tú mismo como un tonto.

—Esta noche no hay más que cincuenta cartas en la baraja —le reprochó dulcemente Frankie—. Me figuro que hoy has tenido de nuevo una pequeña avería.

—Querrás decir conmoción, tonto.

—No. He dicho avería... Se ve que has vuelto a golpearte la cabeza.

—Mi cabeza está bien. Es la tuya la que no funciona como es debido. Tu madrastra siempre decía que si no te hubieras casado estarías ahora en un manicomio. Tu madrastra...

—No era mi «madrasta» —protestó Frankie, sinceramente molesto.

—¡No irás a decirme que era tu verdadera madre! ¿Crees que no sé bastantes cosas de ti?

—Te digo que no era mi madrastra. Era mi madre adoptiva e hizo por mí todo lo que pudo. No era mi madrastra en el sentido que entiendes tú.

—Hizo tanto por ti que ahora no sabes si está viva o muerta. —Sophie comprendió que había dado en el blanco y se dispuso a asestarle el golpe de gracia. —Tanto hizo que ni siquiera fue a la escuela cuando a ti y a los pillastres os pescaron con los dados en el cuarto de la caldera. Si hubiera ido habrías podido ser como los otros.

—No es que no quisiera ir, Zosh —insistió Frankie—. Estaba avergonzada de no hablar bien el inglés, ya lo sabes. Hizo todo lo que pudo.

Sophie volvió al ataque.

—Yo tengo más seso en la punta de los dedos que toda tu familia tiene en la cabeza. En vez de sesos, tu familia tiene huevos estrellados. ¿Me vas a traer o no ese condenado perro? Eso es lo que quiero saber.

Un lastimero aullido subió por el hueco de la escalera. Sentándose con la espalda vuelta hacia la mujer, el tahúr preguntó con fastidios:

—¿De veras quieres un perro, Zosh?

\*\*\*



—La cerveza no es buena para ti, Zosh —le recordó Frankie—. El doctor dijo que no te sienta bien porque no puedes hacer ejercicio. Te hincha el vientre y las burbujas se te suben a la cabeza. Toma —añadió ofreciéndole la baraja—, coge una carta.

Los dedos de ella sobre los de él se agarrotaron como garfios. Retiró la mano con rapidez.

—Todas las cosas son malas para mí —se lamentó ella, tirándole las cartas de un manotazo—. Ni me conviene un cachorrillo ni un poco de cerveza. En Navidad voy a cumplir veintiséis años, y ya estoy hecha una vieja.

Repentinamente la seguridad de haber perdido todo lo bello que hubiera podido tener la enfureció:

—No quiero que nombres más al doctor, ¿has comprendido? ¡No me gusta!

—¿Qué es lo que te agrada entonces, Zosh?

Apenas se dio cuenta de qué le había preguntado.

—Lo que me gusta es la cerveza negra. —Casi le había aplastado contra el lavadero con las ruedas del sillón tocándole los zapatos—. Eso es lo que me gusta. ¡Ah, maldito! ¿*Todavía* no sabes lo que quiero?

Cuando su voz adquiría ese tono estridente le recordaba el fragor de la artillería y el repentino tableteo de las ametralladoras.

—Alguien ha estado hurgando el cerrojo esta noche —dijo separando de las ruedas las puntas de los pies.

—Es la forma que él tiene de llamar —explicó Sophie—. Lo hacía así antes de que tú partieras, pero entonces no te diste cuenta y me temo que nunca te darás.

Trató de retirar la mano.

—Todo el mundo tiene derecho al menos a un poquito... —dijo con voz lastimera.

—¿Un poquito de qué, Zosh?

—Un poco de cerveza, un poco de alegría —contestó ella—. Un poco de alegría, un poco de cariño.

—¿Qué clase de cerveza te gusta más, Zosh? —preguntó Frankie, tratando de calmarla.

—¿Qué clase? ¿Qué clase? —se burló ella con una voz que sonaba como un despertador de noventa y ocho centavos en un cuarto desalquilado—. Hace tanto tiempo que no he probado la cerveza que ya no sé qué clase me gusta.

Pero las botellas del día anterior estaban rodando detrás de su silla.

—No lo sé, Frankie —se lamentó como una niña—. ¿Cuántas clases hay? Ya ni me acuerdo de las marcas.

—Pues hay *Budweiser* —contestó él con indulgencia, enumerándolas como si fueran parientes lejanos—. Hay también *Schlitz*, *Blatz*, *Pabst* y *Chevalier*. «Bebed *Chevalier*, la cerveza que alegra» —dijo recordando el anuncio de la radio. Con todo, no podía evitar la sensación de estar encerrado contra la pared por algo más que por

un sillón de ruedas de segunda mano.

—A mí me gusta cualquier marca que tenga espuma —dijo ella, y ahora su voz sonó alegre, como si la imaginaria espuma estuviera refrescando ya su lengua—. Cualquier marca con mucha espuma. Cerveza tibia, cerveza fría, cerveza caliente. Me gusta la cerveza.

—También a mí me gusta la cerveza, Zosh —le aseguró él.

—Me gusta la cerveza —insistió ella monótonamente—. Precisamente es lo que me gusta. Cerveza tibia, cerveza fría, cerveza añeja, cerveza espesa, cerveza clara y la vieja cerveza de Goebbles. Me gusta la cerveza, Frankie.

—Ya lo sé, Zosh.

—También me gustan los Grandes Lagos. ¿Sabes por qué? Porque allí está la marina. Me gusta la marina, cualquier marina: la marina irlandesa, la marina mejicana, hasta la marina de Dago. Me gusta la cerveza, me gusta la marina, los barcos a pique y los barcos a flote. También me gustan los actores de cine. Dame actores de cine. ¡No sabes cuánto me gusta todo! También me gusta bailar, Frankie.

—¿Quieres que baje y suba medio litro? —preguntó Frankie, que habría dado cualquier cosa por salir de aquel rincón.

—Puedes bajar y traerme el perro que me prometiste —replicó ella, habiendo adivinado con rapidez que él estaba tratando de apartarla deliberadamente de su deseo de tener un perro.

—He estado treinta y cuatro meses aguantando jumentos con galones de cabo —dijo Frankie amargamente—. «Cuádrese, soldado». «No hay permiso para usted, soldado». «Quítele el polvo a la carabina, soldado». «Coja esa maroma sobre la que acaba de pasar, soldado». Esto es lo que he tenido que aguantar, ¿y crees que he vuelto a casa para escuchar tus charlatanerías? Si no hablo te vuelves loca, y si digo algo me rompes la cabeza. —Apoyó la espalda contra el lavadero, la miró con los ojos hinchados y oyó a su propia voz decir con dolor—: Ya no sé si vengo o me voy, Zosh.

—Yo creo que estás a punto de irte —repuso ella. Le miró fijamente y empujó un poco más la silla hasta que las ruedas se apoyaron sobre las puntas de sus botas militares—. ¿Sabes en qué consiste la ruina del mundo? —inquirió para contestarse ella misma—: Consiste en la terquedad, ¿sabes qué hay de malo en ti? Que eres un testarudo. Por eso eres mi ruina. Por eso te empeñas en no traerme un perro.

—Tú no sabes nada de perros —se defendió Frankie.

—Tú sí que no sabes de perros.

—Se te escapará —dijo él mirándola con ojos medio cerrados.

—Lo tendré atado. Los perros siempre están atados.

—¿Y para qué quieres un perro que esté siempre atado? ¿No te parece que a los perros les gusta también tomar el aire de vez en cuando?

No la convenció. Se quedó pensativa por algún tiempo y al fin dijo:

—Cariño, ¿has oído hablar de la chica que tenía una fresa en la espalda? Siempre

que comía fresas se le ponía encarnada.

No, Frankie no había oído hablar de la chica con una fresa en la espalda.

—Pero eso no es nada —le aseguró Sophie—. En «Saloon Street» había una mujer encinta. Un día le mordió una rata. ¿Y sabes cómo nació la niña? Pues con una marca en la cara con forma de rata. Tenía una cola con vello y todo.

Frankie se dio cuenta de que no escuchaba sino el incesante murmullo del tránsito. Sin querer dio un golpe a la taza que estaba en el brazo de la silla de ruedas. Se hizo añicos. Entonces Sophie tiró la salsera.

—¿Por qué rompes los platos?

—Porque me hace gracia.

—Bien —convino él amigablemente—, a mí también me hace gracia.

Y empujó la sopera fuera del fregadero.

Sophie dio vueltas con rapidez a las ruedas y corrió hacia el gabinete, tan pálida como la almohada que le sostenía la cabeza.

—Con que te gusta romper cosas, ¿eh? —preguntó en voz tan baja que él apenas la oyó, y tiró del periódico que había debajo de los platos amontonados. Todos ellos se estrellaron ruidosamente contra el suelo, y entonces ella, dominada por un verdadero frenesí, hizo rodar el sillón hacia atrás y luego hacia delante sobre los restos de su mejor vajilla, rompiendo los pedazos en otros pedazos más pequeños.

Frankie cogió su gorra. Necesitaba aire. Necesitaba dormir. Necesitaba un buen trago de bebida fuerte. Necesitaba cualquier cosa que le proporcionase una corta hora de paz.

—Tú y tu maldito perro —le dijo parándose en la puerta—. Tú y tu maldita vajilla. Tú y tu maldito sillón. Lo que os hace falta es una buena paliza.

La puerta dio un golpe terrible, quedó medio entornada y luego estuvo bamboleándose un buen rato.

—Te enfurece que también me guste la cerveza —gritó ella.

—Quítate las enaguas sucias —contestó él por encima del hombro, tropezando con un escalón suelto.

Sophie pensó que de nuevo todo había sido por culpa de él. Hasta el perro del piso de abajo empezó a ladrarle. Pero lo que más le fastidiaba era que la llamara con nombres sucios. Pensó que nada podía corregir a un hombre que llamaba a su mujer cosas sucias, del mismo modo que no era posible volver a su primitivo estado la loza rota.

Le dolió agudamente que sus platos se hubieran partido. Los mejores platos de su difunta y querida madre estaban hechos pedazos a sus pies porque Frankie Majcinek había cambiado hasta el extremo de echarle en cara el hecho de que estuviese tullida, abandonando luego la casa furioso como si no fuera él el principal responsable de que ella estuviera inválida en el sillón.

Sin embargo, sus ojos reflejaron una gran satisfacción a la vista de los sucios restos de vidrio. No cogería ni un solo pedazo. Lo dejaría así para cuando viniera

Violet Koskozka, que siempre decía que Frankie era débil. De ese modo le haría ver cómo era de malo para quien tenía que vivir con él. Les haría ver a todos la vida que tenía que soportar a su lado. Haría ver a todo el mundo qué carácter tenía su polaco.

No recogería ni un pedazo. Los dejaría en el suelo para que cada vez que viniera viese lo que había hecho, hasta que al fin comprendiera que lo mismo había hecho con el corazón de la pobre muchacha: mil pedazos que nunca se podrían unir de nuevo. Pero algún día que jamás podría olvidar tendría que arrodillarse él para recoger hasta el último fragmento y clavárselos en su propio corazón. Entonces vendría a implorar su perdón. Y ella le contestaría: «Es ya demasiado tarde, Frankie. Has recobrado el sentido demasiado tarde».

«Después de todo —pensó—, si hubiera empujado el sillón como era su deber, yo no habría tirado la taza. Si no hubiera sido por él yo estaría esta noche en San Wenceslao».

El perro que había ladrado en el piso de abajo sabía también que Frankie rompía todo lo que tocaba: las vajillas, los corazones de mujer o los cuadernos de notas de los vagabundos. El perro aulló y Sophie supuso que Frankie le había dado una patada despechado contra todos los perros.

«Sin duda ha creído que me pegaba a mí —pensó—. Debiera decirle que quiero un caballo. Tal vez así se rompería el pie».

Una punzada de placer le penetró con tal violencia que la sintió hasta en los huesos de las piernas tullidas.

Se puso a cantar en medio de las ruinas de su vajilla:

*Cerraré mi corazón  
y tiraré la llave.  
Conozco todos los trucos  
que me has jugado...*

Se calló al escuchar la voz de una mujer que hablaba en la escalera. Debía ser Molly riñendo con Frankie por haberle dado una patada al perro. También esa arrastrada sabría lo que era bueno. Se la tenía guardada desde que Frankie se la había llevado a bailar aquella noche. Con súbita y pueril alegría hizo rodar la silla hasta la puerta. No todas las noches había tanta diversión para sus ojos y sus oídos.

—La próxima vez que te sientas nervioso le das patadas a tu propio perro —estaba gritando Molly, mientras todas las puertas de la vieja y destartada casa se entreabrieron para que los vecinos asistieran a la batalla que se libraba en el primer piso.

A Sophie le pareció que Frankie hacía penitencia, porque no decía ninguna de las palabrotas que acostumbraba decir cuando reñía con su mujer. No se atrevía a soltar insolencias delante de una vagabunda como aquélla. Se lo imaginaba con la gorra en la mano y la cabeza baja.

Frankie tenía la gorra en la mano, efectivamente, pero no escuchaba nada. Una Molly de ojos negros estaba delante de él con el cachorrillo en los brazos, tan irritada que había olvidado que no estaba lo bastante vestida para permanecer en la puerta. Su irritación fue cediendo conforme fue comprendiendo que si Frankie bajaba los ojos no era por humildad. Entonces cerró la puerta estrepitosamente.

Frankie no dio un paso. Se quedó quieto, rechinando los dientes.

—¡Bah! —dijo por fin—. Una mujer con tu palmito no debiera estar casada con un payaso como John el «Borracho». No tengo un perro al que darle una patada, Molly —le gritó desde el otro lado de la puerta.

Molly contestó rogándole que se fuera.

—Siento haberte ofendido, Frankie. Puede que el perro molestara demasiado y se haya merecido una patadita.

Después de todo, ¿qué costumbre era ésa de molestar cuando se debía el alquiler?

Frankie oyó el rechinar del sillón de ruedas contra la barandilla de arriba. Sophie había estado escuchando todo el tiempo.

«Zosh se está volviendo curiosa. Antes no era así», pensó con disgusto.

\*\*\*

El cartel que había sobre la caja registradora del bar «La Maroma y el Mazo» revelaba la actitud de Antek el «Patrón» hacia la «West División Street»:

ME HAN PEGADO, PATEADO, RETORCIDO, DEFRAUDADO, TIRADO AL SUELO, DETENIDO, REBAJADO, CALUMNIADO, ENGAÑADO, DESILUSIONADO, CONTRARIADO, INSULTADO, PEGADO EN LA CABEZA Y CASADO. POR LO TANTO, ADELANTE Y PIDE FIADO. NO TENGO INCONVENIENTE EN ELLO.

Los clientes de Antek, desde el «Contador» hasta Schwabatski, consideraban al bar de la acera de enfrente con el más profundo desprecio. Porque el local no tenía siquiera la elemental sinceridad de declararse una taberna: era un *club*, ¡mucho cuidado! «Club Safari», especializado en bebidas mezcladas.

En «La Maroma y el Mazo» nadie mezclaba más que *whisky* y cerveza. Pedirle a Antek un *Martini* equivalía a ofenderle. Antek no servía a nadie otra cosa que no fuera *whisky* o cerveza.

*Maroma y Mazo.*

*Tira y afloja.*

*Old Fitz, Old Crow u Old McCall,*

*si estás sin blanca vete a casa.*

*Eso es todo.*

No era sólo la única creación poética de Antek: era también su cota de malla. La

había escrito en el reverso de una lata destinada antes a anunciar *Coca-Cola* y la tenía colocada como advertencia a los gorriones que merodeaban todo el día por la acera inmediata a la taberna.

Antek daba constantes noticias de los que entraban en el «Safari», de los que acaban de llegar o de los que acaban de salir. Desde la ventana del «Safari» se podía destruir la reputación de una persona sin siquiera molestarse en poner el pie en la barra metálica que corría a todo lo largo de la base del mostrador.

—Ayer vi a Louie con unos tipos y bebían no sé qué con ciertas hojas encima.

Esto ponía a Louie en muy alto nivel social dentro de «La Maroma y el Mazo».

Porque Antek había permanecido fiel a los viejos tiempos y a las viejas costumbres, al *whisky* común y a los amigos bien escogidos. Ni grandes luces de neón ni suaves luces fluorescentes alumbraban su techo o sus paredes, pero había gran cantidad de serrín en el suelo y una barra dorada, pasada de moda, para cuatro taburetes del bar. En los reservados las partidas a un centavo tenían lugar desde el mediodía hasta las cuatro de la madrugada. Si alguien entraba ya borracho lo enviaba al lugar de donde venía, pero si había empinado demasiado de sus propias botellas, se las componía para que no pasara de largo por su puerta.

A veces hablaba de la televisión.

—Eso no sirve para nada —le dijo un día a Frankie.

—¿Que la televisión no sirve, «Patrón»?

—Bueno, sirve en un sentido, pero no resuelve nada. Un cliente pide una cerveza, mira la pantalla y me pregunta: «¿Cómo está el marcador?». Yo no lo sé, porque he estado demasiado ocupado para seguir la emisión. Todo lo que puedo hacer es preguntarle a un tipo que haya estado mirando: «¿Cómo está el marcador?». Éste tampoco lo sabe. Cree que es ocho a tres, pero no está seguro. «¿Quién está de interior?», pregunta un nuevo cliente. Yo no lo sé y se lo pregunto al tipo que estaba mirando: «¿Quién está de interior?». Pero tampoco él lo sabe. Toda la tarde se pasa así y yo acabo por empinar la botella en vez de servir. Hay que tenerlo todo en consideración, ¿y por qué ha de ser así? ¿Por qué tengo que saber si ha ganado Luke Applin o Everett Somebody? A mí lo único que me interesa es que alguien me pida un *Old Fitz*.

Frankie aprobó comprensivo con la cabeza y pidió un *Old Fitz*, con o sin televisión.

—¿Para qué cargar con una cosa así? —preguntó Antek con la botella en la mano haciendo que Frankie lamentara haber iniciado el tema—. Cuando estoy sirviendo a un cliente no le oigo decir a nadie: «Aquí está Antek el “Patrón”. El año pasado se sirvieron 5444 cervezas, 11 200 vasos de *whisky* y miles de bollos. Además, incluyendo la doble ración del domingo pasado, se consumieron 3317 vasos de *Old Grand*, 2343 de *Schenlley* y Dios sabe cuántas copitas de *Old Fitz*». Diablos, yo también he batido un récord y cuando me saquen en la pantalla compraré el aparato. No antes.

—En el «Safari» tienen lucha —informó Frankie—. Los clientes entran a beber unas copitas y a ver los luchadores.

En el «Safari» el serrín no alfombraba el suelo ni se permitían jugadores de a centavo. Si se quería jugar había que ir a la mesa 26 o al cuadro de apostar. Daban recibo por cada bebida y ofrecían una representación en la sala cinco noches por semana. Las mesas tenían manteles, las luces eran suaves, la música era buena y no se bebía en el mostrador.

Toda la extraña clientela del «Safari» devolvía su desprecio a los barbudos de Antek: les llamaban «vagabundos» y al mismo Antek lo consideraban demasiado ordinario.

Ahora el viejo ciego Pig estaba sentado ante el mostrador de «La Maroma y el Mazo» con serrín fresco en las suelas y una vieja esperanza en el corazón. Tenía ganas de tomarse una cerveza. Pero nadie venía a sentarse en el taburete que tenía a su derecha, ni en el que tenía a su izquierda.

No se arrimaba nadie a él porque despedía hedor a camero rancio, a ropa sucia y pescado podrido. Estaba sentado solo en un taburete cercano al retrete. Hacía tiempo que se lo había asignado Antek con el pretexto de que el olor a desinfectante del retrete modificaba algo el olor especial del buhonero.

—Así mato dos pájaros con una sola piedra desinfectante —le había explicado—. La gente no notará tu olor. De modo que no te muevas de aquí ni te acerques adonde estén las personas que se lavan. Cuando vayas hacia aquel lado procura colocarte directamente frente a la puerta, y llévate todo el olor a la calle.

—Algunos de esos tipos me pagan copas —apuntó Pig en son de protesta.

—El que alguien te convide no quiere decir que desee beber contigo. Tú te quedas donde estás y yo te traeré la copa. Puedo soportarte porque estoy acostumbrado a ti y porque ése es mi oficio. Pero los clientes vienen aquí a marearse con *Schlitz*, no con tu olor.

A Pig le agradaban tales insultos, aunque pretendiera mostrarse ofendido.

—Ese *Bowlene* que tú tienes no es un desinfectante tan fuerte como tú crees, «Patrón». Dame seis meses más y no tendrás que usarlo nunca. Me sentaré aquí y la gente creerá que puede desinfectarse. El *Bowlene* no vale nada. Lo mejor es el *D. D. T.*

Llevaba encasquetada hasta las cejas una gorra de marino mercante descolorida, y sus dedos tamborileaban sin descanso sobre el mostrador. Al oír a los demás beber a su alrededor se le aumentaba la sed y sus dedos empezaban a moverse como las antenas de un insecto que advirtiera la presencia de un obstáculo a su paso. El obstáculo de Pig era Antek. Porque al «Patrón» no le gustaba la manera con que Pig se comportaba.

—Si tuviera quince centavos me encontraría muy bien —gritó alegremente hacia las voces que oía a su alrededor. Pero los demás sólo oían su propia alegría.

Sólo le oyó el «Patrón». Pero el «Patrón», bien afeitado, calvo y miope, no estaba

dispuesto a enternecerse en el bar.

Los dedos del ciego se deslizaron a hurtadillas sobre el mostrador, se replegaron lentamente e iniciaron el descenso por el sucio chaleco hacia una bolsa de tabaco colgada de su cuello. El ciego tenía la piel de la nuca mucho más blanca que en el resto del cuerpo. Era una piel descolorida, extraña y repugnante.

—Yo he visto mendigos desastrados —dijo Antek—, pero tú eres de aquellos para los cuales se ha inventado el *D. D. T.* ¿Te crees que porque tú no puedes ver a la gente la gente no te ve a ti?

Pig tenía una sonrisa afectada, suave y soñadora para velar su viejo resentimiento contra todos. Sonreía como un gato casero alimentado con pollo.

—No tienen necesidad de verme —contestó mirándose al oscuro espejo de su imaginación con aquella falsa y mantecosa sonrisa—. Basta con que me huelan.

—Te huelen demasiado bien —se burló Antek—. Yo mismo te hubiera prestado jabón, pero no tienes el suficiente orgullo para usarlo.

Pig asintió, bajando los párpados como hombre que adula.

—Yo tengo mi propio orgullo y tú tienes el tuyo. Yo me enorgullezco de ser como soy.

Para Pig la luz y la limpieza eran inseparables: como no podía tener la primera abandonó la otra.

De su malicia sin ojos brotaba un perverso placer de ofender a los hombres videntes.

Los videntes eran una raza hostil. Eran todos los que se lavaban de común acuerdo porque podían verse los unos a los otros. A pesar de haber sido excluido del pacto, aún querían que fuera ambas cosas: inválido y limpio al mismo tiempo. No querían que les molestase ni que él viese. Pedían demasiado.

Ante la ofensa que deliberadamente ofrecía a sus narices y a sus miradas, ellos quedaban desamparados. Tenían que verle y tenían que sentir sus estómagos revueltos por el olor parecido al de hígado podrido.

—Mira, «Patrón», he recogido doce.

Las negras uñas de sus dedos hurgaban en el interior de la grasienta bolsa. Por fin introdujo un dedo, y luego dos, con los cuales sacó un solo centavo, que colocó con precaución sobre el mostrador. A continuación volvieron a buscar otro como hormigas negras que recogen una pesada carga, y así siguió sin descanso hasta que tuvo ante sí la docena de centavos.

—Mira —dijo—. Tengo doce.

Y apretaba con malicia los dedos sobre los centavos, volviendo primero uno y luego otro.

Toda la mugre de la «West División Street» estaba acumulada en aquellos dedos y en los raídos bordes de las prendas militares que los puños dejaban ver. Esas ropas interiores de abrigo, así como una canadiense militar y la gorra de marino las usaba siempre, lo mismo en agosto que a mediados de diciembre. La mugre que tenía en la



cara y en las ropas le hacía parecer más viejo. Apenas había cumplido cuarenta años y aparentaba tener lo menos sesenta.

La bolsa se escapó de sus dedos; alguien se detuvo y se la recogió.

—Algo se te ha caído, Piggy.

Allí estaba Nifty Louie, con sus ojos color de ámbar, sus zapatos de dos tonos, su corbata verde mar y su sombrero tirolés con una ancha pluma roja en la cinta. Su pálida cara parecía retocada débilmente con talco violeta.

—¡Oh, muchacho! —exclamó Pig, sintiéndose aliviado al volver a tener la bolsa entre las manos—. ¿Qué hubiera pasado si hubiese tenido un par de monedas dentro y alguien que no fuera tú la hubiese encontrado?

La idea le hizo apretar los dedos tan nerviosamente sobre los centavos que las monedas mismas parecieron haber empezado a sudar.

Louie bebía rara vez en «La Maroma y el Mazo», y Pig no entraba en el «Safari» sino por la puerta de atrás, de manera que para sus pequeños negocios bastaban un vaso de cerveza para él y otro para Pig.

—¿Qué tal te va, Piggy?

—Malamente. ¿Y a ti cómo te va, Fomorowski? ¿Me pagas un vaso o quieres hacerte el tacaño?

—¿Qué estás bebiendo?

—Querrás decir qué es lo que quiero beber. Yo quiero todo lo que me den.

Levantó el bastón blanco, lo volteó en el aire, lo empujó rápidamente debajo del brazo para dejar libre la mano de beber y lo dejó allí fijo como cogido con un garfio.

—¡«Patrón»! ¡Servicio aquí, por favor! —gritó.

—Fomorowski, ése es exactamente el nombre que me corresponde —se vanaglorió en voz baja «Ojos de Ámbar»—. Pero soy Louie el «Elegante» desde el centro hasta «Clark Street». «Patrón», sirve una cerveza aquí a mi amigo.

Echó rodando con desdén una moneda nueva a lo largo del mostrador. Luego dio un golpecito a Pig y susurró:

—¿Qué costumbre tienes, «Conejo»?

Por alguna razón, esta pregunta sin sentido alegró al ciego. Sonrió disimuladamente y se sonrojó hasta las sienes. Antek le trajo un vaso de cerveza y recogió la moneda.

—He aquí un garrafón, Piggy —y guiñó un ojo a Nifty Louie—. A todos los demás les cobro quince centavos, pero a ti te lo sirvo por diez.

A Pig se le descolgó el labio inferior, se relamió para quitarse la saliva, tomó un sorbo de cerveza y dijo ¡aaah! como si estuviese haciéndose cosquillas en la lengua. Luego recorrió el vaso con sus lívidos dedos y por fin gritó con tanto dolor como si se hubiese cortado:

—¡Para la panza de tu suegra será un garrafón, no para mí!

Apresuradamente metió la lengua en la espuma como un gato la habría metido en natillas. Sorbió despacio, sólo para tener el placer de saber que cuando quisiera

podría tener toda la cerveza en su garganta. De pronto vació el vaso tan de prisa que la cara se le quedó blanca de espuma alrededor de los labios. Al sentir la cerveza en la garganta se irguió a medias y luego volvió a sentarse visiblemente aliviado.

El libertino, grosero, abyecto y obscuro personaje se echaba la cerveza en la boca de tal manera que a Antek le daban ganas de pegarle cada vez que bebía. A todos les entraban deseos de pegarle, por la deliberadamente ofensiva lanera que tenía de hacerlo. Pero sabía que aunque todos deseaban pegarle, nadie se atrevería a hacerlo.

Sonreía para enseñar las encías. Eran grises y tenían un margen lívido allí donde los dientes sangraban por las raíces podridas. Cuando se las enjuagaba con la cerveza, el vaso se manchaba de saliva rosada. Antek miraba y se apartaba del fétido aliento del ciego.

Pig volvió a llevarse el vaso a los labios mientras la cerveza le corría por la cara y le goteaba sobre la mugre de la ropa. Suspirando, sofocado y gruñendo, por fin soltó el vaso y todos los clientes del bar respiraron aliviados.

—¡Muchacho! Yo sé beber cerveza. Y fumar también —le dijo al obscuro espejo del bar que siempre veía en su imaginación—. Aquí quisiera yo ver a la amiga de alguien. —Sus labios se movían despacio, siguiendo los recuerdos—. ¡Eh, muchacho! ¡Si yo pudiera tener algo más de cerveza!

—¿Te gustan las chicas, Piggy?

—¡Vaya si me gustan!

—¿Y las patatas con salsa?

—¡Muchachos, las patatas en puré y anegadas en salsa! —A Pig se le estaba cayendo la baba—. Y las chicas también, tú lo has dicho. Por la panza hinchada de tu suegra, tú lo has dicho.

—¿Otra vez sin blanca, Piggy?

—Tú lo has dicho.

Se silbó a sí mismo una canción, viendo por encima del hombro de Nifty Louie una escena de revista en el escenario de su imaginación: una revista que parecía una noche de carnaval y que sólo se representaba para Piggy como se había representado en tiempos cuando aún veía.

La vista le había fallado por primera vez cuando presenciaba una revista, y durante muchos meses después de haber caído sobre sus ojos aquel telón final de la ceguera, estuvo viendo en su imaginación el espectáculo. Luego, cada vez que se lo proponía, podía volver a ver aquella revista poblada de payasos mejores que nunca y de mujeres mucho más bonitas que las que había visto realmente con sus ojos. Nunca le había hablado a ningún vidente de esa revista privada. Y ni siquiera se extrañaba de que las figuras que había detrás de sus ojos cerrados se movieran tan rígidamente como muñecos de cuerda. A él le parecía que tenían vida real.

Sentado en su taburete como un pianista en tempestuoso concierto, sus dedos avanzaban, retrocedían, apuntaban, se retorcían, se estiraban, se doblaban y resbalaban por el estropeado mostrador del bar, dejando tras ellos una huella húmeda

y pegajosa como el rastro de un insecto.

—¿Quieres hacer un recado para mí, Piggy?

—Haré todo lo que pueda.

—Te voy a poner en contacto con una preciosidad. Se trata de una muchacha que está alojada en el hotel de «Clark Street».

—¡Oh, muchacho! A esa clase de hotel..., llévame pronto, Fomorowski.

Entonces sintió el leve golpe que Louie le dio con la punta del dedo; comprendió que había entrado alguien a quien ambos conocían demasiado bien y cerró la boca en virtud de un viejo acuerdo.

Frankie Machine, mirando fijamente al suelo, pasó pegado a la pared sin decir una palabra ni hacer gesto a ninguno de los dos.

—¿Buscas a alguien, tahúr? —preguntó Louie, no tanto para obtener una contestación como para indicar a Pig que el tahúr había salido de nuevo del último lío.

Pero Frankie se dirigió hacia el fondo de la taberna, donde un borracho solitario estaba apoyado peligrosamente sobre un anuncio verde en forma de siete. Y allí, acurrucado a los pies del beodo mientras los demás miraban indiferentes, Solly Saltskin estaba preparando una fogata.

Metódicamente había apilado papeles, cartones rotos y paquetes de cigarrillos vacíos debajo de la silla inclinada, y estaba amontonando serrín alrededor.

—Le voy a calentar los pies a Shooie —le explicó seriamente a Frankie.

—¿No te parece que ya tenemos bastantes molestias sin que te pongas a quemar a la gente? Ven, te voy a invitar una cerveza para evitar que mañana estés a la sombra.

El borracho levantó la cabeza y se echó hacia delante como si también él hubiese sido invitado, pero la cabeza volvió a caerle pesadamente sobre el pecho y su imaginación volvió a la discusión que sostenía con los compinches de sus sueños.

—Di que Shooie es un buen tipo. Dilo. Lo que Shudefski promete, Shudefski cumple. Ponme derecho. Choca, aquí tienes el mejor amigo que hayas tenido nunca. Ya conoces a Shudefski. Ven aquí. Quiero que conozcas al mejor amigo que un polaco haya tenido en la vida.

—Quiero que me proporciones un perro —dijo Frankie al «Gorrión»—, y no me importa dónde lo robes. Pero no quiero ningún lobo de tu callejuela. Quiero que sea casero, que no dé mucho que hacer y que no tenga pulgas. Algo que parezca un juguete, para que Sophie tenga con qué entretenerse y yo pueda quitármela de encima. Y sobre todo que no sea una perra que empiece a tener cachorros la semana que viene. ¿Te haces cargo?

El «Gorrión» se sintió feliz al tener una misión. Le dio vuelta a su gorra hasta que la visera apuntó hacia atrás, salió disparado y sólo volvió la cara para preguntar:

—¿Por qué no te llevas a *Rummy*? Necesita un hogar. ¡Eh, *Rummy*!

Llamó y algo se movió en las sombras.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la obscuridad, Frankie distinguió al gato

sordomudo de Antek mordisqueando afectuosamente la oreja de *Rummy*. Pero *Rummy* ladraba soñoliento, persiguiendo en sueños a un gato gordo. Encima de ellos el borracho con el serrín vertido sobre los pies susurraba algo. Luego, inclinándose otra vez hacia delante, gritó en voz alta y clara:

—¿Quién es el que deja escapar el aire de estos asientos? —Y se echó otra vez hacia atrás.

La pregunta despertó a *Rummy*. Se levantó, se rascó las costillas, lamió con tolerancia al gato mientras arqueaba el lomo con fingido temor buscando el suave calor del globo de la caja.

Frankie experimentó una sensación de disgusto cuando vio al escandaloso esperpento. El perro tenía dos defectos: estaba hinchado y parecía un cuervo.

—Es de pura raza, Frankie —aseguró el «Gorrión» al notar la consternación de Frankie—. Es una especie de irlandés polaco, y cada pelo suyo me pertenece. A nadie más que a ti se lo confiaría.

—Yo diría que es de pura raza... vagabundo. Yo no puedo sostener un animal como ése hasta que haya trabajado algunos días.

—Devolverá las botellas vacías, Frankie. Le he enseñado cómo tiene que hacerlo.

Silbó suavemente y el perro fue hacia él con los ojos legañosos brillando como señal de alarma en la niebla. Frankie sintió el frío y áspero hocico sobre su mano y oyó al perrazo hipar con fuerza.

—Ven aquí, preciosidad —ordenó el «Gorrión», y se inclinó con una botella vacía en la mano para que el perro la recogiese.

*Rummy* cogió la botella con seguridad entre las mandíbulas y empezó a recorrer un círculo como un caballito de circo, con gran admiración por parte de Frankie.

—Eso lo hace tan bien porque tiene una cuarta parte de perro de caza explicó el pillastre.

—Sí, y tres cuartas partes de zángano borracho —añadió Frankie—. Se figura que está ganando una copa en la casa.

—Eso no es cosa para avergonzarse, ¿no? —respondió el «Gorrión».

—Puede que si tuviera un hogar se corrigiera —dijo esperanzado Frankie.

—Si yo lo tuviera también me corregiría —asintió el «Gorrión» seriamente, pensando en la perrera de la «División Street» que él llamaba habitación. Aunque había abandonado su negocio de robar perros, el cuarto olía aún a los que había encerrado en los días anteriores a su encuentro con Frankie.

En la habitación había aún collares para perros, chapas metálicas, bozales y correas grasientas. En aquellos días todo lo que hacía falta para conseguir un perro del «Gorrión», ya fuera un pequinés o un perro muerto, era un depósito de cincuenta centavos.

—No lo hago porque no tenga confianza en usted —se disculpaba con el cliente—. Es a causa de la provisión de morcilla. ¿Ha dicho usted que me pagaba una copa?

Nunca había conseguido que un cliente le invitara a más de dos copas antes de

ponerse en camino hacia el puesto de salchichas más cercano. Al pillastre no se le había ocurrido nunca ir a una carnicería.

—¿Para qué están, pues, los puestos de morcillas? Además, a mí también me gusta el picadillo fresco. Y me agrada sacar las cebollas de alguna.

A él le gustaban las cebollas, aunque algunos perros las desdeñaban. Por las noches recorría las callejuelas, la mirada puesta sobre las tapias de atrás y en la mano la salchicha sin cebolla.

—Yo conocía muy bien todos los callejones cuando me dedicaba a robar perros —dijo a Frankie—. Conocía las mejores ventanas, pues has de tener en cuenta que hice un largo aprendizaje antes de saber robar perros.

Por eso sabía las casas que tenían perro y las que sólo tenían letreros diciendo que los tenían, pero que en realidad no los tenían.

En la quietud de la media luz del crepúsculo quitaba el cerrojo de la verja y silenciosamente hacía que el perro saliera husmeando ansiosamente el olor de la morcilla. Una sola mirada le indicaba si el perro era o no sobornable: todavía no había encontrado ni hombre ni perro que no lo fueran. El hocico del animal rastrea la carne hasta la puerta del tugurio que él llamaba su casa.

Una vez entusiasmado el animal podía ser atrapado como un bebé cansado. Pero el «Gorrión» no perdonó nunca a uno que después de comerse tres morcillas enteras le clavó los dientes en la mano y empezó a ladrar como si el «Gorrión» le hubiese mordido a él. Lo peor fue que eso atrajo a la dueña, de modo que aquella noche la pasó en el puesto de policía de la «Saloon Street» acusado de hurto de perros, hasta que «Gran Archivo» pidió a la mujer que retirara la denuncia y ordenó al «Gorrión»:

—Déjate ver estos días, para que podamos saber qué tramarás después de esto.

Tras esta aventura, el «Gorrión» había planeado envenenar a la dueña del perro, pero al final se contentó con envenenar al animal.

Una vez que tenía al perro en el cuarto, el pobre chucho empezaba a sentirse narcotizado por los olores de los cien semejantes que le habían precedido. Aquella habitación cerrada no había perdido nunca su olor a perros. El «Gorrión» les quitaba el collar y la matrícula, los substituía por otros menos comprometedores y cogía las tijeras. Por medio de un ingenioso corte de pelo, un toque de pintura negra aquí y de pintura blanca allá, un *pudel* francés se transformaba en un *cocky español*, y los perros de muestra irlandeses resultaban ser *setters*. Un *pudel* de dos meses se despertaba con trazas de *terrier*. Un poco de esparadrapo sobre una indiscreta mancha en la pata izquierda, dos círculos negros debajo de los ojos y la punta de la oreja bastaban. Un cachorro así tratado podía pasar por cualquier clase de perro que se le pidiese en el mercado.

Su obra maestra, el fenómeno que ahora daba vueltas con la esperanza de obtener un vaso de cerveza, era un cruce de pastor inglés con un sabueso de la «División Street».

—Sólo que yo, para abreviar, le llamo un perfecto ratero. Lo que más le gusta es

coger ardillas y sacudirlas hasta que echan fuera las avellanas que tengan dentro — explicó con seriedad—. Tú deberías tener un perro así para procurarte un saco de avellanas. Pero lo malo es que se ha acostumbrado a dar caza a una especie de ardillas muy escasas. De modo que no puede hacer otra cosa que vagar alrededor de las tabernas y esperar a que el clima vuelva a cambiar y las ardillas a dejarse coger.

En realidad, *Rummy* era el perro más feliz de Chicago, pues sólo él, entre todos los innumerables perros de la ciudad, había seguido el curso superior del robo perfecto que enseñaba el profesor Saltskin.

Había estudiado al pie de los filósofos que ganduleaban en la acera delantera de «La Maroma y el Mazo» en espera de que les cayera una ganga.

Había ganado un diploma hurtando a todos los trabajadores uniformados: carteros, lecheros, anunciantes en bicicleta, conductores de tranvía o cualquiera que fuese portador de una fiambra.

—Ha ganado el título de doctor en el Robo Perfecto —presumió el «Gorrión»—. He aquí un perro que ha tenido en la vida mejores comienzos que muchos seres humanos. Le puse *Rummy* de nombre cuando tenía dos meses, y le dije: «No quiero darte agua porque no deseo crearte prejuicios contra algo mejor. A muchos perros se les acostumbra a beber agua y no tienen la oportunidad de formarse una idea propia sobre lo que en realidad les gusta más: si la cerveza, el agua o el *whisky* puro». La gente debiera dejar a una pobre bestia indefensa que se formara su propia opinión. Lo contrario es una crueldad para con nuestros amigos de cerebro débil, como lo es aprovecharse de los pajaritos antes de que hayan aprendido a volar. Hoy ya puedes poner a *Rummy* en la bañera, que ya verás cómo saca fuera su sucio hocico.

—¿De veras?

—Sí. Pero no es de los que mendigan una cerveza y luego se suben encima de ti para dormir. *Rummy* es un perro que aguanta. Mira, está mareado, pero sigue dando vueltas.

Se acercó a él y lo puso en dirección opuesta, lo que no sabemos por qué motivó que el animal empezara de nuevo a hipar.

—Supongo que no alquilarás un mortero si necesitas un detective, ¿no? Bueno, pues el oficio de *Rummy* es el de entretener. No sabe guardar cajas registradoras. Ni siquiera aúlla cuando alguien se queda tieso. Sólo le da hipo. No le importa el aspecto que tiene ni lo que va a ser de él. Sólo lloriquea cuando el tipo del camión de la cervecería viene para llevarse las botellas, porque no sabe que están vacías. Se figura que se están llevando toda la cerveza del mundo y que no dejarán bastante para él. Cuando los veo venir, yo le digo: «Mira hacia otro lado, *Rummy*». Pero los siente y se le agacha la cola.

—Que no ladre está bien —convino Frankie—. Ni siquiera le ladra a un gato. Con mis propios ojos vi un día cómo el gato de Antek le asustó.

—Miremos los hechos de frente, Frankie —protestó el «Gorrión»—. No fue miedo. Sólo saltó del mostrador para evitar una pendencia. Él sabe que no sería digno

que un animal gordo y grande como él le diera una paliza a un pobre gato sordomudo. Este perro tiene orgullo, Frankie. No peleará con animales más débiles cuando no haya motivo para ello.

—Querrás decir cuando está envuelto en un jarro de cerveza. Yo sólo le veo enseñar los dientes cuando alguien le quita la cerveza de delante.

—No tiene dientes.

—Se le han disuelto en burbujas de cerveza.

—No digas tonterías.

—Mejor será que le hagas dar vueltas de nuevo hacia el otro lado —sugirió Frankie.

Pero *Rummy* se había parado ya tras un último y estruendoso hipo. Soltó la botella a los pies de Frankie y se quedó quieto pidiendo que se la llenaran, con grandes ojos sanguinolentos y melancólicos de alcohólico crónico.

—Se figura que eres el dueño del bar porque llevas corbata —explicó el «Gorrión».

—Súbelo al cuarto —ordenó Frankie—. Tengo que hacer.

El «Gorrión» se quitó las gafas para ver mejor a Frankie.

—¿No puedo ir contigo, Frankie? ¿Adónde vas? Tal vez pueda ayudarte como antes.

—Haz lo que te digo.

Los nudillos de Frankie parecían blancos cuando los apretaba contra las sienes.

—No acierto a dar con lo que estás tramando —dijo el «Gorrión», y cogiendo a *Rummy* en brazos pasó entre Louie y Pig.

Esperó en el portal de Frankie sin saber lo que estaba esperando. Frankie le había dicho lo que tenía que hacer, y él era quien tenía que hacerlo.

Cuando iba a volverse para subir la escalera vio a Frankie cruzar hacia el «Safari».

Detrás de él, Pig esperaba en la acera a que alguien le ayudase a atravesar la calle.

El «Gorrión» miró a su alrededor buscando a Fomorowski.

\*\*\*

El reloj del «Safari» sólo daba la hora del *Convite Clandestino* y de los *Viejos Iniciados*. Como Nifty Louie pagaba el alquiler, Frankie sabía muy bien quién era su dueño.

Lo conocía desde hacía tiempo. Era aquel veterano que viera a la puerta de la tienda de campaña. Recordaba su cara arruinada por el cariño a su propio dolor. Una cara febril, allí en aquella tienda de campaña abierta a todos los vientos cerca de la Meuse.

Aquel individuo era la imagen proyectada por el propio dolor cuando el dolor creciera tanto que no se pudiese soportar. Frankie no sentía compasión por sí mismo,

pero se compadeció de aquel McGantic. Era como si viéndole sufrir a él pudiera comprender mejor su propio sufrimiento. Desde entonces había entrado por el mismo sendero que él y su meta era la misma: Louie.

—En mi bolsillo hay una moneda de plata —le dijo—. Cógela.

Louie registró el bolsillo con el pañuelo liado a la palma de la mano y cogió la moneda. Luego dedicó a Frankie su risa de conejo a través de los dientes.

—¿A qué hora tienes que estar en casa de Schwiefka? —le preguntó.

Frankie se alisó el cabello enmarañado por el sudor seco. Miró el reloj, pero el sudor había empañado el cristal y no podía ver las manecillas. Lo secó con el pañuelo porque su camisa estaba todavía húmeda.

—A las nueve y media. Tengo aún tiempo.

—¿Puedes tomar café?

Frankie lo pensó con cuidado.

—Sí. Pero sólo media taza.

Louie se entretuvo en la cocinilla de gas situada en el rincón y no volvió a mirar hasta que oyó moverse al tahúr.

—El café te sentará bien.

Frankie lo olió, se sentó a la mesa frente a una taza, tomó un sorbo y, sonriendo suavemente dejó caer la cabeza sobre el pecho. Louie apartó la taza antes que su rubio pelo de estropajo se mojase en café.

—Ahora a dormir, con todas tus angustias —se burló.

Frankie le oyó desde un sueño que parecía hecho de copos de nieve. La nieve caía suavemente. Se movía sin esfuerzo, bajaba y luego volvía a subir como una cometa con la cuerda rota flotando donde todos los vientos agonizan.

—No tengo angustias —dijo riendo—. ¿Tienes tú alguna angustia, Louie? A mí me hacen falta un par de buenas preocupaciones.

—Vas a tener un par de docenas si no estás dando las cartas en casa de Schwiefka dentro de media hora —le recordó Louie.

Frankie se tomó el resto del café.

—Perfectamente, amigo. —Sostuvo la taza con el brazo completamente extendido—. Mira. Ni un solo temblor desde el hombro hasta la punta de los dedos. Esta noche los borregos quedarán bien trasquilados.

—Creo que tú mismo eres uno de los borregos más débiles —murmuró Louie de un modo inaudible.

\*\*\*

Se acordaba de los años de noviazgo como se recuerda un país extraño, los años de amistad y los barquillos que vendían en «Boze Narodzenie». Años de dulces canciones. Recordaba «El Chlopek», cantado bajo el árbol siempre verde. Y en lo alto del árbol una estrella solitaria a la que todos los niños buenos tenían que decir:



«*Gwizadka tam ma niebie*». Una estrellita allá en los cielos. Fiestas de la Epifanía, cuando ella y Frankie marcaban los portales de los vecinos con las letras que recordaban los reyes legendarios: M, G y B. Y entre ellas algunas crucecitas para que cuando despertaran los vecinos se acordasen de Melchor, Gaspar y Baltasar, que habían llevado regalos a Belén.

Años en los que las cosas estaban muy bien arregladas, en los que la gente que se portaba bien era recompensada y la que lo hacía mal era castigada. Cuando todo el mundo recibía exactamente lo suyo, ni más ni menos. Sí, buenos tiempos. Ambos habían llevado el cordero pascual a la antigua iglesia de San Esteban para que lo bendijera el Padre Simón.

¿Podía ser cierto que hubiese pasado tanto tiempo? ¿Cómo era posible que ambos hubieran olvidado a Dios tan pronto? ¿Habían sido abandonados por Él o era que el mundo estaba perdido sin remisión posible?

Él estaba más cerca de todos aquellas mañanas, cuando ambos se colocaban a la zaga de los camiones que transportaban malta fermentada y recogían en latas lo que escurría.

En aquel entonces la malta era una bebida prohibida que los camiones llevaban a los labradores para que éstos alimentaran a los cerdos. Pero una mañana ella y Frankie habían bebido en la misma lata y se embriagaron como nunca se había embriagado una pareja de doce años de edad en las callejuelas del «West Side».

Desde entonces, la indiferencia de Frankie la venía martirizando. Se había mostrado tan desenvuelto y libre como ella no hubiera podido serlo jamás y como un muchacho decente no debiera ser nunca. Se había mostrado tan poco cuidadoso con su cariño como si éste fuera algo que podía recoger en cualquier lata vieja como las que usaban al seguir al camión de la malta fermentada.

—Yo no corro tras los tranvías —tuvo la frescura de decirle el día que cumplió sus diecisiete años, después de haberla hecho esperar media hora a pie frente al Pulaski—. ¿Con qué objeto? Siempre hay otro que le sigue a breve distancia. Pasa exactamente como con vosotras las mujeres. Tan pronto como falla una, lo que hay que hacer es mirar hacia atrás por encima del hombro y ver a otra deseando que la llamen.

—No estoy dispuesta a oír esa clase de conversación —replicó ella, dando pataditas rabiosas—. Yo quiero que estés donde supongo que has de estar y cuando supongo que debes estar, vestido como si fueras a ir al *Aragon* y no a jugar una partida en esa pocilga de *Wieczorek*. Eso es lo que quiero.

—En el infierno hay gente que quiere agua helada —le contestó él con risa de conejo.

A veces parecía que no le importara ella. Cuando le acusaba de dedicarse a pasear con otras muchachas, él confirmaba con su risita todas las sospechas que ella tenía. ¿Quién era capaz de avergonzar a un tipo así? Parecía que para él no había ninguna diferencia en citarse con una estudiante, una enfermera, una idiota, una bailarina de

*shimmy*, una divorciada o una pobre vagabunda cansada: se citaba con cualquier cosa que tuviese faldas, y las trataba a todas con el mismo desdén.

Una tarde se estuvo paseando por el «Boulevard Augusta» con una buena pieza harto conocida. Al día siguiente, Sophie quiso echarle en cara el hecho que su propio padre había presenciado. Durante un momento, Frankie hizo como si ni siquiera se acordara.

—¡Ah, sí! —recordó por fin—. Te refieres a Lily Splits. Sí, cierto, paseamos un poco. Siempre lo hacemos. Splits me estima. Y yo estimo a Splits. Es una pobre chica. Estuvimos dando una vuelta por los alrededores.

—¿Sólo una vuelta por los alrededores?

—Bueno, tonteamos un poco. Splits tiene también su lado serio como yo. Estuvimos hablando de Chester Shudefski. Ya sabes, ése que tiene tanta musculatura.

Ese Shudefski era el amigo de Splits, y en aquellos días estaba empleado en el bar de la viuda Wieczorek. Cuando ella fue a verle tuvo que sentarse en el bar y beberse una cerveza doble, pues todo lo que servía entonces la viuda eran dobles. El caso es que Shudefski se enroló en la Infantería de Marina y esto no hizo gracia a Splits.

—¿Por eso es por lo que vive desde entonces de huevos duros y patatas fritas? —le preguntó Sophie de un modo muy cortés.

—Eso es. Splits cogió la costumbre de sentarse ante el tarro de las patatas fritas como si Chester trabajara aún en el bar.

—¿Y aún sigue yendo?

—No. Tuvo que dejar de ir porque la viuda le retiró el crédito. Ahora sólo come huevos duros.

—¿De veras?

Irritada porque se estaba burlando de ella, le echó las manos al cuello como si quisiera gastarle una broma, pero con verdaderos deseos de hacerle daño. Al hacerlo sus dedos se encontraron con los ricitos de la melena sobre la nuca y le faltó decisión.

—Eres mi amor y nunca podría hacerte daño —aseguró con ternura.

Era él quien ganaba siempre en estas escaramuzas, aunque nunca llevara razón.

\*\*\*

Habían estado bebiendo en «La Maroma y el Mazo» con el «Patrón», que servía algo llamado la «Bomba A». Era ya hora de volverse a casa y los clientes del bar estaban pidiendo el último especial y el último disco.

El «Patrón» no sirvió más especiales, aunque autorizó que se tocara la última canción:

*Nada quedó para mí  
de aquellos días pasados...*

Mientras tanto el hijo de Antek recogía las últimas migajas del bote de las patatas fritas.

—¿De quién es esto? —preguntó Antek con impaciencia, sospechando que alguien quería gastarle una broma pesada.

Entre el fonógrafo y un anuncio alguien había abandonado una muleta rota. A Sophie la cosa le pareció tan cómica, que por ese motivo quiso convidar a Antek a un triple de *whisky*.

—El *whisky* que vendes debe ser bueno, «Patrón» —le aduló Frankie—. Los clientes vienen aquí con muletas y se van por su pie.

—Habría sido algún tipo a quien le ha ido bien en las carreras —decidió Antek, y convidó a Sophie y a Frankie a dos triples de *whisky*.

Ellos le invitaron a su vez, y cuando Antek fue a apagar las luces se tambaleaba tanto que le costó trabajo encontrar el interruptor, y Frankie tan tieso que se sostenía con trabajo en el taburete. Demasiado tieso para preocuparse del loco que se había dejado olvidada una muleta rota entre la gramola y un anuncio.

Cuando estaban ya a dos puertas más abajo de su propio portal, le dio por ir a ver qué hacía la gente en Milwaukee, y Sophie no tuvo más remedio que seguirle la corriente.

Estaba tan bebido que apoyó la cabeza en el volante al llegar a la Avenida Ashland. Ella quiso tomar el volante, pero él no la dejó, gruñendo un estribillo de borracho: «La guerra terminó, terminó, terminó, terminó para Frankie... que guía como baraja, y baraja como vive. La guerra terminó, terminó...». Sophie gritó al oír el golpe cuando chocaron con un tranvía de la línea norte.

—Pasa pronto, atontado. ¿O es que quieres llevarte el tranvía por delante?

Frankie pisó el acelerador y quiso salvar la esquina. Pero no había tal esquina. Chocaron contra la luz del refugio de seguridad, saltaron por encima de la base hecha pedazos y fueron a dar estrepitosamente de costado con un cuadro de anuncios que ofrecía a todo Chicago el nuevo *Nash*, en pasta y papel.

En menos de veinte segundos la solitaria Avenida Ashland estuvo atestada de curiosos y en las ventanas empezaron a brillar luces, como si la gente hubiera estado sentada en la obscuridad esperando a que se produjera el accidente. Llegaron el cojo, el enfermo, el indolente, el asustadizo, el cariñoso y el taimado, recordando alegremente otros desastres locales, empujándose, saltando y señalando con fruición. Llegaron todos aquellos para quienes aún no había pasado nada en el mundo, contentos de que por fin hubiera sucedido algo.

La ley había dado su veredicto. El sargento negó con la cabeza.

—No, no, yo no la he empujado.

Pero la ley no hizo caso.

—¿Quién te ha dado derecho para empujar a una mujer frente a un coche? ¿Estás casado con ella? Enséñame tu licencia.

Un espectador bien intencionado terció:

—Éste no es más que un amigo. El marido es aquel que está sentado en la acera con la cabeza entre las manos. Ha querido atropellar al sargento porque corteja a su mujer. Si me pregunta, le diré que ninguno de los tres es bueno.

—Nadie le ha preguntado.

Pero la ley había visto que el asunto debía ser como el bien intencionado había indicado. Frankie estaba sentado en la acera con los pies en el arroyo y la guerrera desgarrada por debajo del hombro, a medio camino de los galones de ultramar. Se secaba la frente con un pañuelo, preguntándose cómo podría quitarse rápidamente del aliento el olor a alcohol.

—Niñas, ¿no tenéis una pastilla de goma de mascar? —preguntó en voz baja a dos chicas de unos diez años que le contemplaban plácidamente mientras masticaban como dos terneras gemelas. Una de ellas sacó una sucia pastilla sin envolver y se la tendió a Frankie.

—De jugo de frutas. No le costará más que un níquel. Pero esta clase es difícil de encontrar ahora, señor.

Frankie sacó una moneda de diez centavos, y cuando la chica la tuvo en su mano le alentó en vez de devolverle el níquel de cambio:

—No se preocupe por ese estúpido sargento, caballero. Está tan borracho como usted.

—Le puede interrogar a usted, pero no puede registrarle —murmuró la otra chica—. No deje usted que le registre sin una orden.

El farmacéutico de la esquina atendió a Sophie y vendó a Frankie. Cuando llegó el coche celular, Frankie estaba ya lo bastante despejado para identificarse y dar la consabida excusa:

—Nada más que dos pequeñas cervezas, guardia; no he bebido más. Soy un veterano ex combatiente. Tengo la *Purple Heart*. Buena conducta. Soy amigo del comisario Bednar de la «Saloon Street».

Mientras esperaban la llegada de la ambulancia, el policía daba vueltas alrededor del coche accidentado, golpeando con el pie aquí y allá mientras la muchedumbre aumentaba y un periodista alegre sacaba una fotografía de Sophie echada contra el tablón de anuncios con la gorra de cuero de alguien debajo de la cabeza descansando. La lámpara de la cámara fotográfica reventó y los fragmentos de cristal se esparcieron alrededor. El farmacéutico tuvo que correr en busca de más vendas y el policía quiso echar al fotógrafo, a pesar de tener *carpet* de periodista.

Pero el fotógrafo no se fue. Era un hombre chiquitín con un impermeable hasta los pies. Estaba temblando de frío o de indignación. Simulando que había abandonado la idea de sacar una fotografía de primer plano, preparó a escondidas otra lámpara para su *flash*.

Cuando el policía le miró, dijo humildemente:

—Sólo quiero observar. —Y agregó en el mismo tono—: Soy un neurótico. Me gusta estar cerca de los accidentes.

Una pobre excusa, en realidad.

Pasó media hora antes de que llegara la ambulancia. Los tranvías de madrugada estaban detenidos a medio camino de la «North Avenue». El farmacéutico, el policía, los espectadores, los conductores de tranvía y los motoristas, todos estaban de acuerdo en que aquella noche de verano había sido una de las más divertidas que habían pasado desde hacía tiempo. Claro que Frankie, Sophie y el sargento pensaban lo contrario.

—No tiene ningún hueso roto —aseguró un interno a Frankie, refiriéndose a Sophie—. Sólo una conmoción.

Estaba tendida en la mesa de operaciones de la sala de curas, con los ojos abiertos y las pupilas dilatadas.

—Abre la puerta —pidió con voz triste, aunque la puerta estaba abierta.

—Está abierta, Zosh —dijo Frankie acercándose a ella.

—Abre la puerta —repitió como si no le hubiera oído.

No quedaba más que una puerta por abrir, y él la abrió para darle gusto. En el gabinete, apoyada en una silla de ruedas, había una muleta rota. Volvió a cerrar la puerta con suavidad. Cuando el interno volvió para examinarla de nuevo, dormía como si no hubiese dormido durante semanas.

Cuatro días después había vuelto a casa, en apariencia sin mayor daño que una herida en el labio, mordido por ella misma por la fuerza del golpe contra la farola, y un pequeño corte en la oreja causado por los cristales. Pero no parecía participar del optimismo de Frankie. Éste había contratado al superhombre Zygmunt el «Previsor» y confiaba en poder escapar bien de cualquier denuncia que la Oficina del Tráfico le pusiera por conducir en estado de embriaguez.

—¿Estás disgustada porque no te has roto las costillas? —le preguntó—. Tendrías que estar cantando en lugar de estar riñendo.

—Es que siento que esto haya terminado —le contestó—. Anoche tuve un sueño. Sentí calambres en la pierna y me desperté. Ha sido un sueño premonitorio.

—Mientras te sientas bien, ¿qué otra cosa puedes desear? —repuso, y sacó la tabla para practicar esperando que algún día podría tener un tambor de su propiedad, dejar a Zero Schwiefka y trabajar legalmente en una orquesta famosa.

Al escuchar el ligero redoble, Sophie empezó a sentir por vez primera algo así como un martilleo en el cerebro. Cuando cerró los ojos el martilleo aumentó. Tuvo que apretarse fuertemente las palmas de las manos para resistir el pánico que aumentaba en su interior. Cuando él la miró vio que tenía en los ojos el mismo aspecto de muerte que cuando la vio echada en la mesa de la sala de curas.

Sólo cuando él dejó de tamborilear se apaciguó y cerró los ojos. Pero comprendió que algo extraño pasó a su Zosh.

\*\*\*

Zygmunt, el hombre que por una razón o por otra iba siempre a la zaga de otros, había seguido en su juventud muchos cursos en clases nocturnas. Tal vez por ello, desde entonces conservaba una palidez como de quien hubiera vivido siempre a la luz de la luna, sin ver el sol.

Había terminado sus estudios, puesto su placa en la puerta, ganado su primer pleito con oratoria patriótica... y sido borrado de la profesión tres meses después por prácticas ilegales.

Ahora se llamaba a sí mismo ajustador de quejas, y era muy conocido porque llegaba al hospital antes que las ambulancias. Guardafrenos, guardagujas, conductores de ambulancias, enfermeras e internos le recibían con gritos de cariñosa alegría. Sólo los aseguradores sentían pena. Cada año repartía regalos de Navidad por valor de un millar de dólares entre ferroviarios y empleados de hospital, mientras que los desahuciables liquidadores de seguros enviaban tarjetas de felicitación en sobres abiertos y a media tarifa postal.

—Zygmunt nos hace un gran favor a los hombres —le dijo a Frankie un tullido satisfecho—. De no ser por él me hubieran liquidado con cincuenta dólares. Zygmunt le sacó al tribunal mil quinientos, de los cuales a mí me correspondieron quinientos. Lo que entonces hizo por mí el «Previsor» es lo que yo llamo un acto de justicia. Si alguna vez se presenta para juez, le daré los votos de toda mi familia.

El magullado, el mutilado, el de los huesos rotos, el conmocionado, el lisiado o el ligeramente lesionado, todos querían al «Previsor» con cariño profundo y tranquilo. Era el Jesse James de la «División Street», desafiando audazmente a los impersonales gigantes de las compañías de seguros.

A su vez, Zygmunt apreciaba a los magullados, los mutilados y los lesionados. Amaba a cada una de estas pobres víctimas, pues cada una de ellas lo merecía. Es más, amaba a su patria y a la ciudad que le había proporcionado la ocasión de servir a la humanidad.

—Te diré cuál es mi ideal —le dijo a Frankie—. Yo desearía hacer de Chicago la capital de los daños y perjuicios individuales de los Estados Unidos de América.

Y parecía estar en camino de conseguirlo. Recorriendo los pasillos de los hospitales estilográfica en ristre y un formulario legal a modo de banderín, proporcionaba motivos de esperanza hasta a los que aún estaban conmocionados. Él sabía muy bien que la fe arraiga con más fuerza en los que están en peligro.

Sus regalitos le proporcionaban ventajas en los hospitales, donde los doctores compiten con las enfermeras en aprovechar la ocasión de hacerse con algún dinero. No siempre resultaba cosa fácil visitar a una víctima para averiguar quién le había dado el golpe. Sin embargo, las más de las veces Zygmunt pasaba por delante del pupitre de la sala de recepción y volvía a salir sin que ningún empleado del hospital supiera oficialmente que había eludido a los de guardia.

Cuando Frankie acudió a él, su primera pregunta fue:

—¿Cuánto cobras de pensión como mutilado?

—Veinticinco al mes —contestó Frankie, con la suficiente presencia de espíritu para mentir.

—En seis meses me habrás pagado. Firma aquí.

Había cobrado exactamente seis meses. Más hubiera cobrado si Frankie hubiese declarado su pensión de cuarenta dólares mensuales. Pero quince iban a parar a manos de Louie Fomorowski, y un hombre debe quedarse con la nariz fuera del agua de una u otra manera, a menos que prefiera ahogarse.

—No hay duda de que sois una pareja de polacos felices —decía Zygmunt a Frankie y Sophie siempre que iba a cobrar sus veinticinco dólares. Igualmente les recordaba que la denuncia por conducir en estado de embriaguez había sido retirada y la farola reglamentaria reconstruida por cuenta de los contribuyentes. Y le daba con el codo a Frankie cuando Sophie no miraba.

—Nadie lo diría —contestaba Sophie sin convicción.

Cuando Zygmunt vino a cobrar por segunda vez, Sophie estaba en el sillón de ruedas.

\*\*\*

El Día de la Victoria, durante la noche, Sophie se sentó en la cama y llamó a Frankie.

—Despierta, querido. Algo me pasa.

Frankie observó que la cara de la muchacha estaba contraída y que en sus ojos muy abiertos había un terror incontenible, como de animal acorralado.

—Parece que tengo burbujas de aire en la nuca. Querido, me siento muy débil. —Trataba de sonreír, pero su sonrisa era triste—. Estaba soñando con el accidente. Ha sido como si estuviera dentro del coche cuando empezamos a dar vueltas...

—Eso es que has leído en los periódicos algo sobre ese coche que se ha incendiado.

—¿Y qué les ha pasado a los ocupantes?

Se le cortó la respiración y cruzó las manos sobre su garganta, mientras en la pared el Cristo luminoso brillaba débilmente por encima del reloj.

—Han caído en la trampa.

—¡Oh! —exclamó aliviada.

Esas cosas que pasaban fuera de la ciudad parecía que no le hubiesen sucedido a nadie.

—Pero nosotros no caímos —le dijo Frankie—. ¿Te duele la cabeza?

—Siento como si me hubieran dado un golpe. Como si estuviera bebiendo de esa gaseosa que no me gusta.

—¿Quieres beber algo?

—No. Esto es grave, Frankie. —Hizo una pausa como si le asustara lo que iba a decir—. No me puedo mover.

Quiso sonreír, pero el miedo no la dejó. ¡Él le tocó la rodilla.

—Lo que tienes es un calambre sin importancia.

Se puso a darle suavemente masaje, mientras ella apoyaba los codos en la almohada.

—No... no siento el masaje.

—Échate y ponte cómoda —le ordenó profesionalmente—. Tienes los nervios cansados. Me parece que el matasanos dejó de ver algo cuando te estuvo examinando.

—No digas matasanos, cariño. Di doctor. —Estaba tumbada con los ojos muy abiertos, buscando en el techo algún misterioso alivio—. Frankie, si esto fuera algo grave, ¿verdad que me dolería?

—Si fuera algo grave, naturalmente —contestó él, sin saber siquiera lo que quería decir.

\*\*\*

El facultativo de la clínica popular era joven, de buen corazón y saturado de teorías tan puras como el color de su bata blanca.

—Me llamo Pasterzy —se presentó a sí mismo, estrechando la mano a Frankie con un apretón cordial de estudiante de Medicina.

—Un buen nombre para un doctor —contestó Frankie—. Ésta es mi mujer.

La había llevado en un sillón alquilado. Ella sacó negligentemente una mano y la ofreció al doctor. Luego, se quedó mirándoles con hostilidad.

El joven doctor le clavó por sorpresa una aguja en la pantorrilla. Ella movió las pestañas, pero no gritó.

—¿Ha sentido el pinchazo? —preguntó.

—Naturalmente que lo he sentido, atontado. —Se volvió indignada hacia Frankie—. Este tonto me ha pinchado, Frankie. ¿Qué pamplina es ésta?

Pero todo lo que se le ocurrió a Frankie fue quedarse mirando como un idiota al hombre que había descubierto la pierna de su mujer hasta la rodilla.

—Se está usted mintiendo a sí misma, señora Majcinek —dijo el doctor.

Sophie se echó a llorar, con la cara vuelta hacia Frankie.

—¿Es que te vas a quedar ahí como un papanatas mientras llaman mentirosa a tu mujer? Llévame a un doctor que respete a la gente.

Se volvió al doctor.

—¿Le importa a usted?

El doctor se levantó y los dos hombres cambiaron una mirada de inteligencia.

—Vuélvala a traer cuando esté más tranquila —dijo el médico.

Cerca de la puerta, Sophie se agarró a las ruedas de la silla para impedir que la sacaran de allí antes de haber dicho una última frase que ella creía cargada de ironía:

—Si es usted tan listo, ¿por qué no es millonario?

Esa noche soñó que estaban a punto de pincharle con una aguja al rojo que



Frankie tenía en la mano. Saltó fuera de la cama, encendió la luz y se despertó gritando. Frankie volvió a acostarla, y desde entonces no pudo volver a levantarse sin su ayuda. Viviendo entre la cama y el sillón de ruedas, sus brazos se habían fortalecido, mientras las piernas adelgazaban por falta de uso. La piel se había agrietado alrededor de la barbilla y los ojos reflejaban desesperación.

Pasterzy había hecho cuanto había podido. Frankie tuvo que esperar fuera, y cuando Sophie volvió, parecía tan desilusionada que a él le costó trabajo hablarle. Al fin preguntó con ansiedad:

—¿Qué ha hecho, Zosh?

—Me ha tomado una muestra de sangre. Dice que la tengo buena. Esperemos que me saque tocino y veremos lo que dice entonces.

—Pero ¿te ha hecho daño?

—No me ha hecho daño, Frankie. Sólo que es una ardilla. Tiene goteras en el tejado. Ni siquiera me ha vuelto a mirar las piernas. Ni me ha tomado el pulso, cuando es posible que tenga calentura. No ha hecho más que preguntas personales. No me gusta cómo habla. Quisiera que hubieras oído lo que le he dicho cuando me ha preguntado qué haces para vivir y cuánto dinero ganas. Le he dicho que estabas parado y esto le ha dejado pensativo.

—Has hecho bien —concedió Frankie—. ¿Y no te ha dado ninguna receta?

—No me ha dado nada. No ha hecho más que hablar, hablar y hablar. Es lo que estoy tratando de decirte. Ese tipo no me huele bien.

—No digas que huele mal —le sugirió Frankie—. Di que tiene tufo.

—Dejemos lo del tufo si te parece mejor expresado. Me ha estado aburriendo hasta que le he olido. Me ha dicho que volviera a casa y que tomara aire puro. ¿Dónde demonio piensa que vivo yo? ¿En el lago del Parque de Humboldt? «Estoy enterado», me ha dicho. «¿Enterado de qué?», le he preguntado.

—¿Y qué ha dicho entonces?

—Ha dicho que era una especie de doctor «sicopático» y que tenía que enterarse de todo. Me ha preguntado si me gustaba jugar con muchachas o con muchachos cuando era niña. ¿Qué le importa eso, Frankie? Bien, yo le he contestado que me gustaba jugar con los chicos guapos y también con las chicas, si no eran vanidosas. Y luego yo le he preguntado una o dos cosas.

—¿Qué le has preguntado? —inquirió Frankie, sintiéndose molesto.

—Le he preguntado que por qué no usaba guantes de boxeo cuando se acostaba. ¿Y sabes qué ha pasado? Se ha quitado las gafas, las ha soplado, las ha soltado y luego, ha empezado a buscarlas. He tenido que decirle dónde las había puesto. ¿Por qué he de tener yo a esa especie de Popeye para curarme? Frankie, ¿no hay ya verdaderos doctores?

—No digas Popeye —protestó suavemente Frankie—. Es un polaco.

—¿Un polaco? ¡Un sujeto que atufa y nada más!

Frankie sintió alivio cuando el doctor se lavó las manos dando su misión por

terminada. Los paseos, «División» abajo, empujando el sillón de ruedas, le hacían sentirse como si también él fuera un inválido.

Ella no quiso ir al hospital del distrito.

—Se quedaron con el corazón de mi madre —se lamentó—. Hicieron un experimento con ella.

\*\*\*

Había pasado por las manos de toda una serie de charlatanes y curanderos, y mientras duró la última paga de licenciado de Frankie, había seguido el tratamiento de un «inversor eléctrico de sangre» manipulado por el viejo doctor Dominowski.

No resultaba fácil contarle lo que todos los buscavidas de la vecindad sabían: que el viejo «Dominos», como le llamaban, no era el doctor Dominowski. El verdadero doctor Dominowski había muerto y después de su muerte su hija había alquilado la consulta al impostor del «inversor de sangre», que no había quitado la placa del difunto doctor. Una sencilla estratagema, porque luego en sus impresos no se atrevió a más que a decirse «masajista a domicilio».

El actual doctor Dominowski había puesto en su portal una muestra que rezaba: «*Ad Eléctrica Necessitas Vitae*». Un letrero interior anunciaba: «Big Boy está en casa».

En la sala de espera un diploma revelaba que Big Boy era miembro de la «Asociación Americana de Hidrología Médica», fuese esto lo que fuere. Además, era diácono de la «Real Sociedad Arriana de la Cristiandad Positiva», y como tal tenía el privilegio de emplear la medicina espiritual sin aumento de precio. Estaba comprendida en los tres dólares y consistía en un toque del poder astral y una breve lección sobre los poderes latentes en todos nosotros.

—Poderes que superan los normales que conocemos —decía Big Boy.

La mayor dificultad para Sophie —lo vio en cuanto puso los ojos en ella— era que no había sido iniciada. Y así tuvo la frescura de decírselo al marido.

«¡Dios me ayude si llega a estarlo!», se dijo Frankie. Pues él sabía conocer a un bribón en cuanto posaba los ojos en él, y aquel charlatán, con su mirada dulce, sus cabellos blancos, un mondadientes entre los labios y sus iniciales bordadas en rojo sobre el bolsillo de una bata de médico militar, le parecía un viejo conocido. Se jactaba de ser el más popular manipulador de espinas dorsales y el mejor captador de ondas en todo el barrio del Noroeste. Mas para Frankie todo eso no era más que una fábula.

Y no estaba equivocado. Los diplomas colgados en la sala de espera, a una altura que los hacía difícilmente legibles, eran en su mayoría certificados de la escuela primaria. El único curso que Big Boy había hecho completo era el que le ofreció el correccional, donde había estado una temporada por haber recetado cincofenol, una droga con la cual llegó a conseguir que reventaran unas tres docenas de hígados

humanos antes de terminar las dosis disponibles. Su actual negocio lo había ideado en la celda y lo tenía por más seguro que el de recetar cincofenol.

Un poco más seguro, más respetable y de mayor provecho era lo que hacía con rayos de luz rojos y verdes, un poco de polvo de huesos, almidón y píldoras de todas clases, color, forma y tamaño. Le gustaba humedecerse las puntas de los dedos cuando sentía la proximidad del fluido psíquico. Entonces se acercaba a la frente del paciente y soplaba directamente en los ojos. Después se separaba de él, le recetaba ginebra holandesa y cobraba sus tres dólares. Y como final, enviaba por una jarra de crema de Kentucky para él.

—Ya estoy recibiendo los poderes astrales —confiaba a sus pacientes—. No se asuste de nada.

Nunca hacía propuestas verbales; sólo sus manos sudorosas se insinuaban.

—Nosotros no tenemos consulta en los callejones —solía decir a las señoras con abrigos de pieles, aunque la entrada de servicio de la casa se abría sobre una callejuela.

Cobraba cuanto podía, y cuando los pagos se hacían demasiado penosos para la paciente, la daba por curada, lo que decidía consultando un libro donde no había informes de ninguna clase.

—Me ha curado usted muy bien —tenía que decir la enferma, pues mientras trataba a una mujer sacaba él más de ella que ella de él.

Por su parte, no se propasaba nunca hasta que la paciente estaba tan agotada que no podía volver sin haber reunido antes un mes de ganancias extraordinarias.

—Ahora lo veo —le dijo a Sophie, soplando fuerte sobre ella—. Ahora puedo ver el poder astral.

La pantalla la cubría desde la garganta hasta las rodillas, pero aún no había podido él calcular la cantidad que podría pagar aquella mujer.

—En algunos enfermos aparecen pequeños puntos blancos, en otros son de color. Cada persona tiene su propio color.

Esto era también cierto. El color especial de Big Boy era el intenso verde frío de los billetes de diez dólares.

Sophie preguntó:

—¿Cuál es mi color?

—El azul turquesa. ¿Siente usted algo?

—Sí, siento algo.

Era la mano derecha de él que le apretaba con moderación el seno que el poder astral empezaba a mover.

El viejo doctor se sintió profesional.

—Tiene usted la presión de sangre de un bebé de cinco meses, pero no es nada grave. Coma pimienta y salsas fuertes. Beba un poco de vino o de *whisky* antes de las comidas. Pero no los mezcle nunca. Y tenga fe en que se pondrá buena. Ahora vuélvase y vamos a hacer vibrar las vértebras.

A Big Boy le gustaba hacer vibrar las vértebras. Cuando le hubo hecho vibrar cada una, le aplicó una untura en la espalda, le sacó punta a un lápiz y a lo largo de la columna vertebral señaló algunos puntos que él denominaba «localizaciones» y que eran la causa real de la dolencia de Sophie. Le enseñó un sucinto diagrama de su espinazo.

—Puede usted ver por sí misma el aspecto que tiene.

Ella miró. Pero él adivinó sus dudas y decidió que la raíz de sus dificultades residía en la falta de fe... que también podía ser curada. Así es que ella acudió a una reunión de los «Cruzados de la Real Arriana» y los arrianos le vendieron tal variedad de píldoras, folletos, impresos, té de ajeno y hojas secas, que no pudo costearse la vibración de vértebras durante las tres semanas siguientes.

Cuando reanudó los tratamientos, en parte por llevar la contraria a Frankie, que no podía ver al doctor, Big Boy empezó a aplicarle el «inversor de sangre». Este aparato consistía sencillamente en una bombilla esmerilada de veinticinco vatios que lucía con luz mortecina. También poseía algunas bombillas verdes para la clientela distinguida, y en caso de necesidad hacía saltar chispas en el aparato. Era una verdadera casualidad que no hubiese electrocutado a alguien.

—Le hablaré a usted claro —advirtió a Sophie—. ¿Cuántos tratamientos por semana puede usted tomar? Tendría que tomarlos todos los días para que el efecto no se interrumpiera. Pero por lo menos debe tomar tres semanales, pues de lo contrario no le beneficiarán nada. Será el mejor gasto que haya usted podido hacer. Su marido debe lavarle los pies a diario, por las noches, con agua helada. No beba usted licores, excepto cerveza. No coma huevos cuando haga calor y vuelva el martes para la vibración de las vértebras.

Frankie sabía que le estaban haciendo una jugarreta, y por eso rogó a Violet que se apartara del asunto. En cuanto Sophie no tuviera nadie que la acompañara a casa de Big Boy, renunciaría a continuar con sus tratamientos.

Pero resultó que Frankie le había quitado la única ocasión de ponerse buena. Si no quería dejarla ir a casa de Big Boy, no iría a ninguna otra parte. Durante semanas no toleró que nadie sino Frankie la ayudara a subir las escaleras.

A veces, como un niño que hubiera estado presenciando películas de miedo, se agarraba con todas sus fuerzas a la baranda de la escalera gritando que no la tocara nadie sino Frankie.

—Déjame ayudarte, Sophie —le decía Violet limpiándole la frente—. Frankie se ha ido a trabajar.

—No debía irse a trabajar tan pronto —se quejaba lastimeramente en el oscuro zaguán—. Debiera saber que tiene que ayudarme a subir. Es él quien tiene que hacerlo. —Y empezaba a golpear con los puños sobre la estropeada perinola de la escalera—. Se ha ido temprano a pesar de que yo le he dicho que esperara. Se lo he dicho, se lo he dicho...

—Sophie, primero tiene que ganarse la vida. Ni siquiera ha podido aún pagar la

clínica.

—¿Y a esto le llamas vida? —preguntó Sophie, y su voz se quebró en tan histérico estertor que Violet la abofeteó para reanimarla. Durante un instante la cara de luna llena de Sophie reflejó la conmoción que le había producido la imprudencia de Violet—. Ahora mi mejor amiga se vuelve contra mí —se dolió—. Ya ves en qué estado me pone, y encima le das la razón. Llevas un nombre de flor, pero no eres más que un demonio. Anda, vete arriba. Ese ladronzuelo te estará esperando para verte antes de que llegues Stash. Yo subiré las escaleras sola o me moriré aquí mismo.

Estaba pálida y sudorosa y se apoyaba pesadamente sobre el barrote que le servía de soporte. Violet, con las manos en las caderas, esperaba a que se le pasara el ataque.

Pero por fin se apartó lentamente al oír a Sophie hablarle de ese modo. Huyó escaleras arriba. Por encima del descansillo una luz roja alumbraba el contador del gas entre una pila de tubos oscuros. Violet miró hacia abajo por encima de la baranda. Sophie estaba en medio del primer descansillo. Rígida, como sonámbula, cogida con ambas manos a la baranda de la escalera, avanzaba penosamente.

—Ya sabía yo que podías hacerlo, querida —le gritó Violet, y Sophie se vino al suelo de golpe, clavando sus dedos sin fuerza en el borde del escalón.

Permaneció allí sin gritar, hasta que Violet se apresuró a bajar y la ayudó a levantarse.

—¿Me has visto? —preguntó Sophie como un niño cogido en falta.

—Lo has hecho maravillosamente, Sophie —le aseguró Violet—. Ibas subiendo tan bien como cualquiera, y eso quiere decir que podrás hacerlo en cuanto te lo propongas.

—Ya has visto lo que ha pasado en cuanto he querido forzarme, ¿verdad?

—No he debido avisarte —pensó Violet demasiado tarde—. Siento mucho haberte abofeteado, Sophie. Pero lo he hecho para reanimarte.

Esperó a ver si Sophie confesaba también que lo sentía.

—Me estoy poniendo terriblemente gorda, Violet. ¿Será por eso por lo que él no quiere ya ayudarme a subir las escaleras? No puedo comprender que ya no me quiera como antes.

—Deja de lloriquear —le contestó Violet—. Desde luego te sigue queriendo como antes. Si no fuera así no te trataría tan bien.

Sin embargo, Violet sabía que él no la quería. Ella necesitaba ayuda para subir las escaleras; necesitaba un brazo en el que apoyarse para cruzar el pasillo; necesitaba que le empujara la silla de ruedas; necesitaba que la consolaran. Cuando él se negaba a ayudarle, ella se aterrorizaba como si un sacerdote negara la absolución.

—Dime lo que te he hecho para que no quieras ni siquiera empujar un poco la silla. ¿Te parece bien que tenga que estar sentada en una silla toda la vida?

Frankie cedía como siempre. Como cedía ante Schwiefka cuando discutía sobre el cobro. Como cedía ante Louie, Zygmunt, Antek y Schwabatski.

«No hay más que un tipo en el mundo ante quien no cedo —pensaba Frankie—.

El «Gorrión» tiene que encajar lo que los demás me largan».

Y oía el eco de la protesta del «Gorrión»:

«Desde que has vuelto no haces sino desfogarte conmigo, Frankie. Antes no hacías eso».

«Es para lo que te quiero junto a mí», le recordaba brutalmente Frankie.

Por eso, el «Gorrión» tenía que soportar también aquellos celos con que Sophie había destrozado su amor.

—Si mañana bajo a la ciudad y veo algo que me guste, lo compraré para ti —le decía Violet, tratando de apaciguarla.

—No tienes que comprarme nada —replicaba Sophie—. Cómprale a Frankie un tambor. Uno de estos días le van a dar colocación en una orquesta de renombre. No me ha dicho qué día, pero no se te ocurra contener la respiración hasta entonces, porque morirás.

No hay duda de que los más cercanos a nuestro corazón son los más aptos para que nos burlemos de ellos. Así, lo que no podía obtener por amor, trataba de conseguirlo con burlas, Y el caso es que tal vez por quererle tanto, en todo lo que él hacía veía ella un secreto deseo de ofenderla.

—¿Por qué no eres franco y dices claramente que hubieras deseado verme muerta antes que tullida? —Le acusaba sin piedad.

—Yo no he dicho nunca eso, Zosh —trataba de disculparse él—. Lo que he dicho es que desearía que trataras de andar de nuevo.

«Con todas aquellas acusaciones había conseguido llevar la duda a su pensamiento. Naturalmente, yo nunca he deseado eso», se decía. Pero algo le hacía dudar de que fuera sincero.

Violet le ayudaba.

—Me parece que no quieres ponerte buena —le decía a Sophie.

Luego esperaba a que dejara de lamentarse para arreglarle la habitación, charlar con ella, empujarla calle abajo hasta el Pulaski, dejar el sillón en el vestíbulo, ayudarla a sentarse y volver por ella al terminar la sesión.

—Me podría morir oyendo a ese Dick Haymes —decía Sophie al volver a casa.

Los días que no cambiaba el programa, Violet asomaba su teñida cabeza por la puerta y preguntaba:

—Zosh, ¿quieres que juguemos al ajedrez?

Mientras jugaban la entretenía con una verdadera corriente de antiguos recuerdos con objeto de apartar su pensamiento de Frankie y de todas las desgracias que le había traído, tal y como su padre le había pronosticado.

—Hace poco he sentido molestias en los ojos —repitió Violet hasta que Sophie le preguntó por qué no se ponía gafas. Entonces contestó—: No me refiero a esa clase de molestias. Me refiero a las molestias del flirteo.

Esta expresión de buen humor no expresaba nada para Sophie.

—No debieras hacer eso —le dijo Sophie—. Estás casada con el viejo Stash y

flirteas con el «Gorrión».

Era cierto. Violet flirteaba con el «Gorrión» las tardes lluviosas y le echaba en seguida a la calle antes que el viejo Stash volviera del trabajo. Cuando Stash le preguntaba dónde había pasado la tarde, contestaba siempre:

—He llevado a Sophie al cine.

Sólo una vez se tomó el viejo marido la molestia de indagar cerca de Sophie, y ésta fue lo bastante leal para replicar:

—Ha estado toda la tarde conmigo en el Pulaski y hemos visto dos números infames. Uno era de osos blancos y el otro Carmen Bolero.

Nadie comprendía por qué una chica como Violet se había casado con el viejo Stash Koskozka, que no la quería más que para que le recalentara los *pierogi* del día anterior.

Violet trataba de consolarse a sí misma diciendo:

—Si me hubiera casado con otro que no fuera el viejo, no habría podido impedir que el «Gorrión» estuviera en la cárcel. Sin mí no podría estar fuera de ella ni una semana. Preocupándome de él, a veces está libre un mes entero. Una vez estuvo suelto seis meses, y yo estuve muy orgullosa. Luego se marchó y lo echó todo a perder, dejándose atrapar dos veces en la misma semana, aunque no por nada grave. Yo soy quien le libra de tener disgustos serios.

La curiosidad de Stash no fue más allá de una extraña sospecha ante el hecho de que Violet consumiera tanta salchicha polaca. Cualquiera que fuese la cantidad que él llevara a la casa, nunca había más de una punta seca cuando abría la nevera.

Como todos los simples, Violet creía que su secreto estaba profundamente oculto. Estaba segura de que nadie lo sabía ni en el hotel ni en el bar de abajo. Excepto, naturalmente, Frankie, su mejor amiga Sophie, el leal Antek y uno o dos de los habituales clientes de «La Maroma y el Mazo».

Podía jurar que nadie del «Safari» sabía gran cosa, y en todo caso, ¿a quién le importaba lo que aquellos tipos pudieran pensar? A menos que el largo, flaco y torcido Fomorowski hubiese adivinado algo. De todas maneras, Stash no frecuentaba aquel bar, de modo que la cosa no cambiaba. En casa de Antek eran todos buenos tipos que no querían causar molestias a una muchacha.

Además, qué hubiera podido ver Violet en el informe saco de huesos que era el pillete, constituía una de las incógnitas que más maravillaban a aquellas buenas piezas. Si alguno le preguntaba, Violet contestaba siempre:

—¿Qué puede ver cualquier mujer de la «División Street» en cualquier pillete de la «División Street»?

El hecho era que para los muchachos de «La Maroma y el Mazo» el «Gorrión» desaparecía a veces de la «División Street», aunque no del mundo. El único trabajo que hasta ahora había hecho con éxito era el de atisbar por las ventanas entre las diez y las doce de las noches de verano, trabajo que él llamaba «la ruta del descubrimiento».

La ruta del descubrimiento tenía siete etapas, y cada una de ellas requería desde los diez minutos hasta la media hora de estar colgado de una cornisa, acurrucado en el *porche* de alguna casa o echado contra una vidriera cuya sombra no llegaba a más de dos pulgadas del marco de una ventana.

En ocasiones se jactaba:

—He visto una o dos cosas en mi vida que me han enseñado que el mejor sitio para divertirse no son las tabernas, ni las salas de baile o el barrio de «North Clark» un sábado por la noche. El mejor lugar es frente a la escuela dominical la mañana del domingo. Ya lo creo que he visto allí un par de cosas buenas.

El pillete sabía una o dos cosas. En realidad, sabía un poco de cada cosa, menos quedarse fuera de la jaula. La cárcel era el sitio que con más frecuencia visitaba. Le habían encerrado tantas veces, que Violet no cesaba de augurarle:

—Algún día vas a estar tanto tiempo encerrado, que vas a creer que eres el carcelero.

Violet había sido la que primero le había apartado de sus tareas de espionaje. Un día que estaba vanagloriándose ante un pequeño pero selecto círculo, en «La Maroma y el Mazo», de lo que había presenciado la noche anterior, Violet le interrumpió para hacerle observar que si ella fuera su novia, se sentiría tan avergonzada que no podría levantar la cabeza ante la gente.

—¿Avergonzada porque un chico como yo estudia para ser un Pinkerton? —replicó el «Gorrión». ¿No comprendes que es que quiero hacer algo de mí? ¿No te parece que hay mucho dinero a ganar en esa tarea de descubrir lo que hace la gente cuando no sabe que hay alguien mirando? ¿Adónde crees que se entrenan los Pinkies? ¿En las escuelas?

—Yo lo único que sé es que no llegarás a entrenarte para detective bailando el vals tu solo en las escaleras de incendios de tus vecinos —le aseguró Violet—. Si yo fuera tu novia y te pescara en mi escalera de incendios, iría inmediatamente a denunciarte. Como lo oyes.

—Si tú fueras mi novia —suspiró el «Gorrión», no me dedicaría a jugar a los Pinkies conmigo mismo.

Y así había empezado la cosa. Por ella había abandonado sus husmeos y espionajes; por ella, al parecer, había abandonado todo lo que hacía agradable la vida. Todo menos robar perros, contar mentiras y tener el ojo puesto sobre el cambio desviado a lo largo de los mostradores de bar.

Cuanto mayores eran las mentiras que le contaba, tanta más ternura sentía Violet por él. Cuanto más aturdido parecía, tanto más se encariñaba con él.

—No es un polaco, no es un hebreo, no es más que un pobre «Gorrión» sin malicia. ¿Quién va a cuidarse de él, sino yo?

—Yo no comprendo a los embusteros —le contestaba Sophie.

—Las mentiras no son más que la calderilla de los pobres hombres —decía Violet—. El hecho es que a mí me encandiló contándome mentiras. Entonces no le conocía



tan bien. Le conocía sólo de verle en casa de Antek o en la esquina de «Damen» y «División Street», con los mismos pantalones viejos en forma de saco y las gafas de profesor. Siempre tenía a un perro atado a una correa, y parecía como si ambos hubieran venido de un combate. Yo no sabía nada de su figoneo a través de las ventanas hasta el día en que empezó a jactarse de ello en casa de Antek. Y esa fanfarronada no era otra cosa que su idea de no ser bastante para mí. No creía ser bastante bueno para nadie y trataba con ahínco de demostrar que era alguien. Así es que se me ocurrió demostrarle que era alguien. Eso es lo primero que una mujer debe hacer por un hombre.

—Eso es lo que llaman «sicología» —le informó Sophie con superioridad.

—Yo no lo llamo así, Sophie. Yo le llamo a eso el ahorro de calderilla de un pobre hombre. Porque todas sus grandes mentiras no son más que eso: la calderilla de un pobre pillete.

—Me dejas estupefacta —dijo Sophie—. Yo no comprendo cómo es posible que viváis así algunas mujeres de «División Street».

—Bien —repuso Violet, reflexionando—. Me parece que es lo que Frankie dice algunas veces: sólo los gatos se mueven así, Zosh.

\*\*\*

—Un tipo entró haciéndose el borracho, me convidó a un par de tragos de lo barato y me dijo que unos individuos venían siguiéndole para quitarle el reloj y que si yo quería guardárselo. Me dijo que yo parecía un gatito honrado. Pero si yo le hubiera hecho el favor al tipo, estoy seguro de que después de otro trago el zángano hubiera empezado a gritar que alguien le había quitado el reloj. Esto te lo digo para demostrarte que no debes hacer favores a la gente, pues de lo contrario te encuentras metido en la parte estrecha del embudo. Mi gran debilidad es ayudar a los tipos que no se pueden ayudar a sí mismos.

—Sí —le contestó Violet con sequedad—. Me figuro que tiraste la botella de gases a través de la ventana de la viuda Wieczorek para airear un poco. ¿Sabes? —agregó antes de que él pudiera replicar—, no es que yo te quiera mucho. Lo que pasa es que me conduelo de que tu cerebro sea tan débil.

—Ya sé lo que quieres decir —repuso el «Gorrión»—. Lo que tú piensas es que soy la primera persona que has encontrado que tenga un cerebro más débil que el tuyo, ¿verdad?

—No del todo. Lo que más me gusta de ti es que eres muy interesado.

—Y lo que a mí me gusta de ti es que tienes un cerebro de chorlito.

Violet le había venido librando de disgustos hasta que una noche de enero resbaló en el hielo. Éste fue el peor caso de todos. La acera estaba como la pista de baile del Paraíso de Guyman y cualquiera hubiera podido caerse y meter el codo por una ventana: el escaparate de una joyería. En la obscuridad, esto hubiera podido ocurrirle

hasta a un policía del «Park District».

Frankie llamó a Zygmunt para que interpusiese la fianza. La denuncia fue substituida por la de embriaguez y desorden, y al «Gorrión» se le condenó a dos años de condicional. Pero a Violet le costó cien dólares en plata del dinero del viejo Stash. Así es que lo menos que podía hacer el pillete por ella era evitar nuevos disgustos.

Durante esos dos años, la única vez que la policía le había perseguido fue cuando tomó el atajo para ir a poner sobre la tumba de su madre una maceta de geranios.

Cuando iba a cortar a través de un callejón hacia la casa de la florista se le acercó la patrulla. Cuando hubo explicado su asunto, no quisieron creerle. Le dijeron que cómo esperaba que una casa de flores estuviera abierta a las cuatro de la madrugada.

—Porque solamente a esta hora se pueden comprar antes de que salga el sol — explicó—. Lo que tengo que comprar es un geranio que florece de noche. Ésos son los que mi madre prefería.

Esta explicación hubiera bastado a no ser por la bañera que llevaba a cuestas. Seguramente se dieron cuenta de ello. Los policías de Chicago son muy listos cuando ven acarrear bañeras por entre callejuelas a las cuatro de la mañana. A pesar de ello, el pillete no se azaró por tan poco.

—Algo engorrosa para llevar geranios —le dijo a los policías, soltando la bañera para encender, con una cerilla prestada, la colilla de un puro—. Pero cuando la he visto ahí en medio de la callejuela, lo primero que he pensado es que valía más que alguien la apartara del camino antes de que el caballo de Szalapski el lechero se rompiera una pata al tropezar con ella en la obscuridad. Me refiero a Szalapski el lechero, no a Szalapski el farolero, que no sabe que el caballo no conoce las paradas y además ya no ve bien. No es como el bueno de *Rummy*, el pura sangre perfecto ladrón. Es mi perro polaco, y no se lleva bien con el gato sordomudo del «Patrón». ¡Eh, muchachos! ¿Queréis comprar un perro?

Faltaban además otras cosas de casa del fontanero. Cuanto más rápidamente hablaba, más cosas echaban de menos los de la patrulla. Lo que más les intrigaba era la linterna y la palanqueta. Al parecer, creían que el pillastre tenía algo que ver con ambas cosas. Pero el fontanero retiró la denuncia cuando Violet se hizo cargo de él y Stash se quedó durante algún tiempo sin salchichas polacas.

El tribunal apreció la cosa como daño malicioso y el «Gorrión» desapareció durante treinta días.

\*\*\*

Violet no era muy fornida, pero parecía serlo lo bastante para llevar a cabo la amenaza. En esos momentos sus cabellos teñidos y sus ojos grises parecían encendidos en una misma llama. El lector de contadores cogió su vaso con suavidad y se retiró al fondo del bar, poniéndose a salvo por las exigencias de su cargo de entrenador de los «Invencibles de la Correa y el Cuero».

Aquellos treinta días fueron de lección para el pillete. Le hicieron sentirse muy mal, porque le costaron mucho dinero a Violet. Cada vez que ésta tenía ahorrado lo bastante para divorciarse del viejo, tenía que gastarlo para poner una fianza en su favor. Esto estuvo rumiándolo durante los treinta días completos, y llegó a la conclusión de que lo primero que tenía que hacer cuando saliera, era robar el dinero que ella necesitaba para divorciarse.

Entró en el almacén de Gold cuando se encontraba lleno de gente.

El «Gorrión» había robado restos y desperdicios en los mostradores del Gold desde que llevaba pantalones cortos. Sabía que la única pistola que había en la tienda era un antiguo artefacto y que lo tenía el viejo encargado del ascensor de servicio. Era más viejo que el mismo Gold. Todo lo que hacía era apoyarse contra la reja y estar dormitando durante todo el día.

El «Gorrión» se había dado cuenta de que si podía quitarle la pistola al viejo sin que éste le disparara un tiro, lo demás sería enormemente fácil. Empezó a analizar la idea mientras bebía en el bar que había al lado del Gold, y a medida que iba pasando la tarde la idea le parecía cada vez más natural, hasta el punto de que no comprendía cómo no se le había ocurrido antes.

Pero cuando salió del bar y vio lo rápidamente que iba obscureciendo en la larga calle, recordó de pronto sus recientes treinta días de cárcel y regresó apresuradamente al bar.

Se volvió a emborrachar de nuevo a cuenta de Violet, cuyo crédito valía mientras Stash permaneciera en su trabajo en la fábrica de hielo. Pero hacia las nueve se terminó el crédito y entonces comprendió que no podía retroceder. Vacilar equivalía a renegar tanto de Frankie como de Violet. Ambos habían hecho mucho por él, pero ¿qué había hecho él por ellos? Nada. Nunca había hecho nada por sus amigos sino valerse de su crédito y darles disgustos. Tenía que hacer algo grande por ellos. Ahora mismo.

Así es que, con la gorra encasquetada, cruzó de prisa por en medio de la nave central directamente hacia el ascensor de mercancías, donde el vejete estaba sumido en sus ensueños. El «Gorrión» apretó su linterna contra los riñones del viejo, le arrebató la pistola, lo encerró en el ascensor y gritó, imitando a Edward G. Robinson:

—Al sótano, a descansar con las ratas, amigo.

Las gafas se le habían enturbiado, pero oyó cerrarse la puerta del ascensor y el ruido de los cables. Los escasos clientes empezaron a volverse hacia él lentamente, como lo hace la gente en una película de movimiento retardado. En ese instante se vio a sí mismo a través de los ojos de los demás: un *cow-boy* de almanaque blandiendo una enorme pistola. Y oyó su propia y estridente voz repercutiendo en las grandes naves y entre los ventiladores de encima:

—De cara a la pared todo el mundo.

Les vio volverse solos o por parejas. El viejo Gold se volvió con una tina de lavar debajo del brazo y la cajera con la cara más amarilla que la cera. De pronto se cayó y

él gritó:

—Déjala. No está más que desmayada.

Echado sobre el mostrador le dio un tirón a la caja y allí vio los billetes de diez, de veinte y de cinco dólares. También había monedas brillando en el cajón. Se inclinó tanto que se tambaleó. La boca se le hizo agua y sus labios se mojaron de *whisky* y de codicia. Oyó cómo una moneda de veinticinco centavos caía al suelo y rodaba hacia el departamento de calzado de fantasía. La siguió con ansiedad. Una docena de pares de ojos la siguieron con él hasta que llegó a un perchero lleno de abrigos de primavera. Se embolsó la dichosa moneda, cogió el abrigo más cercano y se lo estaba poniendo cuando la nariz del viejo Gold asomó por encima del mostrador de los cosméticos, entre dos tarros de crema. La tina de lavar sonó un instante, temblando en su mano. De un salto se plantó en medio del mostrador y tiró los tarros del *cold-cream* y un montón de cajas azules al alcanzar con la tina la cabeza del «Gorrión». Éste cayó al suelo como si le hubieran dado un tiro, y la vieja pistola resbaló a través de las naves.

La mitad de la gente empezó a empujar a la otra mitad para conseguir ser los primeros en echarse encima del *gángster*, mientras otros lo ataban con piezas de tela. Una pareja de cabezas más frías se aprovechó de la excitación para robar las pequeñeces próximas a sus manos. En la prisa de atar al pillete el viejo Gold quedó fuertemente atado con él. El «Gorrión» levantó la cabeza para protestar y alguien lo durmió de nuevo con la misma tina de lavar. Cuando llegaron los policías, el viejo Gold estaba aún tratando de libertarse.

Frente a la tienda media vecindad esperaba para ver a quién se llevaba esta vez la policía. Salió conduciendo algo que se parecía a una colmena gigante con el viejo Gold a remolque. Todo lo que se podía ver del «Gorrión», enrollado en las piezas de tela desde la frente hasta los tobillos, era la punta de la nariz. Los policías empujaron al viejo Gold dentro del coche celular con el «Gorrión».

—Si no es un cómplice, ¿qué es lo que hace atado con un *gángster*?

En el puesto de policía de «Saloon Street» los agentes tardaron más de diez minutos en desliar al pillete y otros diez en soltar al viejo Gold. El «Gorrión» se sentó buscando sus gafas, y el sargento Kvorka le echó inmediatamente un cubo de agua helada por encima de la cabeza para que viera más claro.

La primera persona que reconoció fue a Violet. La miró con sus ojos de miope, esperando con resignación que ella le explicara este asunto.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó el pillete.

—Pregúntele qué es lo que estaba haciendo —le pidieron los guardias a Violet, pues también ellos querían saber algo.

—He entrado allí a probarme un abrigo porque quería tener buena facha al presentarme ante ti —explicó el «Gorrión» con altivez, sin dejar de mirarla con ojos acusadores—. Le he quitado al viejo la pistola porque sabía que tenía un antiguo resentimiento contra mí. Pero pensaba devolvérsela en cuanto hubiese pagado el

abrigo. Y aquí viene lo curioso. Cuando ya me lo había puesto, no he tenido ocasión de pagar, pues todos se me han venido encima. Tú sabes muy bien cómo soy yo, querida. No soy de esos que van por ahí tratando de obtener algo por nada.

Los policías miraron fijamente a Violet y ésta miró también a los policías.

—Bueno, tendremos que buscar otra clase de abogado —indicó—. Ya se ha esfumado otra vez el divorcio.

—No te preocupes. Yo me defenderé solo —replicó el «Gorrión». Ha sido en defensa propia. Esto es una detención ilegal.

No había medio de sacarle la idea de que aquello era una detención ilegal.

—Si no te callas, te voy a demandar por incumplimiento de promesa —le amenazó ella—. Si no llego a ser tu mujer, seré tu tutora.

De pronto, su ira se resolvió en lágrimas, y esto le sorprendió a él, que no la había visto llorar nunca.

—De ese modo podré detenerte yo misma cuando te pases de la raya. Te advierto que te arrestaré todas las noches para evitar que lo hagan los guardias.

—Tengo que ver qué dice la ley sobre estos casos —dijo él al despedirla.

—No creo que te hayan pescado aún.

No lo pescaron. Los dos psiquiatras que le interrogaron en la Central de la Policía informaron de un modo tan diferente y contradictorio, que Zygmunt pudo interponer la fianza sin dificultad.

\*\*\*

Violet tuvo que pagarle a Zygmunt a plazos, sacados de las pagas ahorradas por Stash. Cada vez que acababa de pagarle al «Previsor», tenía que empezar a sisarle al «Viejo». Lo que algunas veces la sacaba de quicio.

La forma que él tenía de ir a cobrar un mes tras otro, era bastante para agotar la paciencia de cualquier mujer.

—No me importaría su inclinación hacia mí si eso significara algo —se lamentaba con Sophie—, pero tú sabes bien que no significa nada.

Al parecer, el viejo había añadido un nuevo truco al repertorio de su sensibilidad. Últimamente, cuando traía a casa sus compras de ocasión, las encerraba en el cuarto de la limpieza por temor a que Violet las tirara al cubo de la basura, como le había amenazado. Se estaba volviendo de tal manera, que lo encerraba todo. Había puesto un cerrojo en la despensa, y cuando se iba al trabajo no dejaba en la mesa de la cocina más que aquello que estimaba bastante alimento para una mujer sana. De modo que Violet no podía llevarle al pillete un trozo de salchicha polaca. Esto la hacía sentirse literalmente fuera de su propio hogar aun permaneciendo en él. Hasta que un día le dio un martillazo al cerrojo y le llevó al pillete la salchicha entera sin dejar para Stash ni siquiera el trozo final. Después de eso, Stash durmió durante dos noches en el cuarto de las escobas.

\*\*\*

Oyeron llegar a Pig el «Ciego» dando golpecitos. Se paró para golpear el zócalo de la puerta del tahúr y luego subió dos descansillos, golpeando y golpeando. Siguió subiendo hasta llegar a un rincón sin cortinas, sin luz, sin ventana, y se sentó con el bastón entre las rodillas, repitiendo bajito una y otra vez:

—Abarcaré todo lo que pueda.

—Hace eso a propósito para que sepamos que está arriba —dijo Sophie a Violet, refiriéndose al golpecito contra el zócalo—. ¿Por qué diablos pensará que Frankie quiere volver a verle? —preguntó con sorpresa.

Un viento frío siguió al ciego escaleras arriba, y Violet arrojó con la manta las piernas de Sophie.

—Ese tipo ha dejado abierta la puerta de abajo —dijo—. Ahora voy a ver lo que pasa arriba.

Aun cuando Violet no volviese para decírselo, Sophie hubiera podido adivinar fácilmente qué estaban haciendo los vecinos de arriba: si dormían, o bebían, o contaban dinero. Algunas veces había una discusión entre el «Carcelero» y el tipo que había clavado orgullosamente una placa con su apodo sobre la puerta: «Señor John el *Borracho*».

—Tú te gastas el dinero en bebida y te olvidas del alquiler —le estaba reprochando el «Carcelero» a John frente a la puerta de Sophie, y ésta empujó con cuidado la silla hasta el ojo de la cerradura para no perder palabra.

—Vaya a ver a mi mujer.

Sophie sonrió. «Una mujer. ¡Cómo si no supiera todo el mundo quién es Molly Novotny! Acepta bebidas y, sin embargo, se llama a sí misma “señora”. ¡Vaya señora! La conozco desde que tenía catorce años y salía con cualquiera que la invitara. De bastante le ha servido si todo lo que ha sacado de esas salidas no han sido más que burlas y golpes».

—¿Qué te echó el juez la semana pasada? —preguntó el «Carcelero»—. ¿Cinco o diez?

—Diecisiete. Pero no tendré que pagarlos.

Ahí es donde el «Carcelero» le tenía cogido.

—Si yo presento una queja tendrás que hacerlo.

A Sophie le pareció que el «Carcelero» abusaba un poco. Porque la mayor habilidad de John el «Borracho» era la de aprovecharse del afecto que los demás le tenían a Molly para agenciarse toda clase de ayudas: rebajas en las sentencias de trabajo en el asilo, dinero para el alquiler de la casa o ayudas para seguir bebiendo. John sabía que, en realidad, no pasaba nunca nada aunque debiera el alquiler del cuarto. El «Carcelero» se enternecía cuando había que firmar una denuncia. Y además quería demasiado a Molly para enviar al asilo a su marido. Lo único que

había podido sacarle alguna vez a John, era la promesa de no volver a darle patadas.

Una promesa que él cumplía raras veces. Sophie había oído a John decirle a Molly, al pasar ante su puerta la noche anterior:

—No te estoy mintiendo, cariño, nunca te mentaré. No quiero más que darte esas pataditas.

Y ella había contestado llorando:

—Lo único que quiero de ti es que me dejes sola.

Por la mañana temprano, cada inquilino se disponía a aprovechar el día honradamente, y Louie explicaba:

—Mi negocio afecta a todos. Informar es un oficio como otro cualquiera. No hay por qué dejar de aprovecharse de nada que dé provecho. Un oficio es tan bueno como otro. El hombre que se avergüence de su oficio es un hombre que se avergüenza de su madre. De lo único que un hombre debe avergonzarse en estos días es de estar sin blanca. Empieza el tuyo, Piggy. Vamos todos juntos a la ciudad.

Piggy respondía:

—Yo también voy a la ciudad.

\*\*\*

Algunas mañanas no se oían voces, sino el ruido tan peculiar de las cocinas, que a Sophie le sugerían un íntimo significado: los de una mujer colocando cuchillos, tenedores y cucharas en cajones separados; después el ruido de un cucharón al chocar con una bandeja o con una cacerola. Ruidos domésticos como los que hacía su madre. Recuerdos de una época alegre. Ruidos que pertenecían a todas las mujeres del mundo menos a ella. Una ardiente piedad de sí misma la sobrecogía. No concebía que ella, Sophie Majcinek, fuera la más desgraciada de las mujeres. Y empujaba el sillón lejos de la puerta para huir de los ruidos que le llevaba el aire.

Se sentaba junto a la ventana manchada de moscas. Allí, sólo los chirridos metálicos del tráfico podían llegar a su corazón. Sólo el carnaval de los coches podía alegrar sus ojos. Azules y verdes, salpicados de barro, encarnados y negros, camiones y remolcadores, cabriolés y sedanes, *coupés* de *sport* y coches de lujo: el tráfico diario de la ciudad con sus diversos colores llegaba, se detenía y continuaba luego.

Mientras tanto el lamento de un disco viejo llegaba hasta ella desde el cuarto piso, donde una histérica, con los rizadores puestos, se imaginaba que había vuelto al año 1917:

*Y me parece que no está bien  
que no seas ya nene de alguien...*

En las noches sin estrellas y en los crepúsculos tormentosos, con sol, lluvia o frío,

tenía que permanecer sentada ante aquella ventana hasta que las largas sombras del edificio resbalaban desde la cornisa del cuarto piso, se introducían silenciosas por su puerta y se posaban en su falda. Sombras largas y tristes del mes de diciembre que huían del carnaval neón de abajo para volver todas las noches hacia ella a descansar.

Era la hora de los acumuladores de sombra: la hora de todos aquellos que no podían descansar sobre la tierra ni dormidos ni despiertos. Algunos reunían sus sombras como recuerdos, pero ella reunía las suyas como niños nonatos a sus ojos, pálidos y enigmáticos.

Sabía que cuando las sombras se retrasaban, el crucifijo luminoso alumbraba un poco. Y las sombras venían hacia ella buscando el calor que les había sido negado durante el día, como a todo aquel a quien las cosas le han ido mal. Ellas sabían que aquí resucitarían, porque aquí eran amadas y deseadas. Ella sola sabía cuán perdidas se sentían las sombras, lo cual las hacía aún más queridas para su abandonado corazón.

Para su corazón, que sucumbía bajo el peso de su propio abandono. ¿Para qué sirve un corazón que nadie quiere? Por eso era por lo que no debía desampararlas nunca y estar llena de fe y ser siempre amable. Sí, aquí en la luz ambarina de la tarde donde la atmósfera sudaba aburrimiento.

—¡Ay! Gatitos malos, habéis perdido vuestros mitones —podía recitarles como un libro de cuentos recita a los niños. Pues cada uno necesita a alguien y cada uno debe pretender un poco ser alguien para otros. En el mundo hay siempre un muchacho para cada muchacha, como dice una vieja canción.

No tocaba las sombras ni un instante por temor a perder su dulce medio ensueño, porque ella, como el Cristo luminoso, había sido también vendida. También ella había sangrado a diario por el pecado de otro. Entre ella y el crucifijo empañado había crecido una cadena de sangre y de dolor. Había visto que emanaba amor para todos aquellos que ella misma deseaba amar y no podía. ¿Cómo podía ella amar si nunca había aprendido cómo se debía hacerlo?

Aquella noche, cuando la pálida luz de la tarde invernal se esfumaba entre los colores de la noche de aquellos que de ella vivían, el cielo dejaba caer la lluvia por entre los anuncios verdes y rojos de la taberna como un puñado de confeti rojo y verde.

Enfrente, las luces de seguridad del «elevado» empezaron a derramar su reflejo sanguinolento sobre los carriles para guiar los coches vacíos de la tarde por entre los túneles de la noche.

Debajo del aparador, el perro que tanto había deseado y que tan pronto había despreciado, dormía con su gran hocico metido en una salsera en donde las huellas secas de la cerveza del día anterior habían dejado una mancha sucia color de ámbar. La última mosca del otoño daba un paseo solitario a su alrededor, entre el borde de la salsera y el hocico del perro.

En los rincones del cuarto quedaban fragmentos de la rotura de vajilla de la noche



anterior. La recordó con algo de placer, y también con algo de pena. Pues había sido Frankie, de rodillas ante ella, quien había hecho la limpieza cuando regresó de su trabajo. Se había despertado y lo había visto arrodillado. Arrodillado. No había hecho ruido alguno hasta que se levantó avergonzado. Le dejó pensar que no había visto nada.

Luego, cuando él se acostó dejando el suelo casi limpio, ella se rió muy bajito, lo bastante para que él se diera cuenta de que estaba despierta y había estado mirando durante todo el tiempo que él había permanecido de rodillas.

¿Y qué fue lo que el atontado había dicho entonces?

—Por favor, Zosh, no te rías de mí.

Valiente marido.

—Ya era hora de que hicieras algo —le contestó, y se volvió pesadamente para soñar que él trataba de subir por la escalera de incendios bajo la lluvia. Bajo la lluvia helada. Pero no decía por qué.

Ella soñó esto con placer y con pena a la vez.

Ahora se había vuelto a ir adonde el cielo se cubría de nubes de ámbar que ocultaban una pobre luna gris.

El viento empezó a separar las nubes, como si fueran el telón de un teatro al comenzar una comedia puesta en escena para ella sola. Tras aquel telón, la luna parecía de papel de luz. La luna no tejía ni con hilos de cobre ni con hilos de oro. Sólo los carriles brillaban como una red de hilos de acero que mantuviera a la ciudad aprisionada.

Algunas noches apenas podía respirar al ver los cables, las luces del cruce, las palancas de la torre de señales y del cambio de agujas. Mientras, los hilos telefónicos susurraban de calle en calle, sin concretar jamás una palabra ni un suspiro que pudiera ser entendido por persona humana.

La ciudad también estaba tullida a fuerza de esperar. También parecía estar un poco demente, sometida a uno cualquiera de los muchos pillos que en ella vivían.

Nadie podía saber mejor que Sophie lo que representaba estar sentado en un sillón de ruedas. Ella podría decir que algunas puertas antes familiares habían llegado a cerrarse estrepitosamente en la cara de quien llamaba en ellas. Nadie estaba en casa para nadie.

«Ni siquiera piensan en que volverán a hacerlo —pensó, al observar a una pareja que bajaba por la larga calle—. Frankie Majcinek es el peor de todos».

Lejano, oyó al «Hombre de los Paraguas» y su campanilla. Oyó también el carrito de un vendedor de salchichas. Observó cómo la luna seguía al carrito de las salchichas. Siempre había seguido la luna un camino recto, pero ahora corría tras de cualquier loco de la calle.

También la luna parecía en quiebra.

También se hacía la loca.

Se incorporó para ver cómo la gente desconocida estaba ligada a la calle, así

como la calle parecía estar ligada a la noche y la noche a un día desconocido, y todos los días a un remordimiento sin nombre.

Ya nadie se movía con facilidad, libremente y sin temor; todos se apresuraban angustiados hacia el trabajo y volvían ansiosamente a casa por la noche. Esperaban impacientes que cambiaran las luces del tránsito, temiendo siempre que la luz verde apareciese demasiado de prisa. Al brillar la luz amarilla tomaban el cruce por asalto para adelantarse a la peligrosa luz roja. ¿Es que ya no quedaba tiempo para cruces cómodos y paseos lentos por los bulevares flanqueados de árboles? Su vida, que se había iniciado bajo la caricia de la brisa mañanera, junto a un lago, con la seguridad inocente de que podría recibir aquella brisa eternamente, cada mañana, transcurría ahora en la fría corriente de aire de un zaguán pobremente alumbrado.

El viento, como la luna y como Frankie Machine, se había vuelto en secreto contra ella. El viento, la luna, el regreso a medianoche o a mediodía de él, todo le recordaba la triste madrugada de fin de año, cuando un gracioso había dejado una muleta rota entre el fonógrafo y un anuncio de bebidas.

—Era mi muleta y no supe reconocerla —se asombraba; y con una tristeza profunda agregaba—: No debí haberme reído cuando la vi.

Aquella noche todos temían encerrarse en algún sitio. Temían que las luces se apagaran en medio de un baile, mientras las campanas de todas las iglesias doblaran a muerto por todos los caídos en el cepo bajo el cielo cobrizo o destrozados bajo el tren urbano. Muy levemente, a través del piso, dos plantas más abajo, oía los ventiladores de «La Maroma y el Mazo», que empezaban a funcionar: primero despacio; luego, con un rumor, como el de una máquina de coser. Cerrando los ojos creía ver cómo el humo se iba espesando allá abajo y crecían las risas de la clientela.

Entonces empezó a mover las manos, observando el movimiento de sus dedos como si se tratara de los dedos de otra persona. Luego comenzó a cantar con voz desentonada y el perro abrió uno de sus ojos de borracho:

*Yo no soy millonario,  
pero eso no me importa...*

Cuando hubo cantado todas las canciones que sabía empezó a contarse cuentos de hadas casi olvidados.

—Mi nombre es Piel de Zapa —dijo, y se rió burlonamente de su propia voz—. ¿Quién demonios será Piel de Zapa?

Un hada respondió:

—No puedes tejer oro donde no hay oro.

A Sophie le gustaba saborear las palabras que acudían a su pensamiento como si fuesen dichas por otra persona. Y escuchaba el sordo golpear de los carriles cuando pasaba el «elevado». Luego seguía contándose sus cuentos sin palabras, fija la mirada en el claro de luna.

Sophie movió su sillón hasta que pudo ver las oscilantes lámparas de alerta a lo largo de las altas columnas del «elevado». Hasta podía ver a los pasajeros en los coches cuando los trenes aminoraban su marcha al acercarse a la estación.

Cada noche, mientras esperaba a Frankie y contemplaba la luna o las luces de cruce o a la torre de señales, aquellas lámparas le sugerían centinelas vigilantes para evitar que la noche cometiera una traición. Parecían leales en un mundo completamente desquiciado. Le daban ganas de llorar por todos los que penaban encerrados entre las cuatro paredes de una habitación a lo largo de las calles alumbradas.

\*\*\*

De nuevo era una muchacha sentada en los escalones del portal de la casa de Frankie, observando las mortecinas moscas de fin de verano chocar pesadamente contra las persianas. Las últimas horas de un sofocante mes de septiembre morían como hojas de rosal aprisionadas entre las páginas de un libro. A lo largo de los parques alumbrados por focos eléctricos los árboles parecían dibujados en una tarjeta postal.

Había venido para pedirle prestados sus patines, y él le había dicho:

—No te puedo dar más que uno y has de hacer lo que yo haga.

Luego, con un solo patín por el bulevar, el miedo de que él se fuese para siempre la obligó a seguirle. Él se había adelantado tanto y la noche estaba tan oscura y los árboles tan erguidos y altos, que para poder ver sus evoluciones y poder copiarlas para repetir las luego tuvo que llegar hasta el viejo *porche* abandonado del que él le había contado que no vivía nadie allí. Tuvo cuidado de atravesar la verja echando por delante el pie izquierdo como él le había indicado, y dejarse caer en la maleza alumbrada levemente por un lejano foco eléctrico. Allí, junto al olor de hojas secas y del rocío nocturno le dijo:

—Siéntate, Zosh.

El ojo único del amarillento farol les miró mientras ella escuchaba sin pestañear lo que le decía él y las campanas de San Esteban repicaban lejos.

Se despertó en el sillón al oír el último eco de San Esteban sonando por encima de los tejados de ensueño de la medianoche. Y toda su vida, desde su niñez sin preocupaciones hasta la noche de su accidente, fue evocada de pronto por el lejano repique.

—Dios se ha olvidado de nosotros —dijo en voz baja.

La lluvia caería siempre y nada cambiaría jamás. Salvo la hoja del almanaque. Y un nervio en el muslo le dio un tirón violento.

La ratonera del gabinete sonó. Ella lo oyó tan cerca como si hubieran hecho un disparo a su lado. Escuchó al animalillo luchar, cansarse poco a poco y finalmente quedarse quieto.

\*\*\*

Un alambre sosteniendo un contador de madera era lo único que recordaba que aquel lugar había sido un salón de apuestas. Debajo de él, un círculo de sillas cromadas cubiertas de cuero rojo, una buena cantidad de corbatas amarillas y muchas caras cetrinas se agolpaban alrededor de una mesa en forma de herradura.

El humo del primer cigarro puro de la noche se extendía debajo de la única luz, como el humo del primer disparo de una batalla se extiende sobre una verde pradera. Todos los caballos del día habían ganado dinero o habían corrido algunas horas antes; nada quedaba en la pared salvo los pronósticos para el día siguiente:

TRACK: RÁPIDO. PESADO. ENFANGADO.

El tahúr colocó una baraja nueva frente a Schwiefka para que cortara, y mientras lo hacía aprovechó el tiempo para dar cuerda con cuidado a su reloj de pulsera.

NO INDICAR EN VOZ ALTA LOS JUEGOS CONFIDENCIALES

Por encima de la cabeza del *croupier* este letrero avisaba a los presentes desde el alambre que sostenía el contador de apuestas. Al otro lado del contador colgaba una pequeña invitación verde sin sentido entonces, por proceder de fecha anterior:

SHORT CARDS<sup>[2]</sup>  
60 CENTAVOS LA HORA

Desde Pearl Harbour nadie había jugado allí a las *Short Cards*. Schwiefka y sus ayudantes mataban las horas antes de la llegada de los clientes con juegos sueltos entre ellos, mientras hablaban de sus éxitos o de sus descalabros.

—He estado en cinco bares y un tipo me ha convidado a una copa en cada uno —informó el «Gorrión» con verdadero orgullo.

—¿El mismo tipo? —preguntó Frankie barajando los naipes.

—Varios tipos —repuso indulgente el «Gorrión»—. Ahora no tengo ni para una botella de vino, y tú no creerás que estoy arruinado.

—Tú siempre estás sin blanca —observó Nifty Louie—. Me parece que cuando naciste tu viejo estaba sin trabajo.

—Si el tuyo hubiera tenido alguna vez una colocación, de seguro que no hubieras nacido —replicó el «Gorrión».

—Lo molesto de vosotros dos, muchachos, es que os gastáis la pasta en tonterías —dijo seriamente Frankie a ambos.

Louie, que había venido con él esa noche, le preguntó:

—¿Y en qué la gastas tú, tahúr?

En vez de contestar, Frankie dio cartas a su alrededor, saltándose al «Gorrión», que había manifestado no tener dinero para jugar. Cuando John el «Borracho» se

levantó y acercándose con una botella sin etiqueta se la ofreció al pillastre como consuelo, el «Gorrión» le miró con tristeza y murmuró:

—¡Oh, muchacho!, la botella sin nombre.

Bebió sin gusto, se la devolvió a John y volvió a sentarse entristecido.

—Prestadme uno de esos sucios billetes para que yo pueda jugar también —pidió a los jugadores sentados a su lado.

Ambos, sin apartar la vista de la visera del tahúr, le contestaron:

—No juego nunca contra mi propio dinero.

—Entonces prestadme una sucia moneda.

El «Gorrión» tenía buen cuidado de llamar sucia a cualquier moneda que recibiera en préstamo, creyendo que esto reducía algo su obligación de devolverla. Le disgustaba ver circular las cartas alrededor de la mesa y saltarle sólo a él. Pero no le gustaba pedirle dinero a Frankie, pues parecía como si éste no tuviese nunca una moneda de diez centavos y además porque estaba siempre muy pálido, como enfermo.

—Déjame jugar dos veces en tu lugar —suplicó a Frankie—. Hazte cuenta que tienes una cita con una actriz de cine y no vuelvas hasta que los clientes empiecen a llamar.

El tahúr no contestó. Al parecer le importaba poco una cosa u otra. Si Schwiefka quería dejar que el pillete hiciera el loco durante media hora, Frankie no tenía nada que oponer. Pero Schwiefka no hizo caso y el «Gorrión» esperó inútilmente.

—Bueno, ¿puedo ir a lavarme las manos para estar listo? —preguntó al cabo de un minuto.

—Sí —se dignó contestar por fin Schwiefka—. Y lávate también la cara.

—Déjale que dé las cartas —intervino Nifty Louie—. No podrá robar más que Machine.

La opinión de Nifty Louie era de peso para Schwiefka, pero se encogió de hombros con cierta duda. El «Gorrión» ayudó a Frankie a salir de su asiento y los jugadores pusieron cada uno un níquel ante sí.

—Mira qué servicio de judío —se sorprendió Louie, pues el pillastre había dado las cartas con la izquierda.

El «Gorrión» daba las cartas con rapidez, unas veces con la mano derecha y otras con la izquierda, empezando unas veces por el jugador sentado a un lado y la vez siguiente por el sentado al otro, pero vigilando siempre el platillo como si fuera un buen pollo asado ante un hambriento.

Había cuatro dólares y veinte centavos en el platillo, para el vencedor: el jugador a quien precisamente le había pedido el préstamo de dos centavos. El pillete sabía cuándo tenía juego. Y entregó sesenta y cinco centavos al ganador, metió una moneda de veinte centavos en el gran saco verde y el resto se lo guardó en su propio bolsillo con un movimiento de sus hábiles garras.

El ganador le miró fríamente. Había arriesgado dos dólares para ganar un platillo

de cuatro, y no había más que seis partes delante de él.

—Puedes retirarte si no te gusta cómo repartimos aquí —le dijo el «Gorrión» anticipándose a su protesta—. ¿Te dejo fuera de la mano?

Los demás aplaudieron con calor, pues no habían perdido ni una sola moneda de diez centavos.

—¡Hala, muchacho! El «Gorrión» está ahora en el pescante.

Pero no se alegraron por mucho tiempo. El próximo platillo contenía tres dólares, de los que el *croupier* se llevó un dólar con cuarenta centavos en pago de su trabajo. La casa ganó treinta centavos y el ganador las migajas.

Naturalmente, en la mano izquierda no hubo muchos jugadores. No había más que cuarenta y cinco centavos en el platillo y el «Gorrión» se llevó dos partes de él antes de que Schwiefka le cogiera por el cogote. Sin poderlo evitar, se encontró sentado al otro lado de la mesa, pero esta vez con cerca de cinco dólares por delante. Ahora nadie le echaría del juego hasta que no los hubiese perdido.

—Se supone que estoy muerto desde 1921 —le confió Louie a John el «Borracho»—. Estamos en 1947 y todavía le doy a la bomba.

Louie no acababa nunca de mencionar la hazaña de haber sacado durante tanto tiempo agua con la bomba.

—Los tipos que me buscaban por aquella época se han ido todos: muertos, borrachos o moribundos. Aquéllos eran de los que untaban ajo en las balas. Se supone que tengo un diente de ajo metido en la cabeza desde hace veintiséis años, y lo único que me pasó fue que una uña del pie me la arrancaron con unas pinzas al rojo.

Bajo la luz, el sudor le había secado el talco violeta en la comisura de la boca.

—Cumpliendo condena, mendigando, muertos de una borrachera o moribundos.

—Me acuerdo de Frank el «Quebrantado» —se jactó John el «Borracho» enseñando sus dientes ennegrecidos—. Era de los que se gastaba cincuenta dólares en el bar y no compraba ni un paquete de cigarrillos. Tenía que fumarse los tuyos. —Bebió de la botella sin etiqueta—. Aquéllos eran buenos tiempos. A un tipo le echaban trece años por un delito. Cuando hacías algo lo pagabas. No es como ahora. Ahora es demasiado barato.

Las señales de su alcoholismo le marcaban la cara como una enfermedad crónica. El único de la reunión que al parecer no tenía recuerdos de martirios, asesinatos y robos en gran escala era el «Hombre del Paraguas». Éste transitaba por las calles sonriendo gentilmente, día tras día, tocando la antigua campana de una escuela y llevando un paraguas roto atado a la espalda. No podía ver sin pánico cualquier violencia, por lo cual se decía de él con sorpresa: «¿Sabes quién es ese loco del paraguas? Es el hermano del mejor policía de la calle. Sí, hermano de Primo Kworka, el hombre de confianza del comisario. Es el primo de todos por dos razones: porque anda por ahí sacudiendo a los tontos y porque el más tonto de todos es su propio hermano. Se supone que el tipo se dedica a arreglar paraguas, pero no ha podido

componer el mío. No actúa».

A su lado estaba el revisor de contadores, que en su tiempo había jugado *baseball* y ahora entrenaba al equipo de «Los Invencibles de la Correa y del Cuero», una agrupación que no había ganado un solo partido desde que el revisor de contadores la dirigía.

—La próxima vez que vengas aquí después de desvalijar un «cinco-con-diez» te voy a llevar yo mismo a «Gran Archivo» —le avisó Louie al «Gorrión» al empezar la sesión de la noche.

—El día que lo hagas detener te hago expulsar —dijo Frankie suavemente.

—No podrías —repuso el pillete.

Pero no era necesario ser un Pinkerton para darse cuenta de que el «Gorrión» había desvalijado de nuevo un «cinco-con-diez». Poseía media docena de lápices mecánicos rojos y verdes, cada uno con una batería interior y una bombillita donde usualmente llevan una goma de borrar. Había visto que le servían de distracción a Sophie y había decidido hacerse con un puñado de ellos.

—¿Para qué diablos puede servir un lápiz con una bombillita? —preguntó Louie.

—Sirven para escribir en la oscuridad, hermano —le explicó el pillete.

—Tú lo ves de esa manera y yo lo veo de la mía —contestó disgustado Louie—. La guerra se ha terminado y además no me llames hermano.

—También sirven para ahorrar electricidad en las noches oscuras —insistió el «Gorrión». Puedes escribir toda la noche y además los ojos se fatigan menos.

Louie empujó una moneda hacia el pillete, recibió a cambio uno de los lápices y dijo:

—Tendrás que cambiarme gratis la batería cuando se agote.

—¿Por un centavo? —se indignó el «Gorrión». ¿No te das cuenta de que tengo gastos de fabricación? La sustitución es al precio de cincuenta centavos. ¿Quieres otro y tendrás batería gratis para toda la vida?

—Cuando la batería se descargue, o la substituyes... o te tragas el lápiz —le amenazó seriamente Louie.

—¿Cómo podré cambiarla si en el «cinco-con-diez» ponen otra cosa en el mostrador de las baterías? —Se defendió el «Gorrión».

—No me preguntes a mí cómo has de explotar tu negocio. Estas cosas están garantizadas para toda la vida, según tengo entendido.

—Aquí tienes tu dinero —dijo el «Gorrión».

—No se lo devuelvas, Solly —le sugirió Frankie—. Si esa batería dura tres días, probablemente durará más que Louie.

Aunque íntimamente convencido de la profecía de Frankie, Louie trató de recuperar ansiosamente la moneda, como si su vida dependiera realmente de que no estuviera en manos de un extraño. El «Gorrión» se la guardó en el bolsillo del chaleco.

—Ahora me doy cuenta de que el tahúr tiene razón —le dijo a Louie, observando

su palidez—. Pones una cara como si la seguridad de que la batería durará toda la noche fuese garantía de larga vida.

Louie concedió:

—Tengo que morir como baraja el tahúr: de prisa.

—Así es como has vivido —le dijo Schwiefka.

—Así es como todos hemos vivido —recordó a los presentes John el «Borracho».

El «Gorrión» prometió:

—Te la cambiaré cada vez que se gaste aunque para ello tenga que desvalijar el almacén.

—Si continúas dando vueltas alrededor del almacén después de obscurecer acabarás en chirona antes de lo que crees —intervino nerviosamente Frankie.

Pero el «Gorrión» desechó la advertencia.

—Yo soy un comerciante —dijo con dignidad—. Cumpliré mis obligaciones aunque tenga que desvalijar el bazar. ¿Crees que voy a dejar que se arruine mi crédito? Ésa es la diferencia entre un comerciante como yo y un vividor barato como tú. Vosotros los aprovechados no tenéis crédito.

Frankie barajó los naipes despacio, con la esperanza de que durante la noche se olvidara el incidente.

—El mal de toda la nación es que los comerciantes estafáis a las gentes y no dejáis nada que robar para un honrado vividor.

El «Gorrión» dijo gravemente:

—Yo creo que no hay ninguna diferencia. Un comerciante es un vividor con pasta que vive legalmente, y un vividor es un comerciante que o está arruinado o no ha tenido dineros nunca. Proporcionadme esta noche cinco de los grandes y mañana por la mañana tendré una invitación para inscribirme en la Cámara de Comercio sin que me hagan preguntas.

—«Gran Archivo» te atraparé antes —volvió a advertirle Louie.

—Sí —convinieron todos, pensando en las posibilidades de que al pilluelo le impusieran una condena larga.

—Ahora es demasiado barato —volvió a lamentarse John—. Cuando antes hacías algo, lo pagabas.

—Al diablo con los días de antes —protestó el «Gorrión» mirando resentido a John—. Espero que se descarguen tus baterías.

—Sus baterías hace veinte años que están gastadas —intervino Frankie.

—Está bien —repuso John—. La batería podrá estar gastada, pero el cerebro trabaja todavía. ¿De qué sirven las baterías nuevas si el radiador tiene goteras? Los tubos del pillete están hirviendo, pero sus contactos se cruzan como los de un *Essex* de segunda mano.

—Todavía estoy dentro de lo legal... si me comparo con algunos —replicó el «Gorrión» sin mirar a Louie—. Todavía no hay buscadores de alegría esperándome en el «Safari».



Fue la primera vez que Frankie se dio cuenta de que el pillastre conocía el negocio de Louie y se sintió molesto por este conocimiento. ¿Cuánto era lo que sabía el pillete? Probablemente había oído alguna palabra y estaba dando vueltas alrededor sin saber nada sobre la acusación que había lanzado, pensó con inquietud.

El «Gorrión» había llevado el juego demasiado lejos. Con el as de bastos en la mano, Louie preguntó:

—¿Quieres morir en una callejuela?

El «Gorrión» no tenía valor para desafiar a Louie cuando éste hablaba del negocio, pero también él tenía un as en la manga.

—Te voy a hacer el signo del yu-yu —amenazó en voz baja a Louie.

—Como me amences con ese dedo monstruoso eres hombre muerto.

Era un desafío. Todos se dieron cuenta de que se estaban desafiando. Así pues, cuando Louie se volvió a mirar sus cartas, el «Gorrión» le apuntó con el dedo mutilado. Louie oyó crujir los nudillos. Alguien se rió y Frankie sintió miedo de que el calmante que había tomado no le mantuviera sereno hasta por la mañana.

—¿Me estás apuntando con ese monstruoso dedo? —preguntó Louie.

—No lo apunto más que a los enemigos, y tú y yo somos viejos compinches —le apaciguó rápidamente el «Gorrión», y muy bajito cantó una canción de las suyas:

*Yo trabajaba en Chicago  
en un enorme almacén...*

—El teléfono va a sonar —avisó de pronto Pig el «Ciego», y aún no había acabado de decirlo cuando el teléfono sonó. Un truco que como otros de los suyos admiraba a todos. Nadie ni siquiera el pillete se atrevía a adivinar una llamada telefónica—. Especialmente un teléfono sin número —se jactó Pig, como si el hecho de que el teléfono tuviera un número secreto diera más mérito al truco.

El número no lo conocía más que aquel que llamaba a la misma hora todos los sábados por la noche. Schwiefka contestó y su voz de acento eslavo tuvo la cortesía que sólo reservaba para las señoras.

—Espere —dijo con vehemencia—. Le voy a llamar.

Louie cogió el teléfono mientras Schwiefka volvía a su asiento al lado de Frankie.

—Pareces un gato que estuviera comiendo estiércol caliente una mañana helada —le dijo Frankie cuando se sentó.

Pig se quejó:

—Quisiera que me dieran una colocación en el Ayuntamiento para avisar que el teléfono de alguien va a sonar. Lo oigo llegar por los hilos. Yo oigo algunas cosas antes que las oiga un perro.

La alusión a un perro llevó el pensamiento de Frankie hacia el cuarto donde el perro, agazapado debajo del aparador, esperaba su regreso. *Rummy* temió a Sophie desde el principio.

Después que Louie hubo regresado a la mesa, todo empezó a suceder con mal cariz para el tahúr, hasta hacerle parecer pesada la baraja que tenía en la mano. Por un momento la muñeca sin nervios tembló, aunque luego se quedó tranquila el resto de la noche. Pero en ese breve temblor Frankie adivinó qué era lo que iba mal.

Mientras las cartas circulaban alrededor de la mesa como si una máquina las sirviera, Frankie volvió a imaginar de nuevo la escalera sin alfombra que subía dos pisos hacia la sencilla habitación donde unos tambores de ensayar yacían estropeados debajo de un fregadero repleto de platos sucios y una vieja baraja reposaba sobre la estantería. La repisa nunca estaba limpia porque Sophie no podía alcanzarla desde el sillón.

—Sin embargo —musitó—, siempre que dejo una botella encima de ella le faltan algunos tragos. Sophie puede levantarse lo bastante para coger la botella, pero no para limpiar la repisa en que la pongo. Sin duda usa el cojín.

—Mirad a este tonto. Está soñando que se casa con una actriz de cine —dijo Schwiefka, empujando hacia Frankie el saco de seda verde. Por esa noche había terminado la diversión.

Ahora los clientes empezaban a llegar, miraban distraídamente los pronósticos de las carreras del día anterior, y después cada uno de ellos se sentaba «sólo por media hora, para matar el tiempo, pues esta noche es cuando saco de paseo a la parienta».

Era la excusa acostumbrada, calculada para dejar un resquicio por el que poder zafarse con gracia en el caso de poder levantarse con una pequeña pero segura ganancia.

A la media hora la mujer de cada cual era olvidada, las apuestas subían de un dólar a dos, el coste era del cinco por ciento sobre quince dólares y en la puerta el «Gorrión» dejaba entrar a los primeros habituales. El cinco por ciento ingresaba en el saco de seda verde, y cuando alguno de los ganadores le daba al tahúr una moneda de propina, Frankie la restregaba contra la pantalla que tenía encima de su cabeza para indicar —estuviera o no allí Schwiefka para verlo— que la dádiva era para él y no para la casa.

Si el pillastre tenía dudas sobre la cara de un extraño, sólo abría la puerta lo bastante para decir:

—Nada de eso ocurre aquí, señor. Aquí se venden las especialidades de la casa «Cueros y Correas». ¿Quiere usted comprar una correa eterna?

Para el hombre que algunas veces se llamaba a sí mismo el «Tahúr Errante» y a quien otros llamaban Frankie Machine, la vida era mucho más que una sesión nocturna de naipes.

Pasos en las escaleras y una ligera llamada en la puerta.

—Yo sé por qué llama tan bajito —decía el «Gorrión» al levantarse para dar entrada al jugador.

\*\*\*

La única vez que Frankie vio a John el «Borracho» en los últimos días, fue en la mesa de Schwiefka, pues el «Carcelero» se lo había quitado de encima por fin y Molly vivía sola en la habitación que tenían alquilada.

El pequeño nido de la morena Molly estaba en el primer piso. Su única ventana se abría sobre el desempedrado túnel que había debajo de las crujías de acero del «elevado». Los visillos colgaban blancos y suaves. Cuando el exprés de circunvalación estaba a un cuarto de milla, los visillos se agitaban, ondulaban y movían en tanto que la habitación se estremecía; luego, cuando el tren estaba cerca, los visillos se convertían en banderas tiasas que golpeaban con furia en el alféizar mientras los coches pasaban por delante de la ventana.

John el «Borracho» había abandonado a Molly para irse con su primer y más verdadero amor: la botella sin etiqueta. Volvía cuando la botella estaba vacía, y si el «Carcelero» no estaba allí ella le daba uno o dos dólares. Molly ganaba un tanto por ciento sobre cada bebida de cuarenta centavos que hacía consumir. Había noches que llegaba a ganar hasta diez dólares, y noches que se marchaba sin diez centavos, debiéndole a la casa cinco dólares.

—Sería más barato vivir en algún sitio donde no me pudieras encontrar —se lamentó ella la última vez que la visitó John.

—De todos modos te encontraría —le aseguró él.

\*\*\*

Se sentía feliz de haberse librado de él a tan poca costa. Ahora, por las mañanas, se despertaba con la cabeza en la pequeña almohada, y contemplaba la blancura de la cortina que velaba la habitación. Detrás de ella el mundo parecía irreal, como pudiera aparecérselo a un niño pequeño. Se sentía feliz de no tener a John a su lado. Satisfacción amenazada siempre por el temor de su regreso.

Sobre el aparador había dos lámparas, una con bombilla roja y otra con bombilla azul. Entre las dos había clavado con chinchas a la pared la portada de una revista con la pregunta del momento: *¿Se está el jazz volviendo hebreo?*

Las dos lámparas lucían. La cortina se movió y se oyeron unos pasos lentos. En el nido de la morena Molly no se notaba que fuera Navidad.

La noche siguiente a la de la rotura de la vajilla en el segundo piso, Frankie se halló delante de la puerta de la joven mirando tranquilamente el hocico de *Rummy*. Alrededor del cuello del perro, el «Gorrión» había atado un lazo azul que llevaba como adorno un medallón rojo en forma de corazón con un sencillo letrero: «Para ti».

—Le voy a dejar aquí —le dijo Frankie al pillete—. Zosh está durmiendo. A las diez te veré en la esquina.

—Tengo que subir para ver a Violet —contestó el «Gorrión» subiendo la escalera—. Stash viene pronto a casa estas noches.

Sin volver la cabeza, Frankie advirtió:

—No llames a mi puerta. Zosh está ya durmiendo.

—Ya me lo has dicho dos veces —replicó el «Gorrión»—. Puede dormir toda la noche si quiere. Yo no haré nada que moleste a tu Zosh.

Pensó que Frankie trataba de hacerle comprender que nadie tenía que haberle visto delante de la puerta del primer piso. ¿Qué clase de broma le estaba preparando a Zosh que ésta no debía saber siquiera que él estaba en la casa?

«Frankie está en las astas del toro —rumió—. Parece como si quisiera ir corriendo a alguna parte y no supiera por qué camino tirar».

Al pasar por el segundo piso oyó a Sophie empujar su sillón a través del cuarto. Si sólo se trataba de divertirse un rato con Molly, Frankie debiera saber que podía fiarse de un tipo que nunca le había hecho traición.

—Se figura que está haciendo el gran juego y en realidad está haciendo el ganso —pensó burlonamente, pues siempre había sido mejor actor con las mujeres que Frankie.

Éste esperó hasta oír cómo se desvanecían los pasos del «Gorrión» por el tercer piso. Entonces echó mano a la botella que llevaba en el bolsillo de la cadera y llamó suavemente con los nudillos. Tuvo que llamar dos veces antes de que ella contestara.

Se hizo el sorprendido cuando ella abrió.

—Has llamado muy bajo —dijo.

—No estaba seguro de que hubiese alguien.

Ella dirigió la vista primero al hombre de aspecto fatigado y luego hacia el perro con aspecto de loco. De pie, con un traje blanco y los aretes rojos colgando sobre las mejillas, luciendo la negrura de sus cabellos, que le caían sobre los hombros. Desde que John la había dejado parecía más elegante.

—He pensado que te gustaría ver un perro que bebe cerveza —se disculpó Frankie—. Anoche me dijiste que debía tener uno mío para darle una patada.

—No te dije que tuvieras uno que bebiera cerveza, Frankie —protestó ella—. Pero si quieres lo ensayaremos.

*Rummy*, que estaba escuchando distraídamente, se levantó de pronto y tiró de Frankie hacia dentro.

—El olor de la cerveza le da fuerzas —explicó Frankie.

Antes de que ella terminara de llenar el recipiente, *Rummy* ya lo había vaciado y Frankie tuvo que sujetarle el hocico con ambas manos. El perro lloriqueó lastimeramente hasta que se lo llenaron de nuevo y pudo apurarlo sin derramar una gota.

—No había bebido en todo el día —dijo Frankie, que simpatizaba con todas las gargantas secas—. Y por cierto, yo también tengo sed. —Sacó la botella que llevaba en el bolsillo de la cadera y fingió sorpresa por encontrarla allí—. Mira lo que algún tipo me ha metido en el bolsillo.

—Lo añadiré a la cerveza —dijo Molly con precaución—. Desde que John se ha

ido no he salido de este tabuco.

Fue hacia el gramófono que estaba sobre el aparador y lo puso en marcha:

*Algo hay que se mueve de prisa,*

Cantó el disco lentamente.

—Tengo a *Girlie* atada en la despensa —dijo Molly—. Verdaderamente no tengo sitio para ella aquí y nadie se la quiere llevar.

—Yo conozco a alguien que podría ayudarte en ese sentido —repuso Frankie mientras la lengua de *Rummy* señalaba hacia la botella medio vacía puesta sobre la mesa.

Molly le llenó otra vez el recipiente y se sirvió ella un vaso. El perro volvió a pedir más antes de que la espuma se hubiera disipado. Mientras tanto *Girlie* protestaba con un melancólico gemido. La oreja izquierda de *Rummy* se irguió.

—No la sueltes —aconsejó Frankie a Molly—. Se puede acordar de mí y arrearme un bocado.

*Despacito, despacito,  
pues esto va muy de prisa,*

Aconsejaba el cantor del disco a Frankie y a *Rummy*.

—Precisamente he comprado a éste —dijo Frankie señalando con la punta del zapato la oreja medio erguida del perro— para que Zosh tuviera algo que hacer en vez de apedrearme.

—Me acuerdo de la Zosh de antes, Frankie. ¿Te acuerdas del día que me llevaste a bailar por San Wenceslao y vino ella cruzando la pista y me largó una buena bofetada delante de todos? Entonces no estabas obligado a ir a bailar solamente con ella. Y mírala ahora qué vergüenza.

No pudo evitar un tono de triunfo en su voz. Frankie no debía haber dejado que Molly Novotny le recordase que Zosh no le hablaba a nadie en aquellos días.

—Aún sigue siendo bonita —agregó Molly rápidamente, y empezó a cantar una canción con su grave y burlona voz, dejando que sus ojos le recordaran la noche que habían bailado juntos.

*Ésta es una gran ciudad  
donde hay mucho que admirar.  
Pero el que yo quiero falta.  
No hay gran ciudad para mí.*

*Rummy* ladró bajito, más como un fantasma que como un perro, se rascó

suavemente y se echó sobre las patas delanteras para dormirse con el sueño de los justos.

—Un perro debe tener pulgas de vez en cuando —dijo Molly a Frankie—. No sé por qué, no es verdadero perro el que no las tiene.

—Estos pequeños *fox-terriers* son buenos —le informó Frankie.

—En el Oeste los llevan de caza y cuando ven al zorro, el pequeño *terrier* conduce a los demás perros hacia la presa.

Las patas de *Rummy* temblaban en su sueño. Soñaba que era un *terrier* fantasma que corría detrás de un zorro fantasma y que conducía a los demás perros contra él. El zorro se transformó en un tiovivo que daba vueltas con gran facilidad mecánica al compás de una música de tiovivo, y el perro trepaba, resbalaba y caía, ladrando contra los terribles cascos de los caballos del cansado tiovivo, todo ello sacado de los ensueños de los perros.

—Los perros sueñan también —agregó Molly, basándose en una auténtica fuente que no quiso revelar—. Sueñan que están haciendo lo que más les gusta hacer. Igual que las personas.

—Éste no sueña —le aseguró Frankie—. Si lo hiciera tendría que soñar que se ahogaba en un tonel de cerveza y se despertaría sediento.

—Yo misma no duermo bien, y me parece que es porque no estoy acostumbrada a dormir sola. Sueño que vuelve John y me despierto. Algunas noches no puedo dormir nada, y me parece que se me agotan las fuerzas. Tengo demasiada tensión. ¿Tú sabes lo que soy? —Y antes de que él pudiese preguntar qué, añadió—: Gitana y húngara.

—No es extraño que no puedas dormir.

—Todo lo que hago aquí los días de lluvia es tocar música clásica —le dijo con una afectación que él creía que había perdido hacía tiempo—. Trato de no frecuentar los bares desde que John se ha ido. ¿Te gusta la música clásica?

—No.

—A mí sí. A veces oigo una palabra nueva. Entonces busco una palabra y toco música clásica para acompañarla. ¿Lees libros?

—No.

—Yo sí. Libros *intelectuales* como *La extraña mujer*. Primero conquista a un tipo y luego se casa... Eso es lo que hace que el libro sea intelectual.

Como él no decía nada volvió a cantar sus cancioncillas:

*Déjame que sea tu novia,  
yo te lo he de agradecer...*

Después hizo un gesto que Frankie no olvidaría nunca.

\*\*\*



Ahora había algo distinto en las noches del tahúr. Se había dado cuenta de que con los brazos de Molly Novotny a su alrededor podía resistir la dolencia y el aislamiento que le llevaban a la habitación misteriosa del «Safari». Le había confesado todo el asunto, pero ella casi había adivinado la verdad antes de que él se la dijera.

—Hubiera podido decirte que algo no marchaba bien apenas la otra noche te asomaste por la puerta, Frankie. Me dije a mí misma: «Éste tipo tiene algo que le preocupa». Frankie, la próxima vez que te sientas enfermo ven a mí en vez de ir a buscar a Louie. Yo seré mejor enfermera para ti. Te encerraré aquí y te curaré. Si no te conociera más que desde hace un par de días no me importaría. Pero te conocí cuando eras el mejor tipo que he conocido y quiero que vuelvas a ser de nuevo el mejor de todos.

—Me estoy curando —se jactó con Molly.

En su sillón de *croupier* su antigua confianza tardó en volver.

—Todo consiste en el pulso y le he cogido el punto.

Sólo la borrosa imagen de su mujer en la silla de ruedas se obstinaba en ensombrecer su humor.

Cada noche podía meter en el saco de seda verde monedas sueltas, de cinco y de dos. Cuando estaba bueno servía el juego más rápido que todos los del barrio del Noroeste, y cada noche se encontraba mejor. Había momentos en que le parecía que daba las cartas más rápidamente y con más seguridad que nunca. En cualquier instante conocía al centavo el contenido del platillo y vigilaba tanto a los jugadores como a la baraja.

Al amanecer, Schwiefka, con su tipo de cocinero de freiduría, daba el grito de «A cambiar» al director de juego, y se marchaba con la recaudación.

Desde que Frankie llevaba el timón sólo había habido un incidente serio en casa de Schwiefka, pues Frankie tenía la habilidad de anticiparse a cualquier asunto anormal.

Sentía la desesperación que incita a un hombre a poner su único as entre las demás cartas del montón, tirándolo tan rápidamente que diera la sensación de que era una pareja. Había sido con una de estas tiradas y para beneficiar al «Hombre del Paraguas» con lo que Frankie había fastidiado a Louie.

Todo el mundo menos el «Paraguas» supo inmediatamente lo ocurrido.

Lo único que el «Paraguas» sabía es que Louie había cantado «pareja» y había echado mano al bolsillo. Pero Frankie había puesto las cartas de Louie boca arriba antes de que éste hubiera tenido tiempo de volverlas a meter en la baraja.

—Juraría que he visto una pareja —aseguró Louie, y nadie le dijo que estaba mintiendo.

Pero el «Hombre del Paraguas» se había llevado lo del platillo y Louie nunca había perdonado completamente al tahúr por haberle descubierto.

—Parece como si el dinero saliera de su bolsillo —se quejaba más tarde de



Frankie.

Desde entonces todas las noches Frankie miraba seriamente a Louie y decía:

—Soy yo quien canta las manos. Lo que yo digo es lo que vale. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. Nadie tiene por qué cambiarlo.

Le decía esto a Louie exactamente igual que cierto sargento le había dicho a él cuando le discutió una orden. La frase había hecho efecto sobre el soldado Majcinek. Así es que el ex soldado Majcinek suponía que también hacía efecto sobre Louie.

Además, observaba con ojo práctico a cada nuevo cliente. Schwiefka metía jugadores ocasionales para que su *croupier* se mantuviese en el camino recto. Había uno que ostentaba una corbata muy florida y que tenía por costumbre buscar bajo la mesa el pie del tahúr para indicarle que un poco de cooperación con la baraja no quedaría sin su justo pago. Buenos chicos, con sus buenas copas de *whisky* en la cabeza y cierto extraño brillo en la mirada, que no se preocupaban en contar un platillo ganador para comprobar si estaba cabal. «Tenemos mutua confianza, tahúr», parecía implicar aquella despreocupación.

Pero Frankie no confiaba en ningún tipo sentado al otro lado de su sillón. Había evitado cuarenta de esas pruebas.

No le llamaban Machine sólo porque daba las cartas de prisa, sino también porque era metódico. No podía arriesgarse a no serlo porque servir cartas era su única habilidad.

«El día que tenga el *carpet* del sindicato de músicos robaré a Schwiefka», proyectaba en su corazón de ratero. Pero hasta ese día sería tan honrado como los tacos de billar que había en casa de la viuda de Wiczorek.

Uno tras otro los jugadores irresolutos cedían su puesto con Corine la noche invernal iba pasando, las apuestas crecían, el aire se hacía más pesado y las posturas más ligeras.

Frankie se sentía aburrido, enfermo de verlos entrar pidiendo que se les estafara, deseando saber de qué parte del mundo venían y en qué parte del mundo ganaban dinero, y qué era lo que podían contar a sus mujeres; especialmente qué podían decirse a sí mismos y por qué volvían siempre, siempre, siempre en busca de que les robaran algo más.

*Más, más, espero llorando algo más.*

Fragmentos de una vieja canción de los pasados treinta años discurrían por su cabeza cojeando como un carrito con una sola rueda, en tanto que las cartas se deslizaban mecánicamente sobre el tablero y sus dedos daban el cambio en el centro y cobraban el porcentaje de la casa sin que el ganador se diera mucha cuenta del corte. Porque una cosa era que un jugador supiera que estaba cobrando un tanto por ciento y otra muy distinta que lo hiciera delante de sus propios ojos. Vagamente, al jugador le parece siempre que el *croupier* sobrestima el corte, pues cuando tiene una

buena mano un cinco por ciento no le importa. Se siente demasiado seguro al tener tapada la casilla de los ases, en tanto que el contrario de enfrente se juega su último dólar con la esperanza de que le entre ese mismo as. Y cuando no está interesado en el platillo, el jugador no se preocupa si el *croupier* cobra el noventa por ciento. En ese caso se figura que no es su pellejo el que desuellan.

«Espero resarcirme esta noche —es la filosofía del jugador—. ¡Me hace tanta falta el dinero!».

La misma canción seguía sonando, como un tranvía sin conductor que circulase saltándose las usuales paradas a través de la ciudad conquistada en el cerebro del tahúr.

*Más, más, espero llorando algo más.*

Una canción oída una tarde cualquiera cuando él y Sophie acababan de ponerse en relaciones y le gustaba llevarla de paseo por la «División» abajo porque iba muy bien vestida y tenía aquel altanero andar tan difícil de conseguir y que había enloquecido a tantos menos a él. Una forma de andar que él había admirado desde antes de que ella tuviera ocasión de desarrollar sus gracias de mujer hecha.

Un andar compuesto de una mezcla de paso de faisán y de voladera cubana. Un andar tan provocativo como el inoportuno dejar caer un guante negro en la acera, sólo para que los chicos se hicieran a la idea de cuánto había que correr para recogerlo. Y aquellas piernas enguantadas en seda, elegantes como las de un cervatillo.

Una vez, cuando aún no había cumplido los veinte años, estuvo un mes sin ver a Sophie para demostrarle que lo mismo le daba una cosa que otra. Hasta que ella le preguntó si seguirían saliendo juntos o no los sábados por la noche. Entonces él sacó del bolsillo un níquel y se lo puso en la palma de la mano.

—Aquí tienes un níquel, niña. Llámame cuando cumplas los dieciocho. Ahora tengo que ir de compras.

Se había levantado con tal expresión de ira que él creyó que aquello sería el final del asunto. Pero dos días después le entregó en la esquina de la farmacia una nota en la que decía: «Tengo que hablarte».

Sin embargo, en casa de ella habían hablado poco. Ella se había venido a las buenas y había caído de rodillas. Él la había tratado de tal forma que ya no pudo recobrar su inútil altivez. Aquella tarde le había hecho pedazos el orgullo para siempre.

Durante diez años ella le había conservado a su lado con la esperanza de recobrar el orgullo perdido, hasta que había llegado a ser demasiado tarde para poder librarse de sus garras. Si lo dejase escapar ahora tendría que renunciar a todo.

Los días pasados, los viejos días, pensaba Frankie con nostalgia. Aquellos tiempos, cuando cada portal era una taberna y uno podía contar con el vecino de la misma manera que él podía contar con uno. Tiempos en que en la vecindad sólo era

detenido alguien por llevar armas y nadie se emborrachaba más que con *whisky*.

A menudo recordaba los días pasados, cuando una revista era una revista, cuando Kenny Brenna, el payaso, era el hombre más gracioso de la ciudad y los tranviarios echaban sal por el *Boulevard* Augusta abajo para derretir el hielo en las agujas. Augusta abajo donde habían jugado haciendo algunas pequeñas trampas desconocidas para las generaciones más felices. Habían jugado a «Dejadla volar», cogiendo sencillamente basura del recipiente más próximo y tirándosela a un contrario previamente escogido: alguien que ignoraba que tenía un contrario hasta que la basura le daba en la cara. Pues la única regla del juego consistía en que el jugador de saque fuera cualquiera que tuviera basura en la mano y bastante voz para gritar: «Dejadla volar» antes de arrojarla. El chico que no corría bastante perdía el juego. Luego se habían agregado algunas reglas, pero siempre hubo que estar listo para salir huyendo de la basura.

—Sotas abren, pares dicen un billete —cantó con sencillez, oyéndose a sí mismo con una voz que parecía ser de otra persona—. Un rey va, una baza para ti, las sotas levantan un tanto y así para abajo. Si te dan un empujón apuesta un montón. Cuanto más apuestas más te llevas.

*Más, más, espero llorando algo más...*

—Aún no le han dado los primeros documentos y ya tiene una colocación en el Ayuntamiento —pareó alguien.

La noche se hacía larga, demasiado larga, y durante toda la noche los insolentes oros se burlaban de las gruesas y felices copas. Y las tristes espadas, que habían visto demasiado a los bastos y estaban chasqueadas desde hacía un buen rato, se apartaban con cínica indiferencia en tanto que los bastos asesinos tapaban las escaleras llenas de esperanza y las locas cuatro cartas llenas de fe. Los pobres viejos doces se morían por el camino con el corazón destrozado. Entretanto el saco de seda verde se llenaba y se vaciaba, en parte secretamente y en parte culpablemente, como millares de sacos de seda verde se habían llenado y vaciado secretamente antes. Se los llevaban y los traían otra vez para que los llenaran de nuevo...

*Llorando espero más, más...*

*Dame más, y más, y más...*

Del mismo modo que esta noche seguía a miles de noches, así estos hombres seguían a miles de ilusos que se habían sentado allí antes que ellos para morir apretando en las manos una baza de cuatro cartas. Gentes de las que ya nadie se acordaba. Bocas selladas para siempre por el polvo de las pistas de carreras. Los hijos les habían substituido y ellos permanecían en espera de otra muerte igual. Su infierno

era un pleno que no ganaban nunca y su última esperanza una escalera máxima.

—Tiene una barra de pan debajo del brazo y llora —dijo alguien.

El tipo más importante entre todos ellos estaba sentado en el sillón del *croupier*. Lo relevaban quince minutos cada dos horas.

\*\*\*

«Le dije en el hospital que lo haría todo por ella. Bien lo estoy haciendo. Precisamente un piso más abajo. Al otro lado de una puerta desconocida», pensaba Frankie.

—¿Qué significa que la mano de un *croupier* tiemble? —le preguntó Louie a Schwiefka sin mirar al tahúr.

—Es el primer síntoma de que sufre una enfermedad —respondió éste.

—El infierno es el último síntoma —repuso irritado Frankie—. Ya hace tiempo que enfermé al sentarme aquí, frente a los jugadores que tratan de hacer creer que tienen una pareja cuando no tienen más que un triste as.

—No me recuerdes esa vieja broma —le ordenó Louie—. Tú no eres quién para recordarla.

—Está bien —concedió Frankie acariciando la baraja—. Puede ser que haya llegado la hora de que ambos empecemos a olvidar, Louie.

Louie movió la cabeza.

—Vamos, sirve —pidió Schwiefka inquieto.

Los jugadores volvieron a adular al tahúr:

—Échanos algo para que te recordemos. Nos estás descuartizando.

—Por la mañana el colono es feliz —aseguró Frankie a todos los colonos presentes. Y las cartas corrieron de nuevo alrededor de la mesa.

En las siguientes horas de la madrugada el juego se hizo más rápido y áspero. Una atmósfera de desesperación, como el aire de un cuarto de enfermo incurable, flotaba debajo de la pantalla verde, envolvía ligeramente cada jugador y se esfumaba en un delgado hilo de humo alrededor de las manos del tahúr.

El *croupier* y los jugadores estaban unidos en una tácita conspiración para apartar para siempre la mañana. Cada uno apostaba como si la pérdida de una mano significara la enfermedad o la muerte en la prisión, y cuando se perdía atosigaban al *croupier*: «Cartas, cartas». Pues las cartas mantienen apartada la perpetua obscuridad y proporcionan una eterna esperanza. Las cartas significan que todo hombre puede volver a recobrar su vida perdida en un lejano lugar.

«No lo tomes a pecho. La vida no se pierde por eso», es la filosofía de los jugadores en esa hora.

Pero cada uno sabe en su corazón que al decir eso miente; cada uno sabe que las posibilidades de su vida se barajan también en cada mano.

—Lo que está bien, está bien —se dijo Frankie cuando sirvió la última mano—.

No se puede aplastar a una mujer y enloquecerla encima con celos. Un hombre no debe maltratar a quien no puede defenderse.

Al volver a casa con el «Gorrión», donde la sombra del farol cruzaba la acera húmeda de nieve, oyeron a la máquina reguladora de los cruces.

Frankie consideró que el leve ruido de la máquina semejaba al del pecho de un hombre que tratara de toser llevando una enorme carga sobre los hombros. Como la que él llevaba. Era difícil luchar solo y con tan pocos medios. Media botella de *whisky* dominaría su inquietud hasta que pudiera ir a acostarse. Pero sólo durante una hora. Para resistir más tiempo necesitaría a Molly. Tenía que ser Molly o el *whisky*. Nunca había podido vencer solo.

Últimamente parecía que cada vez que se sentía enfermo el condenado pillastre le pisaba los talones, mirándole a través de las empañadas gafas. ¿Por qué demonios no le dejaba en paz?

En la esquina de las calles «Danon» y «División» se volvió bruscamente hacia el «Gorrión».

—¿Qué camino llevas?

—¿Por qué?... Llevo el mismo que tú.

—¿Puedes decirme adónde pienso ir ahora?

A la débil luz del farol el «Gorrión» pudo verle la cara y hubiera querido ayudarlo, pero no sabía cómo.

Frankie le recriminó:

—Tengo trabajo. Lárgate.

En el transcurso de la semana Frankie le había despedido ya dos veces de esta forma, y por eso estaba empezando a acostumbrarse a esperar esos rápidos cambios sin sentido y sin razón. Sin pronunciar una palabra, el «Gorrión» se volvió sabiendo que no había sitio para él en ninguna esquina de la «División Street» ni en el mundo entero sin Frankie Machine.

Deslizándose por la sombría calle abajo esperaba que una patrulla le detuviese para saber por lo menos durante diez minutos que iba a alguna parte. Necesitaba sentir alrededor suyo paredes y seguridad. Frankie había sido su muralla y la muralla se había ido, dejándole tan indefenso como había estado en los dos años anteriores, cuando no conocía al tahúr. Al llegar a la calle Paulina pensó que Frankie estaría haciendo una chiquillada. Sin duda quería darle una lección por algo. Estaría haciéndole andar sólo para ver hasta dónde era capaz de llegar sin volver la vista atrás. Debía estar allí, haciéndole señas para que volviera. Sí, así debía ser.

Dominado por una súbita esperanza, se volvió.

Pero nadie le hacía señas bajo la débil luz del farol. Nadie estaba esperando bajo ninguna farola a ningún extraviado «Gorrión».

\*\*\*

Algo chocó con sus pies con bastante fuerza para despertarla: la manta había resbalado hasta el suelo. Semejante despertar le produjo la sensación de un mensaje especial. Alguien trataba de avisarla que no debía dormir esa noche.

A ambos lados de la «División Street» lucían las farolas de guardia. Era muy tarde, tan tarde que ya debía haber subido alguien para empujar un rato su sillón y consolarla.

Cualesquiera hora que fuese, ya pasaba del prudente límite aceptable. A menos que hubiese en el mundo dos clases de horas: las de los jugadores y las de los inválidos. Por lo visto los inválidos tenían que someter su horario al de los jugadores.

La noche le hizo pensar que durante toda su vida no había hecho sino esperarle a él en algún sitio. Esta vez rezaría contra él y no por su salvación. Él iría al purgatorio por todo lo que la había hecho sufrir y ella se sentaría allí frente a él como ahora estaba sentada aquí también en su sillón de ruedas. Si había justicia en el mundo, él no podría librarse de ella en el futuro con la facilidad que se la quitaba de encima en la «División Street». Imaginaba cómo llevaría su sillón al purgatorio. Suponía que la enviarían directamente con sus mejores vestidos y una dispensa especial que demostrase que ella no pertenecía al purgatorio, sino que estaba allí solamente para asegurarse de que Frankie Majcinek pagaba su culpa.

«Me has puesto así para que no pueda tener hijos —se apiadaba de sí misma por enésima vez—. Eso también cuenta en contra suya como si hubiera matado a alguien. Tendrá que ser fiel o ni siquiera llegará a merecer el purgatorio —se dijo confidencialmente, y se estremeció—. Un hombre debe permanecer junto a una esposa cuando ésta no puede estar de pie».

Había hecho un pacto secreto consigo misma en el sombrío rincón de su conciencia. Estaba ligada a él tan irrevocablemente como Frankie a ella y ella al sillón.

Abajo sonó una puerta y la voz del «Carcelero» llena de sueño gritó irritada:

—No hay habitaciones. Demasiado temprano. Vaya a casa de Wiczorek y duerma en una mesa de juego.

Pero ninguna mano llamó a su puerta. Ni se oyeron pasos en la oscura escalera.

\*\*\*

Hasta la noche de la Gran Batalla de los Emparedados, sólo una vez le había dado el viejo Stash motivos concretos de divorcio a Violet. Fue la noche en que incurrió en lo que ella llamaba «la catástrofe». Nunca le dejó olvidar la triste ocasión.

Ya estaba mal que un hombre de su edad volviera a casa en bicicleta a las dos de la mañana de una noche de verano. En bicicleta y con la camisa rasgada hasta media espalda. Pero antes que pudiera quitarle el resto de la camisa le quitó la respiración el espectáculo de una abuela vestida sólo con una camisa larga interior, con zapatos de tacón alto de los llamados «de martillo» y un arete a medio caer que parecía el

símbolo del final de una juventud mal empleada.

Cuando Violet recuperó la respiración, lo único que pudo articular fue:

—¡Señora! Quienquiera que sea usted, sepa que la están buscando. Pero yo le aseguro que no la encontrarán aquí.

Y arrastró a la abuela, más borracha que un bizcocho, vestíbulo y escaleras abajo hasta la calle, donde le propinó un buen empujón. Después subió los escalones de dos en dos para saber quién había puesto al marido en tan extraordinario ridículo.

Fue una suerte que subiese los peldaños de dos en dos, pues el viejo se había encaramado a la ventana y con medio cuerpo fuera trataba de leer la temperatura en el termómetro clavado en la fachada. Le dio un tirón hacia dentro con tal fuerza que cayó en medio del suelo del dormitorio, dio media vuelta sobre un costado y se quedó dormido.

¿Pero a quién le gusta dormir con un borracho roncando junto a la cama? Violet arrastro al viejo como si fuera un saco de ropa sucia hasta debajo de la cama. Pero se agitó y gruñó tanto allí debajo que acabó por sacarlo por los tobillos, le ayudó a bajar al *hall* y lo metió en el cuarto de las escobas. Le puso una almohada debajo de la cabeza y le cerró con llave, después de haberle echado un responso que él nunca oyó:

—Esto es para darte una lección, viejo.

A raíz de ese momento, el cuarto de las escobas se transformó en el castigo para la mayoría de las faltas cometidas por Stash. La última vez que estuvo allí fue por cosa tan pecaminosa como traer a casa una barra de pan del día anterior. Violet le había advertido que no volvería a comer alimentos del día anterior. El viejo tenía la convicción de que ella se había casado con él por el interés. «Hacer boca de pobre», le llamaba Violet a comer pan del día anterior. Y por esta razón guardaba las direcciones de las casas y lugares donde el viejo tenía sus ganancias, con lo que ella podía seguir explotándolos aunque él la abandonase. «No siendo por el interés, ¿qué otra razón pudo haber tenido para casarse conmigo?», se preguntaba durante el camino cuando volvía a casa de madrugada. El viejo marido no sabía que era el bufón de todos en general y de Violet en particular.

Violet había tratado de quitarle la manía de adquirir alimentos de ocasión, tirándolos, si los traía, en el basurero que había al fondo del vestíbulo. Cuando él la vio hacer eso se encerró voluntariamente en el cuarto de las escobas. Allí, metido en una tina, con una manta liada al cuerpo, dormía toda la noche. Sólo le molestaba lo que los vecinos pudieran pensar.

En opinión de Violet, los vecinos podían pensar lo que buenamente quisieran. Hora tras hora le había llamado algunas noches a través del ojo de la cerradura:

—Viejo, sal de ahí. Te voy a aporrear.

El viejo Stash era demasiado astuto para salir, y se estaba quieto.

Otras veces Violet le castigaba no dejándole en dos o tres días arrancar las hojas del almanaque. Cuando la noche del sábado le entregaba el sobre de la paga, lo recompensaba permitiéndole romper las hojas de los tres días anteriores, si bien

procuraba evitar que arrancara las hojas de la semana entrante. El pobre lloraba literalmente de gozo cuando las tres hojas correspondían al final del mes.

Violet había llegado a sorprenderle rondando el almanaque por la noche para arrancar una hoja mientras ella dormía. Y una vez, por temor a equivocarse, había estropeado un calendario nuevo quitándole dieciséis semanas de golpe, como si no tuviera fuerzas para esperar que pasaran de verdad. Violet había tenido que meterle en la cama porque se hallaba en estado febril. Luego tuvo que aliviarle la fiebre poniéndole sobre el estómago un botijo con agua caliente.

No fue casualidad que el botijo se saliera, ya que también era de segunda mano, como todo en aquella casa.

En la noche de la Gran Batalla de los Emparedados, Stash le dio a Violet el mejor motivo para separarse.

Sin embargo, si la salchicha no se hubiera salido del *sandwich*, todo habría transcurrido con tanta dulzura como el caramelo.

Fue un accidente que Violet no podía echar en cara al pillete. Esa vez tuvo ella verdaderamente la culpa por haberlo hecho sabiendo que el viejo se despertaría.

En realidad, tampoco debería culparse a Violet. Puede ser que la culpa la tuviera en realidad Stash por haberse acostado tan pronto. A menos que tuviera la culpa su patrón por hacerle trabajar tanto que no podía permanecer despierto después de la cena, que era precisamente cuando Violet empezaba a quitarse los rizados y se preparaba para salir y ver cosas.

—Cuando me casé lloraba alguna vez —le había confesado a Sophie—. No sabía adónde ir. Y entonces me dedicaba a afeitarse con una maquinilla eléctrica. Él puede afeitarse muy bien, pero a mí me gusta el ruido que hace el motor. Es el único placer que me ha dado el viejo.

La noche de la Gran Batalla de los Emparedados, Violet le había preparado un vaso de jugo de tomate con un huevo crudo, pues la viuda Wieczorek le había asegurado que esta mezcla había producido maravillas con su difunto marido cuando éste adquirió la costumbre de quedarse dormido. Pero Stash había regresado a casa una hora antes de lo ordinario, y todo lo que la mezcla consiguió fue dejarlo más insensible que nunca.

«La próxima vez voy a probar con leche de cabra —pensó seriamente Violet al verle atravesar el cuarto con la manga izquierda de la camiseta de invierno colgando—. Si esto no le despierta prefiero ser viuda. Me gustaría saber si existe algo que se parezca a una pensión para viudas de trabajadores de una fábrica de hielo. En ese caso los grandes bloques de hielo podrían llegar a ser peligrosos para su cabeza».

Aquel día no estaba cansada. Desde la mañana no había hecho otra cosa que llevar a Sophie al Cine Pulaski, volver para limpiar el piso de Sophie y lavar la vajilla del día anterior mientras Frankie roncaba en la cama, darle cera a las escaleras y después limpiar su propia habitación y calentar los restos de comida traídos de algún restaurante, buenos para la cena de su marido. Stash había traído la ración desde



media milla la noche anterior y la había pesado antes de irse al trabajo, para tener la seguridad de que ella no se comería más que su porción antes de que él volviera.

Violet no pensó siquiera en comer del plato de desecho, tanto más cuanto que no esperaba tener que compartirlo.

—No le importa lo que recoge —se dijo—. Para él lo único que cuenta es que sea una gran ocasión y que los dos pedazos del emparedado se correspondan. No le gustan cuando un lado del emparedado es más grande que el otro.

—Está sucio y es demasiado delgado.

Ésta era su descripción de un emparedado desigual. Permanecía vivo en su fuero interno el profundo y pueril deseo de que todo en el mundo, incluyendo los emparedados, debía ser hecho sin esquinas duras que pudieran herir a los pequeñuelos.

Era quizá la misma especie de deseo que le inducía a detenerse regularmente en la misma casa de cambio, para cambiar dólares sucios por otros nuevos, bonitos y tiesos. Le agradaba esta transacción.

—Cámbiame éste —le decía a la cajera alargándole un manchado billete de diez dólares. Cuando conseguía llevarse diez billetes nuevos de un dólar creía que había realizado la mejor de las operaciones.

Incluso el tiempo debía de ser *par* para el viejo. Nada le gustaba tanto como una temperatura designada por números pares como 10, 20 o 30 grados. También los mejores días del mes eran el 10, el 20 y el 30.

Cuando llegaba la hora de acostarse, Violet era una esposa que sabía su obligación. A veces Stash no podía dormirse si ella no estaba a su lado. Nunca podría decirse que aquel huevo crudo con jugo de tomate no tuviera alguna virtud desconocida. Sea como fuere, el hecho es que esa noche se durmió mientras ella se quitaba la falda, lo cual basta y sobra para enfadar a la esposa de mejor voluntad.

Violet usaba un par de elegantes medias que el pillastre había robado para ella en la casa Nieboldt. ¿Quién mejor que el marido para apreciar tan magnífica prenda, digna de ser usada por una actriz? Violet se sentó admirando sus piernas, estirando delicadamente las pintadas uñas de los pies para subrayar la esbeltez de sus pantorrillas.

Violet era una chica que, como todas, incluso la más ingenua, necesitaba conocer la opinión de los demás sobre sus encantos y gracias personales. Le molestaba que no hubiese nadie para admirar sus uñas pintadas y sus medias y decirle siquiera «¡Oh!».

Miró su reloj. Eran las diez. Precisamente a esa hora el viejo empezó a roncar de tal manera que ella se preguntó maravillada qué filtro mágico contendría el famoso huevo. De abajo subía el ruido que el público jaranero de la víspera de Navidad hacía en «La Maroma y el Mazo». Bajó la pantalla para poner una cortina entre ella y la tentación, encendió la luz de cabecera y se puso a leer *Las aventuras de Steve Cañón* hasta terminarlas. Luego se sentó y contempló la boca desdentada de Stash. Casi sin poder remediarlo la comparó con la viril y cuadrada mandíbula de Cañón. Hasta el

pillete tenía más mandíbula que el viejo Stash. Pensó con agrado que el pillete podía compararse con Cañón. Apagó la luz y recordando tiempos pasados se preguntó qué es lo que había estado pensando cuando se casó con el viejo. ¿Se casó con él porque deseaba cuidar a alguien o por los cincuenta dólares que ganaba a la semana?

«Por ambas cosas», se dijo con sinceridad. Después, sin tomar ninguna precaución para no despertarle, saltó por encima de él, se calzó las zapatillas y se puso el abrigo de invierno sobre la camisa de noche.

—Duerme, Stash —le dijo gentilmente—. Sueña que estás ganando un pavo en la rifa.

Cerró la puerta tras de sí y bajó sin hacer ruido por la escalera hacia los corredores constantemente iluminados por los anuncios de la cerveza *Praga* y la luna de la «Milwaukee Avenue». Anuncios de la cerveza *Praga* por un lado y de la cerveza *High-Life* por otro todo lo largo de la «Milwaukee», hasta las calles donde vive la gente de color y se bebe cerveza más barata.

¿Quién había de estar sentado en el bar, atontado y alegre como siempre, si no Solly Saltskin?

—La D en mi expediente no quiere decir desorden —le estaba explicando al «Patrón»—. En mi caso, la D quiere decir «División», que es la calle donde opero cuando deseo que me detengan.

—Bien está que no te detengan más que por la D y no por otra cosa peor —dijo el «Patrón».

—Kvorka no sería capaz de detenerme por nada serio —repuso confidencialmente el «Gorrión»—. Me conoce desde hace mucho tiempo. Y si lo hiciera, Bednar lo fusilaría. Bednar también me quiere.

Aquella noche había allí gente ignorante, y la gramola tocaba una y otra vez:

*Oh, mi hombre es un buen mozo  
y sabe lo que por mí debe hacer...*

Bueno, el pequeño Solly no era un buen mozo, pero sabía tratar a una muchacha. Se había reservado la noche libre para demostrarle a Schwiefka lo mucho que se le necesitaba en la puerta de la esquina. Estaba esperando con la casi seguridad de que ella bajaría a tomar una cerveza cuando hubiera acostado al viejo. Estuvieron gastándose bromas y bebieron hasta la hora de cerrar. Entonces el «Gorrión» declaró que tenía bastante hambre como para comerse un cochinito lechal.

—Tengo tanta hambre que si no me como un emparedado tendré que beber unas cuantas copas. Así es que vamos a coger una botella y nos iremos a tu casa.

—A Stash no le va a hacer gracia —dijo Violet apenada, y pidió la última copa con la que se desafiaban todas las tristezas.

—Todo irá bien —aseguró el «Gorrión»—. Le daremos la mitad de la botella. Pondremos la radio y bailaremos.

—A Stash no le agradará.

—¿Por qué? ¿Se ha roto la radio?

—No, la radio está bien.

Violet empezó a ceder con tanta rapidez que cuando él le cogió el brazo y le dijo: «Vamos», no opuso resistencia.

El «Patrón» iba recogiendo las sillas. Ellos dos se ayudaban uno a otro dando trapiés y recomendándose mutuamente más prudencia.

—Mira cómo lo hago yo —ordenó Violet subiendo con cautela cuatro escalones y volviendo a bajar cinco—. Ahora ensaya tú.

El «Gorrión» lo hizo muy bien y sin ayuda hasta el final del primer piso. Una vez allí se quedó tratando de colocarse en su sitio exacto las gafas de concha artificial hasta que ella consiguió llegar a su altura.

—Pobre Stash —dijo burlonamente—. Trabaja demasiado.

Esto les hizo reír a ambos como si hubiera sido la cosa más graciosa que habían oído en un mes.

—¿Sabes qué? —preguntó ella.

—¿Qué?

—Que trabaja demasiado.

Esta vez la cosa les pareció aún más chistosa y tuvieron que agarrarse a la baranda para no rodar escaleras abajo.

Cuando pasaron ante el despacho del segundo piso, el pobre Peter Schwabatski los miró humildemente con los ojos medio entornados: durante toda la noche no hacía más que ver pasar ángeles extraños. Éstos dos le parecieron más seráficos que todos los demás. El «Carcelero» plantaba todas las noches a su vástago detrás del pupitre con la esperanza de que lo confundieran con un sereno, y el chico se pasaba la madrugada plantando margaritas. Dos de éstas crecían en una gran grieta del despacho y venían a encuadrar el empolvado letrero en el que se ordenaba guardar silencio so pena de ser expulsados. Letrero que ningún huésped se había tomado nunca en serio.

La pía mirada del pobre Peter siguió a Violet, y ésta dijo al «Gorrión»:

—Gente que trabaja demasiado. No debemos despertar a la gente que trabaja demasiado.

Ambos se sintieron muy tristes mientras recorrían el pasillo hasta la puerta de la habitación. Les causaba pena que hubiera gente que trabajaba demasiado y no debía ser despertada. Permanecieron juntos un momento en la obscuridad y sin saber por qué decidieron reírse una vez más. Él echó la cabeza hacia atrás como lobo enfurecido y aulló:

—¿Quéeee?

—Que trabajan demasiado.

Pero esta vez la cosa no fue tan graciosa, pues todas las puertas pertenecían a personas que trabajaban demasiado. Tras de la puerta las botellas vacías del día

anterior estaban debajo de la fregadera.

—Abre la puerta —dijo burlona alargándole la llave.

El pillete estuvo observando la llave antes de meterla en la cerradura.

—Encanto —preguntó ella—, ¿por qué no has tratado nunca en serio a Stash?

—¿Cómo había de pensar en tratarlo en serio?

—¿Y cómo es que no piensas lo que yo quiero que pienses? —insistió ella sintiendo que se le movía el *whisky* en el estómago.

Al oír la insinuación anterior, el «Gorrión» se dio cuenta de que a lo que venían era a visitar al viejo, como si el viejo estuviera esperando cortésmente formar tertulia con Solly Saltskin, ahora que se presentaba la ocasión de tratarle como se merecía. El viejo trabajaba demasiado y merecía que mejorara su fortuna en sus últimos años. Todos los que trabajan demasiado merecen buena suerte en sus últimos años.

—Está bien —concedió al fin.

—Estoy avergonzada por no haberte presentado antes al viejo —confesó Violet, y cogiendo la llave abrió ella misma.

Una vez dentro se quitó el abrigo sin pensar que no llevaba puesto más que un camisón transparente, ¡pero hacía tanto calor allí y eran todos tan amigos...! Del dormitorio salió un gruñido como si el expreso de Garfield Park estuviera atravesando la casa en aquel momento.

—Cambio de tren ahí dentro —gritó Violet afablemente. Pero al imaginar al viejo durmiendo como un niño se compadeció de él con mayor ternura que nunca. Así que en cuando terminó de hacer un emparedado para el «Gorrión» hizo otro para Stash. De todas maneras tendría que despertarle pronto si quería reunirse con el «Gorrión».

—Mira, ya estamos en Navidad —le dijo al despertarle—. Tenemos al «Gorrión» por compañero. ¿No te parece maravilloso?

Stash no estaba aún lo bastante despierto para decirle lo maravilloso que resultaba todo. Todavía no había hecho más que lanzar una asustada mirada alrededor del cuarto lleno de luz y de gritos, cuando momentos antes estaba oscuro y lleno de sueño.

—¿Adónde vas? —preguntó al fin.

—No voy, vengo.

Le vio mirar por encima de sus hombros, guiñando para ver mejor.

—¿Quién es? —inquirió el viejo.

—Es el «Gorrión», encanto. ¿No te he hablado nunca del «Gorrión»? El «Gorrión». ¿Ni siquiera te he hablado de él?

Sus burlas la hubiesen traicionado antes que el *whisky* con cualquier otro que no hubiese sido el viejo Stash.

Mientras tanto, el «Gorrión» saludaba con palabras amables. Desde luego no resultó muy claro aquello, porque tenía la boca llena de salchicha polaca. Era difícil que nadie dijese algo bonito en esas condiciones.

—¿Te hago otro, encanto? —preguntó Violet.

El «Gorrión» asintió:

—Sí, dos más. De carne de cerdito y setas.

—¡Borrachos! —gritó el viejo restregando los pies sobre la alfombra con la esperanza de encontrar las zapatillas—. Es indecoroso no estar vestida —añadió, sonrojándose con el espectáculo de su propia mujer dando vueltas ante un extraño sin más vestimenta que un camisón.

—Muchachos, vosotros hablad de los viejos tiempos —sugirió de pronto Violet, volviendo a desaparecer en la cocina.

El «Gorrión» se había sentado en el borde de la cama, al lado de Stash, y se encontraba algo molesto. De pronto cayó en la cuenta del origen de las molestias y levantando una de las rebanadas de pan del emparedado le limpió con cuidado la mostaza en la sábana de Stash. Hizo la misma operación con la otra rebanada y siguió masticando.

—No me gusta la mostaza —explicó.

—He tenido un día muy duro —dijo Stash.

—¿Le gusta la mostaza? —preguntó el «Gorrión» para mantener la conversación.

—No me gusta la mostaza, no me gustan los emparedados, no me gusta la compañía —replicó Stash irritado—. Todo me molesta.

El «Gorrión» tiró de la cuerda de la salchicha que masticaba para demostrar que meditaba sobre el asunto. Luego la dejó caer para indicar que aquello no le interesaba, y se mantuvo indiferente hasta que Violet volvió con el segundo emparedado.

—No quiero emparedado —insistió Stash con petulancia.

De pronto se dio cuenta de que el emparedado no era para él, y con mala intención, para evitar que el «Gorrión» se lo comiera, le lanzó un zarpazo tan violento que la salchicha salió fuera, resbaló por sus ropas interiores de invierno y se detuvo encima de sus medias de lana, dejando tras sí una huella parecida a la baba de un insecto.

—Atontado. Estás cometiendo groserías en mi casa —gruñó señalando la mancha que el «Gorrión» había dejado sobre las sábanas. La salchicha polaca tenía la culpa de todo aquella noche.

—De todos modos no debieras acostarte con las prendas interiores —le reprochó Violet—. Dormirías mejor en pijama.

—Después de todo —se burló el «Gorrión»—, ya no es tan joven como para despertarlo a las cuatro de la mañana a fin de que se alegre contigo de que muy pronto sea Navidad.

Stash optó por ignorar la mofa. Tranquilamente se puso la dentadura postiza, empujándola hasta dejarla bien encajada. Los resoplidos que dio para ponerla en su sitio irritaron a Violet como si hubiera rascado con las uñas una pizarra.

—Después del trabajo que me he tomado de levantarme para prepararle un pisolabis, ¿qué es lo que hace? —se lamentó Violet—. Me lo tira de un manotazo y

me llama grosera. Me han dado una buena educación polaca y me he casado con el mayor tonto del mundo—. Se volvió hacia Stash—. Levántate y recoge las cortezas. Levántate y toma el baño que debiste tomar el mes pasado.

Sí, señor, había sido el mejor emparedado que una esposa leal podía hacerle a su marido, y en vez de darle las gracias, permanecía sentado enfrente de la única buena compañía que había tenido desde hacía años.

—Esto es mala cosa —insistió Stash, preocupado por la picazón de la mostaza que se secaba entre los dedos de sus pies.

Levantó las rodillas para investigar a qué se debía el picor en el preciso momento en que Violet se inclinaba para recuperar el emparedado. La huesuda rodilla tropezó con la cabeza de ella encima del ojo. Y entonces se armó una buena. Era lo que Violet había estado esperando subconscientemente desde su luna de miel.

—Eso lo has hecho a propósito —gritó, y le dio un golpe con la suela de la zapatilla en la dentadura postiza—. ¡Vamos a ver quién es más valiente! —le desafió, sintiendo que de rabia se le subía el *whisky* a la garganta.

El «Gorrión» se apartó un poco para dejarle bastante sitio a Stash a fin de que pudiera tirar a la cara de Violet el recuperado emparedado con la mostaza, las setas y los pepinillos. Cuando lo hizo, todo desapareció por el escote del camisón.

El «Gorrión» se puso triste. No le agradaba ver desperdiciar los alimentos de esa manera. Antes de que pudiera recobrar la más mínima parte de la salchicha, Violet volvió a azotar con la zapatilla al viejo, al cual se le salió la dentadura y empezó a gemir como un cachorrillo castigado. Sus labios empezaron a hincharse y quiso ponerse la mano delante de ellos, pero Violet se la echó abajo de un manotazo. Stash se enrolló la almohada a la cabeza para proteger sus orejas. No era ésa la forma de tratar a un hombre que trabajaba demasiado.

—Trabajo los siete días de la semana —se lamentó con voz quebrada—, compro cosas buenas para la casa, pago los comestibles, pago los libros, llega la hora de dormir con todo pagado y con una buena casa donde todos duermen, ¿y quién vuelve a casa desde la taberna? —Una gota de sangre mezclada con sudor y lágrimas cayó desde la punta de su barbilla—. La señora «Mala-Cosa» con el raterillo borracho. Debiera estar acostada con su marido y en vez de ello le pega al marido en la cabeza. Es Navidad y nos estamos peleando. Eso tenía que pasar por fin.

Tiró la almohada, abrió el cajón del aparador, sacó su pistola y golpeó a Violet con la culata.

El «Gorrión» observaba el trozo de salchicha salido por fin de las profundidades del camisón, y vio con melancólica mirada cómo rodaba debajo del talón de Stash; un talón manchado de amarillo por la mostaza, allí donde el calcetín estaba roto. El «Gorrión» sintió asco viendo el cuarto, las sábanas, los vestidos, las cortinas y las paredes manchadas de mostaza fresca. Una endemoniada forma de tratar las habitaciones.

—Ser sucio es peor que ser tonto —filosofaba bajito mientras se recobraba—.

¡Qué gracia, no me gusta la mostaza! —exclamó, limpiando el pan en un costado del tablero del aparador.

Sintió dar un golpe en la puerta del cuarto de baño y miró asombrado de que la gente estuviese tan excitada. Stash se hallaba en un rincón, respirando fuerte y vencido. El «Gorrión» le vio dejar en el cajón su pistola, poner la cabeza entre las manos y sollozar.

«Debe estar llorando porque tiene mucho hambre», pensó.

—¿Quieres un pedazo, viejo? —le preguntó en tono consolador—. Cualquiera tendría apetito después del ejercicio que acabas de hacer. ¿Cómo es que no descansas por la noche después de como trabajas durante el día? ¿Estás quemando la vela por las dos puntas? ¿No quieres un buen pedazo de emparedado?

Stash negó con la cabeza. Estaba demasiado acongojado para levantarla.

—No descansas bastante —le dijo el «Gorrión»—. Ya no eres tan joven como crees. Si no tomas las cosas con más tranquilidad, perderás las fuerzas, no podrás cumplir tus deberes. Hasta perderás tu colocación. Después de todo tienes responsabilidades, viejo.

—¿Cómo poder dormir? —se lamentó Stash con un ojo caído—. Es demasiado. Lo estoy diciendo. Y pronto me echarán al cuarto de las escobas.

—No te molestes —le dijo el «Gorrión»—. Todavía tenemos de sobra dos botellas del viejo McCall.

—No voy al cuarto de las escobas a beber, sino a buscar un sitio donde dormir.

Su voz creció en un lastimoso ruego de paz y de comprensión que trataba de hacer recordar a las gentes de la «División Street» lo que significaba dormir. Parecía como si nadie más que el pobre viejo Stash tuviera necesidad de dormir en la «División».

El «Gorrión» le observó con calma.

—¿Por qué me estás gritando como si fuera un perro callejero? ¿Trata de disgustarme?

—Para mí no significas más que molestias —le gritaba Violet desde el cuarto de baño.

—Viejo, debes estar, «sico-estático» —decidió el «Gorrión» con sus mejores maneras—. Debes ir a casa de un «sicópata». Te tomará la temperatura. El tejado te gotea un poco.

En el cuarto de baño, Violet se miraba en el espejo con tristeza. Una delgada línea de sangre seca manchaba su permanente de diez dólares hecha el día anterior. Tendría que lavarse y teñirse de nuevo el pelo, y eso se llevaría las economías que le había sisado durante un mes al viejo. Volvió al dormitorio, levantó la cabeza del viejo y le dio un golpe bajo la barba con el cepillo.

—Mira, me has estropeado la permanente. Me tienes que dar diez dólares para hacerme otra.

Empezó a tirar de él con tanta fuerza como si quisiera llevarle así hasta la

ventanilla de la cajera. No pudo librarse de ella hasta cerca de la puerta del cuarto de baño.

—Me voy —gritó, buscando a ciegas la manta.

Bajó dando tumbos hasta el cuarto de las escobas y allí se paró a registrar los bolsillos del traje de invierno. Pero la llave del cuarto de las escobas estaba en sus pantalones, y éstos colgados en una de las perinolas de su cama.

El cuartito era su santuario. Una silla y una manta del ejército reservada para tempestades análogas a la presente, le ayudaban, sino a dormir, al menos a conseguir una relativa seguridad hasta la mañana, cuando el día le permitiera ir a refugiarse en la fábrica de hielo.

Su titubeo ante la puerta del cuarto de las escobas enfureció de nuevo a Violet.

—Ni siquiera eres capaz de entrar en el camaranchón —le dijo brutalmente.

Stash daba vueltas en la semioscuridad del vestíbulo, en la que resaltaba la blancura de sus calzoncillos largos. Con el descaro de un chico imprudente replicó:

—¿Qué quieres? No pienso decirle a la señora «Mala-Cosa» dónde está el restaurante más barato de la «División». ¡Ja, ja...!

—Adentro —ordenó Violet—. Métete ahí. ¿Quién te va a querer a ti y a tu pan negro de segunda mano? Estáis los dos secos. Enciérrate. Ponte a graznar debajo del cubo del estropajo, que ahí es donde has nacido. Tú y las demás escobas, porque eres una escoba.

Bruscamente, irritada por el recuerdo del guisado de vaca del día anterior, volvió sobre él.

Stash daba vueltas tratando de alcanzar la escalera de incendios, corriendo de un lado a otro del vestíbulo, procurando defenderse de los golpes, protegiéndose con los brazos. Una mujer con el pelo suelto abrió una rendija en su puerta y advirtió a Violet:

—No te excites, encanto.

Inmediatamente Violet volvió a su cuarto, pero no se sintió segura hasta que vio la pistola de Stash donde él la había dejado. El «Gorrión» se apartó para dejarla pasar.

—¿Dónde se ha metido ese criminal? Vamos a ver, ¿dónde se ha escondido ese animal?

—Tu marido ha salido por ahí —informó el «Gorrión», señalando la escalera de escape—. Pero no llevaba pantalones. ¿No le vas a dar sus pantalones, encanto?

—¿Para qué los quiere? Le voy a dar un tiro.

—Espera —le advirtió el «Gorrión»—. No lo persigas hasta que no traiga sus pantalones. No me gusta ver matar a un hombre sin pantalones.

La cuerda de la salchicha oscilaba entre sus labios cuando el pillete fue a coger los pantalones del viejo. Volvió otra vez al corredor y se entretuvo leyendo los nombres escritos sobre las puertas, con la esperanza de que algún conocido suyo se hubiera ido a vivir a tan singular nido de cabras.

Se asomó a la escalera de escape para ver si ocurría allí algo digno de mencionar.



Pero no pasaba nada. No se veía sino el blanco traje interior de un pobre viejo que tiritaba sentado en los peldaños de hierro cubiertos de escarcha. Un pobre viejo con la cabeza entre las manos, tratando de conciliar el sueño.

«Me gusta estar cerca cuando puede haber accidentes», pensó el «Gorrión». En ese instante, Violet apuntó hacia la farola y disparó. Entre los trozos de cristal de la farola rota, el viejo cayó hacia delante como empujado por el viento y quedó arrodillado en los escalones de hierro, agarrado al flotante vestido de Violet.

—Stash te dará un billete doble —imploró.

Parecía dispuesto a llorar, temblando de miedo.

—Pues ponte el delantal viejo y empieza por hacer algo bueno —le dijo ella, dictándole sus condiciones—. Y mientras te vistes pon agua en el fogón para limpiar la vajilla. Tendrás el tiempo preciso para lavarla antes de irte al trabajo. Viejo, yo tengo que dormir algo esta noche.

Le empujó delante de ella, a lo largo del vestíbulo. En la semioscuridad, Stash hizo una pausa para rogarle por encima del hombro:

—No le pegarás un tiro al viejo, ¿verdad, encanto?

—Todavía no lo sé.

En esto apareció alguien en el vestíbulo. El «Gorrión» estaba recostado tranquilamente contra la pared, hablando con una sombra:

—Aquí está su hombre, sargento.

Stash sintió nuevamente en sus manos la pistola y la apretó con sorpresa.

«Todo es porque estos husmeadores vecinos —reflexionó Violet— se ocupan de los asuntos de los demás cuando debieran estar en la cama». El «Gorrión» callaba mientras el agente quitaba a Stash la pistola. Los tres observaron con recelo al viejo mientras se ponía los grasientos pantalones de trabajo. Nadie le ofreció siquiera un brazo donde apoyarse, ni aun cuando cayó hacia delante. Por casualidad quedó recostado en la pared y no rodó hasta el suelo.

—Esto me parece uno de esos casos del Berkshire —dijo el sargento—. Si no hubiese llegado a tiempo, estarías envuelto en un asesinato. ¿A cuánta gente has asesinado en estos últimos tiempos con este chisme, viejo?

—Nos ha estado amenazando toda la noche —intervino el «Gorrión».

Stash miró a Violet pidiéndole ayuda.

—¿Qué pasa con mis diez billetes? —Es lo que Violet quiso saber.

Stash se volvió esperanzado hacia el «Gorrión».

—Me han dicho que tiene el corazón escondido bajo las uñas de los dedos —informó el «Gorrión» al sargento.

Stash asintió con la cabeza, comprendiendo que al fin alguien se había puesto de su parte.

—Eres un buen chico —le agradeció.

Le parecía que el «Gorrión» podría hacer ahora algo en su favor.

—Puede ser que no haya disparado sino para asustarla —sugirió el «Gorrión»,

que no quería irse.

Por encima de los hombros del agente pudo ver la cara del pobre Peter, tan larga y tan blanca como la de un conejo de Aberdeen. El «Gorrión» le hizo una seña con la mano y el dócil y triste hocico desapareció de nuevo en la sombra. El «Carcelero» se vería en dificultad para sacar algo en limpio de lo que el pobre Peter tratara de explicarle sobre las cosas que había presenciado esa noche.

Mientras tanto, todos los vecinos abrían en sus puertas un resquicio lo suficientemente ancho para saber lo que pasaba sin verse envueltos en el asunto. Cada vez que el sargento miraba hacia una de las puertas, ésta se cerraba en silencio y despacio, como si fuera el aire de la mañana el que las movía.

—¿Has estado alguna vez detenido en un reformatorio? —le preguntó el policía a Stash.

—Quiere decir que si trabajas, viejo —aclaró Violet con soltura.

—Ciertamente. Trabajo todos los días, dieciséis y dieciocho horas. Nunca he estado en un reformatorio. Mi mujer... —dijo creyendo que el gesto lo explicaría todo—, es mi mujer, y la quiero...

—Tienes una graciosa manera de demostrar tu cariño —observó el policía, dirigiendo la luz de su linterna a una de las entornadas puertas—. Tendré que encerrarte por borrachera y desorden, y ponerte una multa por tentativa de causar grave daño corporal. Y aparte de eso, ¿quién va a pagar la rotura de la farola?

Volvió a mover con rapidez la luz de su linterna intentando sorprender a alguien tratando de husmear algún detalle. Pero no pudo sorprender a nadie.

—Desde hace poco los tribunales son muy severos en estos casos —continuó el policía—. Pueden tomarlo como asalto con intención de perforar la conducción del gas. Me parece que respondes a la descripción de Phillip Firebox, el demonio que anda arrancando los postes de llamada de incendios, con el propósito de robar al jefe de los bomberos cuando cuelga su guerrera en el gancho de la escala.

—Será mejor que esté en guardia. Tratará de sobornarle —advirtió el «Gorrión» al sargento.

—¿Dónde trabajas? Tu cara me parece conocida —dijo irritado el policía al pillete—. Enséñame tus documentos.

La cartera del «Gorrión» estaba tan en orden como una tarta de manzana. Nada era suyo, pero allí estaba todo: la licencia del ejército, robada a un borracho dormido en el Parque Humboldt, y la tarjeta de Seguridad Social con la firma reglamentaria.

—Ahora veamos los tuyos, Scarface —dijo el policía volviéndose hacia Stash, con quien creía que el juego sería más fácil. No quería bromas con el de las gafas, pues le parecía una especie de gancho retorcido.

—Trabajo en la fábrica de hielo —insistió Stash, sintiendo que le cercaba la red.

—Apuesto a que no se inscribió para la guerra —se burló Violet, mientras el viejo sacaba su hoja de la fábrica de hielo y el cheque de su paga de Navidad.

—Y me has dicho esta misma noche que estabas sin dinero —gritó indignada

Violet—. Dame eso. Buen punto te has vuelto. Traes a casa pan negro y duro teniendo en el bolsillo un cheque sin cobrar. Pero ¿es que te figurabas que te lo ibas a quedar así como así?

—Si no puede cobrarlo es como si no lo tuviera —intercedió el «Gorrión», e inmediatamente se excusó—: Eso lo he oído en la radio.

El policía puso cara larga, lamentando en su fuero interno no haberle echado mano al cheque como primera providencia. Bien, siempre podría sacar algo por la pistola en cualquier tenducho de la «División Street».

—Ahora me voy al trabajo —anunció Stash, dándose golpes para entrar en calor, mientras Violet, enternecida, le abrochaba el cuello. Cuando los efectos del *whisky* se disiparon, se sintió triste.

—Ahora irás al puesto de policía y te buscarás un buen abogado —avisó el agente a Stash—. Puede ser que hables mejor inglés cuando hayas dormido algo.

Stash miró con angustia hacia la cama. ¿Quedaba aún en el mundo un sitio donde a uno no le despertaran a las cuatro menos cuarto, ni le embadurnaran con mostaza y le hicieran refugiarse en la escalera de incendios?

—Allí tenemos una buena celda para ti. ¿Y no te parece que ya es hora de que tu familia descanse un poco? Debieras estar avergonzado de dar un mal ejemplo a tus chicos.

Al parecer, el policía había llegado a la consecuencia de que el «Gorrión» y Violet eran hermanos.

El viejo agachó la cabeza. No podía hacerse a la idea de que había sido detenido por no haber entregado a su esposa el cheque de su salario. Con la mano del policía sujetándole por el cinturón, fue pensando todo el camino que en realidad era una mala faena la que había hecho.

—¿Podré dormir en el puesto de policía? —preguntó con alguna esperanza.

—Sí. Y allí te darán café y un emparedado de salchicha.

Stash apartó sus ojos como un pollo condenado.

—Por favor, emparedados no.

Cuando la primera luz empezó a alfombrar los peldaños de la escalera de incendios y se extendió por el vestíbulo, Violet y el «Gorrión» vieron desde la ventana cómo el sargento ayudaba a Stash a subir al coche de la patrulla. Vieron también cómo la temblorosa lucecita trasera les hacía una última seña para advertirles que fueran buenos chicos, pues de ese modo no serían detenidos nunca.

—Ese viejo me causa muchos disgustos —aseguró Violet cuando el coche emprendió la marcha calle arriba dirigiéndose hacia el puesto de policía.

—Confío que lo llevarán a la calle Racine y no a la calle Saloon. En la calle Racine tienen colchones —dijo con poca esperanza el «Gorrión».

Mientras tanto, la luz del vasto barrio del oeste de Chicago, luz sin igual en el mundo, se extendía suavemente sobre cien mil hogares análogos en la ciudad.

—¿Qué es lo que el viejo ha querido dar a entender al principio? —se extrañó el

«Gorrión»—. ¿Es que no lo tratas bien?

La luz caía desde cien mil tejados y se esparcía por el suelo; del mismo modo se esparcía sobre el Parque Humboldt la primera mañana que se encontraron. Aquel día el lago fue la meta de un mes de luna de miel.

Violet se encogió de hombros.

—Todos hacen lo mismo al llegar a viejos —le contestó con aires de abuelita.

—Ya no tengo tanta hambre —dijo el «Gorrión»—. Pero me gustaría comerme otro emparedado.

—Te has portado muy bien cuando has recogido el emparedado con el que me ha abofeteado. ¿Has visto cómo me ha pegado?

Por un momento el «Gorrión» creyó que la mujer iba a enfurecerse otra vez. Pero cuando dijo: «Pobre viejo», el «Gorrión» comprendió que estaba más que tranquilizada.

—No te preocupes por tu permanente. Hacerla en cabellos como los tuyos es como estropear lirios. Con esos cabellos podrías ser modelo de pintor.

—Sí —se burló ella—. De todas maneras no son rubios, sino castaños claros. ¿Te gustaría que fuera completamente rubia?

—Me gustan las rubias de cualquier tono, encanto. Pero prepárame el emparedado y ponle sábanas limpias a la cama. Quítale esa asquerosa mostaza. Me refiero a la del emparedado. En las sábanas ya hay bastante. ¿Sabes lo que estoy pensando?

—Ya sé lo que estás pensando —contestó Violet, y se metió en el dormitorio para cambiar las sábanas y guardar la dentadura de Stash en el sitio de la pistola. Al hacerlo se preguntó cómo se las arreglaría el viejo para comer sin sus dientes. Había una mancha de sangre sobre su bata y la estaba examinando cuando entró el pillastre y le dijo:

—Déjame verla.

—No —respondió ella con energía—. Hay sangre en ella.

El «Gorrión» no se preocupó de la bata, porque estaba acostumbrado a las supersticiones de Violet.

—Espero que el viejo encuentre un buen abogado —dijo.

—Sí —asintió Violet—. Me molestaría que perdiera el asunto. Pero puede que eso le enseñe a desistir de hacer el idiota.

\*\*\*

Hacía ya tres noches y tres días que no se había detenido ante la puerta de Molly Novotny, pero, no obstante, ella le había ayudado a dominarse y él quería decírselo.

Bajó las escaleras con *Rummy* atado a una correa. Frankie no dejaba de pensar en Molly. Sus ojos tenían una mirada triste, pero los ojos de *Rummy* estaban alegres porque pensaba en la buena cerveza y en *Girlie*.

Frankie oyó dentro del piso el murmullo adormecedor del fonógrafo, pero no llamó. Sentía aversión a llamar en aquella puerta, y quería hacerlo procurando que pareciera una llamada en cierto modo casual y sin responsabilidad para nadie. Dio una patada a *Rummy* con la esperanza de que el perro protestase lo bastante ruidosamente para llamar la atención de Molly. Pero el animal no hizo sino dirigirle una mirada de sorpresa. Entonces, Frankie pisó fuertemente la cola del perro. *Rummy* metió su rabo entre las patas y se sentó sobre ella, mirando a su amo tan ofendido como un perro puede ofenderse. Tampoco él quería incurrir en responsabilidad. Frankie se quedó mirando al perrazo negro y observó que un estremecimiento recorría su sucia y entumecida figura: el hocico ávido de cerveza había aspirado tenuemente el olor especial de *Girlie*. Para *Rummy* era un olor que no se parecía al de ninguna otra perra a lo largo de la interminable «División Street». Se le erizó el pelo y perdió la serenidad lo bastante para lanzar un gruñido bajo y amenazador, reservado estrictamente para las ocasiones en que no había contrincante a la vista. Molly oyó él jactancioso gruñido y abrió un poco la puerta.

—Se ha parado aquí y no he podido conseguir que diera un paso más —explicó Frankie—. Me parece que se ha enamorado de *Girlie*.

—A cualquiera le parecería una estupidez.

—Pues ahora le ha dado por aquí. Quizá es que tiene otra vez sed y sabe donde se cuidan de él. Oye, yo también tengo sed. ¿Qué te parece un pequeño convite de Navidad? ¿Tienes sed? —Le largó a *Rummy* una patada de costado para que dejara de gruñir hasta que las personas pudieran entenderse—. Me parece que no cesará de gruñir hasta que tenga cerveza en el buche.

Ella abrió la puerta lo suficiente para que él pudiera pasar rozándola. Frankie se sentó en el gran sillón tapizado de rojo situado en el rincón. En esos momentos tenía un aspecto más miserable que nunca, embutido en su descolorida y raída guerrera de campaña. *Rummy* se metió entre sus piernas, súbitamente intimidado después de sus gruñonas amenazas.

*Girlie*, refunfuñando por la irrupción en su santuario, parecía sentir hacia *Rummy* algunas de las reservas que Molly guardaba para Frankie.

—La voy a atar —dijo, y cuando volvió agregó—: Le he dejado un cacharro con leche. No es bastante vieja para beber cerveza.

—Como ande alrededor de éste no querrá otra cosa —fanfarroneó Frankie cuando Molly vino a sentarse a su lado en el ancho brazo del sillón.

—Hacía tres días que no entrabas —le recordó.

—Lo siento, Molly.

Ella había estado acariciando el propósito de armarle la bronca más solemne de su vida. Pero ahora que estaba allí, con su mirada triste, lo único que pudo pensar fue: «Me he separado de un hombre que no vale nada. Nada puedo perder ahora queriendo a uno que vale algo». Y por eso le dejó descansar la cabeza sobre su pecho.

—Tú no puedes saber cómo es mi vida —murmuró Frankie sin levantar la cabeza

del regazo de ella—. Todo cuanto oigo arriba tiende a indicar que la dejé tullida a propósito. Si por lo menos dejara ella de pensar en tal cosa...

—Te quiere convencer de que lo hiciste adrede, ¿no es cierto?

—Todo lo que sé decirte es que me está haciendo dudar de mí mismo. ¿Cómo puede uno saber lo que piensa cuando está borracho?

—No puedes tomar en serio lo que ella diga, Frankie. Sophie no tiene buena la cabeza desde el accidente. Eso lo sabe todo el mundo.

—Pero he sido yo quien le ha causado el daño en la cabeza, y todo lo que hago la perjudica y la pone peor, no sé por qué. ¿Qué pasaría si alguna de las chismosas de arriba me viera entrar aquí?

Molly le cogió la barbilla para obligarle a mirarla a los ojos. Él pudo leer en ellos un antiguo resentimiento.

—Aún no me he olvidado del día en que siendo yo una niña me pegó delante de todos y tú me dejaste ir sola a casa. Entonces ya te tenía amedrentado. Yo sé que aquella noche no querías acompañarla a casa. A quien querías acompañar era a mí. También yo lo deseaba, y las cosas habrían ido mejor para mí si hubieras seguido tus sentimientos en vez de los que otras personas te aconsejaban.

Él le puso las manos sobre los hombros y apartó la vista. Ella continuó:

—¿Sabes por qué me pegó Zosh aquella noche? Porque ya estaba mal de la cabeza. Estaba tratando de volver a recobrarte. No estabas enamorado de ella en la forma que ella quería, tal como ella estaba enamorada de ti, y tenía que atraerte de nuevo. No volvió a tener ocasión de hacerlo hasta el día del accidente. Era su única gran ocasión y la aprovechó sin siquiera tener en cuenta el daño que se estaba haciendo a sí misma. Todo cuanto ha hecho por ti es tenerte atado. Y tú estás dejándola que lo haga. Lo sabes perfectamente y acabarás por aceptarlo como lo admitiste aquella noche.

*Rummy*, celoso de que los brazos de Molly rodeasen a Frankie, se levantó y puso la cabeza sobre las rodillas de su amo. Éste acarició inconsciente el feo hocico.

—Si quieres que se ponga buena no lo conseguirás enfermando de la cabeza tanto como ella. Y eso es lo que haces cada vez que te dejas vencer por tu debilidad.

—No es precisamente eso, Molly. Es el plomo que recibí en los intestinos. Aún me duele a veces.

Ella lo apartó de sí.

—No me cuentes ese romance de la «*Purple Heart*». No hay nada de eso y tú lo sabes. Lo que pasa es que crees que el accidente ocurrió por culpa tuya y que la has dejado tullida adrede. Ha conseguido que te mientas a ti mismo, Frankie. Tienes que creer que esa chica estaba ya enferma antes del accidente, y éste fue una cosa que hubiera podido sucederle a cualquiera que tuviera una copa de más. Eso ocurre todos los días y el tuyo no fue una cosa especial. ¿Crees que tu accidente fue un favor especial de la fatalidad? ¡Qué necedad! Tu accidente se forjó en «La Maroma y el Mazo», en el fondo de una copa de *whisky*, y lo mejor es que recojas los trozos rotos

y vuelvas a vivir de nuevo con lo que ha quedado. Y si ella no quiere juntar los pedazos para sí misma, tú tienes que reunirlos para ti.

Su mano acarició con ternura la de él. El pillete dijo:

—Todo se fue al infierno en la carretilla que tuvo la culpa del accidente.

—¿Pero ese todo estuvo alguna vez en su debido lugar, antes del accidente? Es un detalle que desearía saber, Frankie.

Él negó con la cabeza. No, nunca lo había estado. Nunca habían ido bien las cosas.

—Nunca tuvo confianza en mí —confesó, evitando la mirada de Molly.

—Mírame. ¿Y crees que yo puedo tenerla?

Hacía mucho tiempo que Frankie no había mirado a nadie de frente. ¿Cómo podía esperar que nadie confiara en él, si ni siquiera él se fiaba de sí mismo?

—Siempre he confiado en ti desde entonces, Frankie. Y ahora también confío en ti.

—También yo confío en ti, Molly —dijo mecánicamente.

Por fin ella le dejó apartar la vista. Le desabrochó la guerrera sudada y le soltó el lazo azul de la corbata, como si quisiera soltar el nudo que tan fuertemente mantenía sujetos sus pensamientos íntimos. Él sintió que se le soltaba también el nudo interior, y que por fin podía franquearse con alguien.

¿Cómo puede un hombre franquearse consigo mismo si no tiene a nadie con quien ser franco? Nunca había confiado por completo en el «Gorrión»; el pillastre pensaba demasiado de prisa. En su mundo de despreciables tramposos, matones, encubridores, ganchos solapados, estafadores de poca monta, alcahuetas, busconas y petardistas, había que estar siempre en guardia. Él había estado siempre en guardia desde el día en que le timaron dos bolas de acero cuando tenía nueve años y acudía al colegio McAndrew. Siempre había estado en guardia contra todos y especialmente contra Sophie. Ahora tenía la confusa convicción de que de todas maneras había sido ella quien le había quitado las bolas de acero y nunca se las había devuelto.

Nunca le había devuelto las bolas. Y las perdía con ella de nuevo cada día. Bueno, pues que se las guardara, que se quedara con todo. Le concedería que todo había sido por culpa suya y que le dejase por fin irse. Sentía un deseo casi animal de rendir la guardia y recibir todos los golpes que hubiese en el mundo hasta que no quedase ninguno. Sí, deseaba dejarse caer en sueños y despertar siendo el verdadero Frankie Machine. Un Frankie leal consigo mismo, como con los demás. Un Frankie que no había existido nunca.

Le hubiera agradado dormirse un rato en aquella pequeña habitación y despertarse seguro de la lealtad de las cosas cercanas. Dormirse junto a esta mujer amparado en su lealtad, y despertar siendo lo que Molly había un día adivinado en él, lo que ella sabía que él podía llegar a ser.

Nunca había confiado nadie en él. Él no había confiado nunca en sí mismo. La idea de que confiaran en él le afectó tanto como si se hubiera bebido una doble copa

de *whisky* teniendo el estómago vacío. No estaba preparado para merecer la confianza de nadie, Estaba demasiado acostumbrado a la lucha para creer que podría rendir la guardia, ya innecesaria.

Debía tener cuidado con todas las contestaciones leales. En los callejones había aprendido que una contestación leal podía hacer caer a un hombre en el garlito, mientras que el chico que mentía más de prisa se quedaba en la calle. Sin embargo, si existiese una persona para quien las contestaciones de uno fueran siempre leales, quizá el retorcido mundo se enderezara. Miró a Molly y se dio cuenta de que le estaba leyendo el pensamiento como si fueran los resultados de las carreras de ayer.

—Todo lo que hemos hecho desde que salíamos juntos a patinar ha sido pelear —le dijo—. Peleábamos siempre que estábamos juntos, la noche de bodas estuvimos, peleando hasta las cuatro de la madrugada, volvimos a pelear cuando despertamos y así seguimos hasta que me fui al ejército. El día que me licenciaron volvimos a empezar y así estuvimos hasta la noche del accidente. En suma, todavía no hemos acabado.

La lámpara desnuda que lucía por la noche, a mediodía y al obscurecer, pendía como un pequeño cráneo calvo de una cadena parecida a una cuerda trenzada. Debajo de ella ardía una vela de color de vino. Su llamita apuntaba hacia el cráneo que ardía encima y brillaba un poco sobre la botella de colonia barata y en la profundidad de los ojos de la morena Molly. Al otro lado de la ventana, podía apreciarse que la nevada blanqueaba las calles.

—Ya lo sé —rió Molly con una risa tan suave que apenas se oyó—. Ya os oí una noche. Parecía que estuvierais rompiendo todas las vajillas de la casa. Tuve que taparme los oídos. ¿Qué pasó?

—¿Qué pasó? Pues eso es lo que pasó: que rompimos toda la vajilla que había. Ella fue la que empezó para demostrarme que no le importaba ni la vajilla, ni yo, ni nadie. Y yo la ayudé para demostrarle que tampoco a mí me importaba nada. Y nada me importa.

—Eso crees tú —dijo Molly—. Y ahora, ¿coméis en platos de papel?

—No, ya no como arriba. Violet le trae en un tazón la sopa y yo como en casa de Messinger en la Milwaukee, donde puedes echarte a dormir sobre la mesa y nadie se ocupa de ti, si has tomado café.

—Me gusta Violet —le dijo Molly como pensando en otra cosa, y luego le dijo lo que en realidad quería decir—: No tienes que ir más a casa de Messinger cuando quieras echar tu asquerosa cabeza en algún sitio. Yo tengo una mesa y no tienes que pedir café para echarte en ella. Yo llevo tres días aquí esperándote, oyendo pasar al «elevado» y contando los coches que lleva. Tú no sabes lo aburrido que resulta esperar el paso del tren, Frankie. Vamos a dejar de atormentarnos nosotros mismos.

Él no supo que ella estaba llorando hasta que sus lágrimas le llegaron a los labios.

—Yo también sé lo triste que es estar esperando —dijo Frankie Machine a la morena Molly.



\*\*\*

Frankie estaba sentado en el banquillo del *croupier*, pero no veía a los jugadores. No veía más que sus sombras alrededor de la pálida pantalla verde, y no daba cartas sino a sombras.

Como cada cual se sentaba en la misma silla cada noche, sabía muy bien quién era cada sombra. La fuertemente encorvada a su izquierda era la de Schwiefka, la temblorosa de cabeza puntiaguda era la del «Gorrión», la humilde y encorvada era la del «Hombre del Paraguas», y la siempre astuta y ondulante que parecía cambiar de forma cada vez que su dueño sacaba de su bolsillo un cigarrillo, era la más grande y delgada de todas.

—Louie está esta noche vestido de tiros largos —dijo el «Gorrión», fingiendo admirar el flexible verde de Louie con su pluma encamada en la cinta, y su chaqueta de estilo polaco—. ¿Vas a ir a divertirte, Louie?

—No, es que estoy cansado de llevar mis trajes viejos —contestó confidencialmente Louie, y se echó el flexible hacia la coronilla para que todos pudieran ver que se había dado un poco de tinte y se había hecho cortar el pelo al estilo de la sala de baile del Paraíso. El hombre no cumpliría ya los cincuenta, pero presumía como si tuviera veintidós, timándose con las chicas y señalando su emblema de la Legión Americana, costumbre que había adquirido después de pasarse seis meses en los campos del Ejército de Reserva de los Estados en 1918—. Entonces podía dar diez a uno —añadió.

Pero nadie le preguntó por qué. Todos lo sabían. Ya lo habían oído antes.

—Me aseguraron que no llegaría a vivir el año, y eso que estábamos en mayo —agregó, como si a alguien le importara el asunto—. Encontrándome en la taberna de «Las Cuatro Esquinas» le dije a Red Laflin que se moriría antes que yo, pero vivió aún veinte años. Su mejor consocio me convida a una copa siempre que entro en la taberna para saludarle en recuerdo de viejos tiempos. «Tú fuiste el mejor amigo de Red», me dice, y pone la botella sobre el mostrador.

\*\*\*

El «Gorrión» se levantó y un momento después el grasiento bastón blanco y el nauseabundo olor del buhonero se acercaron a la mesa como una vaharada salida de la alcantarilla.

—Siéntate aquí —le dijo Nifty Louie, guiándole a la silla vacía que había a su lado—. ¿Quieres jugar una mano? Me han dicho que juegas muy bien.

—No le puedo echar cartas a un ciego —protestó Frankie—. Todo lo haré menos eso.

—Los ciegos son los tipos a quienes mejor se les puede servir cartas —dijo

cortésmente Pig—. Ellos no pueden acusar las que tienen.

—Yo lo haré por ti —se ofreció Louie.

—Ni ciegos, ni mirones, ni mendigos —insistió Frankie—. Dos tipos no pueden jugar con las mismas cartas.

Louie replicó:

—En ese caso me iré a jugar a casa de Stuckney. Allí hay jugadores educados, un portero educado y un *croupier* con educación.

—Si se queda de pie detrás de Pig, estará bien —terció con ansiedad Schwiefka—. Será la mano de Louie, sólo que la sostendrá Piggy—. Hay que ser sociables.

—¿Por qué no la juega él mismo?

—Porque creo en la buena suerte de los ciegos —contestó Louie llevándose la mano al botón de la Legión Americana.

Y puso un dólar de plata delante de Pig.

Frankie alargó la mano, probó el dólar sobre la pantalla de metal de la lámpara y luego observó más de cerca una mancha de la moneda.

—Yo he visto antes en algún sitio esta moneda —dijo al devolverla para seguir barajando—. Sí, la he visto en algún sitio. Hay manchas de sangre sobre este dólar.

—La banca lo acepta —intercedió Schwiefka—. Échanos una mano de sotas para que todos se sientan felices.

—Es mi moneda de la buena suerte —les explicó Louie—. En los alrededores de Navidad soy siempre más supersticioso que una rata de garito.

El «Hombre del Paraguas» se levantó disgustado y se fue con el abrigo a medio poner, asustado por el tono de desafío que se oía alrededor de la mesa de juego. Cuando el «Gorrión» volvió después de dejarle salir, el dólar estaba delante de Frankie, lo que indicaba claramente que se había servido un triunfo a sí mismo.

—Devuélveme la plata —pidió Louie, ofreciendo un billete nuevo a cambio—. El de plata no lo había apostado. Lo he puesto para que nos trajera suerte a todos.

—Ahora es mi moneda de la buena suerte —dijo Frankie con una suave malicia en la voz—. Yo también me vuelvo supersticioso cuando se acerca el Año Nuevo.

—Cámbiaselo —le ordenó Schwiefka.

—Tú métete la lengua en el bolsillo, cerebro cocido —replicó Frankie—. Quien cambia aquí soy yo.

Louie se levantó.

—Cuando yo me voy de un sitio no vuelvo nunca más, ni mis amigos tampoco —amenazó a Schwiefka.

—En primer lugar nadie te ha mandado llamar —repuso Frankie.

—Yo lo he llamado —dijo Schwiefka, y trató de alcanzar la moneda manchada de sangre.

La mano del «Gorrión» la cogió antes y se la metió en el bolsillo mientras Frankie echaba su silla hacia atrás.

—Pues si tú le has mandado llamar, tú le servirás las cartas.

Tiró la baraja a través de la mesa de juego, y los ases, reyes y doses se desparramaron por el suelo. Schwiefka, agachándose penosamente, empezó la persecución de su baraja de sesenta centavos, en tanto Frankie se iba detrás del «Gorrión» por la empinada escalera hacia la calle.

—Ha querido abarcar demasiado para sus fuerzas —dijo impertinentemente Schwiefka a Louie cuando acabó de recoger la baraja—. En otros tiempos, si se me hubiera despedido así un *croupier*, no hubiese encontrado un lugar donde trabajar. Hubiera tenido que dedicarse a levantar los mazos en un juego de bolos y sentirse feliz con ello, pero después de todo no deja de darme lástima.

Louie no oía a Schwiefka. No oía más que los pasos del tahúr que se alejaban, llevándose su moneda especial. A cada paso del tahúr, Louie se sentía un poco más desgraciado. Nunca se había sentido tan desgraciado en toda su vida.

Era la noche destinada a ir de baile o a recorrer bares, y no le iban a dejar lucirse con una baraja, un par de dados o un taco de billar.

Y aún había algo peor: toda su suerte yéndose en la moneda de más suerte del mundo. «He sido un imprudente atormentándole con esa asquerosa moneda», pensó con desesperación. De pronto se echó el flexible hacia la frente y salió corriendo en persecución de su dólar.

Desde lo alto de la escalera todos le oyeron llamar a los de abajo:

—Tahúr, espera que quiero hablarte.

Todos oyeron a Louie, pero nadie oyó contestar al tahúr. Después se cerró la puerta de arriba detrás de Louie, pero nadie oyó abrirse la puerta de abajo. Todos percibieron un largo y áspero silencio. El tahúr y el «Gorrión» esperaban dentro del hueco de la escalera a alguien que bajaba hacia ellos.

El tahúr y el «Gorrión» oyeron cerrarse la puerta de arriba. Ambos observaron la delgada y negra figura que bajaba, brillándole en la corbata un diamante que parecía un ojo de gato tuerto.

Un escalón tras otro, tardó bastante en bajar.

Sonreía nerviosamente al llegar.

—Te doy un dólar por un dólar —ofreció otra vez, queriendo meter un billete doblado en el bolsillo de la guerrera de Frankie—. Ni más ni menos.

—No cedas, Frankie —le aconsejó el «Gorrión», pensando que si cedía ahora tendría que ceder siempre y en todo.

—No quiero más disgustos —murmuró Frankie disculpándose, una vez desaparecido el tono de desafío—. Devuélvele su moneda, Solly. Ha trabajado para ganarla.

El «Gorrión» trató de pescarla en todos los bolsillos donde no estaba. Frankie desdobló el billete para estar seguro de que no era falso.

—Es bueno —rió Louie—. Procede del mismo sitio que el dólar de plata. Lo diste tú la semana pasada. ¿Te acuerdas?

—Lo recuerdo... porque es el último que vas a recibir de mi parte por ese

camino.

—Te equivocas de nuevo, tahúr. Me irás a buscar de nuevo diez mil veces más. Y te pondrás de rodillas para rogarme que acepte tu dinero.

—¿Qué clase de camino, Frankie? —preguntó inocentemente el «Gorrión», tratando de olvidar todo lo concerniente al dólar de plata que tenía en el bolsillo del reloj.

—Ninguno que pueda interesarte —le contestó Louie—. Venga, judío, la moneda, la moneda de la suerte.

El «Gorrión» la alargó hacia la mano tendida de Louie, pero deliberadamente la dejó resbalar entre sus dedos y retrocedió para librarse de la bofetada de Louie.

—Un truco de judío —se burló Louie, y el olor a talco se esparció por el aire.

El «Gorrión» abrió la puerta de la callejuela con la intención de mandar fuera la moneda de una patada. A través de la puerta abierta la luz de la farola iluminó la cara de Louie.

Frankie se apoyó con fuerza contra el muro del zaguán, sabiendo que nadie, ni Molly, podría evitar que fuera a buscar de rodillas a Louie otras diez mil veces más.

—Hay gentes a quienes se debiera machacar la cabeza —le dijo a Louie, sin oír siquiera su propia voz—. Me gustaría machacarle la cabeza a las personas como tú.

Louie se burló:

—Tú no le puedes machacar la cabeza a nadie. Al único a quien puedes machacar es a este profesional en raterías.

Entonces vio la moneda debajo del gozne inferior de la puerta y se agachó rápidamente para recogerla.

Frankie se miró los dedos para que no siguieran temblando. Si el miedo no cesaba, empezaría a llorar delante del pillastre, y una llamarada fría de vergüenza le agarrotó los dedos con orgullo. Se levantó sobre las puntas de los pies y se dejó caer con todo su peso sobre la blanca nuca indefensa.

La garganta dio un solo y aterrado suspiro.

Luego el cuello cayó hacia delante como el de una gallina a medio cortar.

\*\*\*

Un estruendo irregular le zumbaba en los oídos y un resplandor blanquecino le cegó los ojos hasta que sintió la mano del «Gorrión» posada sobre su brazo y oyó su voz gutural cerca de él.

—Descansa, Frankie; estamos a salvo.

El estruendo irregular se trocó en el ofensivo rumor de un juego de bolos, y el resplandor pertenecía a la indiscutible luz de la pista.

—Ni siquiera le he sentido caer —oyó decirse a sí mismo.

—Sigues diciendo lo mismo, Frankie. No dices más que eso. Tenemos que estar arriba antes de que lo encuentren los policías.

—¿Has corrido tú también? —preguntó Frankie, sintiendo que iba recuperándose.

—Naturalmente que he corrido —contestó el «Gorrión» con orgullo—, después que lo he sacado del vestíbulo. Está detrás de la leñera de Schwiefka y llegará la mañana antes de que alguien lo descubra. ¿Podrás utilizar la baraja?

—Podré hacerlo todo —afirmó Frankie—. Lo único que necesito es una copa, y pronto. ¿Crees que ha soltado el último resuello?

—El resuello se le ha acabado para siempre —respondió el «Gorrión», soltando un pequeño ronquido de alegría—. ¿A quién no se le hubiera acabado si le hubiese caído un camión encima del cogote?

En el mostrador del juego de bolos el «Gorrión» vigilaba al tahúr tras de los gruesos cristales de sus gafas, tratando de darle prisa sin infundirle pánico.

—Ha caído al suelo como Levinsky —le dijo, cubriéndole el vaso con la palma de la mano—. Tienes que volver a la mesa de juego, tahúr.

Ante la idea de volver, Frankie se sintió asustado. El «Gorrión» lo vio pálido, pero no obstante continuó tapándole el vaso.

—Tienes que hacerlo, Frankie.

—Puedo hacerlo. Una copa más y lo hago.

—Una más y no lo harás nunca.

El «Gorrión» se mantuvo firme. Vio cómo temblaba la mano de Frankie cuando se llevó el vaso vacío a los labios con la esperanza de encontrar una última gota.

—Pulso firme y ojos seguros —le dijo.

—Quédate a mi lado, Solly —rogó Frankie.

—Estoy a tu lado, Frankie.

Ninguno de los dos miró hacia la leñera, obscurecida por la pared de la fábrica de «Correas y Cueros», cuando regresaron a la callejuela de donde habían huido. Un par de hojas con los resultados de las carreras revoloteaban por la calleja delante de ellos, perseguidas por un viento áspero. Al pasar azotaron la esquina de la leñera y se apretaron contra la pared como si el viento les hubiera ordenado que taparan algo allí. Ninguno de los dos habló hasta que llegaron al oscuro vestíbulo.

—Espero que habrás tenido bastante sangre fría para recobrar nuestra moneda de la buena suerte —recordó de pronto Frankie con un verdadero sentimiento de abandono.

—No me ha dado tiempo para eso, Frankie. He tenido que cogerlo por los tobillos y salir corriendo. Tienes que alegrarte de que no lo haya dejado sencillamente allí tendido. No ha sido fácil alcanzarte. Todavía no sé adónde te dirigías.

—Tenía un buen sitio, no te preocupes —mintió Frankie. «¿Adónde diablos iba a ir?», se preguntó a sí mismo. Y en voz alta agregó—: Por una vez lo has hecho bien.

En la puerta del callejón el «Gorrión» le dijo:

—Me alegro que estuviéramos tomando café cuando ese Fomorowski, o como quiera que se llame, ha sido asesinado en la puerta de al lado.

Se paró y cogió un puñado de nieve de vísperas de Navidad. Cuando entraron en

el salón se dirigió a la mesa bizqueando un poco y preguntando:

—¿Quién quiere helados? ¡Ya hay tres pulgadas de espesor!

—Si Louie no vuelve, la culpa será vuestra —rezongó Schwiefka, mientras Frankie, pálido pero sereno, se deslizaba en el sillón del *croupier*—. Uno de estos días os vais a encontrar sin una buena colocación si continuáis tratando a los clientes como a perros de alcantarilla.

—Supimos salir de apuros cuando no teníamos ésta —le dijo el «Gorrión».

—Sí —repuso Frankie—, esto empieza a ser un buen sitio para no estar en él. Aquí hay demasiadas discusiones.

Cuando empezó a barajar miró a su alrededor para buscar a Pig. Pero el buhonero se había ido en busca de la nieve y el viento.

Y las cartas seguían yendo y viniendo.

\*\*\*

Stash había salido del encierro y todo estaba perdonado. Se iba a celebrar un baile en el vestíbulo organizado por los de «La Correa y el Cuero» y asistiría todo el mundo.

Pero apenas pasada la primera hora desde su regreso a casa, empezó a darle nuevos disgustos a Violet. Algo le había pasado al viejo durante los cinco días que había permanecido encerrado. Era fácil advertir que estaba cambiado.

En primer lugar, cuando Violet acabó de comer, se negó rotundamente a lavar la vajilla. Así es que la lavó ella y lo mandó abajo a buscar medio galón de cerveza. Él subió con cinco cigarros de dos centavos y un dólar y medio de cerveza.

—¿Dónde está mi cerveza, viejo? —le preguntó.

Pero Stash no hizo sino mirar ensimismado a su alrededor como dudoso de que le hubiese llamado alguien, y encendió uno de los cigarros.

—Se acabó el pan negro del día anterior —acabó por contestar, y antes de que ella hubiera podido hacerse cargo de lo que había querido decirle con eso, se oyó una llamada en la puerta y entró el «Gorrión» llevando auestas un colchón rayado en azul y blanco.

—Lo he encontrado junto a la sección de planchas eléctricas —se vanaglorió, dejando caer el colchón al suelo—. He cogido precisamente el más bonito, lo he sacado del montón y le he dicho a la chica que venía de los sótanos que había que bajar seis para enviarlos al almacén del barrio del Sur, pues los habían llevado por equivocación. Aún estará esperando que vuelva a por los otros cinco.

—No le digas a Zosh cómo los has adquirido —le advirtió Violet—. Le daría mucha vergüenza.

—Sí. Pero piensa en lo orgulloso que se pondrá Frankie —replicó el «Gorrión», y se volvió hacia el viejo—. Lo he comprado para ti, viejo. Es el regalo por tu regreso a casa, para que duermas en él cuando yo tenga que dormir en la alcoba. No quiero que

estés incómodo en el sofá de la otra habitación.

—No lo quiero —dijo Stash, dando al colchón una patada con petulancia.

—¿Qué es lo que no quieres, viejo? —preguntó el «Gorrión». ¿Quieres decir que dormirás sin colchón en el sofá?

—Que me pagues el alquiler es lo que quiero.

Luego se trataba de eso... como si alguien le debiese algo. Por un instante el «Gorrión» se sintió tan ofendido que pensó en marcharse y dejar a Stash entendiéndoselas él mismo con Violet.

Se necesitaba algo más que un colchón nuevo para lo que estaba más allá de sus posibilidades.

—Estás hablando como un cerrojo —le dijo—. No te haces cargo de las cosas. Los tiempos han cambiado. Ahora vivo aquí. Tú eres ahora el pupilo. Así es que eres tú quien tiene que pagar el alquiler.

Stash se ató con el cinturón su descolorido pantalón, se levantó, dio unos pasos alrededor y replicó:

—Yo soy el marido. Tú pagas el alquiler.

Violet, echada sobre el colchón con las manos bajo la teñida cabeza y las piernas extendidas para probar sus dimensiones, dio una vuelta y escondió la cara entre las manos con los hombros temblándole de risa.

—Pretende que es mi marido —acabó por decir.

Luego se secó las lágrimas producidas por la risa, cogió el colchón y se fue hacia la alcoba.

Un minuto después estaba de vuelta enunciando:

—Es demasiado pequeño para una cama de matrimonio; así es que lo he puesto en tu lado. Yo tengo tantas carnes, que podría dormir en el suelo y creer que estoy sobre plumas, pero tus pobres huesos...

—Sí —convino el viejo con una mirada maliciosa—, el suelo es bastante bueno para la señora «Mala-Cosa».

Señaló con aire de mando el periódico deportivo que tapaba un agujero del estropeado sofá.

—El señor «Mala-Cosa» aquí. —Se apretó bien el cinturón y se puso delante del «Gorrión». Stash es ahora el amo en casa. Stash dormirá en la cama.

—Como no dejes de molestarnos, no podrás quitar más hojas de mi calendario —le dijo Violet, y se fue a la cocina en busca de una botella de cerveza que le quedaba.

El «Gorrión» oyó el ruido del cristal al chocar con la puerta de la nevera y la siguió.

—Dada la forma en que te estás portando, no te podemos permitir que vengas a beberte nuestra cerveza —le dijo a Stash—. Quédate ahí fuera.

Cuando el «Gorrión» atravesó la alcoba camino de la escalera para bajar a por más cerveza, pudo ver a Stash echado cómodamente en el colchón nuevo, encendiendo otro cigarro y con medio galón de cerveza para él solo.

«Aquí hay algo que no marcha bien —pensó el «Gorrión» al ver los nuevos modales del viejo—. Si se porta así hoy, ¿quién podrá asegurar que mañana se levantará a las cinco para ir al trabajo?».

Stash se levantó a la mañana siguiente a tiempo para ir al trabajo, pero Violet tuvo que levantarse primero para hacerle café antes que se fuera.

—Esto no puede seguir así —le dijo en la cocina, temerosa de que si volvía a acostarse lo hiciera él también—. Esto tiene que cambiar.

—Bueno —convino el viejo—. Vete tú a trabajar en mi lugar.

Muy seguro de sí, aquella misma tarde volvió con sus oxidadas tenazas sobre el hombro.

—¿Te has despedido o te han echado? —le preguntó Violet antes de que colgara la chaqueta.

Stash no contestó. Pero estuvo toda la tarde bebiendo cerveza. Por la noche, Violet y el «Gorrión» sostuvieron en la cocina una inquieta conferencia.

—Me ha dicho que no se va a dedicar más que a estar sentado y a leer la temperatura el resto de su vida. Luego se ha quedado mirando el almanaque para ver si era ya tiempo de quitar la hoja de hoy.

—Ya se cansará de estar sentado. Volverá a ir al trabajo aunque sólo sea para tener algo que hacer —dijo con poca esperanza el «Gorrión».

El viejo no usaba en casa ni pantalones, ni zapatos, ni camisa. A la hora de comer se metía simplemente el cuchillo y el tenedor en el cinturón y se sentaba con los pies envueltos en sus gruesas medias hasta que le ponían la comida delante. Irrumpió en la conferencia, se puso la dentadura postiza y dijo:

—Preparado.

—¿Preparado para qué? —preguntó alarmada Violet, pues no había puesto platos más que para dos.

Stash les echó mano y se puso delante el plato del «Gorrión».

—Esto no es para ti, viejo —dijo el pillete—. Esta comida está recién hecha. No podrías digerirla. Mañana estará a punto para ti.

—Digiero muy bien —le aseguró Stash—. Ahora voy a comerlo todo recién hecho. Tú te comerás mañana los restos.

El «Gorrión» y Violet vieron horrorizados cómo el viejo untaba de mantequilla los bollos y cómo se servía jamón de a un dólar veinte la libra.

—Trae las fresas —le ordenó Violet al «Gorrión»—. Vamos a ver hasta dónde llegan las cosas.

Llegaron hasta las fresas. Stash las cubrió con medio pote de nata y después encendió un cigarrillo cogido del paquete del «Gorrión», que se lo había dejado imprudentemente al lado del azucarero.

—¿Por qué no terminas la nata, viejo? —preguntó el «Gorrión»—. Se puede poner agria.

—Es para el café —explicó sosegadamente Stash, empujando su taza hacia la



cafetera.

Violet se la llenó con una docilidad extraordinaria.

—Y ahora Stash se va a acostar de nuevo. Que todo esté bien silencioso —les dijo a ambos, después de echar el resto de la nata en su café y el resto del café por su garganta abajo.

El hecho de que el botón del puño derecho de su traje interior estuviera desabrochado no quitó dignidad a la salida del viejo. Oyeron cerrarse la puerta de la alcoba y oyeron también cómo el nuevo colchón daba reposo a sus maltrechos huesos y cómo sonaba el primer ronquido antes de que pudieran reaccionar.

—Esto parece nuestra mudanza —dijo desmayadamente Violet cuando hubo lavado la vajilla y regresaron a la litera del cuarto, en la que apenas había sitio para sentarse ambos sobre los estropeados resortes.

—No digas nuestra —le corrigió el «Gorrión». Di tuya. Tú eres la que estás casada con él.

—Sí, pero no hubiera tenido que estar dependiendo tanto tiempo de él si tú hubieses tenido una colocación fija —contestó Violet—. Podrías hacerlo todo legalmente si me quisieras de verdad.

—Naturalmente. Podría conseguir una pala del número dos y dedicarme a poner barrenos en el puerto de Indiana y volver a casa por la noche con la misma pinta que Stash y roncar aquí en la litera del cuarto de delante, mientras tú...

Se quedó callado.

—Sigue. ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Violet, cuyos ojos se habían ensombrecido peligrosamente.

—Lo que he querido decir es que, si tuviera una colocación, no podría atender tan bien a la familia.

—Tal como la atiendes no bates ningún récord —replicó Violet—. Además, yo no te digo que vayas a tirar de pala. Podrías ser un mensajero de la «Western Union» y venir a verme entre dos mensajes.

—Y nunca volvería a tiempo a la oficina —repuso el «Gorrión». Me estaría cayendo siempre de la bicicleta. ¿Por qué no te colocas tú en la «Western Union»? —Y añadió para sí: «De ese modo descansaría yo entre los mensajes».

—No me es posible ir a trabajar —se lamentó Violet como lo haría alguien a quien se le negara el derecho inalienable de trabajar para vivir—. ¿Quién cuidaría de Zosh y de ese perrazo que le has colocado a Frankie? Si yo no bajara a limpiar el suelo, las botellas saldrían por encima de la fregadera.

—Mientras no lleguen más arriba... —dijo el «Gorrión» filosóficamente—. Si llegaran, seguirían el mismo camino de la vajilla.

—Frankie la tiene tan echada a perder que ni siquiera pone los platos en la fregadera. Siempre espera a que baje yo y los recoja, y precisamente ahora está tratando de saber cuánto le cuesta. Me alegro que no tenga más que un cuarto, porque come donde menos se piensa. He encontrado platos en el cajón de la mesa, que

debían de estar allí desde que Frankie estaba en el ejército.

—No creo que ahora tengas tiempo para limpiar abajo —observó el «Gorrión»—. Tal como se está portando el viejo, vas a tener que empezar a limpiar aquí primero.

—Volverá a recobrar el sentido cuando no le deje que arranque las hojas del calendario o que lea la temperatura.

—¿Cómo lo vas a evitar?

—Pondré el almanaque donde no pueda alcanzarlo y cerraré la ventana para que no pueda asomarse. No puede abrirla por sí mismo y tiene que llamarme a mí para que le ayude.

—No le dejes que se asome demasiado.

—Eso es lo que me da miedo.

—Cógele las piernas.

—Eso también me da miedo. ¿Qué pasaría si lo soltara?

—Pero no lo soltarás.

—Ya lo sé que no.

—Pero puedes olvidarte de cerrar la ventana... Bueno, me alegro que sólo le dé por arrancar hojas de almanaque.

El «Gorrión» hablaba con el tono de quien ya no estaba tan seguro como antes de que Violet fuera un buen asunto sin fallos.

—Apresúrate, encanto —le dijo al oído—. Hemos de estar listos para bajar al vestíbulo. Tengo que vestir al viejo y afeitarse y cambiarle los calcetines. Después de todo, la fiesta de Año Nuevo se hace por él.

—Esta vez no —replicó el «Gorrión»—. Deja dé charlar y manos a la obra.

Violet y el pillastre llegaron a un acuerdo sobre el problema de tener al marido en casa. Si no hubiera sido por la casualidad y por una barra de hielo, el viejo Stash hubiera acabado por conseguir que ambos repartieran mensajes por cuenta de la «Western Union».

El primer invitado que llegó al baile fue el «Hombre del Paraguas», y en cuanto llegó se hizo evidente que la ocasión del festejo había sido mal comprendida. Llevaba bajo el brazo un paraguas «para recién casada» arreglado por él mismo, y los pantalones recién planchados. Nadie pudo convencerle de que la reunión era en honor del viejo.

Después llegó el lector de contadores con un guante de jugador que llevaba estampada la firma de Stanley Hack. Pretendía no haber oído hablar nunca del viejo, y en seguida se dirigió a besar a la novia. Así es que cuando trataron de explicarle el asunto, dijo:

—No me deis las gracias a mí, dádselas a mis muchachos.

De manera que supusieron que alguien había ido diciendo por ahí que Violet se iba a casar con el pillastre. Lo que, por otra parte, para los presentes no habría representado daño alguno. Por lo tanto, cada cual se benefició con un buen trago, mientras Stash iba de un lado a otro enseñando sus calcetines limpios y señalando

con orgullo a Violet, para proclamar que era ella quien se los había regalado.

Después llegó Antek con un carrito magullado. Se había pasado el día bebiéndose su propio *whisky* hasta que la señora Ama se lo había escondido con la idea de que quedara algo para los clientes del lunes. El «Patrón» estaba al borde de las lágrimas:

—Catorce años casado, sin decir nunca una palabra grosera, y ahora me pega con la plancha y me echa de mi propio hogar. Ya no tengo hogar, muchachos. Ya no tengo nada. Todo está a su nombre. El «Patrón» no puede volver ni siquiera para ver a su propia hijita. ¿No es esto una vergüenza, muchachos?

No consiguió despertar ni la más mínima simpatía. Todo el mundo sabía que se emborrachaba regularmente cuando había tenido una buena semana y que le echaban de casa hasta que se refrescaba. Echarle después de una buena semana era la única manera de quitarle la borrachera. Tenía una enfermiza necesidad de compasión y nunca pudo comprender por qué no simpatizaba nadie con un hombre que se había quedado sin mujer, sin casa, sin familia, sin honor y sin los ahorros de toda su vida. Cuando el «Patrón» quería llorar, lloraba y nadie le impedía hacerlo.

—No lloro por mis propias desgracias —se confió a Frankie, apoyándose tan pesadamente sobre el brazo del sillón de ruedas, que Frankie tuvo que calzarlo con el pie para que no se fuese rodando hacia atrás—. Lloro por las de todos los demás.

Se quitó las gafas para llorar más fácilmente por todos, pero los cristales estaban tan enturbiados por las lágrimas que no se podían distinguir éstas y las gotas de sudor que le caían de la calva.

—Estás llorando con el cráneo, «Patrón» —le avisó Frankie—. Cuando las lágrimas empiecen a salirte de las orejas, será hora de usar el pañuelo. —Se volvió a Sophie para decirle—: El lunes por la mañana estará de nuevo tras su mostrador.

De todas las partes del barrio llegaban los invitados y los no invitados, los precavidos y los curiosos, los descarriados y los tímidos, los felices y los desventurados, los perdidos y los desastrados, los alegres y los tristes. Algunos, creyendo que se festejaba la salida de la cárcel de algún amigo, se acercaban a felicitar al pillete y luego confesaban que había mayor razón para celebrar la fiesta si no era el pillastre el libertado. Cosa increíble.

Cada cual recibió felicitaciones por una u otra cosa, las mereciesen o no. Todos salvo el viejo, que ni siquiera fue felicitado por sus calcetines nuevos. Así es que anduvo anunciando por doquier:

—Stash es ahora el amo en casa.

Para demostrarlo arrancó toda una semana de hojas del almanaque, pero a pesar de ello nadie le hizo caso.

Algunos vinieron para celebrar la fecha con Frankie Machine. Sí, sobre todo un buhonero ciego, tan borracho que apenas podía estar sentado en un rincón y gritar de vez en cuando que él solo, entre todos los buenos vividores, había venido a llorar a un vividor.

—He venido a llorar por Fomorowski —decía compungidamente Pig el «Ciego».

Y todos en el vestíbulo se regocijaban.

Violet, habiendo hallado piedad en el fondo de una copa de *whisky*, empezó a obligar a todos los zánganos borrachos que venían a besarla a saludar primero al viejo y a admirar sus calcetines. Hasta que el viejo, arrancando hojas de su calendario como horas recuperadas, comenzó a creer que realmente la fiesta se daba por él.

El lector de contadores seguía paseando arriba y abajo en el centro del piso, recordando una carrera imaginaria que había fallado en un partido que tuvo lugar un verano ya olvidado. Porque el lector de contadores no sabía distinguir un contador de un batidor de huevos. Una vez, hacía ya tiempo, se encontró la gorra de un lector de contadores y se la apropió. Había perdido la insignia, pero aún la usaba cuando entrenaba a los «Invencibles de la Correa y el Cuero». Ahora trataba de explicar la derrota sufrida jugando contra los «Ligeros de Lefkowitz».

—Estoy orgulloso de mis muchachos —insistía—, orgulloso de cada uno de ellos.

Todavía seguía comentando la derrota a pesar de que tuvo lugar el cuatro de julio y el año se estaba acabando. Aún seguía sosteniendo que no sentía vergüenza por ella.

\*\*\*

—Aquí el director Budzban. Podrá usted conservar la colocación, pero necesitamos un nuevo entrenador. ¿De acuerdo?

Por fin se olió que se trataba del pillastre y esta vez, al salir de la cabina, no habló con nadie. Cogió un buen sitio en el bar y no quiso dejarlo escapar. Al lector de contadores le costaba trabajo desconfiar, pero una vez que desconfiaba se sobrepasaba. Cuando el teléfono volvió a sonar y le dijeron que su novia estaba al habla, se negó rotundamente a contestar. En una semana por lo menos no volvería a creer la menor noticia que le dieran en la vecindad.

Entretanto, Sophie se mostraba tan animosa que parecía dispuesta a levantarse y bailar de un momento a otro. El «Gorrión» la condujo junto al ramo de muérdago y le dio un beso. Después, todos los muchachos la besaron también. Parecía mentira que se tratase de una mujer condenada de por vida a su sillón de ruedas.

Sobre el árbol de Navidad lucía una estrella, y el viejo, titubeando un poco, apuntó hacia ella con el gollete de una botella de *whisky* y gritó algo ininteligible.

Pero era demasiado viejo para tantos esfuerzos y cayó hacia atrás exhausto, en los brazos que le esperaban.

Pig el «Ciego» dirigió sus ojos sin vida hacia la nieve artificial como si pudiera verla. Los ojos del ciego estaban enrojecidos por las lágrimas.

Todos aquellos que significaban algo habían llegado ya, incluso la abuelita de Sophie con una botella de licor de su fabricación. Estaban, sí, todos los que contaban, algunos que se creían que contaban y un par de docenas más que sabían que nunca habían contado nada.

Ahora empezaba el tumulto de la medianoche para recibir al Año Nuevo.

A mitad del baile las parejas cambiaron de danzas modernas y la abuelita de Sophie se volvió para verlos. Le gustaba cuanto hacían los jóvenes, mientras no fuese algo que los viejos supieran hacer mejor, como contar su dinero. Tanto le gustó aquello, que despertó al «Hombre del Paraguas», que dormía sentado a su lado; pero éste preguntó: «¿Por dónde vamos ya?», y volvió a dormirse.

Violet se paseaba como una dama embutida en un traje de fantasía, arrastrando con la cola las puntas de cigarrillos, gesticulando y preguntando a todos: «Me estoy portando bien, ¿no le parece?». Hasta que por fin sacó a bailar al «Gorrión» y le canturreó con voz ronca:

*Déjame decirte, chico,  
aunque te veo engréido,  
que mi corazón es de papá,  
de papá, de papá, de papá...*

En el bar había tanta gente que el licor se consumía en cantidad exagerada y hubo que enviar a por raciones extraordinarias. Aquella noche todos sentían la optimista esperanza de que no tendrían que volver a trabajar al día siguiente, ni nunca más.

A cada momento los unos convidaban a los otros. Gente que no le habría prestado tres dólares a su padre sin una garantía bancada decían a sus enemigos de toda la vida: «Guarda tu dinero, Emil. Sírrete del mío. Tengo demasiado». La orquesta se redujo a un solo hombre, de modo que el tamborilero se subió sobre sus cajas, manifestó que era Gene Krupa y que quería comprar cigarrillos, y después se echó sobre el regazo del saxófono. Inmediatamente el saxófono empezó a pedir dinero para el tamborilero y lo puso en manos del pianista, el cual se levantó en seguida para gastarse hasta la última moneda con los bailarines.

Frankie se hizo cargo de los tambores. Durante media hora, mientras todos trataban de ayudar al tamborilero, el tahúr vivió en un sueño: él era Dave Though, él era Krupa, él volvía a ser Dave Though, sin equivocarse en un solo redoble.

—El muchacho sabe hacerlo y lo hace con sentimiento —dijo alguien, y vinieron a felicitarle y a decirle que valía tanto tocando los instrumentos de *jazz* como en la mesa de juego con la baraja.

Primo Kvorka le retuvo la mano el último y por más tiempo que los demás.

—Puedes hacerlo cuando quieras, tahúr —le dijo.

—No me llames tahúr, llámame tamborilero —le pidió Frankie, que jamás podía lograr hablar amistosamente con Primo.

Quiso mirar hacia el bar, pero Primo le hizo volver la vista al frente.

—Antes de que empieces a empinar el codo te voy a hacer un pequeño favor, si me dejas —le dijo el correoso hombrecillo con verdadera humildad—. Te lo haré por la forma con que siempre has salvado al «Paraguas» de los lobos en casa de

Schwiefka —añadió, con el embarazo de un hombre más acostumbrado a negar que a pedir el privilegio de conceder un favor.

—No me debes ningún favor, Primo —repuso Frankie sin poder disimular su enojo—. Mi obligación es impedir que se hagan trampas en el juego. Para eso me paga Zero, y «Paraguas» recibe el mismo trato que los demás.

Primo le había llevado hacia el guardarropa de caballeros para poder hablar con mayor tranquilidad.

—No podré dormir esta noche si no te echo un cabo, Frankie —dijo.

Éste tuvo la sensación de que la fiesta se había terminado y que el nuevo año empezaba de verdad. A través del ruido y de las risas, del humo, de la música y el rumor de los pies, sintió por un momento que 1947 iba a ser un largo, un año muy largo, para Frankie Majcinek.

—Lárgalo —le dijo.

—Cuando recogimos a Fomorowski hacía ya tres días que yacía allí, y si no hubiera sido por un revendedor de patatas que se paró cerca de la valla para desaguar, todavía seguiría allí. El tipo estaba medio tapado.

—Podíais haberlo enterrado más hondo entonces —sugirió Frankie sin molestarse en fingir sorpresa—. ¿Por qué me lo dices?

Kvorka tiró de la brida.

—No había muerto helado, tahúr.

Frankie esperó.

—No estoy tratando de pincharte, Frankie —añadió con seriedad Primo—. Ni siquiera estoy tratando de darte un aviso. Pero sería bueno para ti que supieras en qué situación está ahora Louie.

—Parece como si para Louie se hubiera terminado la partida —fue lo único que dijo Frankie.

—Está en el depósito de cadáveres y el fiscal ha iniciado un sumario. Puedo indicarte ya el resultado porque fui yo quien lo cargó en el camión.

A Kvorka le llegó el turno de esperar. O el tahúr necesitaba saber o no lo necesitaba.

—¿Y cuál ha sido el resultado, Primo?

—Muerte por agresión. Agresor desconocido. Tenía la espina dorsal rota, Frankie.

—Si me pides opinión te diré que es una condenada buena noticia y que me alegro mucho de oírte —dijo Frankie serenamente.

Había empezado bien la partida de jugar al más listo.

—Sólo he tratado de devolverte un favor —le contestó Kvorka.

—¿Para qué necesito yo favores?

Frankie giró sobre sus talones. ¿Por quién lo había tomado el tipo? Sin duda por un novato que se descompone y dice: «Por favor, señor, no me detenga, que no lo volveré a hacer más». Bednar no sacaría un tanto así de Frankie Machine. Se quedó mirando a los jugadores de dados hasta que vio a Kvorka recoger su sombrero y su

abrigo del guardarropa y marcharse.

—Podía ahorrarse sus favores —murmuró—. Frankie Machine no se asusta tan fácilmente como creen algunos polizontes.

Pero cuando alguien le ofreció los dados, negó con la cabeza y fue a buscar al «Gorrión». Pero tras dos vueltas al vestíbulo no pudo encontrarlo.

\*\*\*

Empezó a pasear sin darse cuenta de que lo que estaban haciendo los demás era lo más cómico que podía hacerse. El vestíbulo se había llenado de muchachos cubiertos con los mejores sombreros de las novias y estaban tratando de portarse como si hubieran nacido para el teatro. Pero lo más curioso era que ninguno parecía admitir que otros le superasen en algo. Cada cual se excedía en cantar, beber y bailar mejor que su próximo compinche, pero entre los cantantes, los danzantes y los bebedores nadie concedía que hubiera otro que pudiera hacerlo mejor que él. Cada cual demostraba su confianza ofreciendo su *whisky*, su consejo o su novia al que estuviera más cercano.

—Todo el mundo se siente bueno esta noche —rió Sophie, y se sintió tan buena como cualquiera.

Siguiendo los pasos de Frankie alrededor del vestíbulo, se preguntó a quién estaría buscando. Si era a quien ella sospechaba, alguien iba a aprender que era tan fácil abofetear una cara desde un sillón con ruedas como estando de pie. Su sospecha aumentó cuando Frankie salió sin sombrero del vestíbulo.

Sabía que Molly estaba en su cuarto en el primer piso, y no era al «Gorrión» a quien tenía que ver en primer lugar. Se acordaba del sitio desde donde contaba los «elevados» que pasaban durante la noche.

Era Año Nuevo en los trenes, Año Nuevo en la «División Street», Año Nuevo para los chicos de «La Maroma y el Mazo» y para las chicas que pedían de beber en el «Safari». Era Feliz Año Nuevo en todas partes menos en el corazón de Molly Novotny: ni en su corazón ni en su nido habían señales de la gran fiesta del día. La estufa echaba humo y Molly pensó con pena: «Nos dan lo que otros compran por hierro viejo». Se refería tanto a la estufa como a su propio corazón. «Cuando el día llega, ambos dejan de dar calor». Así, los corazones de todos los desgraciados pagan al máximo y cobran al mínimo.

Trató de recobrase, pensando que no podía ser que la dejase de nuevo. Nunca había podido comprender cómo pudo vivir ni una semana con un hombre como John el «Borracho», a quien no quería. Ahora halló la respuesta: cuando una mujer se siente inútil no piensa más que en desaparecer. Pero en estos momentos debería estar en la acera de enfrente aceptando invitaciones, en vez de estar aquí diciéndose que mientras un cierto payaso no llamase a su puerta, se sentiría completamente desgraciada.

Ahora le parecía que todo lo que en la vida había querido siempre, con un hombre u otro, en una calle u otra, bajo cualquier luna vieja, era sencillamente un hombre a quien cuidar y un hijo. Sí, un hijo para acunarle en la luz de plata de la noche y velarle en la dorada mañana. Era eso y sólo eso lo que siempre había deseado. O lo que podría desear aún.

Cuando la fiesta iba haciéndose más ruidosa en la calle y aumentaba la diversión en los bares, cayó en un agradable sueño y soñó que sostenía contra su pecho al hijo de otra, en tanto que alguien llamaba en una lejana puerta y ella no podía contestar sin dejar que se le escapara el niño.

«John está borracho y llama a la puerta —se dijo entre sueños—. Viene a recoger al niño».

Se despertó con temor. El fuego se había apagado. El golpe de la llamada soñada persistía en sus oídos.

—Soy yo, Molly —llamaba en voz baja Frankie—. Sé que estás ahí. He preguntado en el club y me han dicho que no habías aparecido por allí. ¿Estás enferma, Molly? ¿Estás enfadada conmigo?

Vio dar vueltas en el picaporte como si Frankie tratara de comprobar si lo había cerrado para evitar que entrase. Por fin Molly se levantó y le hizo pasar.

«Está atemorizado —pensó al instante mismo de verle la cara—. Yo soy la muchacha a quien acude cuando tiene miedo».

Se quedó de pie echado de espaldas contra la puerta. Le sudaba la frente a pesar de que había huellas de nieve en su cabeza.

—¿Quién te persigue, Frankie?

—La policía. Están tratando de colgarme el asesinato.

—¿Estás limpio de culpa? —preguntó ella, y antes de que él tuviera tiempo de urdir una mentira, agregó—: No me digas que no tienes nada que ver en el asesinato de Louie. Si lo hicieras lo echarías todo a perder. Hasta ahora hemos sido leales el uno con el otro. Deja que sigamos siéndolo. Si el camino entre tú y yo no es recto, hemos terminado. No hay en el barrio ni siquiera seis zánganos que no puedan acertar el nombre de quien se llevó a Louie por delante la otra noche. No es muy difícil de adivinar, con tu amiguito gastando dinero como un loco.

—El pillastre hace más de un mes que no ha tenido dos centavos suyos —le reprochó Frankie—. ¿Qué es lo que estás tratando de hacerme creer?

—Nada más que lo que la gente dice. Que toda la tarde de ayer estuvo convidando en casa de Antek como si la taberna fuese suya.

Frankie rió inquieto.

—No verías mucho dinero efectivo pasar por encima del mostrador, ¿verdad?

—Yo no estaba allí, Frankie. Sólo lo he oído decir. En el «Safari» no les gusta que vaya mucho a casa de Antek. Ellos creen que donde me gano la vida debo hacer el gasto.

—Pues entonces he de decirte que o el pillastre se está gastando la paga de



Navidad de Stash o está haciéndole una buena cuenta a Antek. No te preocupes.

—No es el pillastre quien me preocupa —replicó Molly seriamente—. Quien me preocupa eres tú.

Él fue hacia la ventana. Entre las viguetas del «elevado» la nieve se estaba endureciendo.

—No, no estoy limpio —confesó con amargura—. Tenía mucha sangre en las manos y tenía que pasarme una cosa así.

—No te atormentes. No es un mal que se haya muerto. Era un tipo indecente.

—No tengo la sensación de haber hecho una buena faena —repuso Frankie con una sonrisa triste y a la vez agradecida.

Advirtiendo la derrota en aquella sonrisa, Molly pensó: «De todos modos tendrá que huir».

—Cuando estés dispuesto a largarte me iré contigo —le dijo francamente—. Pero no emprendamos la fuga hasta estar seguros de que nos persiguen. Si nos largamos ahora, nos descubrimos nosotros mismos. Vamos a planear algo mientras pasa un poco de tiempo. Si huimos lo echamos todo a perder. Dejemos que el asunto se remedie un poco. Deja que te detengan y te lleven ante «Gran Archivo». Nadie de por aquí testimoniará en contra tuya, y si lo hacen, nadie podrá probar nada. Piénsalo bien, Frankie. Yo lo pensaré contigo. Lo pensaremos juntos.

Le cogió la cara entre las manos, le dio un beso y se sintió feliz. Cuando le soltó, él se sonreía como a ella le gustaba verle: con esperanza en los ojos.

—Esta noche he tocado los instrumentos de *jazz* —dijo con pueril orgullo—, y no me he equivocado en un solo redoble.

\*\*\*

—¿Adónde has ido?

Sophie estaba esperándole en el vestíbulo y se veía que también para ella había acabado la fiesta.

La fiesta había acabado para todos. El juego de apuestas había acabado, perdedores y ganadores se habían ido, los de la orquesta estaban enfundando sus instrumentos y un portero barría una parte del corredor. Todo lo que quedaba de los muchos bailarines de la noche eran las sombras de dos borrachos reflejadas en las paredes, apoyándose el uno sobre el otro como la terrorífica caricatura de una danza parecida a la de dos osos ebrios: el lector de contadores tirando de «Paraguas» alrededor del vestíbulo.

Sus sombras cruzaban el brazo del sillón de ruedas como un ridículo recuerdo de todos los muchachos con quienes Sophie había bailado y con quienes nunca más volvería a bailar.

—Tenía que ver a un buen cronometrador. Me ha dado una buena idea para la Tropical de mañana.

Un viento frío les sobrecogió cuando el viejo «Hombre del Paraguas» cayó sobre las rodillas como si quisiera pedir perdón y el lector de contadores lo arrastró por el suelo cogido por el cuello. Las burlas del portero les acompañaron hasta que salieron, y mientras tanto el viento buscaba aún a alguien en los rincones vacíos.

—No ha estado tan bien como aquellos bailes a que solíamos ir, ¿verdad, Frankie? —preguntó Sophie con la esperanza de que ésta no lo hubiera estado.

Frankie le rodeó con la manta los pies y la condujo por la calle. El sillón iba dejando tras de sí una ligera huella sobre la nieve a todo lo largo del camino hacia la «División». Huella que era borrada en cuanto pasaba por las pisadas de los centenares de festejadores de la noche.

Por fin llegaron a su oscuro vestíbulo. Frankie empujó el sillón al cuarto que había debajo de la escalera y ella se echó con todo su peso sobre él para subir. Se tuvo que sostener en la baranda, pues nunca se había echado tan pesadamente sobre su brazo. Los escalones estaban alumbrados por una pobre luz amarillenta y le parecieron más empinados que nunca.

—No te eches así, Zosh. Apenas me dejas moverme.

Ella aligeró un poco su peso hasta el segundo piso.

Allí, desde la ventana del corredor, la torre de señales de la «División Street» se veía clara y fuerte con sus ornamentales luces rojas y verdes brillando sobre las traviesas como una caricatura del árbol de Navidad que habían dejado atrás en un *hall* a medio alumbrar.

Con el brazo rodeándole la cintura descansaron para ver caer la nieve por entre las luces de cruce hasta donde la noche les dejaba ver.

A Frankie el cielo del creciente lunar le parecía más oscuro y las construcciones del «elevado» más altas que nunca. La luz eléctrica alumbraba a trozos las traviesas y hacía parecer artificial la nieve, como si estuviere expuesta en el mostrador de un almacén de precio único. Sólo los carriles parecían reales y daban la sensación de moverse con terrible intención.

—Tus manos están tan frías que parece que siento el hielo a través de mis guantes —le dijo Sophie, retirando su húmeda mano enguantada con un repentino gesto de pueril disgusto.

Tan fríos, tan fríos, manos, muñecas y corazones: el viejo cuarto de luna que asomaba sobre los edificios no brillaba tan fríamente esa noche como la sangre de sus muñecas lloraba ansiosa de calor.

Y a pesar de que tenía los ojos enrojecidos de llorar, de pronto Sophie le cantó con cierto falso regocijo:

*Uno de estos días echarás de menos a mamá.*

—¿Sabes por qué me gusta esa canción? Porque me recuerda a alguien a quien quise de verdad.

El resplandor frío de la farola de la calle llegaba hasta el aparador, el sillón de ruedas y la cama. El reloj daba los latidos de su corazón desde la pared y el Cristo luminoso sugería un mundo de misterios. Debajo del crucifijo, *Rummy* gemía con el cuerpo estremecido, barriendo el suelo con la cola en espera de un poco de calor.

—El granuja del perro ha vuelto a subirse en la silla —rezongó Sophie, que no permitía al animal estar en ninguna parte del cuarto salvo en el suelo.

—No ha hecho más que un intento de entrar en calor —dijo Frankie en la obscuridad, manipulando en la cocina de gas.

—Entonces, ¿por qué tiene que esconderse y pretender que está debajo del aparador desde que nos hemos ido?

—Porque teme que le arañen en el hocico con los rizadores, como le hiciste la otra vez —le recordó Frankie.

—Le voy a arañar con algo más que con un rizador —replicó Sophie—. Como le arañe con un poco de veneno echado en su asquerosa cerveza, veremos entonces las gracias que hace.

Una llamita azul se elevó en la obscuridad de entre las manos de Frankie.

—¿No querías un perro? —dijo—. Pues ya tienes uno.

Se sentó en el borde de la cama y comenzó a fumarse un cigarrillo mientras *Rummy* se cobijaba entre sus rodillas.

—Méceme un poco, Frankie.

Eso quería decir que ella dormiría en la silla toda la noche. La estuvo meciendo hasta que se dobló su cabeza sobre el hombro, sumergida en un ligero sopor. Él, al amparo del leve calor de la cocinilla de gas, dormitó también un poco. Debajo de la silla, *Rummy* temblaba de frío. Las mantas que caían por los costados quizá lo calentasen algo.

Arropado con las mantas del ejército robadas en todos los campamentos, desde Fort Bragg hasta Campo Maxey, Frankie le echó una mirada al calendario del nuevo año: 1 de enero de 1947. Al otro lado de los cristales la primera nieve del año daba paso a la primera lluvia del año.

El tiempo, según podía ver Frankie en el almanaque, era un viejo con una guadaña. El tiempo era siempre un viejo con una guadaña. Y ahora que resbalaba hacia el sueño le parecía que el tiempo era en realidad el gatazo gris sordomudo de Antek, que estaba todo el día sentado en el bar y observaba a los clientes con invariable tolerancia.

Todos decían que el gato era mudo, todos insistían en que nadie lo había oído ronronear. Sólo Antek opinaba diferentemente, porque sólo él había oído roncar al viejo gato.

—Cuando le oyes roncar estás bebido —decía convencido—. Ése lleva la cuenta de las copas que te bebes cada día. Si te muestras como un bebedor educado no ronca. Pero en cuanto te emborrachas ya sabe que no podrás abandonar en tu vida la botella y te ronca. Me ronca a mí, te ronca a ti y con mis propias orejas le he oído

roncar a *Rummy*.

El viejo gato lo sabía, sólo el viejo gato lo sabía. Porque siempre estaba en espera de la última copa que cada bebedor echaría en el gato gris de los años.

En sueños oyó gritar a Molly en el piso de más abajo, con voz muy lejana entre muchas paredes y envuelta en una lenta y sesgada lluvia. Envuelta por las murallas, la lluvia y los años venideros, en los que ya no oiría ninguna clase de voz; envuelta en la lenta y sesgada lluvia de una noche que no llegaría nunca a conocer.

Lluvia que batía como lágrimas olvidadas sobre los cristales de otra habitación; la lluvia de la noche lejana, la noche en que su nombre sería el nombre de nadie, como el nombre de quien nunca hubiera vivido, salvo en la memoria de Molly, demasiado vieja para recordar.

Cogido entre el sillón de *croupier* y la gatuna suavidad gris de los años, Frankie veía una línea de viguetas sin fin, húmeda de la lluvia de los años venideros. Años en los que las mismas salamandras nocturnas arderían toda la noche. Arderían como siempre habían ardido, antes de que el mundo se estropeará y ningún gato roncara.

La lluvia fría caía como la lluvia teñida de rojo, como los años golpeando sobre las ruedas de un vacío «elevado» de circunvalación. Hasta que su corazón, que incluso en sueños lloraba por un mayor descanso, cayera abatido por el largo golpear de la lluvia. ¿Por qué entre las voces de toda mujer que lloraba en la noche oía él siempre el lloriquear de un niño de pecho?

Cuando la primera luz del día empezó a liar las torres de señales con vendas de niebla, un profundo sueño enrolló por fin una venda alrededor del cerebro de Frankie. El débil corazón se esforzó al fin por sí mismo, a pesar de que la lluvia seguía siempre cayendo y que Molly estaba tan lejos y aún quedaba un duro camino que recorrer.

—Sophie sabe lo de Molly —murmuraba dormido—, pero no lo sabe todo. Pero el gato no gruñirá, el gato no dirá nada. Nadie puede decir por dónde saltará el viejo gato.

Un gato de pesadilla saltaba con paso lento y rígido por una oscura escalera donde florecían margaritas de papel bajo una lluvia torrencial.

Dos horas después se sintió sacudido por la mano de Bednar «Gran Archivo». Abrió los ojos y sólo vio a Sophie sacudiéndole.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó irritado, aunque aliviado por no haber visto más que a Zosh.

—Nada, tonto —contestó ella—. Te he despertado porque cuando duermes pareces muy desgraciado. No me gusta cuando pones esa cara desgraciada, pues yo también me siento entonces desgraciada. ¿No estoy yo aquí? Si te vas a dormir con esa cara, levántate y vístete. Eso quiere decir que necesitas una copa. —Y curiosa pero gentilmente le preguntó—: ¿Por qué pondrás esa cara cuando duermes, Frankie?

—Algunos gatos duermen así —le contestó sin oír su propia voz. Estaba gruñendo de nuevo, soñando de nuevo.

\*\*\*

Antek pensaba que el *tiempo* podría muy bien salvar a los falsificadores permitiendo que las cajas pagaran los cheques sin fondos. Pero para demostrar la poca confianza que tenía en el *tiempo* había hecho pintar un letrero nuevo encima de la caja registradora para conocimiento de todos los parroquianos de «La Maroma y el Mazo»:

COBRARÉ LOS CHEQUES AQUÍ. EL «PATRÓN».

Después, recordando a su mujer, dulcificó el aviso con una advertencia más amable:

QUIEN BEBE Y BEBE CON GRACIA  
TIENE AQUÍ GUARDADA LA PLAZA.  
PERO AL QUE BEBE Y BLASFEMA  
PRONTO SE LE ECHARÁ FUERA.

Antek quería expresar así su creencia en el arte de beber bien, y prohibía severamente que se armara camorra a las primeras de cambio. Su sentido de la justicia era tan decisivo como su amor a vivir en paz. Mezclaba la ley con el orden por medio de una llave con mango de madera destinada en principio a desaguar la alcantarilla del sótano. Golpeando con la punta del instrumento al culpable y al inocente —quien estuviera más cerca— evitaba que quedaran sin sanción los alborotadores. Aunque no tan peligrosa como una barra de plomo o un vergajo con mango de goma, sí resultaba humillante que lo echaran a uno de la taberna con una llave de fontanero.

Para las broncas más serias apelaba a un cubo de agua que tenía debajo del mostrador con una botella de amoníaco al lado. Un chorro de amoníaco en el agua y una ducha del cubo dispersaba a cualquiera, ya fueran perros de presa u hombres. Lo había usado con éxitos contra gatos, perros, camorristas, ex luchadores y borrachos. Nunca le había fallado.

—Las únicas que se han resistido a su acción han sido o mujeres de menos de sesenta años o chicas mayores de doce años —decía maravillado—. Una mañana de Pascua tuvimos aquí un par de amigas que iban la una en busca de la otra. La primera que empezó se quitó el zapato y trató de sacarle a la otra un ojo con el tacón, pero ésta le clavó los dientes en la mejilla y ambas se desgarraron los vestidos. La de los dientes impidió a la del zapato que la dejara tuerta, pero el amigo de la del zapato le gritó algo, y se armó buena. Yo creí que ya habíamos llegado bastante lejos y cogí el cubo con el amoníaco, pero no sirvió para nada. Tuve que dejar fuera de combate a la del zapato. ¿Qué hubierais hecho si hubieseis estado en mi pellejo?

«La Maroma y el Mazo», en el mediodía de invierno, estaba muy bien atendida. La escarcha había adornado las ventanas y por la noche surgían arco iris de neón

sobre la nieve. Pero detrás de las cajas de cerveza apiladas, el mismo viejo cartel cubría la pared hasta el techo: representaba a un gran halcón con las alas ampliamente desplegadas atacando a un pavo gordo e indefenso. El relleno de la pobre ave estaba a punto de estallar y parecía estar colgado de alambres invisibles. De cómo había podido salir volando, el pintor había omitido indicarlo ni siquiera con una nota al pie. Pero sobre la cabeza de la pobre gallinácea seguían amenazando siempre las grandes garras del asesino atacante, que parecía también estar colgado de alambres invisibles.

Frankie Machine estaba sentado sobre un cajón de cerveza escuchando al lector de contadores, que trataba de sacarle un crédito a Antek sin abonarle antes su cuenta de la semana de Navidad.

—No dejo nunca que un mismo tipo me enganche dos veces —explicaba Antek—. Primero cobraré.

—Al oírte hablar parece que te crees superior a todo —replicó el lector—. Hubo quien puso la otra mejilla, pero ese ejemplo no te basta, ¿verdad?

—A mí no. Y no me vengas con cuentos.

—Yo puedo darte lecciones sobre los judíos —replicó el lector de contadores, que estaba cada vez más irritado por la necesidad de beber un doble—. ¿Sabes lo que me dijo uno un día? Pues me dijo: «Tu mejor amigo es el dólar». ¿Qué te parece?

—A mí fue un polaco quien me contó ese cuento —dijo con calma Antek—. Mi mujer en realidad.

Frankie Machine presenció sin interés la derrota del lector de contadores. Se sentía como el pavo de la pared de enfrente. Sostenía sobre las rodillas medio galón de *Schlitz*. Era cerca de mediodía y estaba esperando al pillastre desde hacía una hora, pero éste aún no había dado signos de vida. Por alguna razón estaba independizándose demasiado.

Antek se dirigió hacia el sitio donde una muchacha con una botella de gaseosa ante ella y el cesto de la compra en la mano estaba sentada esperando a un borracho echado de bruces sobre la mesa. Marido, hermano, padre o amigo, estaba esperando a que recobrará sus sentidos, y parecía que la espera iba a ser muy larga. Antek sacudió al tipo, pero sólo consiguió una mirada vacía y un gruñido por toda contestación. El hombre parecía borracho sin esperanza.

—Llévatelo de aquí —le ordenó el «Patrón» a la muchacha.

—¿Por qué te fijas siempre en nosotros? —preguntó, pues había a su lado otros tan borrachos.

—Porque no la ha cogido aquí —le explicó Antek—. Yo cuido de mis propios clientes. Pueden dormir todo el día y la mitad de la noche si quieren. Pero yo no tengo el negocio para ocuparme de beodos que la han pescado en otra parte. Llévatelo a dormir donde la haya cogido.

Aceptado este punto de vista, la muchacha se levantó y dio un leve golpe en el codo de su compañero. A pesar de que había sentido con dificultad el pesado tratamiento manual del «Patrón», el hombre se levantó automáticamente al sentir la

suave llamada. Se limpió con la manga la nariz y se dijo a sí mismo en voz alta:

—El asunto no quedará solventado este domingo. Padre Bzozowy cría liebres belgas. Alguien me ha vuelto a robar las cerraduras de las cuatro jaulas. ¿Por qué tendrán que estar tocando siempre el mismo disco? —Y salió como un sonámbulo sin esperar siquiera a ver si la muchacha le seguía o no.

Cómo fue posible que un hombre tan borracho pudiera encontrar una puerta no tiene explicación, pero lo hizo, y la chica detrás. Cuando llegaron a la calle, la muchacha se volvió, sacó la lengua a Antek y le dijo bajito, con ironía:

—Para que le tomes la medida.

Y se marchó con la cesta de la compra, la botella de gaseosa y el borracho al lado hacia el primer bar en que les dejaran sentarse lejos del frío, del viento y de la humedad.

Frankie presencié el segundo triunfo de Antek con los ojos de quien está mirando en su fuero interno un océano de caras salidas de una última pesadilla. El hocico de cara de luna de Primo Kvorka, lleno de torpe pero gentil ansiedad, con algo de la simpatía innata del «Hombre del Paraguas»; la cara cansada de Bednar «Gran Archivo», meditando debajo de sus enmarañadas cejas, con el aire de un hombre que ha actuado tan heroicamente durante todos los días de su vida que no le queda valor para actuar por las noches; los ojos de Sophie llenos de sospechas; la mirada intensa e inquieta del «Gorrión» queriéndole decir algo y con miedo de decírselo, para sonreír luego con la sonrisa desdeñosa de Nifty Louie, como diciéndole: «Aún no conoces la historia completa, tahúr». Y luego el rostro de Molly Novotny, lleno de una profunda y leal expresión...

Había que dilucidar algunas cosas con el pillastre antes de huir con Molly. Si lo dicho por Molly era cierto, ese pillo no contribuía mucho a arreglar las cosas convidando a la gente a beber. ¿A cuánta gente había enseñado Louie su dinero antes de mostrárselo al pillastre? No había nadie que recordara haber visto aquella noche dinero que no fuera el suyo.

—¿Por qué será que no estoy nunca presente cuando hace gasto? —se preguntó Frankie pensativo.

El pillastre tendría que ser estrechamente vigilado, pues el asunto de Louie parecía que no se acabaría aún en unas tres semanas. Así es que lo primero que había que hacer era vigilarse a sí mismo. Le pidió una copa doble a Antek para empezar la vigilancia en debida forma, pues en el fondo de una copa las cosas acaban por arreglarse.

Bednar hallaría la seguridad de que la muerte de Louie a mano de persona o personas desconocidas, significaba por ahora muerte por causas desconocidas, lo que realmente no tenía gran interés. Tampoco lo tendría que él y Molly Novotny se fueran juntos. Violet se encargaría de Zosh hasta que ésta estuviera de nuevo sobre sus pies y casada con algún hombre, algo así como un doctor, que la cuidaría mejor que Frankie lo había hecho nunca. De manera que pasado algún tiempo seguramente no

quedarían malos recuerdos y él y Molly irían a visitar a Sophie y se deseaban mucha felicidad, como en realidad se deseaban.

Terminó la copa y se dijo que no tenía por qué angustiarse. Estaba vencida la situación y no merecía la pena pensar que no lo estaba. Hizo una señal con la copa a Antek y éste trajo la botella para ahorrar suelas.

El «Gorrión» entró y desde la puerta trató de localizar a alguien en la penumbra. Frankie podía verlo a contraluz de la calle, pero no lo llamó. Se sentó y observó su frente; una frente amplia que parecía capaz de sostener cualquier cosa, aunque en realidad lo único que recibía eran golpes. Ya era hora de vigilar al pillastre.

Cuando se dirigió hacia el fondo, los ojos del «Gorrión» buscaron furtivamente a lo largo del mostrador como si hubiera perdido algo por allí.

—Me parece que sigues en estado de dar banquetes —le saludó Frankie con sorna calculada—. ¿Cómo es que estás buscando amigos a quienes invitar? Debes haberte gastado hasta tu último níquel.

—¿Quién desea ser rico? —replicó el pillastre, tratando de evadir la cuestión—. ¿Crees que deseo ser el tipo más rico del cementerio?

—¿Cómo es que cuando estás conmigo nunca tienes una moneda y cuando no convidas a beber? —le preguntó Frankie.

—No sólo estoy arruinado cuando estoy contigo —le aseguró el pillastre, sentándose sobre la mesa del tahúr—. Lo estoy siempre.

—No es eso lo que he oído. Me han dicho que estos últimos días estás gastando con mucha facilidad. ¿Alguna de esas cómodas monedas tiene una mancha de sangre, Solly?

Durante un momento el «Gorrión» no pareció comprender. Se le aflojó la mandíbula. Después sus ojos resbalaron hacia el suelo, y sin fijar la vista en los de Frankie contestó en un murmullo:

—Tenía un par de billetes el miércoles por la noche, pero tú no estabas por aquí. Era la paga extraordinaria de Navidad de Stash y Violet y te estuvimos buscando para que nos ayudaras a tirarle un bocado. Vinimos aquí a buscarte y nos bebimos la mitad del dinero esperándote. ¿Has pensado que me estaba bebiendo aquí los ensangrentados billetes de Louie?

Sus ojos encontraron por fin los de Frankie, y pidieron a su vez una contestación:

—Sólo te preguntaba la clase de pasta que estabas gastando.

Frankie se oyó a sí mismo excusarse y se sintió aterrado: había desconfiado de todos durante años, pero no del pillastre.

—¿Qué clase de pasta crees que gastaba?

El «Gorrión» tomó por fin la ofensiva. Cualquiera le hacía ceder a Frankie. «¿Por qué no podía conseguirlo él?», pensó excitado.

—Creí que quizá Antek te había fiado otra vez —contestó Frankie débilmente.

—Tú eres el único tipo que puede lograr que Antek te abra una cuenta —repuso el «Gorrión» continuando con su victoria—. ¿Quieres que te abra una ahora mismo?



Lo llamaré.

Parecía que Frankie no sólo había sido puesto fuera de combate sino que además iba a pagar el convite. Empujó la botella hacia el «Gorrión», y mientras el pillastre bebía solo, los tambores de la sospecha empezaron a redoblar. Entre los vapores del *whisky* empezó a buscar pruebas en los oscuros rincones de su recelo, como quien busca una moneda perdida en una sala con la calefacción al máximo. Pero no pudo hallar nada que supusiera una prueba real.

—Y ahora te voy a contar algo —dijo el «Gorrión» al terminar una segunda copa, sin aparentar darse cuenta de que estaba bebiendo solo—. Pig está sentado en el «Safari» con un traje nuevo y convidando de verdad. ¿Cómo es que él, que no podía entrar antes allí por la puerta principal, ahora parece que todo aquello le pertenece?

—¿En qué puede beneficiarse Pig substituyendo a Louie? —preguntó nebulosamente Frankie—. No podía saber si el otro tenía cuarenta o cuatrocientos billetes.

—El «Patrón» le ha abierto una especie de cuenta, Frankie —dijo el «Gorrión»—. ¿Quieres preguntárselo al «Patrón»?

—No intentes cometer tal idiotez —le reprochó Frankie—. No creas que semejante tontería te va a sacar de todos los apuros. Te conozco mucho mejor de lo que tú mismo te conoces.

—Todo lo que quiero saber es esto —preguntó con calma el «Gorrión», sin pensar ya en ninguna tontería—. ¿Quién es el que lleva puesto un traje nuevo? ¿Pig o yo?

—Eso no prueba mucho —gruñó Frankie, pero esta vez llenó los dos vasos.

Después se pasó el cigarrillo al otro lado de la boca y el «Gorrión» pensó: «Ahora está preparando la escena para colocarme uno de sus guiones de cine». Frankie se pasó la mano repetidamente por la mejilla con el mismo gesto de Bogart cuando representaba necesitar un afeitado durante una persecución. Alguien había delatado, y la cosa estaba ahora entre él mismo y Edward G. Robinson.

—Podríamos ir a buscar a Pig al restaurante de Coney Island —sugirió el «Gorrión», amante de este juego cinematográfico.

—¿Y de qué serviría ir al «Coney»? ¿No has dicho que está en el «Safari»?

—Precisamente por eso debemos ir al «Coney», porque no estará allí. No hacemos más que entrar, damos un vistazo al menú y cuando el tipo del mostrador pregunte qué deseamos, le decimos algo que le moleste.

—No lo comprendo.

—Entonces no vas a ver el verdadero cine. Le preguntamos al tío de la caja qué es lo que hace la gente en esta ciudad y luego dices tú: «Vienen a encargarse una comida». ¿No está eso bien, chico elegante?

—¿Come ahora allí Pig?

—Olvídalo —le dijo el «Gorrión»—. Estoy demasiado bien educado para ti. Podemos recoger a Pig en el «Safari» si hay un motivo para que quieras verle. ¿Estás

seguro que quieres que siga contigo?

—Tú eres precisamente el tipo con quien deseo estar —le aseguró Frankie.

—Me gustaría tener una cámara y pasearme por los alrededores tomando vistas cuando ocurre algo grande —soñó inocentemente despierto el «Gorrión» cuando salieron a la calle.

—Aún puedes llegar a ser un tipo rico —le advirtió Frankie.

Encontraron a Pig en el «Safari», afeitado y lavado, con el pelo cortado y luciendo un traje flamante y zapatos nuevos. El traje estaba ya arrugado por las rodillas y los zapatos eran de dos colores, como los que solía llevar Louie. Pero siempre era el mismo Pig vestido de andrajos. Pig fumando cigarrillos con boquilla.

—¿Esperando a un vivo, Pig?

Se sonrió francamente, sin que hubiera nada sospechoso en su sonrisa.

—Y vosotros, ¿a quién esperáis? ¿A un difunto?

Su humildad había desaparecido con su medio tartamudeo. Hablaba con el tono de un hombre sentado en el sitio del conductor y con un pie en el embrague.

—Tráelo a la mesa —le dijo el «Gorrión» al camarero, echando a andar hacia la trastienda delante del buhonero y seguido de Frankie.

En el rincón, debajo de una bombilla esmerilada, Pig se sentó con la mirada fija en la oscura y ondulada orilla que sólo perciben los ciegos y que sólo alcanzan los muertos.

—Me han dicho que tienes fondos estos días, buhonero —atacó directamente Frankie.

—Ya sé quiénes sois, muchachos —contestó Pig en voz baja.

—Ya lo creo que lo sabes —convino el «Gorrión»—. Yo soy el portero y mi amigo es el *croupier* que quisiera saber algunas cosas.

—Sois los tipos que hace falta —dijo Pig con la misma voz sin relieve.

Había llegado la hora de hablar.

—Tú oíste cómo golpeamos a Louie. Nos oíste irnos y recorriste la callejuela hasta que el olor del talco llegó a tus narices. Lo encontraste donde yacía, te agachaste sobre él y encontraste el dinero que poco antes de media hora le habías oído decir que llevaba encima. Luego echaste algunos papeles encima de él y te largaste, ¿no es así?

Pero no había medio de preguntar sobre una cosa que en fin de cuentas se volvía contra Frankie. Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Pig dijo:

—Creo en la vida y deajo vivir, tahúr. Nadie me pregunta nada, y yo no hago preguntas a nadie. Yo también he de vivir.

Sus dedos buscaron los nudillos de Frankie y tocaron una sortija de pesado oro alemán que éste llevaba desde que estuvo en ultramar.

—No soy muy curioso, y no tengo que poner la mano sobre tipos que no pongan la suya sobre mí. Eso es vivir y dejar vivir tal y como yo lo comprendo.

—De todas maneras parece que algunas noches tienes un buen sentido de la

orientación —le dijo Frankie, pero Pig hizo como que no le oía.

—No soy más que un pobre tonto ciego que revende lapiceros —repuso lastimeramente—, nada más que un pobre viejo tonto que va y viene, y vosotros dos me acorraláis en mi rincón y me habláis como si tuviera que vigilar mis pasos, como si yo fuera un tipo que hubiese matado a otro o algo así. Un ciego no podría robar a nadie, no puede saber lo que es estar acechando.

De pronto les hizo a los dos burla con la lengua: se había estado riendo de ellos mientras se lamentaba. Risa sin ruido. Pero risa larga. En tanto que Frankie miraba incapaz de moverse. Un poco de saliva manchó los labios de Pig, pero aún no había terminado.

—Vosotros no me podéis engañar. ¿Vais a romperme el cuello también, muchachos? Me ofende la forma en que me habéis hablado. ¿Por qué no me convidáis a una copa y me habláis como amigos? Una buena copa y luego me dejáis solo. ¿No os he dejado yo tranquilos? ¿Estamos de acuerdo, muchachos?

Alargó la mano, a sabiendas de que nadie la cogería. Eso era muy suyo. Buscaba alguna humillación que encogiese la arrugada membrana moribunda de sus ojos y así se complacía su espíritu.

El «Gorrión» golpeó en el hombro a Frankie y le indicó la salida.

—No podemos estar aquí sentados todo el día sin convidar a beber a ese idiota, Frankie.

Pig los oyó marcharse y les gritó, aun sabiendo que no harían caso de sus voces como no lo habían hecho de su mano tendida:

—¡Eh, muchachos! Convidadme a una copa. Estoy esperando una de lo fuerte.

En la puerta Frankie parpadeó bajo la luz del sol invernal. Dirigiéndose hacia ellos atravesaba la calle una matrona bien vestida, andando afectadamente entre el bullicio del soleado tránsito de invierno.

—Quisiera ser viento y soplar hacia allá.

El «Gorrión» la señaló con sus lívidos ojos mientras el viento ceñía al cuerpo los vestidos de la mujer.

—¿Has visto cómo me ha mirado? Apuesto a que si yo tuviera un yate en el Parque de Lincoln y un uniforme de capitán obtendría lo que quisiera.

Frankie le hizo volverse.

—Si tuviera la seguridad de que no fue Pig quien desvalijó a Louie tendrías todo lo que apeteces. Si no fue él fuiste tú, y esto es un círculo vicioso. Dios te proteja, pillastre, si fuiste tú...

—Entonces sería el tipo más rico del barrio, ¿no, Frankie?

La torpeza de éste hizo bizquear al «Gorrión».

Ésta fue la última tarde que el tahúr y el pillastre pasaron juntos tratando de que las cosas siguieran como estaban. Fuera, el hielo volvió a crujir, pues los charcos se estaban helando de nuevo en calles y callejas y hasta el mismo Frankie sintió helados sus huesos. En los últimos días se sentía enfermo.

El «Gorrión», apoyado sobre la misma mesa toda la tarde, trataba de convencerle de que él era ajeno al despojo del difunto.

—Acechar es lo mismo que robar perros, Frankie —le dijo seriamente cuando volvieron a «La Maroma y el Mazo»—. Te enteras dónde viven y esperas hasta que estén sueltos en el patio trasero. También me gusta una señora con gafas que los lleva de la correa. Es casi una golosina. ¿Y sabes las que más me gustan? Las que son por el estilo de la Bette Davis. ¿Sabes?, las que tienen ojos de amapola.

—¿A qué viene tanto ardor por los ojos de amapola? —preguntó Frankie irritado—. Yo conozco a una que tiene ojos de amapola y además bocio. ¿Quieres que te presente una con un bocio tan grande como esta botella?

—No me interesan los ojos de amapola con bocio —contestó el «Gorrión» aprovechando la ocasión para bromear—. Lo que me gustaría es una con ojos de amapola en el yate del Parque de Lincoln. No sería necesario ni que el yate tuviera máquinas. Sólo nos serviría para descubrir las pollitas que se pasean por el parque. Les diríamos: «Éste es nuestro yate. La tripulación lo ha traído del muelle de Harbor, y si quieren las llevaremos a bordo».

—Tú te encargas de la del bocio —decidió Frankie.

—Una vez que estén a bordo tendrán que quedarse toda la noche —siguió bromeando el «Gorrión».

Llevado por los vapores del *whisky*, Frankie le siguió la broma desde el lago del Parque de Lincoln. El «Gorrión» pedía copa tras copa.

—Bogaremos muy bien en el lago —murmuró el pillastre con los ojos medio cerrados por la idea de las pequeñas olas. Por un momento sus ojos vigilaron a Frankie con una fría mirada de comprensión, que sólo suavizó al ponerse de nuevo las gafas.

—Tal vez sea mejor que nos quedemos en el lago —se dijo Frankie a sí mismo con voz lejana—, pues no teniendo motor no desembarcaremos a tiempo.

—¿A tiempo de qué, Frankie?

—A tiempo para todo, no sé. Puede pasar algo en tierra. Sí, podrían desarrollarse acontecimientos y tendríamos que estar en otra parte.

—De todas maneras podríamos advertirles a las pollitas que nos hemos apartado de la orilla, Frankie.

—Eso está bien. Porque estará oscuro y tendrán que creer en nuestra palabra. Yo señalaré las luces a lo largo del paseo y les diré: «Ahora estamos delante de la ciudad de Michigan». Y cuando hayamos pasado el muelle, les diré: «Ved, allí está Duloot». Y mientras navegemos a la deriva ahorraremos combustible, porque nos llevarán las olas y sólo estaremos alejados de la Casa de Fieras unas dos manzanas de casas, y podremos volver a tiempo.

—¿A tiempo de qué, Frankie?

—No sé. A tiempo de ver dar de comer a los leones, creo.

Había derivado tanto que el «Gorrión» comprendió que era ya ahora de volverle a

la realidad.

—¿Y qué pasará si oyen a los leones rugir pidiendo el desayuno? —le preguntó—. ¿No se darán cuenta de que no estamos a la altura de Duloot?

—Les dirás que son las focas. De todas maneras como habrá llegado la hora del desayuno tendremos que deshacernos de ellas. Les diremos que hemos regresado al puerto y tenemos que devolverle el bote a la tripulación para que lo reparen lejos de aquí, pues le falta la máquina. Y nos llevaremos a las chicas por el subterráneo de cruce.

\*\*\*

Frankie apartó su copa para replicar. Se le secaba la garganta. Pero si el pillastre creía que le estaba tomando el pelo, al final vería que Frankie no mordería el anzuelo tan fácilmente.

—Por hoy ya tengo bastante —dijo.

—¿Quieres que vayamos a casa de Thompson y nos comemos dos cubiertos con un solo *tiquet*?

—No tengo hambre.

—Entonces, ¿qué te parecería un espectáculo? Hemos de hacer algo si no nos hemos de quedar aquí hasta que estemos borrachos. ¿Quieres que vayamos al «Pilsudski»?

—El «Pilsudski» huele a presumidas y el «Pulaski» huele a polacos —se lamentó Frankie tratando de no mirar el terrible vacío del vaso que tenía delante—. Perdóname —se excusó—, no sabía que había un presuntuoso en la casa.

—Perdóname —rogó a su vez el pillastre—, no sabía que fueses polaco. ¿Quieres que vayamos a robar perros?

—¿Tan arruinado estás?

—Es sólo por hacer algo, Frankie. Sólo para matar el tiempo. Si no lo hacemos nos vamos a quedar tiesos, y no sería de desear que Kworka tuviera que recogerlos en estado de embriaguez. Podríamos delatarnos nosotros mismos.

—Todo eso ha pasado ya —replicó Frankie—. Los polizontes recogen todos los días tipos como Louie. Lo que ocurre es que sus relojes van atrasados. Louie era un tipo que no tenía familiares en el mundo.

—Louie no tiene familia que pueda reclamar sus derechos —repuso el «Gorrión»—, pero debía dinero a más tipos que hay en el bar. Y todos ellos están a partir un piñón con el súper. —Miró con desconsuelo su copa y se lamentó—: Desearía que no hubieras matado a nadie, Frankie.

—Y yo desearía que hubieras tenido la idea de coger la pasta en vez de dejar que lo descubriera Pig —contestó Frankie con los ojos puestos en el pillastre.

Los ojos del «Gorrión» no parpadeaban nunca.

—Si lo hubiera hecho, ambos llevaríamos ahora trajes nuevos.

El pillastre hacía estos días alarde de listo. Una semana más y si seguía así sería tan listo como Frankie Machine.

—Vamos a robar perros, Frankie —le pidió de un modo implorante—. Aunque no sea más que por diversión.

Frankie se mantuvo firme.

—Ni hablar.

—Pues entonces pongámonos las corbatas y vamos al «Ríoalto».

Frankie dio un golpecito a su copa para indicar que no podía llenarla en el «Ríoalto».

—¿Entonces quieres ir a robar?

—¿Por qué estás siempre con ganas de meterle mano al oro ajeno? ¿Por qué?

—Planchas eléctricas en el almacén de Nieboldt. Es la casa que más negocio hace estos días y nadie se dará cuenta allí si faltan un par de planchas eléctricas. Y no hay nadie de guardia en el tercer piso. Es lo que ellos llaman el sistema del honor, así es que no tienen que alquilar guardias. Eso es mejor que ratear o atracar en una callejuela.

—Mejor sería que fuera al retrete y me descargara el vientre —murmuró Frankie—. ¿Cuánto te dan por esas planchas?

—Un tanto por pieza. Pero lo importante es que nos quitamos de encima el aburrimiento. Después de todo, Dios no quiere a los cobardes.

—Bien —concedió Frankie—. Pero deja que se te vacíen los bolsillos. La única forma en que me gusta ir a ratear es con las manos vacías.

Y pensó: «Si a Dios no le gustan los cobardes, entonces sin duda estará preparando algo gordo contra mí. Estoy de tan mala manera que tengo que quedarme solo con la botella». Terminó la cerveza antes que el «Gorrión» y vaciló un momento en aceptar el plan, pero entonces la espuma que quedó en la botella actuó con mayor fuerza sobre su ánimo que las planchas eléctricas.

—Vamos, pillastre.

Se sorprendió un tanto al ver que el «Gorrión» llevaba un saco de compras que no sabía de dónde había salido; no lo había visto en toda la tarde.

—¿Qué es lo que te hace ser tan previsor cuando necesitas ayuda? —le reprendió.

—Siempre llevo conmigo un saco de hacer las compras —le aseguró el «Gorrión» descaradamente—. Lo llevo por si me encuentro con un tipo que desee ir a robar planchas eléctricas en casa de Nieboldt.

Los remanentes de Navidad estaban apilados sin orden encima de los diversos mostradores. Los paquetes de los regalos de Navidad habían desaparecido, y en su lugar había letreros escritos de prisa: «Rebajados para la liquidación de enero». Y en las naves la mitad de las comadres del barrio del Near Northwest se consultaban las unas a las otras para ver cuánto hubieran ahorrado de no haber hecho las compras de Navidad antes de ahora.

Las bragas, las combinaciones y los pijamas estaban amontonados como si los

fueran a tirar a la calle si no los vendían para la hora del cierre.

Frankie y el «Gorrión» tomaron el ascensor hasta el tercer piso, donde el pillastre se distrajo con algunos automóviles de juguete rebajados. Frankie tiró de él.

—Vamos a coger las planchas.

El «Gorrión» le llevó de la mano unos cuantos metros más y luego se paró para inspeccionar una despensa de guardar legumbres. Frankie lo remolcó a lo largo de la quincallería y de los objetos para cocina, de la cacharrería y de las pinturas, hasta que llegaron a un oasis de luz fluorescente donde al parecer la dirección no dejaba a la dependencia que entrase. No había ninguna vendedora a la vista.

—Éste es el sistema basado en el honor de cada cual, Frankie —dijo el pillastre, creyéndose obligado a dar una explicación del milagro—. Incluso en el mío y en el tuyo.

Frankie tapó la vista, conservando en la mano el asa del saco de compras, mientras el «Gorrión» metía media docena de planchas eléctricas en él. Cuando Frankie sintió el peso de ellas tirar del asa dejó al pillastre atrás con una plancha en cada mano y se alejó con tanta rapidez como si de pronto hubieran empezado a arder.

—Bajemos en el ascensor —le dijo el «Gorrión»—. Pareces muy inocente.

—La escalera es mejor —decidió Frankie, que siempre se decidía con razón, pues no se puede salir de prisa de un ascensor.

Miró a su alrededor y vio al «Gorrión» al lado de la fresquera, examinando la despensa para legumbres. El pillastre se le reunió al final de la escalera.

—Mi tejado gotea siempre más de prisa en enero —se disculpó antes de que Frankie pudiera llamarle la atención—. Es la estación del año en que empecé a quedarme idiota cuando era niño.

Al final del segundo piso el fondo del saco de compras se rompió. Frankie vio cómo las planchas eléctricas rodaban hacia abajo por las escaleras del cercano ascensor como si estuvieran sobre patines de ruedas, y casi sonrió cuando una estuvo a punto de chocar con el tobillo de una vendedora. El saco se le cayó de la mano, apartó de un empujón a la chica, vio cómo se le abría la boca con indignación y luego se dio cuenta de que no era costumbre correr. Dos inspectores de piso, un encargado de la casa y varias vendedoras empezaron a dar voces y saltaron por fin sobre él como gallinas bien alimentadas.

«Tenían un detective escondido detrás de las cortinas —pensó equivocadamente Frankie—. El pillastre ha llamado la atención de alguien tonteando con la despensa para legumbres». Y le dijo bajito al encargado de la casa:

—Vamos adonde tenemos que ir.

Bajaron por la iluminada nave como una comparsa de carnaval. El encargado le llevaba cogido por el cinturón, dos inspectores de piso lo sujetaban por los brazos y las vendedoras seguían detrás cacareando mientras andaban. Tras su fingido horror Frankie percibía sus francas risas. Tuvo la visión de un carnicero sosteniendo en las manos un pollo con el pescuezo quebrado, y experimentó la sensación de que el

carnicero y el pollo le echaban una débil mirada de reojo al pasar.

El coche de la patrulla se separó del borde de la acera y vio al débil sol de enero creando una luz de muestrario a través del estropeado suelo del coche.

La nieve se amontonaba un poco contra las aceras, y cuando el coche se detenía ante las señales luminosas Frankie podía oír el viento haciendo vibrar los cables de la línea aérea de los trolebuses que trataban de darle prisa al coche para que se adelantase un poco. La nieve se habría fundido antes de que él pudiera ver de nuevo un trolebús.

«El pillastre ha visto al inspector y se ha ido sin avisarme —se dijo amargamente—. Si estuviera seguro de que fue él quien desvalijó a Louie...».

Se llevó la mano al hombro: en la refriega una de las vendedoras le había desgarrado la manga.

\*\*\*

Los jóvenes habían inscrito sus amargas desilusiones sobre las paredes al lado de sus más caras esperanzas. Aquí habían designado a sus delatores, se habían burlado de sus abogados y dudado de sus mujeres. Uno de ellos aseguraba a su bendita madre que volvería al camino recto en cuanto pudiera poner fianza y con el mismo clavo despuntado había jurado mutilar a un tal Crash Kolkowski en cuanto se viera libre. No daba razón alguna, pero la urgencia era manifiesta:

*Si no fuera por Crash Kolkowski  
yo no estaría aquí, y donde él  
debiera estar es en el infierno  
con las espaldas rotas. Cada  
vez que esté alrededor vuestro  
fanfarroneando con su boca,  
vosotros, buenos chicos,  
debéis reuniros y romperle la  
crisma cinco o seis veces.  
Nadie debería convidarle a una copa.*

La perspectiva de Kolkowski sudando una eternidad con la espina dorsal rota mientras los buenos chicos le rodeaban en el purgatorio negándole hasta la más pequeña copa era bastante lúgubre.

Pero a Frankie le pareció aún más triste esta advertencia:

*No vayáis a casa de Mary Dago que sirve malas bebidas*



¿Acaso la Mary Dago había preparado el amílico con soda la noche antes? ¿O era sencillamente que no había limpiado el alambique? ¿Fue un hecho premeditado a medianoche y ejecutado deliberadamente en el peligroso mediodía? ¿O quizá algún error nocturno había terminado en inocente holgorio? Sobre el gris confesionario de las paredes, Frankie Machine no encontró respuesta alguna.

Con fastidiosa minuciosidad alguien había ilustrado cómo hubiera mostrado cierto juez en ejercicio, malleté<sup>[3]</sup> en mano y sin más vestido que sus botas y una florida corbata, mientras sentenciaba a la silla eléctrica a un ciudadano. Para no dejar nada a cargo de la imaginación, el tipo había dibujado la silla echando chispas detrás del juez. Para demostrar que no se perdía el tiempo en la localidad apelando a favor de un indulto, confrontación o prueba, el juez tenía la mano puesta al alcance de la llave del conmutador y estaba sudando con impaciencia por freír por sí mismo al miserable bromista. De seguro que aquí no había conmutación de sentencia.

La justicia de Chicago estaba muy mal tratada. Se podía ver con una sola mirada: al juez no se le dirigía ni una sola mirada de escarnio por su propia desnudez.

La ironía del conjunto había inspirado a otro aficionado el esbozo de un segundo retrato: un aporreado, harapiento, patizambo náufrago humano andando a tientas de un lado para otro y titulado:

*La justicia de Chicago sorda, muda, ciega y cayéndose de lado.*

Alguien explicaba: *Dispuesto a recibir una patada en el trasero, jamás en mi vida he desvalijado a un borracho.*

Otro comentaba: *Dispuesto también a recibir una patada en el trasero, yo nunca he desvalijado a un hombre sereno.*

Un tercero confesaba: *Así son las cosas. Cuando le pegas a un trasero piojoso se le sale la pasta del bolsillo y es a ti a quien condenan.*

Con el resplandor amarillo de la luz nocturna Frankie vio cómo las cuatro paredes, así como el suelo —y para algunos acróbatas el mismo techo— registraban con igual forma a los condenados y a los salvados: aquellos que seguramente subirían la escalinata dorada reservada a los buenos chicos y a sus amiguitos, los verdaderos tipos capaces de romperle la crisma a cualquier Kolkowski. En tanto que sobre la olvidada escalera miserablemente dirigida hacia lo profundo bajarían los encubridores, los trabajadores miserables y los trabajadores afortunados, los desvalijadores de muertos, los rateros, las busconas, los estafadores y los timadores, los vencidos y los abandonados, los que le habían pagado copas a Kolkowski o los que habían aplaudido al gran bocazas.

Frankie podía oler las paredes. Ahora estaban más cerca que nunca, se juntaban encima de él, y hasta la puerta parecía formar parte de la muralla. Paredes que demostraban ser muy cierto esto:

*Todos los policías son buscones;  
nunca reniegues de un compinche;*

*búscate una colocación fija;  
quédate de noche en casa,  
y no te reúnas con N. Clark.*

En tanto que al final de la celda un Moisés de nuestros días había escrito a continuación de los mandamientos precedentes: *Callaos. Si fuerais buenos, ninguno de vosotros hubiera estado encerrado aquí.*

En la claridad creciente, los letreros sobre las paredes seguían como la continuación de un sueño empezado en otra parte: frases que se seguían las unas a las otras en todos los idiomas de la humanidad. Se seguían de celda en celda, de calabozo en calabozo, uniendo los mares a las ciudades, las ciudades a las llanuras, calle abajo, dondequiera haya un ladrón esperando entre barrotes y un celador esperando entre paredes.

En un rincón algún matón arrepentido había inscrito una oración para la salvación de todos los pecadores y de él mismo, recomendándoles la lectura de *San Juan*, III, 7, y agregando piadosamente que él había legado su cuerpo al Ministerio de Sanidad Pública y su taco de billar incrustado de marfil, guardado en el caballete de en medio del «Snooker Palace», de Kaplan, al Hospital de Hines Memorial, con la idea de que dichos sacrificios sirvieran para alegrar algo la vida de sus semejantes. Este tipo había dictado su testamento sobre el lavabo: *Si el doctor Bunson reclama personalmente mi cuerpo, es un amigo personal mío y la autopsia no es necesaria.*

Aunque fechadas en la misma semana, algunas sentencias de la misma mano demostraban una renovada ansia de vivir y de ejecutar aún grandes hazañas. El arrepentido matón exponía en ellas que si alguien se dispusiera a quemar hasta los cimientos de la casa de su viejo progenitor, al instante saldría él a la calle a buscar las cerillas, y hacía la invitación a todos los picaros de la ciudad para que se aprovecharan de sus favores cuando saliera de la cárcel.

Frankie se volvió para examinar la pared opuesta con la esperanza de encontrar dibujos femeninos. Pero cualquier pared de cualquier parte no difiere mucho de la que está enfrente. Son siempre las mismas gastadas variaciones de consejos contra los ancestrales enemigos: el *whisky* y las mujeres, el pecado y el tabaco, las cartas marcadas y los dados preparados, la risa obscena y las lágrimas fáciles, la vejez y los abogados tramposos, los médicos charlatanes y los policías ambiciosos, la impotencia y el cinismo.

Alguien había escrito en una pared: *Todas las mujeres son incómodas.* Pero había tratado de ofrecer consuelo añadiendo: *Todos somos víctimas de las circunstancias.* Y para mayor consuelo de todas las víctimas de las circunstancias: *Bebed ron del doctor Jesse Blue y haceros detener por seis meses.*

Un ave de paso se lamentaba: *Soy un pájaro de calabozo. Dadme alas y podré volar fuera de aquí.*

Otro apuntaba: *El único pájaro que vuela juera de aquí es el mentecato.*

Un novato protestaba: *Detenido el viernes a las nueve hasta el martes. Me he cargado noventa y seis horas.*

Otro se lamentaba: *Este sitio me entristece.*

Otro anunciaba obscuramente: *América, la nación Anticristo.*

Otro prometía: *Nunca más.*

Frankie examinó la miríada de fechas, iniciales y corazones atravesados por cientos de flechas. Recuerdos melancólicos de hombres que hasta entonces habían recorrido los millares de caminos de la ciudad como chispas de un tranvía de la «State Street», dejando sólo estas pocas pobres inscripciones como prueba de que, en definitiva, todo resulta ser una pesadilla dentro de otra pesadilla.

Frankie buscó con cuidado, esperando encontrar el nombre o iniciales de algún conocido. Pero el único detalle que descubrió fue una inscripción que una mujer había hecho con una horquilla cuando la galería servía para las mujeres. Se podía aún percibir bajo el tizne cubierto de pintura: *Lucinda es una perra desgraciada.*

¿Qué le pasaría a la dulce *Lucinda*?, se preguntó ansiosamente Frankie Machine. ¿Y qué le pasaría a Frankie Machine? ¿La cogió la inevitable mala suerte para dar un largo y lento paseo a lo largo de un corto y pendiente muelle? ¿O había cambiado extraordinariamente su suerte, como la suya había cambiado aquella noche en que se encontró con el tambor de la banda del Ejército de Salvación, cuyo padre poseía en Florida un criadero de perros? ¿Se habían reformado de veras ambos entonces? ¿Habían descubierto que todo acaba bien por fin? ¿Había descubierto el hombre soñador que la mujer de sus sueños no había perdido su pureza en las mil y una noches pasadas callejeando en la «North Clark Street»? ¿Se habían dado cuenta por fin que un millón de dólares crea una cierta diferencia? ¿Habían terminado como deben terminar las buenas parejas?

Con buena o mala suerte, desleal o verdadera, *Lucinda* desapareció con los más cariñosos clientes del «Pulaski», acompañada por las últimas sombras de la noche. En la «North Clark Street» ya ningún hombre la recordaba.

A lo largo de la galería un centenar de ladrones peleaban en sueños con invisibles celadores: los invisibles celadores de todos los sueños de los ladrones. Celadores que pasan sonando las llaves especiales de la pesadilla particular de cada ratero a lo largo de los solitarios corredores de la desesperación. No era posible liberarse de la vía muerta de la suerte perdida. No había escape de los miserables barrotes de acero de la culpa.

En algún sitio muy arriba una luna de acero brillaba, de igual tamaño para el *boulevard*, la callejuela y el parque; para la casa ruinosa y para la buhardilla, para el piso, el hotel o la pensión. Brillaba con esa clase de luz invernal que hace que cada chimenea de la ciudad parezca una especie de flecha dirigida contra un cielo lejano.

Detrás de los barrotes la luz y la sombra jugaban sin descanso, como habían jugado durante muchas noches pasadas para cuantos habían precedido allí a Frankie: los descuidados y los cuidadosos, los baldados y los mutilados, los graciosos

charlatanes y los rebeldes amargados, cada uno de los cuales había seguido su propio camino, hasta llegar a semejante meta.

Sobre los muros, cuando llegó la mañana y su luz descendió desde las galerías de mujeres hasta donde yacía Frankie, vio aparecer muchas sombras: la de Pig el ciego con su bastón debajo del brazo; la del «Gorrión» deslizándose con un saco para la compra en la mano; la de Sophie empujada en su sillón de ruedas hacia él con la cabeza caída, yéndose con pena lejos de todos. Antek el «Patrón» recorría su taberna como si estuviese orando; Zygmunt el «Precavido» contaba todo su dinero, y Bednar «Gran Archivo» observaba desde su pupitre a dos perdidos como si dijera: «Ya me figuraba que volveríais».

Volvía a ver de nuevo la mesa de bayeta verde tal y como estaba la noche de la disputa sobre el dólar de plata; a Schwiefka mirándole con el saco de seda verde en una mano y la otra extendida hacia él. Sí, y detrás de Schwiefka la sombra de Bednar esperando siempre su parte de la parte de Schwiefka.

Frankie Machine no era feliz y, sin embargo, no estaba triste. Se sentía extrañamente aliviado ahora que todos sus asuntos quedaban resueltos por algún tiempo. Nada podía hacer por Sophie, nada podía hacer por Molly, nada respecto a la bebida y nada tampoco en lo que se refiere a enganchar renos para darse un paseo por la nieve amontonada.

—Ésta va a ser la ocasión de curarme para siempre —se dijo.

Prisionero entre un sillón de ruedas y el primer piso, entre su ansia por Molly Novotny y su debilidad, el tahúr habían encontrado un refugio de hierro.

«Cuando salga voy a andar más derecho que un taco de billar, y Molly se sentirá orgullosa de que estemos juntos para toda la vida, dentro de la ley», se prometió a sí mismo.

Lo bueno es que creía en sus propias palabras.

\*\*\*

Los platos vacíos estaban colocados en fila en espera del encargado de devolverlos a la cocina. Los presos dormían el incómodo sueño del anochecer, hasta que la sirena daba la señal y los dormidos despertaban. Entonces todos sabían que al otro lado de la gran puerta verde de acero estaban los testigos para acusar a todos de alguna cosa.

Un aire de fiesta parecía recorrer de pronto la galería como si una comedia que hubiese estado esperando mucho tiempo fuera a representarse al otro lado de las candilejas. Ninguno parecía preocuparse. Cada uno estaba metido en un mal paso. ¿Cómo iban, pues, a cogerse los dedos?

Los testigos estaban ya esperando impacientes, en filas oscuras, para identificar al hombre que había matado al sereno y al que había arrebatado la bolsa, al que había perseguido a la hermana de alguien en un callejón sin salida y al que había falsificado

la firma de su padre, al que había perforado una tubería de gas y al que había llamado en un indicador de incendios, al que había cortado la yugular a un portero en la carbonera y al que había provocado un aborto casual a su casera en vez de pagar el alquiler. Todas ellas eran cosas que habían de hacerse para sacar a alguien de un mal paso. Las cosas pequeñas hechas por gracia y las grandes por cariño.

En realidad los testigos eran demasiado serios. Sospechaban de cualquiera y no ayudaban a nadie. Se temían unos a otros y no comprendían las bromas.

En unión de otros cuantos actores reunidos entre bastidores, Frankie oía la voz de la estrella de la tarde y podía ver de vez en cuando aquella noble frente de Bednar «Gran Archivo» bajando el reflector para interrogar a una gorra de desvaído color puesta sobre una guerrera rota con manchas de sangre.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó «Gran Archivo».

—Sólo porque tomé un coche para ir a casa.

—Eso no es un crimen. ¿Le pagaste al conductor?

—No pude.

—¿Por qué no?

—Porque no estaba en el coche.

—Ésa es la suerte que tienes. El siguiente.

El reflector fue dirigido contra un antiguo botones que se adelantó con el mismo orgullo de un miembro de comité recién nombrado en un banquete de políticos.

—Ahora me doy cuenta del valor de la palabra amistad. Si un hombre tiene amigos no necesita más.

—Supongo que no estarías buscando amigos en casa de un dentista con una lima de nueve pulgadas.

—Es que soy ingeniero adjunto en casa de Thompson.

—¿Quieres decir que estás encargado de los buñuelos?

—Tengo allí una buena ficha.

—También la tienes aquí.

El capitán agitó el pliego de cargos ante el reflector y de paso al próximo tipo.

—¿Tan pronto de vuelta, Julio?

—¿De vuelta? Pero si aún no me he ido.

—Ese tonto que está ahí delante se dedica a timarles a los chicos del colegio el dinero de sus almuerzos —aclaró «Gran Archivo», y puso de nuevo su atención en Julio—. ¿Para qué llevabas una pistola?

—Para protegerme.

—¿Protegerte de quién? ¿De los graduados de séptima?

—La traje del ejército.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Treinta y ocho días.

—¿Cuántas veces te hirieron?

Julio se permitió mostrar una sonrisa de burla algo despectiva para todos los no

combatientes, y dejó que esperasen los oyentes.

—Está bien —dijo con indulgencia «Gran Archivo»—. Detendremos al agente que te cogió. ¿Hace?

—Hace.

—Pues entonces te devolveremos la pistola con una caja de balas de recambio si te comprometes a no demandar al Ayuntamiento. ¿Prometido?

—Me conviene.

Cuando la primera fila salió, la fila de detrás de la puerta verde de acero se abrió unos cuantos pies y Frankie pudo presenciar el espectáculo desde el fondo de un escenario. Aquí y allá, entre el auditorio, brillaba un distintivo de la policía y todas las caras eran oscuras y sin forma. En cambio, en el escenario las caras se alineaban debajo de una luz intensa que hacía resaltar cada arruga, grano o rasguño. Una muchacha vestida con un *negligé* listado fue presentada por una matrona de la policía. Con los ojos bajos, las oscuras flechas de sus pestañas se humedecieron con dos gruesas lágrimas.

—Ahórratelas para el jurado, Betty Lou —la consoló el capitán, y se volvió hacia los oyentes—. Éste es el más pequeño y astuto ladrón que hay en diecisiete Estados. ¿Por qué resulta que siempre robas a hombres casados, Betty Lou?

—Porque son los que no hacen denuncias —explicó en voz baja. Y presentó al auditorio un perfil duro.

Después volvieron a entrar los hombres: los andrajosos, serviles, villanos, alegres, hipócritas, pendencieros, inútiles...

—Por escalar un poste telefónico a las tres de la mañana con una máquina de partir nueces encima.

—Por escándalo público.

—Por llamar anónimamente por teléfono a mi mujer para decirle cosas sucias.

—Subí las escaleras con una chica y las bajé con un guardia.

Un tipo con cara de filo de cuchillo y de pelo revuelto, alegó:

—No quise sino tirar una piedra a la pared, pero se dio el caso de que la piedra se coló por una ventana y que yo la seguí. Pero no llevaba intención de robar.

—Tú nunca la llevas. Pero siempre estás hacia dentro o hacia fuera como el codo de un violinista. ¿Cuánto te duró y por qué fue la estancia en el penal de Brusky Mountain?

—Porque me dieron un número equivocado.

—Ya lo creo. Un número equivocado de casa.

—Eso es. Y yo había bebido mucho.

—¿Y qué haces cuando bebes poco?

—Me ocupo de mis propios asuntos.

—No tienes asuntos propios. Por un cuarto eres capaz de robar la paja del corral de tu madre.

El cara de cuchillo se rascó la sucia pelambreira.

—Lo que yo soy capaz de hacer por un cuarto de dólar, usted lo haría por diez centavos —replicó.

«Gran Archivo» sintió de repente que su corazón estaba latiendo fuerte. El dedo acusador dirigido hacia él tan directamente por un muchacho de pelambreira revuelta despertó en su interior el recuerdo de la pesadilla en que le perseguían.

—¿Te gustó el penal? —preguntó por rutina.

—No me gustó.

—¿Por qué no? ¿No quisieron los celadores darte una colocación?

Sin embargo, las risas de conejo que se oyeron a continuación, como siempre se oían, no llenaron el vacío dentro del pozo seco del corazón del capitán. Se puso a escuchar al joven siguiente, un epiléptico vestido con un *sweater* de lana verde y un gorro de punto de media, sin oír siquiera las contestaciones del muchacho.

—No hacía más que bromear con una chica. Yo estaba en Dixon, pero me sacó mi viejo porque decía que me ponían peor. Cuando bromeo un poco por ahí me pongo mejor.

En los últimos tiempos todas las horas le parecían al capitán largas y perdidas. «Os conozco —pensaba astutamente de todos los que vivían fuera de la ley—. Os conozco. Os conozco a todos».

Hasta que le llegó el turno a la fila siguiente. Los detenidos siguieron en pos de sus sombras hacia la claridad, y salieron de la claridad para volver a ser otra vez sombras.

Esto hacía que el capitán deseara cerrar sus propios ojos, y por un instante pareció estar dispuesto a reclinar la cabeza entre las manos.

«El viejo se está tratando con tanta dureza como trata a los zánganos», pensó Frankie con cierta malicia.

Y fue entonces cuando el resplandor le dio en los ojos. Resplandor que hacía que todo hombre pareciera un juguete plástico con una expresión prefabricada grabada en él, de acuerdo con la grafía de algún criminólogo o de cualquier otro especialista que ajustaba su expresión al crimen de que le acusaba el pliego de cargos del capitán. Aquí estaba la expresión fija de la máscara de un ratero y allí las pulidas maneras de un ladrón de tiendas. Aquí los rasgos brutales del asesino y allí la cínica mirada del estafador.

Ahora, el hombre de la máscara de asesino estaba bajo el reflector por haber robado una medida de granos de mostaza y la cínica mirada del estafador por haberse dormido de más en un corredor de la «Halted Street».

—¿Por qué te fuiste de Skid Row?

—Por qué me han desembarcado. Ya es bastante.

El naranja oscuro del *sweater* del tipo de color contrastaba fuerte y extrañamente con la nítida blancura y el pálido azul del blanco que estaba a su lado.

Los oyentes vieron al capitán examinar al hombre siguiente, mirarle de arriba abajo, de la cabeza a los pies y preguntarle al fin:

—Muchacho, ¿dónde, están tus zapatos?

—Los he dejado en la taberna.

—¿No ha habido allí una riña?

—Señor, allí siempre hay una riña.

—¿Luego conoces el lugar?

—Naturalmente. Estoy enganchado allí.

—¿Dónde? ¿En un rancho?

—No. Al lado del bar. Allí predico la salvación.

—¿Pero estás ordenado?

—Sólo tengo una licencia local de predicador.

—¿Y cómo te la proporcionas?

—Hay que ir a ver al pastor y al diácono.

—¿Y qué le pasa al capitán del distrito?

—Está en la cárcel.

—Me parece que es ahí donde tú mismo adquieres tu filosofía.

—Allí es donde adquiriré en serio mi ministerio.

—¿Y no puedes predicar la salvación con los zapatos puestos? ¿Es ése un culto indio que te obliga a descalzarte?

—No, señor. Estaba haciendo la colecta.

—¿Y no podías coleccionar con los zapatos puestos?

—Es que lo que trataba de coleccionar eran mis propios zapatos.

El capitán se inclinó hacia adelante, se cogió con ambas manos la cabeza y preguntó como si ya temiese a la respuesta:

—No me digas más que una cosa. ¿Quién tiene tus zapatos?

—El capitán del distrito, naturalmente. Es lo que estoy tratando de explicarle.

El interrogador movió la cabeza con tristeza e indicó que moviesen el reflector.

—El siguiente. ¿Por qué estás aquí?

—Por estar mirando.

—¿Mirando qué?

—Cómo detenían los agentes a los muchachos de la calle Treinta y Dos.

Bednar se dio a sí mismo un momento de descanso para levantarse sobre las puntas de los pies y asegurarse si el interrogado llevaba sandalias o cualquier otra clase de calzado.

—No quiero volver a las mismas —se dijo a sí mismo en voz alta—. ¿Y te detuvieron a ti también?

—Uno de los agentes me llamó «chico» y yo le contesté que era un hombre.

—Tienes aún la leche húmeda detrás de las orejas. Pero antes de que se seque te vamos a llevar a la institución Joliet, y allí harán un hombre de ti. El siguiente.

—Estoy acusado de rapto.

—¿Qué edad tiene la muchacha?

—Treinta y siete.



—¿Son de ella esa sortija y ese reloj?

—Sí, señor.

—¡Qué hombre! ¿No fuiste tú quien estuvo aquí en agosto pasado por agredir a tu propia mujer?

—Eso fue un error judicial. Lo único que pasó fue que le tiré la tapadera cuando ella me quiso atacar con la lata de petróleo.

—¿Y qué fue aquella detención por tenencia de armas en el año 1947? ¿También aquello fue un error judicial?

—Entonces yo era portero y tenía la pistola para defenderme de los inquilinos.

—Hacer de ti un portero es como colocar un ladrón de autos en un garaje. Eres el mayor error judicial que haya pisado sobre suelas.

Los ojos del capitán recorrieron la fila. Las carátulas empezaban a cambiar, despacio y siempre socarronas. Ya no parecían hombres de materia plástica sino fieras de pasta. Aquí estaba el tigre desdentado y allí el tímido león, aquí el toro que amaba las llores y allí algún antílope lleno de amor.

El tigre desdentado llevaba el sombrero descolorido, con la cinta manchada por el polvo de la ciudad y con manchas de sangre en el ala tiesa. Pero aún trataba de parecerse a un tigre.

—Mi amiga me dio con una botella de *Coca-Cola* —dijo—. Así es que le rompí el cristal del escaparate.

—Estás mezclado con tantas roturas de ventanas que debieras ingresar en el departamento de incendios. ¿Has sido condenado alguna vez?

—Sólo una semana, por robo.

—¿Sólo una semana?

Frankie levantó la cabeza para ver al tipo. Cada vez que el auditorio reía, Frankie reía también. Tendría que recordar todo cuanto decían estos locos para contárselo algún día a Molly.

—No fue más que un pequeño robo.

Los ojos del capitán recorrieron los oscurecidos bancos en busca de ayuda, pero la galería volvía la vista hacia él sin expresión alguna. Hasta que le tocó el turno al siguiente.

—A los guardias no les gusta mi estampa, eso es todo. Yo vendo estrictamente mercancía americana y los clientes no me hacen reclamaciones.

—Si no se quejan es porque les da vergüenza admitir que compran la mercancía. Tú les sigues el rastro y les ofreces joyas falsas como si fueran buenas —acusó el capitán.

—No son falsas. Son de fabricación americana —se defendió el timador.

—Bien —ponderó el capitán—, has estado trabajando desde 1919 y la mayoría de los policías que tenían la costumbre de detenerte han muerto. ¿Cómo has podido eludir el castigo? Has debido tener un buen abogado.

—No he tenido abogado alguno.

—¿Quién te preparaba los escritos?

—Otro compinche.

En la muñeca izquierda del capitán un nervio tiró de repente como si alguien invisible tratara de esposarle al reflector.

—¿Tú también eres un destructor de ventanas? —le preguntó al muchacho vestido con un *jersey* de rayas negras y blancas.

—No, señor. Soy un marino.

—Entonces, ¿cómo se rompió la ventana?

—Tiré a mi viejo por ella.

—Tú eres un buen marino. En el lago de Humboldt Parir.

La sala rió la gracia.

—Muy divertido —observó—. Capitán, me está matando.

El chato de cara cuadrada con grandes ojeras era el siguiente.

Tenía la manga izquierda desgarrada por el hombro como si su vida y su cuchillo se hubieran por fin vuelto en contra suya.

—Frankie Majcinek, «Hotel del Escudo de la División» —y agregó con indulgencia—: Eso está en la «División».

—Gracias. Yo he pensado siempre que estaba entre la calle Octava y la Wabash. ¿Dónde está el pillastre?

—No me detuvieron con ningún pillastre.

—Habla hacia el micro, no hacia mí. Y no te apoyes en la barandilla. ¿Para qué llevabas un bolso de la compra en casa de Nieboldt, tahúr?

—Fui a comprar una plancha.

—¿Con un bolso para la compra?

—Tenía que detenerme en la carnicería del primer piso.

—Debieras haberte quedado en el primer piso. Lo que salió del bolso no fueron chuletas de cordero.

Frankie rió burlonamente. Todavía le parecía ver las condenadas planchas desparramadas.

—Deja esa risa de conejo. ¿Qué otras cosas estuviste afanando durante los días de fiesta?

Frankie puso cara de inocente.

—Se equivoca usted conmigo, capitán. Yo iba a pagar al cajero...

—Cuando se rompió el bolso —le interrumpió el capitán, terminando la frase por él. Le miró con cierta simpatía—. Me gustan los embusteros —dijo por fin—, pero me contestas demasiado bien. ¿Para qué necesitabas seis planchas? Espero que no estabas planeando venderlas.

—No, nada de eso, capitán —le aseguró seriamente Frankie—. Me hacía falta una para la mujer y las otras eran de repuesto para cuando alguna se estropease. ¡Fabrican ahora las cosas tan malamente!

—No sé si estás diciendo chiquilladas o tratas de hacerte el gracioso —le dijo

Bednar observándole para sacar en limpio la realidad del asunto.

Desde luego, había algo que no iba bien, pues el *croupier* no trataba de hacer chistes. Su cara se había alterado desde el mes pasado. Por el momento parecía estar seria y débil.

—Apéate de ese burro y cuéntame un cuento verosímil —le rogó, y en el mismo instante se dio cuenta sin ninguna clase de duda de quién era el pájaro—: ¿Cuánto tiempo llevas con la droga, Frankie?

Éste percibió una tímida nota de simpatía en la voz de «Gran Archivo».

—No hace mucho —reconoció, apeándose del burro en pago a la tímida nota de favor—. Ya la he dejado.

—Adonde vas a ir tendrás que abandonarla a la fuerza. ¿Crees que podrás conseguirlo?

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Y no volverás a recaer en ella cuando salgas a la calle?

—He aprendido la lección, capitán.

—Por Dios, espero que sea así.

El capitán se quitó las gafas: y se cubrió los ojos para descansar un momento de la luz. Cuando se las volvió a poner examinó el pliego de cargos de Frankie, mientras éste se movía inquieto deseando que le quitaran el condenado micro de delante. Cuando volvió a oír de nuevo la voz del capitán, miró atentamente hacia la sombra desde donde le llegaba la voz.

—He aquí un hombre con treinta y seis meses de servicio y la cruz *Purple Heart* por sufrimientos por la patria —le oyó decir a Bednar hablando a los del auditorio—. Era un rápido *croupier* cuando se fue al servicio y ahora debe ser aún más rápido. Frankie, ¿eres ahora un torpedero Kippel?

—Lo único que hago es tirar al juego, capitán.

—¿Cuánto tiempo hace que dejaste el ejército?

—Más de un año.

—Y Louie Fomorowski, ¿cuánto tiempo hace que ha muerto?

—No sabía siquiera que el tipo estuviera enfermo, capitán.

—¿Luego conocías al hombre?

—He oído hablar de él.

—¿Le has visto últimamente a la cabecera de tu cama?

—Yo duermo muy profundamente.

—No lo parece. Frankie, no parece que duermas como dormías hace un mes.

No apartaba la vista de Frankie mientras se movía el reflector. Por su parte, Frankie miraba francamente hacia delante.

—No tiene un nervio en el cuerpo —le oyeron murmurar al capitán los asombrados oyentes.

En el breve intervalo entre la salida de uno y la llegada del siguiente el capitán se apoyaba sobre los codos y se frotaba nuevamente las sienes con los dedos. La luz

seguía molestandole la vista y comprendió que no le quedaba bastante corazón para enfrentarse con uno más de aquellos hombres, esposados con acero o con circunstancias, hasta que su propio corazón dejara de dolerle.

Porque venían y venían, y de donde venían bien lo sabía el capitán, pero adónde iban, no. Porque ellos eran los trabajadores de fortuna y los trabajadores del vicio; los granujas y los sodomitas; ratas de alcantarilla y quebrantadores de fianza; ladrones de cajas fuertes y ladrones aprendices; recaderos y botones; pervertidos y charlatanes; raptos y ex presidiarios; réprobos, guapos y condenados.

—Aquí dicen que estás molestando a una chica de diez años.

—Perdone usted.

—¿Por qué he de perdonar?

—Es un chico de diez años.

El capitán se cruzó de brazos.

—Te pido perdón —se disculpó.

«Gran Archivo» se sentía esa noche dispuesto a todo, pues conociendo todas las respuestas a todas las coartadas, parecía que le molestasen más que otras veces.

—Robé un bolso donde canta Sinatra.

—¿Te desmayaste también tú?

El capitán estaba muy irónico esa noche. Lo peor de todo eran los testigos que se reían tras de cada pregunta. ¡Si por lo menos alguno de ellos riese una sola vez de corazón! Pero no era así. Y volvió a sentir la mano de la culpa tocarle la frente y la necesidad de confesión le llegó al corazón como si fuera el corazón de un extraño. Una voz igual a la suya, confidente y acusadora, le murmuraba al oído: «Ése es tu hombre, capitán. Ése es tu hombre». Una voz que parecía la suya sonaba en su corazón.

—Estoy abonado a dos marcas de cigarros —declaró el extraño tipo del final de la fila antes que le preguntasen.

—Puse el puro en el bolsillo y se pegó fuego a la chaqueta —declaró el joven siguiente.

—¿Por qué no tiraste de la señal de incendios?

—¿Por qué cree usted que estoy aquí?

—Levanté a un borracho —explicó un mozo de cuerda de la «South Street».

—Sí, lo levantaste por los bolsillos.

—Me han perforado un tímpano —apuntó el siguiente, como si esta circunstancia justificara todos los delitos menores de diez mil dólares.

—Lo tendrías arrastrando fuera de la claraboya —le replicó el capitán—. Pero aún puedes oír la llegada del coche de la patrulla, ¿verdad?

—Si pudiera no estaría aquí.

—¿Cuánto tiempo estuviste en Leavensworth?

—Cinco años, ocho meses y veintiocho días.

—¿Cuántos minutos?

—La próxima vez me llevaré un reloj.

—La próxima vez no lo necesitarás. Tú eres un reincidente.

Mientras el capitán decía estas palabras llegó inopinadamente a la convicción de que el tahúr se había hallado junto al «Gorrión» al cometer el crimen. Fue algo intuitivo.

\*\*\*

—¿Por qué? ¡Yo no soy en absoluto perjudicial!

—Eso ya se verá el día del proceso —replicó el capitán—. Le dirás al tribunal que el calibre 0,22 belga lo tenías para limpiarle los dientes. Puede ser que te crean. Yo no.

El hombre con acento del Sur y cara de asesino se quejó pronto:

—No he hecho nada durante once años. Hicieron de mí un creyente en la isla del Gobernador. Cuando salí me regalaron una olla para el desayuno.

—La próxima vez que te la den transparente y así los agentes podrán ver lo que llevas en ella.

El capitán tenía esta noche una contestación para todo, pues no en vano llevaba veinte años escuchando sus mentiras.

—Yo cocinaba en Santa Fe.

—Me alegro de saberlo. Después de eso visita el sur del Pacífico.

Cuando pasó la última tanda, los oyentes se levantaron en las galerías como si quisieran desear larga vida y buena salud a todos los inocentes. Bajo las luces mortecinas los inocentes pasaron a través de una puerta de acero verde hacia una mayor obscuridad. Pero los oyentes se estiraron los pantalones y uno por uno se marcharon a través de una puerta bien alumbrada hacia una limpia y bien alumbrada calle.

Al parecer, sin temer a nada en este mundo.

Sólo el capitán, cogido en la trampa entre los cazadores y los cazados, miraba tristemente hacia la puerta de acero como si deseara seguir a los inocentes. Sí, seguir a cada uno a su propia celda y confesarle los miles de pecados que había cometido en su corazón.

Le parecía seguirlos viendo a cada uno de ellos con la mano izquierda esposada y la derecha puesta delante de los ojos para protegerlos. Últimamente, su propia mano izquierda, parecía esposada con un frío e invisible alambre de acero. Una mañana se despertó con la mano derecha puesta ante los ojos.

—Tengo que ponerle cortinas al dormitorio —se dijo inquieto—. La luz me despierta demasiado temprano.

\*\*\*

Varios oyentes habían reído, pero ninguno había soltado la carcajada de corazón. Bednar no había comprendido entonces y tampoco lo podía comprender ahora. Hacía ya demasiado tiempo que él mismo había dejado de reír.

Sin embargo, las palabras le habían dejado con el secreto deseo de que cada hombre sobre cuya cabeza pendía una sentencia encontrara la verdadera promesa de su salvación. Apagó la lámpara que alumbraba los pliegos de cargos.

«Libérate tú mismo de esta cruz», se dijo a sí mismo como si estuviera aconsejando a otro.

Pero el capitán no podía liberarse.

El capitán estaba amarrado con hilos de acero.

# ACTO DE CONTRICIÓN

*En la verdadera noche tenebrosa del  
alma son siempre las tres de la mañana, día  
tras día.*

F. SCOTT FITZGERALD

Frankie vivía de día cerca del incesante y húmedo resoplido del elefante de tres patas que era la máquina de exprimir las sábanas.

Cuando de noche se echaba en su estrecha litera en el largo dormitorio medio a oscuras y volvía la cara hacia la pared pintada de blanco, el elefante de tres patas de la máquina de lavar le seguía trotando entre sueños, en los que daba a Bednar «Gran Archivo» una y otra mano de cartas mientras Louie Fomorowski observaba detrás de la silla del capitán. Y esto noche tras noche.

Cuando las luces se apagaban, callaban todas las voces. Debajo de la larga nave dormían todos los buenos chicos: las lavanderas y los panaderos, los cajistas de la imprenta y los muchachos que asistían a las clases y aceptaban sus condenas con el frío y duro humor de viejos soldados contentadizos. Eran los que habían convencido al capellán de que esta vez adoptarían de veras el camino recto. Frankie también había convencido al capellán.

Más difícil había sido convencer a cierto ex comandante médico. Éste descubrió su debilidad la misma mañana de su llegada y le dijo:

—Aquí tendrás que dejarlo. Si te portas bien estarás libre para el Día de Gracias y habrás dejado el vicio para siempre. Pero si te sales de lo marcado mientras estés aquí, acuérdate de que estás fichado como habitual. En seguida te enviaré a Lexington y ello no será por un final de semana, según se acostumbra. Eso significará un suplemento de seis meses. Te lo digo ahora por tu propio bien y no volveré a decírtelo más.

Frankie le sonrió de dientes afuera.

—Lo pensaré, doctor.

Después de esto, Frankie empezó a hacer una vida igual a la vida de los campamentos que había conocido durante tres años. Las órdenes se daban sin vacilaciones y se obedecían complacientemente. La mayoría de los hombres se mantenían tan limpios como si se estuvieran preparando para una revista por la tarde, y el domingo por la mañana todos los que estaban fuera de servicio frecuentaban la capilla rosa y blanca. Y cada buen soldado contaba sus dos días por mes de buena conducta como dinero bien ganado en el Banco.

Todos menos Applejack Katz, con su larga condena, vecino de camastro de Frankie. Era un hombre que diariamente arriesgaba su beneficio de tiempo por buena

conducta a causa de cierta jarra que fermentaba bajo el ventilador. Le había comprado sidra a uno de los cocineros, y a cada comida que servían patatas cocidas robaba las mondaduras y hacía que Frankie las robase también. Echaba las mondaduras de patata a la sidra después de que eran apagadas las luces, y siempre estaba esperando poder reunir unas cuantas cortezas de pan blanco.

Una noche se inclinó sobre el camastro y le dijo a Frankie en voz baja:

—Tahúr, mi consejo es que no te fíes del comandante médico. Es un psiquiatra. Lo que hará de ti es volverte recto.

Katz echó alrededor del dormitorio una mirada tan suave y furtiva que Frankie se acordó con emocionante ansiedad del «Gorrión».

—Escucha. Hace ocho años me enviaron a un psiquiatra. Entonces tenía cuarenta y cinco años y si en mi vida había trabajado dos semanas completas he olvidado dónde. Si alguien me hubiera dicho hace ocho años que iba a trabajar ocho horas diarias durante más de dos años, le habría apostado cien contra uno a que no. Y habría perdido. Ya ves si llegué a ser recto.

Después de una pausa agregó:

—Durante dos años dejé de beber, no acudí a las carreras y no jugué a los dados. Hasta estuve comprometido para casarme. Todo lo que hice en aquel tiempo fue conducir un ascensor de mercancías de arriba abajo y de abajo arriba. Me asusto cuando pienso en ello ahora. Estuve a punto de perderlo todo.

Applejack estaba echado de espaldas con el verdadero alivio de quien a última hora ha escapado del fuego eterno y obtenido la eterna salvación. Lanzó una carcajada bajita y prosiguió:

—Ahora están detrás de mí para que vaya a ver de nuevo al mismo psiquiatra. Tratan de convencerme de que entonces me hizo mucho bien y que casi me curó de mi neurosis. Cierto que el tipo casi me curó de mi neurosis. Y si volviese sería capaz de curarme del todo. ¿Y qué me quedaría entonces? Todo lo bueno que he disfrutado en la vida ha sido lo que mi vieja neurosis me ha proporcionado. Durante los dos años completos de rectitud no tuve ni una satisfacción. Me gusta mi pequeña neurosis. Es todo lo que poseo y le tengo apego.

Katz poseía un disco que parecía el anuncio de los ferrocarriles del Pacífico Sur. Había apuntado cada parada entre Jeff City y Fort Worth y había fabricado matarratas con cortezas de pan blanco y peladuras de patatas. De sus cincuenta años, quince los había gastado entre paredes y los enumeraba en relación con el matarratas. Algunas veces había sido difícil hacerlo y había salido malo; en otras partes había sido fácil y le había salido muy bueno. Su vida consistía en la elaboración definitiva de aguardiente matarratas en las mismas narices de los empleados de la cárcel.

Se acordaba de ciertos jarros como se suelen recordar ciertas personas. Recordaba con alegría y con cierta ternura que el jarro de El Paso County lo había conservado lleno gracias a un enlace con la cocina durante seis felices meses. Respecto al jarro del Paso de Grant recordaba con amargura y con dudas que se había volatilizado



fuera de su celda una noche y que jamás volvió a verlo.

Pero el aguardiente no era el único interés de Katz. Poseía media docena de proyectos de menor cuantía que incluían el cambio de nuez moscada por carne de buey de Durham, el cambio de esta carne por esmeril para fabricar una cosa que él denominaba «rueda relámpago», una especie de encendedor casero. Mientras trabajaba con Frankie en la máquina de lavar, era también de su incumbencia robar la parafina de los cojinetes para hacer velas que vendía clandestinamente a los condenados en la galería superior.

Allí arriba los presos estaban en celdas de castigo o en celdas de incomunicados. Eran los detenidos por fermentaciones mayores que las del matarratas. A éstos no les importaba ya nada, pues no tenían posible salvación. Eran los que habían desaprovechado la ocasión de redimirse y la hora de poder volver atrás para siempre: demasiado tarde, demasiado tarde para siempre. Así es que se habían apresurado a avanzar hacia la obscuridad para hundirse en ella cuanto más de prisa mejor.

Hablaban en términos de administración policíacos y se referían a los hechos recordando los autos de la policía.

—Aquello fue en el año en que los polizontes tenían *Cadillacs* negros con una campana en los laterales. ¿O fue en el año que tenían *Fords* de color naranja?

Katz cambió su encendedor casero por una libra de azúcar y se la dio a Frankie. Éste se la comió en un solo día.

—Espera hasta que el matarratas esté hecho —le prometió Applejack—. Eso siempre emociona.

—¿Todavía no está hecho?

—Hay que dejarlo un día más.

Katz era capaz de dar todo lo que poseía a quienquiera que fuese, salvo a los policías. Lo daba todo, excepto el matarratas. Era tan incapaz de privarse de él como lo era de dar su propia sangre.

Cuando pasaron las primeras semanas, Frankie volvió a sentir otra vez el cariño hacia Molly. En todo ese tiempo no había tenido visitas, ni una carta, ni una tarjeta.

Pero había podido conocer a algunos muchachos que no trataban de ser buenos presos como él, ni tampoco malos como los del piso superior. Eran simplemente los que no querían trabajar. Tipos a quienes no se podía encargar ni de la panadería ni del lavado. Nunca desobedecían directamente una orden, ni causaban molestias, ni contestaban. Pero disminuir el plazo de condena por buena conducta significaba poco para hombres que no tenían dónde ir y nada especial que hacer cuando saliesen de la cárcel. Eran hombres jóvenes que jamás habían tocado una máquina, a pesar de que la mayoría de ellos podían aprender fácilmente cualquier cosa que requiriera el empleo de ingenio mecánico. No era tanto la falta de aptitudes como la sencilla sensación de que no había trabajo para ellos. Vivían en la cárcel casi como habían vivido fuera de ella, vagamente contentos la mayoría de las veces, sin esperanza ni desesperación, sin desear otra cosa que un rincón para dormir y un plato de zinc con

algo que comer dos veces al día. No se preocupaban nunca del futuro, no añoraban el pasado, ni sentían la importancia del presente.

Eran los que nunca habían aprendido a querer, pues secretamente estaban atemorizados de vivir y lo poco que deseaban era ir acercándose a la muerte. Nunca habían tenido una buena razón para utilizar sus fuerzas. Así es que ahora la desconocían a fuerza de desengaños.

No daban nada de sí porque nadie les había dado nada. Si perdían sus derechos se los echaban a la espalda, puesto que ya habían perdido otros antes. De una u otra manera siempre habían tenido que abandonar cualquier pequeña ventaja ganada por suerte, por casualidad o por robo.

Algunos dormían en las barracas de las pistas de carreras durante todo el verano y volvían a la cárcel en invierno, año tras año. Volver a las barracas una semana antes o después no tenía gran importancia, dado que a fin de cuentas podía ser que lloviese aquella semana.

Ni siquiera leían revistas populares. Toda la cuestión entre el conocimiento y la muerte era una especie de cinta cómica invertida, demasiado difícil de comprender aunque la proyectaran normalmente. ¿Qué diferencia hay entre que un hombre duerma sobre madera o duerma sobre paja?

—Tacones de goma y ojos de pescado otra vez —eran las palabras para designar los filetes con tapioca—. Pero espera a que nos den cabra montés.

Se mostraban tan indiferentes al carnero dominical como a los muros, aunque fingieran considerar la comida del domingo tan insípida para sus bocas como lo era la vida para sus corazones.

Algunas veces algo se despertaba y relampagueaba débilmente en la mirada de alguno de ellos: daba una mala contestación y tenía que ir a meditar sobre ella en el aislamiento de la celda de castigo.

\*\*\*

Las celdas de castigo son las que tienen sujeto a los barrotes un medallón de metal que indica que el arrestado es un maniático o un preso especial. Mientras permanece puesto el medallón no hay paseo por el patio, ni cigarrillos, ni periódicos, ni correo, ni azúcar, ni juego de cartas.

La celda de castigo significa una monotonía más grave que la normal monotonía de la cárcel durante días y noches. Horas en las que uno se sienta y recuerda que después de todo alguna vez fue un esposo recto, o que se tiene una familia que cada vez se ocupa menos de uno.

Pensar en la liberación no sirve más que para detener las horas, y, sin embargo, ¿en qué es en lo que se piensa allí? ¿Y qué puede significar la libertad, si no es la ocasión de salir del presidio con una camisa limpia y volver de nuevo a la cárcel el día en que se ensucia? Hay que pasar por el rastrillo para obtener algunas ropas

decentes y bastante moneda suelta para poder llevar a una mujer al cine o al bar.

Así es que los de celdas de castigo andan de un lado para otro hasta que las rodillas no pueden sostenerles. Entonces se duermen y luego vuelven a levantarse otra vez, hasta que la noche y el día, el cansancio de las rodillas y el cansancio del espíritu, se juntan en una gran fatiga del tamaño de la celda, de la medida de la vida.

—El día que salí por vez primera de la celda de castigo —le dijo Applejack a Frankie—, vi que todos los relojes estaban parados en las doce y pensé que seguía en una celda de castigo.

El día y la noche se juntaban allí y el mismo corazón humano parecía un reloj parado en una hora de muerte. La hora en que la vida no volverá a gritar.

Pero un reloj parado puede dar la hora exacta si se le da cuerda a tiempo. Y Frankie vivía en una celda de castigo permanentemente; celda más oscura y estrecha que aquella en que había pasado sus días hasta entonces.

A la música de una vieja canción, Applejack agregaba con su cascada voz de cincuentón:

*Soy el viejo y tonto padre de Duma  
y tenéis que verme fabricar el brebaje.*

Hasta que desde los demás camastros empezaban a dar gritos.

—Ese matarratas debe estar ya terminado —le acuciaba Frankie, pero Applejack no lo encontraba bastante fermentado.

Frankie le oía levantarse por la noche y registrar bajo el ventilador. Luego oía el ruido del corcho vuelto a poner en su sitio, y algunas noches después del toque de queda, le oía cantar:

*Me siento mal si besas a muchos,  
pero me siento peor si no besas a nadie.*

Durante todo el día, Katz canturreaba canciones tan desgarradas como su propia voz.

Había algo de astuta alegría alrededor del viejo Applejack, íntimamente estaba convencido de que había vencido ya al Estado tantas veces, que no existía posibilidad alguna de que el Estado se lo devolviese con un aumento del tiempo de condena. Sabía que aunque estuviera preso toda la vida, llevaría ventaja en el juego.

Abajo, en los edificios G-H, los pillos de dieciocho a veinte años vivían en condiciones más ásperas que las que Frankie compartía con Katz. El grupo G era para los pillos negros y el grupo H para los blancos. Éstos iban a la escuela por la mañana y los negros por las tardes. Un letrado en la biblioteca del refectorio rezaba:

Lo cual no quería decir que un pillastre negro hubiera de ser hallado leyendo un buen libro al mismo tiempo que un pillastre blanco, ni tampoco decía qué libro precisamente. Cada cual debía pensar por separado a causa de la separación de pensamiento, pues al parecer el cerebro del preso negro es más oscuro que el cerebro del preso blanco y, por lo tanto, requiere la asistencia del sol de la tarde para que pueda asimilar determinados pensamientos.

Sin embargo, por extraño que pueda parecer, la silla del sótano no acertaba color alguno. Desde luego, estaba pintada de negro para demostrar que había poco sentido racista en el sótano donde el sol de la tarde no alumbraba nunca.

Tampoco lucía un color especial el gran camión negro del *sheriff* que servía para la conducción a Stateville, San Carlos, Dixon y Menard.

Los pillastres se amontonaban en él saltando unos por encima de otros como si fueran de merienda, llenos de una repentina alegría retozona por salir de las celdas y viajar al aire libre durante la hora que tardaban en llegar a la carretera 66. Una hora. Los años que habían de seguir se olvidaban en la inmensidad del sol.

Pillos rebeldes y pillos sufridos, pillos inteligentes y pillos callados, pillos sucios y pillos limpios, pillos grandes y pillos pequeños, pillos demacrados y pillos gruesos, aquí llega el camión del *sheriff* para darnos un paseo. Aquí viene el camión del *sheriff* para llevaros por un largo plazo. Y mientras tanto los relojes marcarán como siempre precisamente las doce.

—¿Del día o de la noche?

Frankie Machine se preguntaba si había alguna diferencia en realidad. Si uno quería saber la hora, le daba al tornillo, que contestaba inevitablemente: «Olvídate. No tienes que ir a ninguna parte».

Frankie se daba cuenta de que el tiempo que los relojeros habían apresado en los relojes parados de estos corredores era otra clase de tiempo que el apresado en los relojes del exterior. Pues así como hay diferentes clases de horas para los tullidos y los intoxicados, hay también una clase especial de horas para los condenados.

Los domingos asistía a misa en la capilla rosa y blanca decorada con los cuadros de las estaciones pintados por algún condenado olvidado y desconocido. Se arrodillaba siempre frente a una titulada *La primera caída*. Era la que más le emocionaba.

Se santiguaba, se arrodillaba y se decía místicamente: «Zosh estará mucho mejor cuando yo salga, y podré confesarle mis relaciones con Molly. No quiero que sea Violet quien se encargue de este feo asunto».

Así soñaba el domingo por la mañana, con el olor a incienso acariciándole el olfato.

Cuando pasaron algunos días más, una noche se negó a ver a Louie a la «cabecera de su cama», como le había dicho Bednar, y se dijo:

«El infierno sea con Nifty Louie. Vivió mucho y estará muerto mucho tiempo.

Para mucha gente es mejor que haya desaparecido del camino».

Y el recuerdo del golpe que le había asestado en aquel zaguán volvió a su memoria nítidamente. No sentía remordimiento por la muerte de Louie. Con el sueño ganaba más fuerza que nunca había ganado recurriendo a los servicios de Louie. Se sentía capaz de resistir la más dura tentación. Y pensando en lo orgullosa que estaría de él Molly, se sentía orgulloso de sí mismo.

El orgullo le había abandonado en la tienda de campaña en el lejano Mosa. Por la ventana abierta del lavadero los primeros brotes de la primavera le emocionaron tanto como los de aquella otra primavera en el frío y lejano río extranjero.

Ahora todas las cosas se aliviaban extrañamente dentro de él, como por la gracia de su castigo. Estaba pagando por el accidente de Sophie. Las planchas habían sido sólo el camino elegido por Dios para permitirselo, le dijo el sacerdote. Así es que, cuando quedara libre, todo el mal hecho estaría pagado y por fin sería verdaderamente libre.

—Siento como si algún día pudiera brillar de nuevo —le dijo a Applejack.

Y a través de las paredes, tan altas como las de una casa de vecinos, oyó un largo y lento rumor. Algo así como el rumor de una máquina de coser movida por algún preso lisiado y sudoroso.

\*\*\*

«El Lestercito», se llamaba a sí mismo. «El Lestercito», «El Gastadiner» y el «Cazador de Mujeres». Estaba arriba en las celdas de castigo, con todos sus títulos menos con el último, perdido al fin.

Abajo, donde Frankie vivía, llegaban todas las noches rumores de la arrogancia del «Lestercito» frente a la gran silla negra. Frankie no le había puesto nunca la vista encima hasta que el sábado por la tarde de la sexta semana de su condena pudo presenciar algunos detalles acompañado por Katz.

—Coged entre los dos la vagoneta Susie y subid al cuarto piso —les ordenó el vigilante—. Hay faena para los dos por haber hablado en la fila.

Los detalles no fueron muchos. La vagoneta Susie era un carrito blanco en el que se llevaban los estropajos y los cubos. A los chicos del cuarto piso no se les podía confiar ni cubos, ni estropajos, ni escobas. La mitad de ellos estaban en celdas de castigo y los que no lo estaban no se movían nunca sin que los siguieran los ojos de un vigilante. Eran los sombríos condenados a duras penas y los provocadores del sabotaje, los descarnados buitres de la manigua y los verdaderos asesinos.

—Tú y yo no somos más que pilletes comparados con esos pajarracos —le dijo Applejack a Frankie admirándoles secretamente.

Pero Frankie se alegró de no estar registrado sino como un simple ratero que había tratado de apropiarse de un pedazo de metal en una tienda del barrio del Oeste. Sentía un íntimo temor al recordar la levedad del cabello que le había mantenido

fuera de las celdas de castigo.

—En gran parte me he regenerado aquí —fantaseó ante Applejack.

—Eso es lo que se dice siempre. Pero yo no hago caso. El que se cae una vez, ya no puede levantarse. Hay cosas que no tienen remedio. Como el juego. Un día eres capaz de pagar dos billetes por un solo pitillo y al día siguiente viene uno y te dice: «Dame doce centavos y un paquete de colillas por un pitillo», y lo dejas caer. No comprendo por qué dicen que un jugador puede ganar. Mi compañero de celda en Paso Grant estuvo trabajando veinte años en las minas por las cercanías de Scranton antes de dejar la pala y poder empezar a comer algo más de carne. El juego nunca le levantó, sino que le rebajó. Cuando lo dejaba de verdad, tenía que pensar que estaba a dos millas en el subsuelo. Nunca decía que había llegado, sino que siempre decía que «iba a llegar». Mira, si te envían de faena a la cocina, cógeme un puñado de nuez moscada. Conozco a un tonto que da un paquete de colillas por un saquito de esa porquería. Me gustaría saber qué hace con ella.

—Puede ser que la eche en el matarratas —repuso irónicamente Frankie.

—Vosotros os reís de mi matarratas, pero algo tiene uno que hacer para tener ocupado el pensamiento —replicó Katz—. Si no estaría siempre pensando en cómo se estará afuera.

—¿Cuándo volverás de nuevo a la calle? —le preguntó Frankie.

—Nunca —contestó Katz sin pena y con resignación—. Cuando termine aquí, me cogerán los federales y empezaré una de veinte años por raptó. Cuando termine ésa, lo único que puede pasar es que vengan para llevarme al crematorio. Me he pasado la vida enjaulado, y ni siquiera deseo que me amontonen los huesos en un agujero hecho en el suelo. Pero, de todas formas, ¿qué puede hacer un tipo como yo por ahí afuera? Estoy tan acostumbrado a levantar la mano cuando deseo un pedazo más de pan, que no sabría hacer ya nada en el exterior.

Un vigilante que acababa de comer en el plato de zinc de los usados por los arrestados, vio pasar a la pareja y la siguió en silencio por el corredor a medio alumbrar hacia la celda donde «El Lestercito» miraba de soslayo por entre los barrotes.

\*\*\*

—¡Eh, muchachos! ¿Queréis un paquete de *Bull Durham* con dos librillos por treinta y cinco centavos? —les gritó en cuanto oyó el carrito, a pesar de saber que a los penados les estaba prohibido hablar con él mientras se hallaba en la celda—. ¡Eh, muchachos! ¿Queréis cambiar de trabajo? Mirad, yo no hago más que hacer solitarios y mascar goma con los vigilantes. ¿Y qué hacéis vosotros mientras tanto, tipos?

Los dos tipos no tenían ganas de cambiar de trabajo. Lo que tenían que hacer era barrer a lo largo de la galería.

—¡Eh! —Volvió a llamarles—. ¿Habéis venido a plancharme los pantalones y a

afeitarme?

—Está tratando de sacarnos de nuestras casillas —le advirtió Katz a Frankie—. Lo que quiere es buscarnos un buen disgusto si discutimos con él. Uno de los vigilantes le pidió a su abogado que se apartara de él, y él dijo que todos eran unos tales, que no querían más que hacer daño y fastidiar. Así es como trata de poner de punta los nervios de la gente. Si me preguntas, te diré que el tipo está loco de atar.

—Y si me preguntas a mí, te diré que es él quien tiene más de punta los nervios —agregó Frankie.

Ambos se instalaron en el sitio más lejano del bloque, pues dos vigilantes llegaban escoltando a un hombrecillo con un ojo vendado y seguidos por una especie de maniquí vestido con un traje de primavera y con el abrigo echado por encima como si fuera la capa de una mujer.

—Ése es un periodista —le aseguró Applejack a Frankie—. No sé quién será el de la venda, pero sólo los periodistas se ponen el abrigo así. ¿Sabes por qué?

Frankie no tenía la menor idea.

—No se lo abrochan porque tienen que conservar las manos libres de las mangas para tomar notas con gran rapidez en el caso de que pase algo gordo. Si tuvieran que perder el tiempo sacándose las manos de las mangas, otro tipo les ganaría la partida al ir al teléfono. He visto todo eso en un *film* de Jeff City.

Frankie comprendió.

—Tienes razón. Yo vi llegar a uno al «Hotel Victoria» en «North Clark» una noche, sentarse con una botella de cerveza y escribir en una libreta todo lo que pasaba y todo lo que la gente decía. Después se levantó y ni siquiera había tocado la cerveza. Que no tocara la cerveza es lo que me hizo comprender que había algo anormal en él.

—Es como una especie de club —explicó Applejack—. Se reúnen todos y escriben un libro.

Aunque ni él ni Frankie podían oír lo que el de la venda y el del abrigo sobre los hombros decían a Lester, no tenían dificultad en oír las irónicas contestaciones del granuja.

—Cierto, soplón maloliente, yo soy el que te dejó tuerto de un tiro. Era tan fácil como tomarse un helado. ¿Y qué? Prueba que yo estaba en las nueces y me metí en el armario lleno de chinches. Allí fue donde te criaron, ¿no? Y si no estaba en el ajo me sentaré. ¿Y qué? Después de todo ya no tengo que preocuparme más de los soplones apestosos. Ya no me importa. Ahora ya no encuentro nada ni bueno ni malo. Lo bueno y lo malo no sirven sino para los soplones que hieden. ¿Sabes qué? Mastico tres paquetes de goma al día, pero no fumo. Ni siquiera como mucho. Ni siquiera juego a la pelota. Lo que más me gusta es el cine.

»Pero, en realidad, lo que prefiero es la mecánica. No me gusta leer sobre crímenes, porque no lo escriben como es realmente. Lo que me gusta leer, en realidad, es sobre coger cosas separadas y ponerlas juntas para que se sostengan, como en los aeroplanos. Antes tenía la costumbre de ir al aeropuerto sólo para

observar. He visto los tipos más raros bajar la escala como si fueran cineastas de verdad.

»Pero lo que más me agrada es la gimnasia. Eso lo aprendí en la vecindad. Me escapé cuatro días de la escuela en una semana. ¿Y sabéis lo que estuve haciendo? Pues trabajar en las paralelas.

Brutalmente, su pensamiento volvió sobre el tema del reportaje.

—¿Sabéis lo que me entristece? —preguntó señalando al del ojo vendado—. No me enojé cuando este marrano me arañó. Lo que me sacó de quicio de veras fue cuando le di el tiro en su asqueroso ojo y gritó: «No me mates». Así que le disparé y se vino abajo cabeceando así. —Imitó el cabeceo de un tiburón colgado—. «No me mates, por favor, no me mates». Muchacho, hubiera abandonado al asqueroso soplón si no hubiera estado sucia la pistola. Era preciso que la limpiara con algo bueno.

»No, nunca jugué con otros chicos. Lo único que hacen es saltar de aquí para allá. Las chicas son un veneno. Algunas son muy románticas. Un día me fui con una a la “Hublard Street” e hicimos una prueba. Ella se puso a un lado de la pantalla y yo en el otro y nos llamamos a gritos. Un juego la mar de romántico.

»¿Mi viejo? Su único defecto es ser un tiralevitas. Hubiera hecho más por mí si hubiera metido su asquerosa cabeza cinco pulgadas debajo de los hombros. ¿Sabes lo que le dije cuando llamó a la policía porque le vendí la fresquera? Pues le dije: “Papá, querido, has trabajado para mí veintidós años. Ahora vete y búscate una colocación para ti mismo”. Eso es lo que le dije. Es también un hediondo soplón.

Applejack miró a Frankie Machine y Frankie Machine miró a Applejack.

—Vamos a terminar la faena —dijo este último—. Estoy asqueado de oír a ese tipo, que es responsable de seis muertes.

—¡Qué bocaza! —dijo Frankie.

Éste era el nombre que también los vigilantes le daban a Lester. Sin embargo, cuando el último sábado por la tarde Frankie se sentó durante una hora a su misma mesa, el tipo no dejó de hablar en voz baja. Se trataba de un grupo al que se le permitía escribir cartas o jugar a los naipes entre las cuatro y las cinco.

Uno tenía que asistir aunque no tuviera que escribir cartas o no le interesaran los juegos de naipes. Ni Frankie ni Lester escribían cartas. Estaban sentados el uno enfrente del otro con una baraja entre ellos, y Frankie le enseñaba al otro ciertos trucos de los que al parecer confundieron en su día al «Gorrión».

—Aprender éste me costó diez años —dijo Frankie—. Coge una carta.

—Enséñame uno que no necesite tanto tiempo —le recordó humildemente Lester.

Una vez que le apartaban de los barrotes de su celda, abandonaba su desagradable manera de ser. Cuando estaba encerrado entre los barrotes, era como si necesitara mofarse de los demás y hacer preguntas.

Sólo le faltaban algunos días para ir a la silla si su última apelación era denegada, y sin embargo dormía y comía más que Frankie. Esto horrorizaba y maravillaba a éste. Cada uno veía durante la noche los mismos corredores grises alumbrados por las



mismas luces mortecinas, amarillentas y empañadas. Cada uno despertaba de las pesadillas de eterno arresto al oír los mismos ruidos sordos: en las galerías empezaba el largo día.

Algo de este terror se notaba en los ojos de Frankie cuando se daba cuenta de lo bien peinado y engomado que llevaba Lester el cabello. Lester advirtió la mirada de Frankie.

—Tendré que quitarme el aceite la noche antes —explicó con seriedad y no con la voz que usaba con los reporteros—. El aceite produce una quemadura y ellos no quieren quemar a un hombre ni aun con el sudor.

Hablaba sin desafiar al mundo de más allá de los barrotes.

—Mira —insistió Frankie, queriendo hacer algo en favor suyo—. Aquí tienes un juego que sólo me costó dos semanas aprenderlo. Coge una carta.

Pero Lester había dejado de interesarse por las cartas y sin una palabra había cogido un libro y se había sumido en su lectura. Era un libro titulado: «Cómo escribir cartas comerciales».

Frankie no volvió a ver a Lester en unas semanas, a pesar de que unas dos veces vio a su abogado ocupado por el asunto de la última apelación.

Una mañana de abril, Frankie salió del lavadero con Applejack para ver pasar a dos guardias conduciendo a Lester a un destino desconocido. Se volvió cariñosamente hacia Frankie al pasar y le saludó:

—¡Eh, tahr! Aquí tienes a un hombre camino de la silla.

Parecía estar realmente aliviado. Su cara era como la de cualquiera, sesgada de ojos como la de un eslavo. Una cara tan vieja como la de Genghis-Kan y tan llena de juventud como un patio de recreo infantil en mayo. A Frankie le pareció más pequeña que otras veces. Las semanas pasadas le había parecido que era un hombre alto. Pero era pequeño, aunque algo fornido, y andaba a grandes zancadas por ser algo zambo, como si hubiera aprendido demasiado pronto a andar por las estropeadas aceras del barrio del Oeste. Frankie observó que llevaba puestas zapatillas de jugar al *bowling* con los lazos hechos con suma limpieza.

—No le llevan más que a la silla del dentista —gruñó irritado Applejack al lado de Frankie.

No obstante, éste hubo de recordar con terror meses más tarde los bien atados cordones de las zapatillas de *bowling* todavía levemente embadurnadas de yeso.

—Un tipo que tiene esa idea metida en la cabeza y aún bromea sobre lo de ir a la silla. Y además se ha atado los cordones como si tuviera que asistir a un campeonato de bolos —dijo Frankie.

—Y tiene que asistir —repuso secamente Applejack—. Tendrá que competir contra seis mil voltios. El lunes próximo le encerrarán en el pabellón de los condenados a muerte.

La apelación de Lester había sido denegada.

\*\*\*

Cuando dos días después Lester fue llevado al patio del presidio para el paseo, Frankie y Applejack le observaron desde la ventana del lavadero. Lester y tres más fueron sacados como muestra. Parecía extraño que los otros tres, a pesar de ser ladronzuelos con una pequeña condena, adquiriesen cierto prestigio en el ámbito del presidio por haber hecho ejercicio al lado del joven condenado.

Eran las tres de una tarde de mayo, la hora en que se abren las puertas de las escuelas y los chicos de la ciudad vuelven a casa por mil caminos con los libros y los lápices debajo del brazo y con los cordones de los zapatos bien atados en pequeños lazos. Sólo faltaban unos pocos días más para las vacaciones de verano. Eran días nubosos, con nubes prometedoras de lluvia que se desgarraban al final para dejar ver el más intenso de los azules. Apoyado en la pared de cemento, Frankie podía ver a un preso solitario sentado en un cajón vacío. Un preso que, bajo su palidez, parecía ser alguien que ya hubiese conocido toda clase de dolores dentro y fuera de la prisión.

Este patio era como cualquier jardín campestre: tenía un estanque con patos, un gallinero y una canariera azul.

Detrás de las tapias, a lo lejos, se veía un letrero en dos partes:

CARBONES BUDINTZ  
UN PRECIO PARA TODOS

Y frente del letrero de Budintz, el director de la empresa competidora había colocado su propio anuncio:

CARBONES RUSHMOORE  
ENTREGA RAPIDÍSIMA - LOS MÁS BARATOS

A lo largo de los muros donde en verano crecerían hortalizas, formaban los cuatro condenados bajo la vigilancia de cuatro guardias. Detrás de ellos, una ametralladora apuntaba desde la torre del centinela.

Sin uniformidad, los presos se tocaban con la punta de los dedos de la mano las puntas de los pies, doblando toscamente la cintura. Tres de ellos tenían que espatarrarse para poder hacerlo. Frankie advirtió con orgullo que Lester se tocaba las uñas de los pies sin doblar las rodillas ni abrirse de piernas. Tocaba las puntas de los pies con las puntas de sus dedos con indudable facilidad. Para Frankie, aquél era un hombre ni más alto, ni más viejo, ni más feo, ni más guapo que él. Un hombre igual a otro hombre, con un poco menos de suerte que muchos otros. Un pillete igual a todos los pilletes. Recién afeitado, orgulloso de su espesa cabellera. Un jovenzuelo parecido a todos los jovenzuelos que han presenciado juegos nocturnos en el parque Comiskey, aplaudido en una carrera de cintas en «South State», jugado al póker en la trastienda de un bar de la vecindad y que ha llevado en la cartera el retrato de una

chica. Un individuo que quizá se había bebido una copa en la taberna y había usado magníficos trajes de baño en la playa de «Oak Street» cuando podía tener lago, agua, playa, arena, sol, buen tiempo y una chica.

—No hace más que flexiones —le dijo Applejack a Frankie—. No tengas cuidado que no le dejarán subir las barras horizontales. Podría hacerlo demasiado bien.

—Si yo fuera él, les pediría que me dejaran saltar con la cuerda —dijo Frankie, deseando también hacer un chiste.

Pero Applejack no le veía la gracia a nada.

—¿Y de qué te serviría eso? —preguntó—. Además, tendrás que saltar en la silla. Ya no le aplican a nadie la cuerda en Illinois.

Pero Frankie no estaba tan equivocado como pensaba Applejack Katz. Todavía existe en los registros del Illinois un fugitivo que morirá en la cuerda el día que lo cojan. Abajo, en los sótanos del Juzgado, entre máquinas de jugar confiscadas a medio centenar de carros de feria y de ruletas que rodaron a beneficio de Guzik, Nitti y «Tres Dedos», estaban los montantes de la horca que esperaban año tras año el regreso del terrible Tommy O'Connor.

No muchos saben que detrás del edificio del Consejo de Sanidad, donde antes estuvo la cárcel de la ciudad, la casa de la muerte de la que se escapó el terrible Tommy existe todavía. A pesar de que el edificio que la rodeaba fue derribado, la pequeña habitación de ladrillo espera en medio de un solar a que vuelva Tommy. La ley prohíbe que la horca y la habitación sean destruidas hasta que no se ahorque a O'Connor. Y parece que va para largo.

Pudiera darse el caso de que el cuartito llegue a ser el más antiguo e inmemorial monumento de la ciudad; un monumento más importante que los leones del Instituto del Arte, que el león Bushman en su jaula del parque Lincoln o que el coronel McCormik en el refugio contra bombas río abajo.

—Sólo he querido hacer un chiste —se disculpó Frankie.

La pálida luz del lavadero iluminaba las lavadas paredes.

—Me parece que la cosa está ya hecha —le confió Applejack por la noche tras una larga visita al ventilador—. Démosle siquiera un día más.

Al hablar su aliento despedía el fuerte olor del matarratas.

\*\*\*

Todos sabían la hora. Todos sabían el día, Lester no había dormido bien la noche anterior. Se había despertado y a través de los barrotes había estado jugando al casino con el vigilante de noche. Éste le había enseñado el juego y al pillastre le había gustado. Alguien que lo sabía directamente por el propio vigilante, dijo que Lester había tenido un último alegrón al vencer al guardia con el propio juego de éste.

Luego, cuando el guardia fue a la celda para leer la sentencia de muerte, Lester le había mirado sin temor diciendo:

—Espera un minuto, Frank. Desearía terminar esta taza de café.

Esta calma le parecía a Frankie mucho más terrible que si le hubieran dicho que Lester yacía en su camastro con una pesadilla de muerte. En cambio, estaba sentado allí matando las horas con las cartas en la mano como tantas veces las había matado Frankie, muchas noches mientras un reloj lejano marcaba las horas.

Pero para Lester no había relojes ni calendarios. Y, sin embargo, todos sabían la hora. Todos sabían el día. Menos él.

¿Qué pasaría si los cordones se le rompían en el camino? ¿Se pararía para atarlos de nuevo o pediría unos nuevos antes de dar otro paso? Parecía tan mal molestar a tal hora para atarse los cordones, peinarse, perfumarse el cabello y hacer chistes malos sobre la ida al sillón del dentista. Parecía tan mal reírse por haber sacado un dos ganador contra uno de los hombres que iba a ayudar a envolverle en el blanco sudario, y que le ayudaba a limpiarse los dientes o a escribirle una carta a su madre en California.

«Si esa carta sale esta noche —pensó Frankie— estará ya enterrado cuando la pobre señora la lea, y él lo sabe al escribir la carta y al recomendar al vigilante que la envíe por avión y que la selle bien por ser algo personal».

Todo esto era muy terrible.

—Ya no usarás más que otra camisa blanca —le dijo a Lester, a pesar de que estaban separados por muchas celdas—. Da brillo a los zapatos como si fueras a casarte. Te apuesto cinco contra diez a que lo olvidas todo cuando te instalen entre las negras patas tiesas.

Frankie yacía en su camastro medio calenturiento por la idea del viaje de Lester a la silla. En su pensamiento, él y Lester se confundían.

—Deja que te vea trotar por la puertecita blanca —desafió al doble Frankie-Lester—. Tres pasos hacia la derecha y ahora quítate un peso de los pies y no te molestes tampoco por el olor a vinagre. No son más que unas gotas en la esponja colocada entre el voltaje del tobillo y la conexión para evitar que la esponja se quemé... todo por tu bien, ¿sabes? Ahora mete la nariz en el yelmo negro. Así está bien. Y ahora haznos oír tu crujido.

El sabio tipo de la fantasía de Frankie no tenía voz que pudiera oír a través del negro capirote.

Algún preso, con su correspondiente carga de culpas, dio un grito dormido o despierto, y las luces del corredor parecieron oscilar un instante. Los durmientes se despertaron y un largo murmullo corrió como una ola de muro a muro. Era la hora en que los hombres gritan con voces que no parecen suyas.

Pues todos sabían la hora, como todos sabían el día.

En la panadería, el lavadero, el refectorio, la imprenta, la biblioteca y la pequeña enfermería decían que había salido de la celda de la muerte encapuchado de negro con las tirantes mallas negras luciendo bajo las luces y la blanca camisa abrochada sobre un hombro como la de un maestro de esgrima. Decían que había pasado minuto

y medio desde que entró en la gran jaula de cristal hasta que accionaron el conmutador.

Algunos decían que habían sido necesarios cerca de dos minutos. Había sido preciso ajustar la conexión del voltaje cuando ya estaba en la silla y no había habido olor a vinagre. Lo contaban tal y como había pasado.

En la enfermería oscurecida y el limpio y bien iluminado refectorio, en el cuarto de la caldera de la calefacción y el dormitorio seco y frío, se decía que la rodilla izquierda se había movido una vez después de haber sido lanzada la corriente. La toma de voltaje de detrás del cuello había funcionado muy bien en el primer ensayo. Pero los cordones, los cordones, ¿se los había atado o se los había dejado sueltos? ¿Se los había atado algún vigilante para que no pudiera caerse y lastimarse las rodillas? Los cordones... los cordones...

Pero nadie se había fijado si llevaba atados o no los cordones.

El único botón sobre el hombro se lo habían arrancado al desgarrarle la camisa para descubrir la carne por encima del pobre corazón hecho pavesas. Cinco doctores habían comprobado que el corazón estaba tan muerto como pueda estarlo el corazón de cualquier vividor. Un trozo carbonizado de carne cenicienta indicaba el sitio donde el corazón vivo se había quemado.

Habían asistido ciento veintidós hombres y dos mujeres en las gradas de los testigos. Todo había sido correcto al otro lado del cristal; todo había estado en orden y ni siquiera se había notado la oscilación de la luz en la instalación del edificio.

Cuatro botones habían sido apretados por cuatro hombres innominados. Pero uno solo de ellos había empujado el botón de la vida. Ninguno tendría nunca por qué pensar que había sido él quien había apagado la antorcha.

Pero los cordones, los cordones...

Todo el mundo sabía que habían hecho uso de un amperaje de ocho, porque éste es el amperaje habitual para un blanco. Todo el mundo sabía esto también. Cada uno contaba a cada cual cómo habían ocurrido las cosas exactamente. Parecía que todos menos Frankie habían estado presentes. Pero los cordones...

¿Qué cordones? ¿Creéis que le dejaron ir allá con los zapatos puestos? Esas mallas cubren vuestros pies como las mallas de un acróbata. Los condenados no llevan calzado alguno: sólo una banda de tela negra recortada con precisión alrededor del lóbulo derecho.

Sólo semanas después de ser puesto en libertad llegó a saber Frankie que Lester había muerto en su camastro cuando aún le quedaban once horas de vida.

Un ataque al corazón, concluyeron los guardianes.

Arsénico, había insistido el médico forense.

Su corazón ha dejado de latir demasiado pronto, decían los periódicos de la tarde.

Pero ni la prensa de la noche ni la prensa de la mañana podrían ser capaces nunca de probar algo al lunático Frankie Machine.

\*\*\*

Ahora que la luna de otras noches pasaba el puente de junio, Frankie recordaba otros junios a lo largo de los bares. Recordaba los anuncios color naranja de la cerveza *Blatz* en «Wolcott Street». Julio llegaba envuelto en niebla.

Ahora, todos los sábados por la tarde los buenos presos salían al patio para jugar un partido de *baseball*. Dondequiera que estuviese al aire libre, después de la larga semana de lavadero, Frankie se sentía sobrecogido por el ansia de oír la voz burlona de Molly Novotny y por la nostalgia de la obscura llamada de sus ojos. Sentía que nunca más le importaría volver a dar o no una mano de cartas.

Jugando de primera base durante el último sábado de agosto, se quitó la camiseta a la declinante luz del sol del «West Side», y un inesperado chubasco que parecía haber estado esperando toda la tarde detrás de la garita del centinela a que algún imprudente lo hiciera, salpicó el campo. Cuando terminaron de jugar el partido estaba ya estornudando, y cuando volvió a su camastro estaba febril. El lavadero le había debilitado más de lo que él creía.

A la hora del rancho bajaba por la calle —en la calentura— en un *side-car* unido a la bicicleta de un vendedor de buen humor recorriendo la «División» hacia el Este, con pequeños gallardetes atados a las ruedas pintadas de blanco. El vendedor, cubierto con la gorra de un lector de contadores, le hacía señas con el dedo amenazándole con condenarle a prisión perpetua en un cuarto de limpieza por haberle robado una plancha eléctrica al capitán Bednar.

—Si quiere agua, dale agua —le dijo el comandante médico a Applejack—. Agua es lo único que le darás.

El enfermero Katz comprendió. Él sabía cómo proporcionarse muchas cosas, pero creía en Frankie Machine como creía en su propio matarratas.

—No seré yo quien le haga retroceder, comandante —prometió.

Entonces le dejaron solo para que cuidara a Frankie al lado de la estrecha litera en la pequeña enfermería. Porque su amplitud parecía molestar a Frankie, Katz le enrolló la manga de la camisa de noche. Y Frankie, creyendo que era McGantic que había venido a pegarle, sufrió un acceso de terror y gritó pidiendo socorro como un niño enfermo:

—¡Molly! ¡Molly!

Pero no había en las cercanías una Molly que contestase. Sólo contestaban los cilindros de la máquina de plegar sábanas, gruñendo en la galería de abajo para castigarle por lo que había hecho a Zosh. Se zambulló en la callejuela de Schwiefka a buscar una brazada de leña para el «Carcelero». Entre la leña yacía un flexible verde con una pluma encarnada en la cinta.

Unas fuertes manos lo sujetaron en el suelo mientras otras le ataban a la nuca la conexión del voltaje. Pero era demasiado fuerte para todos ellos. Descansó un

momento para hacerles creer que por fin había cedido y entonces gritó con todas sus fuerzas:

—Un polaco no se rinde nunca.

Y se quitó de golpe todas las manos de encima. Pero todo estaba en contra suya. La esponja le apretaba en la frente y una voz le advertía a través del cristal:

—No dejes que tu vida se vaya con ella, tahúr.

Abrió los ojos, y a través del sudor vio la buena y pensativa cara de Applejack que le observaba gravemente y su larga mano secándole las lágrimas, los temores y el sudor.

—Lo estás resistiendo de la manera más dura, tahúr —oyó que le decía—. Casi te estás deshuesando tú mismo. Ya no eres un enfermo. Pero ¿con cuántos tipos estabas peleando? Tranquilízate.

—No es tan fácil —murmuró débilmente Frankie—. Primero tengo que enderezarme.

—Es lo mismo —contestó en voz baja Katz.

A los pies de Applejack, Frankie vio al gato gris de la enfermería sentado sobre las patas de atrás.

Y, de pronto, el animal dio un gruñido como afirmando el consejo de aquél.

Cuando la fiebre bajó, Frankie soñó que alguien plegaba y desplegabamontones de periódicos al lado de su camastro y le obligaba a despertarse para ver quién era. Era la vieja que limpiaba las ventanas, allí al otro lado del cristal, quitando las grandes sábanas del peligro de la lluvia.

Llegó el veranillo de San Martín y septiembre se acercó a su final. En esta luz verde gris de fines de septiembre los anuncios de la cerveza de *Praga* lucían encarnados en cuanto las farolas se encendían de amarillo. Entonces, las flechas de los anuncios de la Lager Viejo Estilo empezaban a trabajar ansiosamente, encendiéndose y apagándose, hasta que las farolas amarillas se apagaban y morían, las lámparas escarlatas de la Prager dejaban de lucir y las cansadas flechas de la Lager se iban a la cama. Sólo quedaba la luz verde gris, como la luz que se deja lucir en un zaguán durante toda la noche. Para que alumbrase al revendedor más madrugador a su paso por delante de las casas de la vecindad con su claro pregón de «¡Patatas! ¡Patatas!».

Más tarde, los tranvías, como elefantes de buen humor, se sucedían los unos a los otros lentamente y se paraban con una gracia primitiva. Luego volvían a avanzar de nuevo sobre sus predestinadas veredas como si la parada les hubiera prestado a cada uno de ellos la comprensión de todas las cosas.

Frankie bajó por la «División Street», donde sólo florecen farolas y bocas de incendio, vistiendo los mismos pantalones de lana del ejército y la guerrera de combate, con la manga zurcida tan limpiamente por una máquina de coser que apenas podía notarse el viejo desgarrón. Avanzaba con un gorro nuevo en la cabeza y con la sensación de que se le había aflojado interiormente algún resorte.

De regreso al sucio campamento de la ciudad iba por entre los edificios como un recluta que vuelve al cuartel del que su equipaje ha salido hace mucho tiempo y está estropeado para siempre. Se sentía debilitado y a la vez fortalecido por su esfuerzo. Sus manos colgaban pesadas y los dedos le parecían ser todos pulgares por falta de uso en la práctica de la baraja, del taco de billar, de los dados o del tambor. Pero había vencido a McGantic.

Había pagado completamente.

No tendría ya que castigar su carne ni sus huesos.

Molly le había enseñado que si algo le roía el corazón, estaba obligado a combatir. A luchar sin ninguna posibilidad de abandono.

«Si antes tuviste habilidad, la volverás a tener», se dijo, y pasó delante del «Safari» sin mirar, pues ya no había allí nadie a quien ver.

—Cuando un inválido lleva de la mano a otro inválido, poco importa —oyó que alguien le decía al entrar en el vestíbulo de su casa.

En la penumbra, alguien estaba amenazando a cierta persona que estaba arriba. A mitad del primer piso vio la insignificante figura del pobre Peter Schwabatski dentro de su impermeable, deslizando una margarita artificial en una grieta de la escalera. ¿Cuánto tiempo llevaba ya tratando de hacerlas crecer? Desde antes de que el escalón de en medio se soltase, recordó Frankie. Cuando el idiota le preguntó una vez a su papá por qué no crecían nunca sus flores, el «Carcelero» contestó:

—Porque nunca llueve dentro de la casa.

Eso era muy difícil de comprender para Peter. A él le parecía que en el interior de la casa llovía todo el día. Llovía todos los días sobre las margaritas de papel de su cerebro: un jardín de papel en una lluvia de papel. Y ésa era la razón por la que siempre llevaba puesto el impermeable, con sol o con lluvia, con sequía o con tormenta, con heladas o granizo de verano.

El chico había estado siempre sentado donde lo estaba ahora, moviéndose tan humildemente como siempre, demasiado absorbido en sus polvorientas flores para levantar la cabeza medio calva. No tenía más allá de veinte años, pero se le caía el pelo desde los doce.

Cuando al subir dejó atrás a Peter, Frankie oyó a Violet y al «Carcelero».

—No martillees en domingo —solicitaba Violet—. Vete a dormir, borracho. Cásate y dedícate a tu mujer.

—La que tuve también decía que no diera martillazos los domingos —le echó en cara a Violet—. Me decía que ya martilleaba bastante durante la semana.

—Bastantes martillazos has dado también por estos alrededores, y todavía no has dado en el clavo —le reprendió ella—. Dos años para clavar una tabla.

—¿Quieres venir abajo y probar ahora la medida de mi tabla? —la invitó—. Después no te importará ni poco ni mucho mi martilleo.

Parecía un verdadero merengue.

—¿No te da vergüenza, Schwabatski? —se burlo Violet en voz baja—. ¿Por qué



te bebes en las tabernas el dinero de la leche de este chico?

—Deja a los chicos fuera de este asunto.

Le dio vueltas al martillo como si estuviera dispuesto a darle en la cabeza si seguía molestándole.

\*\*\*

Frankie estaba apoyado en la baranda sin saber qué estaba esperando. Por alguna razón la bombilla de veintidós vatios había sido pintada de rojo oscuro, como la del cuarto de visitas de la cárcel. Cuando pasó cerca del «Carcelero», el viejo le enganchó con el martillo y le retuvo:

—Servía muy bien aquello, tahúr. Se metió en mal negocio. Los polacos no necesitaban lo que vendían. Ya lo ve, después de todo no le sirvió de nada tener al diablo por padre.

Frankie se soltó y subió las escaleras, pero el viejo le siguió, hasta que Frankie tuvo que rechazarle y devolverle a sus escaleras, su hijo y su *whisky*.

—No acabarás nunca el escalón si le estás dando a la lengua todo el día —le dijo.

El viejo le cogió por la manga de la guerrera y Frankie miró sin rencor al encanecido gruñón que intentaba siempre animar a quienes él creía que lo necesitaban. Una manía inofensiva, desde luego.

—Hay gente a quien se debe romper la cabeza —murmuró, como si hubiera oído la amenaza que una noche le lanzó Frankie a Louie—. No te atormentes. Yo mismo le hubiera dado con este martillo. Yo mismo lo hubiera hecho. No te atormentes. No sufras.

El viejo se hallaba dos escalones más abajo y parecía rogar de rodillas. Frankie cogió la grande y venosa mano y sintió la debilidad de sus propios dedos en el apretón que dio el viejo.

—Todo cuanto hice fue un pequeño robo, «Carcelero» —le dijo suavemente—. Ahora he cumplido por ello, así es que vamos a olvidarlo, pues ya no tiene remedio. Pasan cosas de muchas clases, y cuanto menos se hable de ello, mejor para mí y para todos.

Era la seguridad que necesitaba el viejo. Comprendió que Frankie había hallado la paz, y le soltó. Frankie le vio volver a su trabajo con un lápiz detrás de la oreja y una regla sobresaliendo del bolsillo trasero del mono.

Violet bajó sin saludarle siquiera. Eso no era lo acostumbrado en ella, y Frankie pensó: «Ahora va a decirle al pillete que he vuelto».

—De todos modos ya has oído lo que te he dicho —farfulló el viejo por entre dos clavos que tenía cogidos con los dientes.

En seguida se oyó el rápido golpear del martillo, como el latir de un corazón sano. El «Carcelero» se sentía mejor por haber descargado su pensamiento. Frankie podía salvarse. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que el viejo quiso explicarle que lo

sabía! Frankie no podía ni presumirlo.

«El viejo tiene buen corazón», se dijo.

Todos, incluso aquellos que dejaban entornadas las puertas para hacerle rabiarse, sabían que el viejo tenía el más noble de los corazones. Sólo que en los últimos tiempos había poca demanda de corazones de esa clase. Los corazones de damiselas románticas no estaban de moda. Lo que más se buscaba eran corazones de hierro, reforzados. Digamos, corazones corrientes con gancho de martillo, hechos más bien para desgarrar que para componer. Era el nuevo estilo de corazones. Los buenos sin blindar no se estilaban.

Detrás de la estrecha puerta amarilla, numerada en rojo con el 29 que él mismo había clavado, Frankie oyó al viejo reloj marcando su tic-tac. Y entró sin llamar.

Sophie estaba sentada con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados y parecía descansar. Creyó que era la ruidosa Violet quien entraba otra vez y con voz inaudible dijo:

—Hoy entras para trabajar, ¿no? Ayer no hiciste más que mandar las cosas.

Ciertamente, el cuarto estaba como si Violet no hubiera hecho sino enviar las cosas en esos días. Parecía que hiciera más de un mes que no lo hubieran barrido: colillas, polvo, botellas y horquillas ensuciaban el suelo.

El libro de recortes descansaba sobre su regazo.

—¿Has estado recortando ilustraciones, Zosh? —preguntó Frankie.

Ella abrió los ojos, sonrió un poco y le ofreció las manos. Este gesto le indicó que ella ya sabía que era él quien había estado desde hacía un rato en el portal, y que había jugado consigo misma un juego extraño después de oír su voz en las escaleras, haciendo como si no hubiera oído a nadie. Sin embargo, él conservó sus manos entre las suyas.

—Estás más fuerte que antes —dijo Frankie.

Las manos de Sophie parecían haber adquirido una ferocidad muy suya. Estaban frías, frías. Las soltó gentilmente y se puso detrás del sillón para mecerla un poco.

—Eso está bien, Frankie —le dijo débilmente—. Te has aprendido la lección. Dios te ha avisado. Debes hacer propósito de enmienda después del mal que has hecho.

La voz de Violet sonó en la puerta abierta.

—¿Cuándo ha salido ese hijo de perra?

Frankie la saludó desde donde estaba.

—¡Hola, sargento! Entra, pero no te traigas tu ejército.

—No te quiso hacer daño, Frankie —le disculpó Violet como una madre disculpa al hijo caprichoso—. Se asustó y salió corriendo.

—Pues que siga corriendo. Consiguió de alguien un buen fajo de billetes y necesitará mucho tiempo para contarlos. Esta noche vuelvo a trabajar en casa de Schwiefka y ese mosquito no puede trabajar donde yo esté sirviendo las cartas. Yo fui quien le buscó la colocación y yo soy quien se la quita. Es lo primero que haré esta

noche. Será mi primera buena acción en favor de la sociedad.

Oyó retirarse al «Gorrión» tan suavemente como había venido. El pillete sabía desde hacía meses cuál iba a ser la actitud de Frankie, pues sin duda había huido como un perro escaldado.

—¿Qué es lo que le envalentona tanto? —le preguntó Frankie a Violet con pesada ironía—. ¿No será que tiene algo malo en la conciencia?

Pero Violet se había marchado a consolar o a afearle la conducta a su «Gorrión», y Zosh estaba esperando que volviera. Así es que todo podía empezar de nuevo como de costumbre.

—La pasta de tu paga extraordinaria se ha terminado, Frankie —fue su primer disparo—. He tratado de hacerla durar. Los dos últimos meses he procurado vivir de tu pensión por invalidez, y a pesar de ello he tenido que pedirle prestado un billete doble a Violet, que aún no le he podido devolver.

—No tienes que devolvérselo, si viene de donde yo creo que viene —le dijo Frankie.

—Me dijo que era del seguro del viejo —repuso Zosh—, pero por la forma en que se porta tampoco tengo interés en devolvérselo. ¿Vas a volver de veras a trabajar tan pronto?

—En cuanto salga a la calle —le aseguró—. Estoy buscando una verdadera colocación. Tocar las cajas. Quiero ser tamborilero. —Se dio cuenta de que *Rummy* no estaba debajo del aparador, y preguntó—: ¿Dónde está el chucho?

—Se lo llevó Violet, porque tiene más sitio. ¿Cómo podía yo cuidarle estando sola todo el día con él? Y además, no me quería. ¿Por qué no me compras un cachorrillo, Frankie? Dijiste que lo harías. Lo prometiste.

Así es que después de todo, nada había cambiado. Ella tendría un perro y él sería tamborilero renombrado. Ensayaría todas las noches.

Pero ella le había conocido otras reacciones parecidas de doradas esperanzas. Se le pasarían ahora como siempre. Volvería de nuevo a servir cartas, y ella seguiría sentada donde estaba, y todo seguiría por el mismo camino de antes.

Sacó de debajo de la fregadera la madera de ensayar y le quitó el polvo depositado en las grietas y las abolladuras. Luego cogió los palillos para acariciarlos y los volvió a dejar en el suelo con cuidado cuando vio que la mujer se adormilaba en su sillón.

—Obremos ahora como gente honrada —murmuró como en sueños—. Obremos como gente honrada y vayamos al «Aragon».

Frankie estaba detrás del sillón con las manos sobre la madera, dispuesto a mecerla si se despertaba. Entonces, viéndola inclinar la cabeza, le dijo bajito:

—Sueña dulces sueños, Zoschka. Sueña que estás bailando de nuevo.

Frankie no pudo ver la sonrisa que recorrió a sabiendas los labios de Sophie.

\*\*\*

Ni «La Maroma» ni el «Safari» volvieron a ver a Molly Novotny. Se había perdido en la vasta red de calles y callejuelas, de luces de tránsito y refugios inconfesables, de hoteles y pequeños restaurantes sin nombre, abiertos toda la noche bajo la única luz de los anuncios: *Buenas comidas*.

—Me parece que trabaja en un teatracho de los suburbios —le dijo Antek a Frankie—. Pregúntale al lector de contadores, que es el tipo que suele ir de exploración.

Frankie esperó medio día al lector de contadores, y no obtuvo sino una desalentadora información:

—De lo único que me acuerdo es de un gato sentado sobre un piano. Me hallaba tan bebido que no sé dónde estaba. Pero me acuerdo que hablé con la chica de John el «Borracho». Ella también estaba algo bebida.

Así pues, todas las noches se terminaban ahora para Frankie con la firme resolución de explorar por los alrededores de las calles Lake y Paulina antes de que anocheciera. Pero las diez de la noche le daban en el sillón de *croupier*. No podía permitirse faltar una sola noche, pues tenía necesidad de dinero. No podía ir en busca de Molly sin blanca y mendigando.

Sin embargo, la semana se terminó sin que él fuera más rico que el lunes por la mañana. La antigua ruleta volvía a funcionar y tenía que jugar fuerte como los demás.

Una vez más las amarillas farolas se iluminaron en la sombra del «elevado». Programas de color aparecieron en los escaparates de las panaderías anunciando que los Maestros de la Melodía de Mickey Michael tocarían el sábado en San Wenceslao Kostka a favor de los «Invencibles de la Correa de Cuero S. A.».

Frente al mercado de la casa Pischota, donde vendían aves y huevos frescos, un solo ganso estuvo haciendo el tonto atado a una cuerda con el anuncio entre las patas.

El «Hombre del Paraguas» iba a casa de Schwiefka todos los mediodías con el *Times* de la mañana arrugado en el bolsillo y medio dólar en la mano. Nunca ganaba y jamás se quejaba. Llegaba con una botella en el bolsillo de la cadera, hacía sus apuestas como si estuviese pagando una factura y se marchaba con la cara de alivio de quien ha pagado una vieja deuda. Lo único que parecía desear en cambio era el privilegio de subir las mismas escaleras para volver a ensayar su suerte al día siguiente.

No se permitía subir esa escalera después de haberse corrido la última carrera. Desde que Frankie se marchó, Primo Kworka le había prohibido que jugara al póker. Así es que cuando había hecho una apuesta de cincuenta centavos, el «Hombre del Paraguas» dedicaba la noche a beber en vez de jugar al póker. Al mediodía siguiente todavía se tambaleaba.

Se decía que había estado mendigando bebidas en casa de la viuda Wiczorek.

—El gato gris le gruñe al «Paraguas» —le oyó decir Frankie a Antek.

Todo seguía igual, aunque todo parecía cambiado. Nadie se sentaba ya debajo del

anuncio del juego de *Shorts Cards* en espera de ir a buscar café y cigarrillos para los jugadores. Pig el ciego se pasaba las noches en el «Safari» y ahora vivía en el cuarto que antes ocupaba Louie, heredero de los bienes dejados por éste.

—Cojo cuanto puedo abarcar —le aseguraba al inquieto fantasma de Fomorowski.

El anuncio de la cerveza *Praga* encima de «La Maroma y el Mazo» se encendía a la misma hora todas las noches. Encima del espejo del bar y alrededor de las paredes colgaban nuevos anuncios de la *Budweiser*, de la *Chevalier*, del *Néctar* y de la *Schlitz*. Como en honor del regreso de Frankie.

Éste se preguntaba maravillado por qué los anuncios del «Patrón» tenían siempre aspecto de limpios, saludables, satisfechos y alegres. Había una fresca, recién lavada joven ama de casa guiñando alegremente un ojo por haber reservado dos botellas de cierta bebida para el caso de recibir visitas. Evidentemente era una de las pocas mujeres del Condado de la Cocina que había oído hablar de cerveza, pues el entusiasmo del marido por esta previsión apenas tenía límites.

Al lado de ella había una especie de hombre de los bosques preparando una pata de cordero sobre un fuego sin humo en un limpio país verde, de lagos azules y álamos blancos tan rectos y grandes que parecían tacos de billar completamente incrustados de marfil.

—Tiene que haber ido allí y haberlo matado él mismo —decidió Frankie equivocándose por completo respecto a la intención del cartel, que consistía simplemente en tomar nota del jarro de cerveza frío que esperaba sobre la manta enrollada al lado de la hoguera sin humo.

Debajo del friso un iletrado de carrillos color de rosa, con un vaso de *whisky* a su lado y sentado sobre los libros hacinados por un fotógrafo, miraba bondadosamente a los habituales de «La Maroma y el Mazo», que en aquel momento estaban bebiendo el citado producto.

Los clientes le devolvían de vez en cuando la mirada curiosa pero tan nublada que la mayoría de las veces creían que el hombre sentado en la biblioteca del anuncio era Errol Flyn.

Aquella raza de sangre fresca creada por las mejores agencias de publicidad contemplaba a los parroquianos de «La Maroma y el Mazo» tratando de comprender por qué aquellas estropeadas ruinas tenían cara de no haber visto países de lagos oscuros con tacos de billar a guisa de árboles.

Los tipos no parecían haber visto tampoco la biblioteca particular de nadie, e incluso parecían no haber visto ni siquiera las bibliotecas públicas. No había más que muchachos con los dientes estropeados, mujeres con las caras ajadas y chicas con los cabellos tan peinados que parecían llevar cascos. Había también viejos zánganos con caras de latas vacías. Y una larga fila de gente que en su vida habían visto un álamo blanco.

Frankie decidió:

—Tengo que inscribirme en una biblioteca.

Ésta era una de las muchas cosas que tenía que llevar a cabo. Otra era procurarse una colocación legal, de suerte que pudiera romper limpiamente con Zosh en vez de huir como un raterillo. Empezaría en cuanto se bebiera la copa... y se la bebió. Entonces pensó en echarle un vistazo a cierto nombre que figuraba en la guía de teléfonos, colgada a unos cinco metros de donde estaba sentado. Se trataba del nombre de una agrupación que podía colocar a un tamborilero con o sin *carner* del sindicato. Pero precisamente en el momento en que iba a consultar la guía se dio cuenta de que a Antek se le habían roto las gafas.

—¿Qué les ha pasado a tus espejuelos, «Patrón»? —le preguntó con interés.

Antek no respondió. Creyó que se estaba burlando. Antek sufría de vez en cuando percances que le humillaban más profundamente que los golpes.

Al parecer el gato sordomudo había sufrido también el bombardeo. Entró arrastrándose por el suelo sobre tres patas; un perro atado a una correa corrió a su encuentro. La mujer de Antek, con la correa en la mano, permitió al perro que se acercara lo bastante para obligar al gato a huir.

—La vieja gata no es buena —se explicó a sí misma—. Es de las que matan a sus gatitos. Alguien tendría que castigarla por eso.

Frankie se sintió dominado por una obscura compasión hacia todos los gatos viejos.

—Lo hace por tener sitio para la próxima camada —le dijo a la mujer, y para que todos supieran lo que sentía, gritó—: Píllala, *Rummy*.

La vieja gata pudo evitarlo saltando sobre las apiladas cajas vacías.

Los viejos zánganos se rieron.

Frankie se volvió. Parecía como si todo lo que le solía ocurrir empezase siempre con los ladridos de un perro desconocido.

Fuera, las señales del tránsito cambiaban del rojo al verde y viceversa. En el espejo del bar vio abrirse la puerta y entrar al «Gorrión» haciendo como si no quisiera verle. Luego se acercó a un viejo amigo a quien no veía desde hacía tiempo.

—¡Eh, tahr! —le llamó desde el mostrador, pidiéndole a Antek dos vasos de cerveza.

Frankie dejó que le pusieran el suyo delante sin demostrar siquiera que había visto entrar al pillete. Pero con el rabillo del ojo vuelto hacia el espejo lo observó como nunca lo había hecho. Así es que éste era el chistoso por culpa de quien había pasado nueve meses en presidio.

«Aquella vez me abandonó con la bolsa en la mano», recordó con firmeza. Así que nunca, nunca cedería.

El «Gorrión» se inclinó sobre el mostrador hacia Antek, le habló confidencialmente, y un minuto después Antek se acercó a Frankie con aire demasiado casual.

—Quiere hablarte —dijo—. Desea volver a guardar la puerta de Schwiefka. Dice

que estás muy equivocado con él acerca de ciertas cosas.

—Si algún tipo quiere colocarse en casa de Schwiefka —replicó Frankie en voz alta para que le oyera el pillastre—, que vaya a casa de Schwiefka. Yo no dirijo la casa. No hago sino dar las cartas.

Antek le llevó la contestación al «Gorrión» y éste se sintió por fin valiente. Buscando los ojos de Frankie en el espejo, le preguntó con una vocecita picada:

—¿Aún conservas tan duros sentimientos, tahúr?

—No tengo ningún género de sentimientos.

—No tenía sentido el que nos dejáramos coger a la vez, Frankie.

—No tenía sentido —convino éste—. ¿Quién lo discute?

En verdad, Frankie no. Todo había pasado y todo estaba hecho lo que a él concernía. Dejó sobre el mostrador el vaso que el pillastre le había pagado y pasó junto a él hacia la puerta.

El «Gorrión» lo cogió suplicante por la manga.

—Déjame hablarte, Frankie.

Éste le miró. El pillastre tenía cara de miseria. Y hacía mal tiempo para robar perros.

—Hay muchas cosas sobre las que me he equivocado —le dijo—, pero tú no eres una de ellas. Tú eres la única cosa de la que estoy verdaderamente enterado.

Se subió el cuello de la guerrera para protegerse del frío del anochecer y se marchó sin mirar atrás.

Ahora todas las mañanas subía la marea de su soledad y sólo se reducía cuando por la noche volvía a sentarse en su sillón de *croupier*. Pero a la mañana siguiente volvía a surgir un poco más alta. Si no hubiera sido por el pillastre, ahora hubiera estado legalmente en algún sitio con Molly en vez de estar dando aún las cartas toda la noche. Bajo la luz nocturna sus ojos no reflejaban ya la luz.

Todo consistía en el pulso con una baraja o con un taco de billar, pero sus dedos habían perdido el tacto. Ya no tenía la sensación de la baraja. Y antes todo iba mejor.

Una noche estaba haciendo prácticas apretando una pelota de esponja.

—Tunney se fortifica las manos así —le explicó a Sophie. Y creyó sentir más fuertes sus dedos.

A los jugadores les dio un servicio movido durante tres noches seguidas. La cuarta noche su celeridad disminuyó, hasta que de madrugada un jugador se plantó con una escalera baja y tres más tenían dos parejas. La carta final del segundo jugador resbaló boca arriba, casando con el par de seises que aún estaban en juego. Frankie se puso colorado y sirvió también a los otros con cartas descubiertas tras haberle pedido un humilde «perdón» a aquel cuya mano había sido tan torpemente descubierta, un joven al que sólo conocía por el nombre de «Pájaro Perro».

Cuatro de los jugadores volvieron sus cartas con gran alivio: el *croupier* les había ahorrado dinero. Pero el «Pájaro Perro» empujó el platillo hacia Frankie.

—Esto, te lo has ganado, tahúr —le aseguró, golpeando su sombrero contra la

palma de la mano en señal de que dejaba el juego. Puso dos billetes suyos en el platillo y agregó—: También te ganas esto.

—Retira tu dinero, «Pájaro» —le rogó Frankie—. Es tuyo.

—Sin rencor —le aseguró el muchacho con una sorda risita.

Todos le vieron salir mientras Frankie barajaba pretendiendo que la culpa era de las cartas. El platillo quedó en el centro de la mesa para el ganador de la mano siguiente.

Las palmas de las manos de Frankie sudaban y la baraja, que siempre se había deslizado tan ligera, ahora parecía estar medio pegada a ellas. En la primera vuelta le dio carta al sitio vacío del jugador ausente y las cartas tuvieron que ser corridas alrededor de la mesa. Schwiefka puso la mano en el brazo de Frankie con un toque lleno de significado.

—Vete abajo y bébete una copa, tahúr. Estás dando las cartas como si tuvieras pelos en los dientes. Yo tengo aquí un tipo que podrá servir bien.

Frankie echó su silla hacia atrás, se dio un golpe en el gorro y por todo el camino hacia la salida creyó oír risitas detrás de él.

En el zaguán del portal encontró al pillastre.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando en vano? —le preguntó Frankie.

Un viento frío llegaba desde la callejuela y el pillastre se soplabla las manos.

—Mucho tiempo, Frankie. Devuélveme mi colocación. Estoy arruinado.

—Siempre lo has estado —le recordó Frankie.

Cuando llegaron a «La Maroma y el Mazo», el «Gorrión» entró detrás de él y estuvo observando mientras Frankie pedía un *whisky* doble. Su mano derecha temblaba tanto que tuvo que coger el vaso con la izquierda. Cualquier mano temblaría llevando toda la noche tras de sí la sombra de un pillastre. Éste debía estar practicando de nuevo para volver a ser un detective. Se metió las manos en los bolsillo. Tomó dos dobles antes de dejar de temblar.

—¿Tenéis mucha gente arriba esta noche? —preguntó el pillastre, demostrando sentir verdadera nostalgia—. ¿Tienes que volver arriba después?

—No tengo sitio alguno donde ir.

Cuando Frankie pidió el tercer doble el «Gorrión» comprendió que algo molesto había sucedido en el garito. Frankie bebía café entre los descansos cuando las cosas seguían su curso normal.

—¿No vas a volver arriba en toda la noche, Frankie? —volvió a preguntar confiando con esperanza que Frankie estuviera también despedido.

—Ni esta noche ni ninguna más. No subiré las escaleras de nadie. Durante una temporada voy a intentar bajar las escaleras. Quiero ver lo que pasa en el sótano.

—Tienes que pagar el alquiler —le recordó el «Gorrión».

Frankie se volvió hacia él.

—Me parece que eres tú el que estás atrasado en el pago del tuyo —le dijo, mirándole de arriba abajo, los zapatos rotos, los pantalones gastados en las rodillas y



la chaqueta que antes había sido del viejo Stash. Todavía tenía las huellas de unas tenazas de hielo visibles sobre el hombro izquierdo— Parece como si Violet te hubiera despedido —agregó.

—Voy a vivir mi propia vida —respondió el «Gorrión», tratando de salvar algo de su orgullo.

—Hace demasiado frío para andar rodando —dijo Frankie.

El «Gorrión» se dio cuenta entonces de que no era ya nadie, ni siquiera para beberse una copa con Frankie.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó.

No esperó respuesta.

Frankie vio su estropeada chaqueta cogida en la puerta cuando cerró tras él. Después el pillastre se desprendió y se hundió en la noche de noviembre. «Ahora hará un año que me reuní con él por primera vez», recordó Frankie con el corazón lleno de nostalgia de muchos noviembrés.

El «Patrón» vino con la botella.

—Por cuenta de la casa —le dijo a Frankie, y sirvió para ambos.

Frankie empujó medio dólar hacia Antek. No estaba tan necesitado como algunos pensaban.

—Mira. ¿Has leído ese letrero, tuyo? —le preguntó, señalando uno de los avisos del bar:

NUESTRA VACA HA MUERTO.  
NO NECESITAMOS NUESTRO TORO.

—Bueno, mi vaca también se ha muerto, así que no me des nada de tu toro —añadió—. Dame sólo el cambio.

Y escupió lenta y provocativamente, haciendo gran alarde.

Antek se sintió ofendido. Él sólo había tratado de arreglar las cosas entre dos viejos amigos, y ésta era la recompensa. Retiró la botella y su propio vaso, volvió con el cambio y dijo:

—Sírvete tú mismo, tahúr.

Después escupió tan lenta y provocativamente como él.

—¿A eso le llamas escupir? —se rió Frankie con enorme desprecio.

Tosió una vez y soltó un magnífico salivazo por encima del mostrador. Redondo salivazo que se aplastó contra el espejo donde las fotografías de la mujer y de la hija de Antek estaban colgadas en sus marcos de fantasía. Antek cogió una toalla sucia del bar y se la plantó en la cara de Frankie. Éste se limpió la cara sin que al parecer le importara el gesto despectivo.

—Después de todo, Frankie —se disculpó humildemente Antek—, un tabernero también tiene sentimientos.

Y entonces vio que Frankie estaba llorando. Durante un minuto le estuvo mirando pensativo. Luego Frankie le devolvió la toalla.

—Voy a decir algo que en nada incumbe a mi negocio —dijo Antek, midiendo cada palabra como si temiese decir una de más—. Me parece que estás muy equivocado con el pillastre. Nada más. —Y le volvió la espalda.

Luego, entonces había sido Pig, y el pillastre tenía razón al pensar que era el «Patrón» quien había abierto algo así como una cuenta con el dinero robado a Louie. Su orgullo pudo más que la realidad. Si había estado equivocado tanto tiempo, seguiría equivocado. El pillastre se había ido, y había que dejarle ir. Dejar que todos se fueran...

Era demasiado duro ser humillado dos veces seguidas con una toalla sucia de bar.

\*\*\*

No comunicó a Sophie su determinación de dejar a Schwiefka. Ni siquiera se lo dijo a éste. Durante todo el día siguiente se quedó en cama esperando que volviera a sus muñecas la antigua agilidad. Acostado completamente vestido, con el gorro en la mano, parecía preparado para volver al trabajo en cuanto recobrar el pulso.

Pero el tacto había muerto en su piel, perdido como otras muchas habilidades. Y esta pérdida le causaba una pena mayor que la soledad de sus noches; mayor que el ansia que sentía por Molly.

Ni Sophie ni McGantic querían que practicara otra vez en las cajas. Ella estaba sentada cerca de la ventana y McGantic rondaba a lo largo del frío vestíbulo.

Al terminarse la tarde Sophie empezó a contarle todo cuanto había dejado de ver cuando tuvo que marcharse. Ella había ido a ver una película sobre Jack London en el Klondike y otra en la que Joan Crawford se cambiaba de sombrero sin que cambiara la escena.

—Voy a escribir al «País de la Pantalla» sobre el asunto —dijo—. Pagan cinco billetes a los benefactores del cine, como ellos dicen.

No escribía nunca. Pero había añadido algunos recortes al álbum de *Accidentes fatales*. Ahora se pasaba largas horas con el libro en la falda, sin hablar ni una palabra como si por fin se hubiera dado cuenta de que para ella no había nada de interés en el mundo. No había sitio para ella en parte alguna. No tenía más que esperar. Esperar ¿qué? ¿Un milagro?

—¿Por qué no vendrá Violet a verme, aunque no sea sino para preguntarme cómo me encuentro? —dijo de pronto.

—Porque ha tenido dificultades con el pillastre —le contestó Frankie sin saber él mismo a qué se refería—. Violet va en busca de algo.

\*\*\*

—Según lo que quieras decir —contestó él automáticamente.

—¡Oh, no pretendas como siempre que no sabes de lo que estoy hablando! —replicó ella—. Una mujer es la fatalidad de los hombres y un hombre la fatalidad de las mujeres. Tú eres mi sino, y yo soy el tuyo.

—Siempre dándole vueltas a la noria.

—Lo que quiero decir es que no hay nada más muerto que un amor muerto —dijo ella con severidad—. Nada hay más muerto.

—Ya lo creo que lo hay —le aseguró él suavemente—. Los difuntos, éstos están más muertos que nadie.

La contestación de Sophie fue simplemente mover sus manos delante de la cara de él como si fuera una bailarina hawaiana y cantar descaradamente:

*¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo estás?*

*Te traigo besos de ultramar.*

Le estuvo observando astutamente mientras comían la cena fría en platos de cartón. Se lamentó de que no le quedara fuerza bastante en las muñecas ni para rebanar el pan ni para cortar la salchicha. Le estuvo mirando mientras él le cortaba el pan. Entonces movió las manos en vez de comer.

*Otros que conociste*

*pueden llamarte coqueta...*

—Siempre ladrando y con burlas —le dijo Frankie.

Ahora se creía una gran cantante en una gran orquesta de muchachas. Por encima de la salchicha sonrió dulcemente a las invisibles ejecutantes, alentando a unas y a otras con una reverencia. En su sonrisa había algo extraño.

—¿Quién diablos crees que eres? ¿Un pájaro?

No obstante, los ojos de Frankie se nublaron de inquietud por ella.

—Evelyn y su violín mágico —explicó con facilidad Sophie—. También sé realizar cosas de magia.

—Bueno —dijo él, pensando que iba a encerrarse de nuevo en una larguísima noche— ya volvemos a empezar.

—... *piensa en mí* —cantó ella.

—¿Por qué has de pensar en mí? —dijo, y se interrumpió bruscamente para preguntarle—: ¿Qué te parece la A. F. del T.?<sup>[4]</sup>

Frankie levantó la vista sinceramente desconcertado.

—¿Pero qué sabes tú de la A. F. del T.? Me parece que estás tratando de hacerte pasar por loca desde que he vuelto. Si estuvieras sola tendrías más seso. Siempre estás apartando la vista. Siempre estás haciendo teatro.

Pero si ella estaba representando o no una comedia no podría decirlo.

Media hora después se excedió de nuevo. Él estaba dormitando y cuando se despertó vio que ella estaba trazando con el dedo sobre el polvo del cristal una sola palabra: perdición.

Cuando acabó sonaron las sirenas. Pasó el coche de las escalas, los coches de patrulla, los de Seguridad y todo el material de alerta en dirección a algún siniestro. Ella empujó el sillón hacia la puerta y desde la escalera llamó a Violet:

—Ya vienen. Con las escalas y todo, Ya vienen.

Violet bajó las escaleras al galope. Tenía que telefonar a los periódicos para saber dónde era el fuego y lo distante que estaba. Una especie de orgullo sobrecogió a Sophie mientras Violet telefoneaba desde el despacho del «Carcelero».

—No es más que un cortocircuito en los sótanos de la pescadería —informó Violet desde la puerta—. Ya está todo dominado.

Pero Sophie no se tranquilizó durante toda la tarde. Ni las revistas ni el álbum de recortes, ni la promesa de subirle cerveza podían consolarla. Sólo podía pensar que aquello se había terminado. Precisamente cuando Violet había dicho que aquello daba ganas de llorar, se había terminado todo.

—Todo el incendio estaba en mi cabeza —murmuró.

Él se marchó a casa de Schwiefka hacia las once de la noche. No había otro medio de resistir hasta el amanecer.

\*\*\*

Solly Saltskin no era tan feliz durmiendo en la cama del difunto Stash Koskozka como él había creído que lo sería. Si se hubiera tratado de dormir en ella ocasionalmente la cosa hubiera sido soportable. Pero estar atado a las cuatro patas de la misma cama noche tras noche era algo inaguantable.

Se necesitaba una cabeza más fría, una mano más vieja, un poco más de reserva y algo de sueño de vez en cuando. Pero Violet tenía tal condición que el «Gorrión» no podía pretender dormir, ni siquiera descansar entre dos sueños. Una vez pudo evadirse con la débil excusa de:

—Voy a tomarme una taza de café en la cocina. Duerme. Necesitas descansar. Tienes cara de actriz de cine cansada.

Pero cuando iba a llevarse la taza a los labios ella le apretó la garganta con los dedos desde atrás y él gritó como un pato al que se estrangula.

—No hagas eso cuando esté bebiendo —protestó.

—Cuando no lo esperas es más divertido. Ni siquiera me has oído llegar, ¿verdad, gansito? ¿Me quieres aún, gansito mío?

Se sentó en sus rodillas para darle el café a cucharadas, lanzando gritos de alegría cada vez que tragaba en falso.

—Pareces muy desgraciado, gansito. ¿Tiene el café bastante azúcar? Dime que soy lo bastante dulce para ti y que no necesitas azúcar teniéndome aquí.

Lo único que se atrevió a contestar el «Gorrión» fue:

—Déjame que me levante, Violet. No sé qué te pasa últimamente. Antes no estabas así siempre.

Ella no le dio tiempo a que se hiciera figuraciones.

—El café está colado ya, Violet.

Nunca se acordaba de que el «Carcelero» no le reñía nunca a la viuda Koskozka porque dejara la puerta algo entreabierta.

Por fin le soltó, y cuando volvió la cabeza hacia el colador ella le dio un empujón, gritando al mismo tiempo: «¡Aúpa!». Él dio un salto de medio pie de altura, se fue tambaleando histéricamente hasta la pared y rodó como un conejo herido hasta que dio con la espalda contra algo sólido y la miró asustado esperando el golpe final.

—No hagas nunca eso —le dijo débilmente, con los ojos oscurecidos por la histeria—. No hagas nunca eso y no mires así.

—Te acostaré —le consoló ella—. Yo haré todo por ti, gansito.

Le siguió sin piedad hasta la alcoba, soplándole en el cuello y sacudiendo la melena teñida como la de un león vencedor. En su día el «Gorrión» fue un juguete entretenido, pero ¿cómo podía una muchacha conservar un juguete que no ganaba un centavo y se bebía todos los cuartos que hallaba a su alcance? No se debilitaba tan pronto como se debilitó el viejo. Y se debía el alquiler de tres semanas.

Alguien tenía que irse.

Y Violet no pensaba en *Rummy*.

—No te puedes figurar lo que echo de menos al viejo ahora que se ha muerto —dijo—. No puedes figurarte lo cariñoso que era ese viejo cuando quería.

—No me coloques romances baratos —le contestó el pillastre—. Te casaste con él por sus cincuenta semanales, y lo que echas de menos son los cincuenta de marras.

Oyendo el rumor dorado de la ciudad volvió a las callejuelas estrechas de su infancia con un triste renacer en el corazón. Porque las callejuelas no cambian jamás. Parecía como si no hubiera pasado el tiempo desde que salió por primera vez de ellas evadiéndose de aquel tunante, como ahora se evadía de Violet. Parecía la misma mañana dorada.

Las callejuelas habían sido siempre su santuario; habían sido más amables para él que las calles. Los días pasados los había dedicado a registrar los cubos de la limpieza en busca del papel de estaño de los paquetes vacíos de cigarrillos. Aunque los arroyos de los bulevares fueran preferibles para la recogida de papel de estaño, los callejones habían sido siempre más seguros.

El negocio del papel de estaño fue abandonado para entregarse a recoger corchos de cerveza, pues en aquellos días una cervecería de la «Blackhaw Street» había pagado diez centavos por el centenar.

Los corchos de cerveza eran dinero: se cambiaban en vez de peniques a lo largo de las aceras laterales. Un corcho encarnado valía cinco de la variedad corriente, pardo y blanco, y una vez el «Gorrión» descubrió una perla de gran valor: un corcho

naranja y verde con una lechuza grabada encima. Nadie en la vecindad había visto uno igual y le ofrecieron por él cien corchos ordinarios. Pero lo perdió por un agujero del bolsillo, y eso le había dejado un agujero en el corazón.

«¡Cinco arriba!». Recordaba que el sencillo tirar de un corcho representaba una apuesta de cinco y el que quedaba más cerca de la raya ganaba el primer envío — cinco corchos de cada jugador— y podía quedarse con todos los que habían quedado con la cabeza vuelta. Entonces podía tirar uno cada vez o todos juntos. Después el contrario hacía el segundo tiro, y cuando le llegaba el turno a Solly Saltskin no quedaba más que un corcho y éste le tocaba por defecto, pues que no quedaban tiradores. Pero él hacía de todas formas el tiro porque los otros lo habían hecho y era raro que hubiera alguno más alejado de la raya que Solly.

Incluso entonces había sido siempre el último. El golpe definitivo en la acera lateral siempre le había parecido más alejado de él que los de otras callejuelas. También entonces guiñaba, carraspeaba, se rascaba la frente y se mordía la lengua al tirar, en tanto que los que tiraban fácilmente eran vencedores. Veinte años, y aún seguía poniendo la cara demasiado cerca de los demás cuando hablaba, todavía husmeaba esperanzado a través de sus gafas de doble foco como si quisiera ver si aún quedaba un corcho de cerveza o dos para Solly.

Todavía recorría las callejuelas de dirección única entre la «División Street» y la Avenida Armitage con los ojos de la infancia, alerta siempre en busca de algo que pudiera ser transformado en una moneda.

Los aspectos y los ruidos de los callejones eran distintos a los de los bulevares y a los de las líneas de autobuses. Aquéllos los oía más familiarmente, como un enamorado de la naturaleza oye los murmullos de la mañana en la selva. El tintineo de los cacharros de la lechería y el choclear de los lecheros rezagados subiendo y bajando las escaleras de servicio, el chico de los periódicos en bicicleta por el sendero y el olor a pan tierno del camión de la panadería, todo ello eran visiones familiares, ruidos familiares y olores familiares para Solly Saltskin.

Robó un ejemplar de la *Tribuna* de un repartidor y dos bollos con chocolate del carrillo de un panadero, sólo para sentir cómo volvía la libertad a su agitado espíritu.

«Puedo morir pobre —se dijo al sentir renacer sus fuerzas—, pero no quiero morir atado. La ley de la vida conyugal no se ha hecho para mí». Y le dio un segundo buñuelo a *Bogacz*, el caballo del lechero.

—Caballo, ¿estás casado? —preguntó con voz ronca.

El viejo caballo movió un ojo blancuzco y despreciativo: ¡conocía a tantos de estos tipos que surgían siempre de la sombra para darle de comer azúcar robado en el restaurante o buñuelos que en realidad no deseaba! Lo tomaba todo porque se sentía solo los fines de semana, a pesar de que sabía que hay cosas peores que la soledad a lo largo del duro camino que conduce al trabajo.

El «Gorrión» oyó el tintineo de las jarras del lechero detrás de él y tuvo una retrospectiva sensación de culpa al recordar un medio olvidado ataque a otros

cuartillos y litros de leche, sensación que le apartó de allí y le hizo cruzar la avenida para bajar a la calle de enfrente.

Hacia el mediodía descubrió una especie de *fox-terrier* solazándose en un patio detrás de una galería cubierta. Lo había cogido por el collar, que de por sí valdría un dólar y medio, cuando por encima del hombro vio a un pesado gorila con un delantal manchado de pimentón que parecía sangre seca y con un cuchillo de picar carne en una de las garras.

El «Gorrión» acarició con cariñosas palabras al animal y le ofreció una invisible galleta. Cuando miró hacia atrás el cocinero estaba echado contra la baranda, con el cuchillo en la mano y midiéndole con la mirada como si tuviera la intención de decapitarle.

El «Gorrión» no se inmutó. El incidente le demostró que los buenos días del robo de perros habían pasado como las partidas de golf en miniatura y las revistas de Estrella y Ligas. Al parecer no quedaba ninguna clase de vida en las callejas. Ahora todo estaba en las calles anchas.

Había dependido demasiado de Violet y de Frankie. «¿Adónde iría cuando hubiera gastado el dinero que había cogido del delantal de Violet?», pensó con inquietud. El invierno iba a ser largo y frío para Solly Saltskin.

Durmió en la mesa de juego de la viuda de Wieczorek con su gorra de *baseball* a guisa de almohada. La viuda había enviudado hacía ya tanto tiempo que se había cortado el pelo y dejado crecer el bigote. No le importaba que alguno de los muchachos durmiera en la mesa si antes se tomaba un par de copas en ella. Le despertó hacia las dos y él estuvo holgazaneando el resto de la tarde viendo *Los cañones del gringo* en la ruidosa obscuridad del «Pulaski».

Cuando salió se encontró con que empezaba a anochecer. El viento empezó a hurgar en los portales, en las callejas y en los patios, a la zaga de la noche.

Un viento que sólo agitaba a un milano cogido entre los hilos del teléfono. Un milano rojo oscuro colgado de los alambres, ensangrentado. El «Gorrión» lo vio aletear allá arriba con los primeros rumores del anochecer y su propio corazón se encogió con el viento. Temblando de frío sintió por un momento como si también él estuviese colgado de los alambres, estremecido por el viento.

Le quedaban nueve dólares en el bolsillo y sabía dónde podía aumentarlos hasta cuarenta. Lo único que se necesitaba para sentarse en una sesión de cartas en el «Kippels» era un billete de cinco dólares puesto sobre la mesa.

—Podría vencer a esos vanidosos todos los días y dos veces en la Pascua del Kippur —se dijo al emprender el camino de los callejones hacia «Damen» y «División».

\*\*\*

Tomó asiento en la mesa del rincón, doblando sus nueve billetes de manera que

parecieran dieciocho y declaró como por casualidad: «Del resto», para indicar que se reservaba el derecho de acudir a su vacía cartera. Era una mano de siete cartas: dos servidas, cuatro descubiertas y la última tapada. No miró la pareja servida hasta que le dieron la primera carta descubierta: tres sotas encarnadas. Tres sotas de mano. Era la noche de Solly Saltskin. Durante un minuto miró al *croupier* con suspicacia, pero vio que era sólo un tirador corriente y que tres sotas era bastante para un pillastre cuya suerte necesitaba cambiar desde hacía tiempo. Todo lo que tenía que hacer era meter suavemente en juego a los otros.

Los otros no se fiaban del nuevo punto, pues parecía demasiado sencillo para ser completamente honrado. Todos tenían la sensación de haberle visto antes en alguna parte, pero ninguno podía situarlo. Los jugadores del «Kippels» eran judíos y éste era un judío, pero indudablemente no pertenecía a la comunidad. Pensaban que sería un renegado.

Lo pensaban al oír las inflexiones del acento polaco que su asociación con Frankie Machine le había proporcionado. Lo pensaban a la vista de la gorra de *baseball*, inclinada a la manera polaca, en vez del fieltro echado sobre la oreja. Los clientes del «Kippels» usaban chaquetas blancas y lazos oscuros estilo *jazz* y en el círculo no se veía una corbata ni para un remedio.

—¿Qué pasa? ¿No hay jugadores en la casa? —preguntó el «Gorrión» con verdadero disgusto al ver que uno tras otro pasaban ante el reto de las tres sotas tapadas.

Porque como los luchadores judíos, los jugadores judíos son pasivos. Pueden quedarse a la defensiva siempre; reservándose sus fuerzas, su astucia y sus cartas para la apertura simple, como si una apertura fuera lo único que puede garantizar a un hombre en la vida.

Habían aprendido que la suerte sencilla es lo decisivo. Sabían que para ellos no había triunfos de consolación ni segundas ocasiones. Es la sabiduría de los siempre perseguidos: retirarse sin ruido.

Para el cazador siempre quedaba la esperanza de otro día, pero cuando el cazado perdía, perdía para siempre. Por lo tanto tenía que ganar cada día. La muerte a largo plazo era el lujo del perseguidor; la muerte a corto plazo, la necesidad del perseguido. El perseguido tenía que asegurarse de antemano, no cometer errores en la apreciación del tiempo y actuar dentro de las normas establecidas desde antiguo por el cazador.

«Si fuera una casa de juego polaca, nadie se hubiera tirado», pensó el «Gorrión».

Porque los polacos echaban la ley de las probabilidades fuera de la mesa y buscaban la más lejana de las ocasiones a lo largo de caminos fantásticos. Con tres reyes boca arriba encima de la mesa y sin que el contenido del platillo garantizase un riesgo de 5 contra 1, aceptaban la suerte de 52 contra 1 sin vacilar y pedían cartas buscando el cuarto rey como si fuera una esperanza celeste. Si acertaban, la idea de haber tenido bastante nervio para jugarse una suerte tan lejana les excitaba tanto como la recompensa del dinero ganado.



Mientras podían pedirle prestado al tabernero jugaban como hombres que nunca habían perdido una partida, aunque hubieran estado perdiendo fuerte durante un mes. Los judíos se acuerdan de las pérdidas de los años pasados y olvidan las manos ganadoras. Los polacos juegan por jugar, para matar la monotonía de sus vidas. Los judíos juegan para hacer que las horas les devuelvan lo que otras horas y otras ciudades les han robado a sus padres: sus vidas están menos rotas lejos de la mesa de juego que cerca de ella. El polaco, aun jugando con dinero prestado y con el alquiler sin pagar, siente de cierta manera que puede permitirse perder todas las noches porque está seguro de ganarlo todo al final. El judío sabe que al momento de sentir que puede permitirse perder, empezará a perder hasta que el fondo del mundo se rompa y él mismo caiga a través del agujero. Hay más diversión siendo un jugador polaco; es más seguro ser un jugador judío.

Ahora, después de levantar la puesta hasta un dólar con sus tres jotas, sólo dos jugadores acompañaron al «Gorrión». Aún no había pedido cartas, pero tenía un seis y un dos para descartar y a la sexta carta el jugador situado a su izquierda entró de golpe en el juego. El «Gorrión» subió la apuesta sin titubear y el tercer mano se tiró al montón. La última carta era tapada y el jugador que llevaba la voz aceptó. El «Gorrión» creyó que faroleaba. Dejando un solo dólar ante él dijo:

—Dos tapadas, un dólar ve.

Estaba seguro de que su carta estaba allí. Tenía que estar allí.

—Debes un dólar al platillo —anunció el *croupier*, y el «Gorrión» sorprendió los ojos del hombre alto midiéndole como si fuera un arenque mal conservado.

Empujó hacia el platillo dos billetes y una fila de cuartos de plata.

—Dos y dos mejoran.

El *croupier* contaba con rapidez, pero no con tanta como Frankie, pensaba el «Gorrión» lealmente. Pero perdió valentía y dijo:

—Veo.

—Tres dólares ven —le advirtió el *croupier*, y el corazón del «Gorrión» latió débilmente.

—Vuélvelas.

El hombre alto mostró sus cartas: dos doses y tres pequeños ases. Había ligado. El «Gorrión» enseñó tres sotas servidas. A su lado un seis, un dos y una reina. Las cartas tapadas tenían que ser o un dos —pero los doses estaban servidos— o un tres —pero los treses también estaban servidos—. Entonces quedaba una reina o la cuarta sota. El *croupier* echó la carta por él.

El nueve de bastos.

—Ese nueve de bastos es siempre una carta endiablada —dijo alguien por compasión.

—Te debo tres, amigo —dijo el «Gorrión» al hombre alto—. Estaré pronto de vuelta con el dinero. Guárdame el sitio, *croupier*.

—La noche es larga hasta mañana —repuso una voz seca y contrariada.

Pero el «Gorrión» estaba ya cerca de la puerta cuando le acogotó el portero.

—Les debes algún dinero a los señores de allí.

—Está bien —protestó el «Gorrión» con verdadera indignación—. Acabo de decirle al hombre lo que le debo, y ahora voy a buscarlo. ¿Adónde crees que voy?

—Me parece que a robarlo, pero los señores no pueden esperar.

—Si no pueden esperar que les pague la casa. —El «Gorrión» se acercó al portero y le dijo confidencialmente—: Amigo, yo también soy portero. Los porteros hemos de estar unidos.

—Déjalo que se vaya, «Ju-ju» —dijo alguien detrás del portero.

Era el viejo Kippel, que profesionalmente parecía tan tolerante como un senador del Sur. El viejo Kippel no armaba bronca por cantidades menores de cinco centavos.

—Pero ten cuidado que el tipo no se vuelva a sentar en la mesa de a dólar.

—Me acordaré de ti de todas maneras, fanfarrón —le dijo «Ju-ju» al «Gorrión» para darle a entender a su patrón que ponía el corazón en su trabajo.

Pero el pillastre había huido, con los bolsillos vacíos y ofendido.

—Llamarme a mí fanfarrón, él, que es el primer jactancioso de la «División»; él, que no ha podido colocarse sino en un garito de fanfarrones.

Y pensó si el milano estaría aún allí arriba, en los alambres de la ciudad. Se dirigió a «La Maroma y el Mazo» con la esperanza de que su crédito le permitiera aún pedir una cerveza. Su capacidad de crédito había bajado mucho desde que el viejo había dejado de avalarle. Un nuevo letrero encima de la caja le demostró que hoy estaba más bajo que nunca:

YO PIENSO QUE PIENSAS QUE SABES LO QUE ESTOY PENSANDO,  
PERO NO ESTOY PENSANDO LO QUE YO PIENSO QUE PIENSAS.  
YO PIENSO: CRÉDITO.

En el lugar que ocupaba *Nuestra vaca ha muerto* un anuncio de expresión más fuerte indicaba la actitud del «Patrón» frente a todos:

QUIEN ALGUNA VEZ FUE RATA  
SEGUIRÁ SIEMPRE SIENDO RATA.

Y quien se ha levantado para que le den la cuenta, ¿puede decir que no haya sido alguna vez un renegado? Así es que no era costumbre recordarle al «Patrón» con cuánta liberalidad se había gastado la paga extraordinaria de Navidad del viejo y después el importe de su seguro mientras Frankie estaba en la cárcel. El «Patrón» tenía mala memoria respecto al dinero. No había sido buena idea gastarlo en casa del «Patrón», pensó con pena el «Gorrión».

«Creía que estaba haciéndome de crédito entonces, pero no hacía sino el tonto —tuvo que convencerse meses después—. Lo único que he conseguido ha sido perder a Frankie».

Mientras tanto la vieja gramola se burlaba de su pobreza:

*Viste tus desgracias con sueños  
y sueña que tus desgracias huyeron...*

En la trastienda donde él y Frankie habían bebido juntos tantas veces, el «Hombre del Paraguas» estaba sentado con las manos cruzadas gentilmente y la cabeza echada sobre ellas. La base de muchas cosas había desaparecido para el «Paraguas» cuando Frankie fue detenido. Desde entonces había estado borracho la mayor parte del tiempo. Su crédito había descendido a un nivel aún más bajo que el del «Gorrión».

Una vez Primo Kvorka lo había detenido toda la noche para evitar que jugara y le había dicho que no le soltaría sino bajo fianza. Desde entonces el «Paraguas» creía que si le pescaban jugando en una mesa donde diera las cartas otro que no fuera Frankie, él también tendría que ir a la cárcel.

Ahora levantó su arrugada frente, pidió a un *croupier* de ensueño una carta que pudiera salvar su vida y esperó con una obscura mirada en los ojos hasta que le pareció que el naipe caía delante de él.

Contempló la hipotética carta volviéndola una y otra vez con dedos que parecían estar tocándola. Después volvió los ojos hacia los hipotéticos jugadores con los que jugaba tantas veces en estos últimos tiempos. Ahora alguno de ellos podría convidarle a una copa, y se cayó hacia adelante como si le hubieran empujado desde atrás con el puño de su propio paraguas.

Se dice que es muy difícil encontrar una aguja en un pajar, pero algunas veces es aún más difícil encontrar cinco dólares en una ciudad de un millón de habitantes, muchos de ellos millonarios. Así es que cuando el «Gorrión» oyó unos pasos conocidos detrás de él se volvió en el taburete y dijo:

—Quisiera hablarte, Piggy.

Pig, luciendo la eterna sonrisa forzada y el aire de prosperidad que usaba desde que Nifty Louie había muerto, se dirigió hacia la gramola sin oír una palabra, dejando tras de sí el mismo antiguo olor a ropa sucia.

Andaba aún más silenciosamente que antes. El «Gorrión» le miró. Los grandes pies planos iban apretujados en un par de largos, estrechos y bicolors zapatos, más convenientes para una pista de carreras en agosto que para un bar en diciembre. Eran los zapatos de Nifty Louie. El «Gorrión» podía aún verlos bajar por la larga y estrecha escalera. «Dios mío —pensó con algo de espanto—, me parece que no le ha dejado a Louie ni los calcetines».

En la gramola Pig levantó el negro morro como si quisiera identificar los números de la caja por el olor. Los pelos de la ventana de la nariz parecían estremecerse. Y aunque sus manos estuvieran tan sucias como siempre, el «Gorrión» vio que llevaba las uñas manicuradas para hacer juego con el traje, que le sentaba como un pellejo. Levantó el puño grasiento del bastón hasta tocar el último de los números de la caja y luego empujó hacia arriba, exactamente como una araña nerviosa, hasta que por fin hizo sonar su disco favorito:

*¡Oh! Noticias de lujo y alegría,  
de lujo y alegría...*

El «Gorrión» esperó hasta que la gramola cesase de tocar y se acercó al oído de Pig:

—Préstame un asqueroso billete, Piggy.

Pig se volvió hacia la mano puesta de plano sobre el mostrador como si pudiera ver la mugre incrustada en sus poros. Lentamente la mano empezó a reptar como si tuviera ideas propias, moviendo uno de los dedos manicurados poco a poco y dejándolo descansar hasta que lo cogía el siguiente. Entonces todos ellos se reunieron en una especie de revista hasta llegar al borde del mostrador, para volver al punto de partida donde habían empezado el carnaval.

—Me hiciste bailar con tu pandero, hermano. Ahora tendrás tú que bailar al son del mío —le dijo por fin al pillastre.

—En aquellos días yo no era más que un delincuente, Piggy. Los tiempos son otros ahora. Ya no vivo de lo que me daba el tahúr. Por favor suyo era portero en casa de Schwiefka. Con chamelas y todo. ¿Qué dirías de un amigo que volviera a estar con un tipo así?

Pig miró por encima del hombro del «Gorrión».

—De todas maneras la casa de Schwiefka es un buen sitio para no ir por allí estos días —le confió al «Gorrión».

—No parece que necesites ir por café y cigarrillos para él —dijo él admirando el nuevo aspecto de Pig—. Tienes caras de pasarlo bien, Piggy.

—También un tipo ciego puede a veces ver un juego descubierto —se jactó un poco Pig.

«Louie había debido dejar atrás un juego descubierto lo bastante grande para poder hacer un buen negocio», se dijo el «Gorrión».

—Los ciegos pueden también oír perfectamente algunas veces —aventuró observando la gorda cara de Pig. Y pudo ver la más ligera y envanecida sonrisa perderse entre los anémicos labios.

—¿Te ha despedido el tahúr? —preguntó por fin Pig.

—Como un calcetín roto —aseguró el «Gorrión».

—¿Por qué no tratas de colocarte de portero en casa de Kippel?

—¿En casa de Kippel? —protestó el «Gorrión» ofendido—. Ese sitio no es para mí, Piggy. Es el lugar de cita de los fanfarrones tramposos. Prefiero trabajar legalmente a trabajar para fulleros.

—Al tipo que trabaja para mí le doy la pasta por adelantado. De esa forma no es posible engañarle, ¿no?

El corazón del «Gorrión» dio un pequeño salto.

—¿No podrías prestarme un billete? ¿No es mi forma de trabajar la que tienes en la cabeza?

—Depende de ti, portero —dijo Pig fríamente, y se volvió para irse.

El «Gorrión», desesperado, le cogió del bastón.

—No tengo donde dormir esta noche, Piggy.

A pesar de que lo había cogido por el bastón y no le dejaría marchar, pensó que Pig había venido a «La Maroma y el Mazo» para buscarle, que había dejado rodar la conversación hasta hacerse de rogar y que no debía haber hablado con tanta rudeza de Frankie.

—Cada entrega son dos billetes, portero. Es lo único que puedo ofrecerte.

Entonces, al no oír contestación negativa, sacó un pequeño envoltorio del chaleco.

—Yo tengo algunos amigos que necesitan esto.

El «Gorrión» necesitaba una copa y una cerveza. Pero Pig dejó que se sentara con la sensación de que la lengua se le secaba sobre el cielo de la boca.

—Esa persona lo necesita urgentemente. Pero toma el billete antes. Y te convidaré a una copa antes. Si te arrimas a mí tendrás otro billete hacia las doce.

—El sitio está muy lejos, Piggy.

El sitio estaba muy lejos. Y, sin embargo, ¿qué mal podía haber para un pillete haciendo la entrega una sola noche? Había tenido mala suerte toda la vida. La imagen del milano preso en los alambres se le presentó de nuevo.

—Para mí es un par de millas, pero para un tipo que tenga ojos es a la vuelta de la esquina del «Hotel Kosciusko». Esperaré en la trastienda.

El pequeño envoltorio estaba entre ellos sobre el abollado mostrador. Pig lo empujó con su bastón hacia el «Gorrión». Toda la culpa era de Frankie, por ser tan terco. Cuando se acercó a él, el «Gorrión» notó que por una razón cualquiera Pig llevaba envuelta en papel de estaño la puntera del bastón. Cuando Frankie se diera cuenta de lo ruin que se había mostrado lo sentiría de veras.

—El tahúr ha estado aquí hoy burlándose —dijo Pig—. Le ha dicho al «Patrón» que no podrías obtener ni diez centavos por haberte separado de él. Ha dicho que las cosas se pondrían mal para ti cuando el «Carcelero» se instale en el cuarto de Violet. Ha dicho que...

—No me cuentes lo que dice la gente —le interrumpió el «Gorrión»—. Dame ese asqueroso envoltorio.

—Tres, quince, B —le indicó Pig—. Pasa por la puerta de servicio y usa el ascensor.

\*\*\*

El «Gorrión» se metió la gorra hasta los ojos, pues sería una verdadera desgracia que Primo Kvorka le detuviera en la esquina en nombre de los principios generales.

Pero en la esquina estaba sólo el amputado que vendía allí los periódicos, con el *Daily News* metido en el cabestrillo donde descansaba su muñón, mientras voceaba:

—Grazziano ha sido suspendido.

Alguien se dedicaba siempre a suspender a alguien, pensó el pillastre con tristeza. Y la farola de la calle osciló un momento sobre la vía del tranvía y la curva le dio frío en el corazón.

Las luces estaban en contra suya al cruzar la Avenida Ashland, pero osciló a un lado y otro hasta llegar a la curva de enfrente y siguió pegado a los escaparates de la calle Cortez. Rodeó un pasadizo. Podía sentir debajo de sus delgadas suelas las frías piedras de la acera. Se acordó que fue el hotel donde primero se inscribió con Violet como recién casados y sin más equipaje que el que llevan las palomas adormecidas en los aleros.

Ahora la primera luna llena de diciembre lucía con una furia amarilla sobre el camino que otras noches iluminó por encima de la cabeza del tahúr. Un dolor nostálgico le nubló el corazón al final del pasadizo.

—Debo estar obrando mal contra alguien —se dijo—. Tengo la sensación de culpa, como si fuera a ocurrir algo.

Cuando subió, en la puerta de servicio del ancho corredor el chico del ascensor vino hacia él. El «Gorrión» no nombró el piso. Se quedó en pie observando al conductor, hasta que el ascensor paró en el tercero y el tipo abrió la puerta como si supiera plenamente que era al tercer piso donde quería ir el hombrecillo de la gorra de *baseball*. Al «Gorrión» le parecía oír una voz: «Vete, Solly. Retrocede o nunca más podrás retroceder». Pero no había más remedio que salir del ascensor y seguir el corredor alfombrado de rojo.

Anduvo lentamente, pretendiendo buscar determinada puerta pero en realidad poniendo atención para oír el cierre de la puerta del ascensor detrás de él, y luego huir sin entregar a nadie el envoltorio que llevaba en el bolsillo. Cuando se volvió para ver por qué quedaba el ascensor en el tercer piso, el ascensorista con ojos de pescado señaló con el índice el 315 B y dijo con voz He mando:

—Llama.

Con una especie de parálisis, temeroso de llamar y temeroso de no llamar, temiendo a los que abrirían si lo hacía, acercó los nudillos a la madera y fue a llamar.

Pero no llegó a hacerlo, porque la puerta se abrió sola.

—¡Frankie!

Era Frankie, con chorros de sudor en la frente y cara de enfermo. El «Gorrión» sólo pudo decir:

—No sabía a quién venía a ver.

Frankie le hizo entrar y cerró la puerta mientras el «Gorrión» protestaba de su inocencia:

—Frankie, no sabía que era para ti y tengo miedo. Muchísimo miedo.

—Tú siempre tienes miedo demasiado pronto. Tendrás que ayudarme.

—No.

—Sí.

—Yo quiero irme a casa, Frankie —dijo el «Gorrión» como si aún tuviera alguna.

—Quédate. Ven, ayúdame.

El «Gorrión» no pudo negarse. Mientras le ayudaba, murmuró:

—Me duele verte así. Ya no me gustaría ser Frankie.

—También para mí es duro serlo, Solly —le dijo Frankie con extraña afabilidad—. Cada vez me alejo más de mí mismo. Sólo con esta porquería vuelvo a ser yo mismo por algún tiempo más. Pero cada vez es más largo el camino a recorrer. Cada vez es más duro, y va haciéndose tan difícil que apenas lo puedo sostener. —Se rió débilmente—. Me es muy duro permitirme volver a ser yo mismo. Supongo que acabaré siendo el señor Don Nadie. —Miró con extrañeza al «Gorrión»—. Y después de todo, ¿quién soy yo, Solly?

—No lo sé, Frankie.

—Pues entonces dime algo que sepas.

—Te lo diré si puedo, Frankie.

—Dime sólo esto: ¿por qué se columpian los gatos?

Solly tampoco sabía esto. No sabía la respuesta, como no sabía exactamente el sentido de la pregunta. Pero Frankie se reía como si hubiera dicho algo gracioso.

—Solly, tú ya conoces los dolores del corazón —dijo, y tomó aliento para añadir—: Siempre los has conocido. ¿Por qué no aprendes cosas buenas?

Y volvió a empezar la débil risa, hasta que ésta se transformó en lágrimas tan desesperadas que el «Gorrión» hubo de decirle:

—Frankie, reprímete. Vuelve en ti.

Frankie volvió en sí y se limpió con la manga el sudor de la frente. Luego se sentó y cogió una baraja.

—Poco puedo hacer por ti, Solly —dijo barajando lentamente—. Con lo único que cuento es con una colocación de vigilante.

—Querrás decir de mirón, Frankie —repuso el «Gorrión», pensando que ya era hora de empezar a tomar de nuevo en serio a Frankie, pues comenzaba a bajar de las nubes—. Ciertamente prefiero hacer de guardián que lo que estoy haciendo esta noche. Sería una tarea más honrada.

—No se trata exactamente de hacer de vigilante. Se trata de hacer la vigilancia india, como creo que la llaman. Es algo distinto, pero lo aprenderás.

—Haré lo que sea, Frankie. Yo y Violet hemos acabado. ¿Quién me dirá lo que tengo que hacer?

—Nadie por ahora, Solly. Lo que tienes que hacer es levantarte mañana por la mañana, subir a la colina y cuando veas venir a los indios regresar corriendo para avisar a los colonos. No tendrás dificultades si no te quedas dormido en la faena.

La luz se hizo en la cabeza del «Gorrión» cuando acabó de oír el viejo chiste.

—Ya sé —dijo desesperado—. Yo también oigo a veces la radió.

La cara se le enrojeció a causa del desengaño, y pareció esperar que Frankie le pagara ahora por el recado. «Debieras decirle quién fue el que desvalijó a Louie

aquella noche», pensó. Pero dejó pasar la ocasión. ¿Qué importaba lo que pudiera pensar Frankie en lo sucesivo? Se levantó para irse.

—No te vayas —le rogó Frankie.

«Tengo que irme —pensó el «Gorrión» de nuevo—. Estoy experimentando otra vez la sensación de culpabilidad, como si los policías fueran a llamar a la puerta».

Sin avisar, Frankie se echó hacia delante y le abofeteó en la nariz con el filo de la baraja. El pillastre se sentó.

—¿Qué diablos de mosca te ha picado, Frankie? No hay razón para que me trates así.

—Esto te lo merecías desde hace algún tiempo, Solly.

—Una vez ya traté de decirte que estabas obrando mal conmigo en relación con Louie, Frankie. No me quisiste escuchar. Yo no fui el tipo que le quitó la cartera. Si lo hubiera hecho habríamos repartido como siempre. Tanto si lo crees como si no.

—Sé muy bien quien recogió la cartera. Pero a pesar de ello te merecías eso.

—Está bien, huí cuando te pescaron. Ya sé que obré mal entonces, pero ¿comprendes que yo también podía asustarme como tú te asustaste aquella noche en el vestíbulo de Schwiefka? ¿No te das cuenta lo que hubiera significado para mí otro robo en un almacén, Frankie? Ni siquiera me hubieran otorgado la condicional. ¿No me daba esto derecho a tener miedo?

—No es tampoco por eso —le interrumpió Frankie.

El «Gorrión» miró la baraja que continuaba teniendo en la mano.

—No volveré a recibir un golpe de ti, Frankie —le dijo con calma.

La mano tamborileó un momento sobre la baraja, y luego movió las cartas.

—¿Quieres saber por qué? —preguntó Frankie—. Te lo diré.

\*\*\*

—Tienes más trastornos de los que crees, pillete. Tienes más dificultades que Dick Tracy. Comparado contigo yo soy la huérfana Ana. Porque mis pequeñas desgracias han pasado ya casi todas, en tanto que las tuyas acaban de empezar.

Su voz regresó de la otra parte del mundo y llegó directamente al oído del «Gorrión».

—¿Por qué crees que Pig te ha mandado aquí? —preguntó, apretándose con las manos ambas sienes como si quisiera concentrar el pensamiento en una sola gran idea—. Vete de aquí, pillastre. Me lo he figurado en cuanto te he visto entrar por esa puerta, y sólo he tratado de detenerte para ver si tenía razón. Ahora ya no me importa si estoy equivocado o si llevo razón.

El «Gorrión» no se lo había figurado: lo había sentido. Estaba en la puerta con el picaporte en la mano, y tuvo que retroceder para no ser derribado. Entraron tan de prisa que casi no pudo apartarse. Entró Kvorcka y detrás Bednar. Los dos vestidos de paisano y con los sombreros puestos. Sin nada en las manos.



Bednar se apoyó de espaldas a la puerta.

—Recoja el chisme, sargento —le dijo a Kvorka.

—Y ahora, ¿sabes por qué te ha enviado a ti Pig? —se burló Frankie—. Esta vez tendrás que venir conmigo, pillastre.

—Y esperamos que ahora estés más tiempo que la última vez —le aseguró Bednar al «Gorrión».

Frankie se levantó bostezando y observó cómo Kvorka desgarraba las ropas de la cama.

—¿Pagan todavía dieciséis dólares por encontrar una hipodérmica, Primo? No te quiebres la cabeza. Está en la caja de puros que hay encima del radiador. La tienes debajo de tus narices y aún no la has visto.

—En pie, tahúr —ordenó Bednar—. Vamos a dar un paseíto.

Un tramposo de garito que pasaba por el corredor se sentó al ver pasa a dos pillos empujados por una pareja de polizontes. Bednar los condujo por la salida de servicio hasta el coche celular que esperaba en la callejuela y que arrancó sin testigos. Para esta clase de detenciones Bednar no los quería de vista.

Cuando el coche llegó a la esquina el «Gorrión» oyó al amputado gritar:

—Grazziano repuesto.

Alguien estaba siempre reponiendo a alguien.

Durante el camino hasta el puesto de policía oyó como Frankie seguía disparatando: se había comprado un nuevo *Nash*, se iba a divorciar, mandaría a Sophie a los «Hermanos Myer» y se volvería a casar en cuanto «toda la pasta que tenía fuera empezara a rendir».

—Colocada fuera está bien —dijo el «Gorrión»—. Colocada en la callejuela, ¿no?

—Sí —respondió extrañamente Frankie—. Por eso me sorprendió tener tanto frío al día siguiente.

Fuera por lo que fuera, dejó de hablar. El resto del viaje lo entretuvo en tamborilear contra el banco donde iba sentado y en canturrear:

*Soy el viejo tonto padre Duma  
y tenéis que verme fabricar el matarratas,*

Hasta que se dio cuenta de que el «Gorrión» permanecía tan tieso frente a él porque estaba congelándose.

—Parece que vas a mudarte de esta sucia vecindad como siempre has dicho que harías —se burló Frankie.

—Siempre trato de cumplir mi palabra, Frankie —replicó el «Gorrión» tristemente.

\*\*\*

La cara de luna llena de Zygmunt el «Previsor» y su sonrisa iluminaron para Frankie Machine la sala de los interrogatorios sin dirigir su meliflua mirada al «Gorrión». Cogió firmemente a Frankie por debajo del codo, y por un momento Frankie se imaginó que la otra mano iba en busca de su bolsillo.

—¿Podría usted señalar esta noche la fianza para nuestro amigo, capitán?

Zygmunt le había echado el brazo por encima de los hombros a Frankie y éste sintió que por fin había tocado tierra.

—Voy a señalar su fianza en cien dólares ahora mismo —contestó Bednar antes de que Zygmunt acabase de preguntar—. Pero dejaré que el tribunal fije la fianza para el tipo que le ha revendido la droga.

«Parece como si Bednar estuviera actuando contra el pillastre», pensó Frankie nebulosamente. Algo había allí equivocado. No era concebible que Bednar tratara tan duramente a Solly. La fianza en el tribunal no sería menor de 1500 dólares.

—No estoy interesado en nadie que no sea el señor Majcinek —informó Zygmunt al capitán tocando furtivamente la manga de Frankie.

Éste movió la cabeza para aclararse las ideas. Y en estas prisas le pareció ver guiñar a alguien.

—No te preocupes de nada —le confió Zygmunt al regresar a la «División»—. He firmado por ti siguiendo órdenes del súper. Se cuida mucho de sus clientes.

—No creí que yo siguiera siendo uno de sus muchachos —confesó Frankie sorprendido—. ¿Cómo puedo serlo si ni siquiera he trabajado?

Sentía una dolorosa modorra, pero ya empezaba a sentirse de nuevo firme.

—No has dicho que querías una colocación —dijo Zygmunt—. Schwiefka dice que fuiste tú quien te despediste. Pero si quieres volver a dar las cartas el súper te encontrará un sillón vacío donde colocarte.

—¿Pero cómo voy a estar sentado en la mesa de juego y al mismo tiempo en el calabozo? —preguntó Frankie.

—No estarás en el calabozo —le aseguró Zygmunt—. Estarás fuera. Le vas a decir al juez que es la primera vez. Eso no es delito, Frankie. No es más que una falta. El súper se cuidará de eso.

—¿Se ocupará también el súper de Solly? —inquirió Frankie con una sensación de pena por haber hecho pasar un mal rato al pillastre.

—El caso de Solly es diferente —respondió Zygmunt.

—Puede que esto no sea de mi incumbencia —le dijo Frankie cuando pararon en Ashland para esperar a que cambiaran las señales de tránsito—, pero puedo decirle a Bednar que si a quien busca es al revendedor, pues que no lo ha cogido. Lo único que ha hecho el pillastre desde el asunto de Gold es llevar tipos a casa de Schwiefka.

Hubo un penoso silencio. Pareció como si Zygmunt estuviera tratando de tragarse

algo que no quería soltar. Fuera lo que fuera acabó por tragárselo. Zygmunt era suficientemente capaz de tragárselo todo.

—¡Él ha sido quien ha entregado la droga! Es lo único que necesita el capitán. Ha estado esperando mucho tiempo para encerrar al pillastre.

—En verdad que ha escogido una noche rara para hacerlo —rumió Frankie, poco satisfecho de Zygmunt sin poder decir por qué. «Parece como si no quisieran coger al verdadero traficante». Se debatía en medio de una obscuridad creciente hacia una puerta que debía estar allí, y sin embargo cuanto más se acercaba a dicha puerta más crecía en su interior el sentimiento de que estaba cayendo en una trampa sin esperanza. «Parece como si quisieran coger al pillastre en algo que no pueda ser rebajado a una falta. Porque si fuera a Pig a quien quisiera coger no tendría que hacer otra cosa sino agarrarlo. Bednar conoce al buhonero tan bien como a ti y a mí».

—Le estás sacando demasiada punta —le advirtió Zygmunt en voz baja—. ¿Por qué no tratas de dormir algo? Ya hablaremos de todo eso mañana. Esta noche estás muy cansado.

Frankie sintió, un toque en la manga, tan ligero que no supo si se lo había dado el «Previsor» o el viento.

Frente a la puerta amarilla con el rojo 29 de cinc que él mismo había clavado en la madera, Zygmunt estrechó la mano de Frankie y le aconsejó con calor:

—No te preocupes, tahúr. Aún tienes amigos.

Por fin había dicho alguna verdad. En su corazón, Frankie sabía que aún tenía amigos. Dos. Uno estaba perdido entre la tela de araña del «elevado» de «Lake Street»; el otro, detrás de unos barrotes.

Sophie dormía en el sillón al lado de la ventana. El reloj señalaba las tres menos cuarto. Se echó en la cama sin despertarla.

Apenas había dormido una hora cuando sintió que alguien le llamaba desde el *hall*. Pero no era verdad. Tal vez soñaba. Se echó de nuevo y estuvo escuchando el tic-tac del reloj con los ojos abiertos en la obscuridad.

El reloj se había parado. Podía ver las manecillas a la débil luz fosforescente del crucifijo, precisamente en ángulo recto sobre la hora: las tres de la mañana.

No se oían voces de niño escaleras abajo, ni tampoco ninguna voz de borracho solitario cantando en el bar.

Al resplandor de la farola que se filtraba en la sombra vio que Sophie había dejado por fin su silla y en su lugar había puesto un muñeco, una especie de mono de trapo como los que se rifan en las fiestas callejeras. Sus ojos parecían vigilar el cuarto a través de la pequeña carátula.

Se despertó en el silencio de su habitación, con la mano helada de Sophie sobre la suya. Entre las cuatro paredes un viejo reloj daba las horas, y una silla de ruedas estaba vacía en la sombra.

«Es peor cuando está callada», se dijo al volver con dificultad a recobrar sus sentidos entre las nieblas del sueño.

Al salir de los vapores del sueño, Frankie dejó atrás las pesadillas propias por otra inminente que iba tejiendo durante sus horas de vigilia.

Se echó una manta sobre los hombros y se sentó al lado de la ventana mirando hacia las vías abandonadas.

«Es en Louie en quien ahora piensa “Gran Archivo” —juzgó con una extraña sensación de terror—. No, no ha sido una casualidad que Pig haya dado el encargo al pillastre. No es tampoco una casualidad que Bednar me haya dejado en libertad con tanta facilidad. No actúa contra el pillastre, eso se ve claro. Nadie lo necesita con tanta urgencia. Para lo que “Gran Archivo” lo necesita es para que atestigüe sobre quién mató a Louie. Una vez que lo sepa, “Gran Archivo” se quitará de encima al súper.

»¿Pero podrá el pillastre resistir las presiones? ¿Cuánto tiempo podrá resistir el ser despertado en medio de la noche y conducido a un puesto de policía diferente dos noches por semana sin ser registrado en ninguno?

»Tendrá que hacerse responsable o denunciarme. Pero se dará cuenta de que ha llegado su turno de aguantar por mí, como yo lo aguanté por él. O puede ser que cante.

»Solly me dijo que huyó cuando lo de las planchas antes de poder reflexionar. Bien, ahora el muchacho tendrá todo el tiempo necesario para aclarar sus ideas.

»Voy a tener que sudar hasta que sepa lo que hace el pillastre. Al elevar mi fianza hasta un centenar de billetes posiblemente ha querido ponerme en el trance de hacerme fallar.

»Siempre tendría tiempo de quebrarla.

»Si huyera ahora, dejando que Zygmunt perdiera los cien dólares, tendría que permanecer escondido. El billete de cien era del súper y Zygmunt no podría volver a trabajar en la “División Street” hasta que no lo devolviera.

»Entre tanto Bednar tendría hombres suyos en todas las trastiendas del barrio del Near Northwest buscand

»Siempre tendría tiempo de quebrarla.

»Si huyera ahora, dejando que Zygmunt perdiera los cien dólares, tendría que permanecer escondido. El billete de cien era del súper y Zygmunt no podría volver a trabajar en la “División Street” hasta que no lo devolviera.

o a un *croupier* con un poco de estrabismo en un ojo.

»Era demasiado pronto para huir. Además, si el pillastre aguantase el chaparrón no habría necesidad alguna de hacerlo. Él estaba limpio de todo, salvo de la posesión de una hipodérmica y sería cosa de Zygmunt fijar la multa por eso. Si huía era demasiado pronto, el juego estaría perdido antes de echar la última carta.

»Y esa última carta es la que cuenta», recordó. Sin embargo, su corazón estaba ya en franca huida: por unas escaleras de escape, descendiendo escalón por escalón hacia la entrada de algún sótano, hacia algún sitio bien oculto donde nadie pudiera encontrarle. Nadie, excepto McGantic.

\*\*\*

Era siempre diciembre en la sala de interrogatorios. Una luz de verdina acumulada desde el siglo pasado se filtraba a través de la única ventana situada allá en lo alto, tan en lo alto que sólo un bombero hubiera podido lavarla. Hacía tanto tiempo que no la habían limpiado que incluso en los mediodías del verano, con el sol como una brasa sobre tejados y paredes, la luz penetraba allí con matices de otoño. Era siempre diciembre en la sala de interrogatorios.

Más que una sala era una habitación de tránsito por donde pasaban los detenidos camino de las celdas y de allí rápidamente hacia los estrechos corredores.

Perteneciendo como pertenecía a todos y a nadie, siendo un sitio por donde todos pasaban y nadie permanecía, nadie sabía en realidad cómo era. Ni aún siquiera «Gran Archivo» hubiera podido decir cuál era su color. Ni siquiera los hombres que habían confesado allí asesinatos premeditados hubieran podido decir si su techo era alto o bajo. Sin embargo, exactamente como en las celdas, los delincuentes habían escrito: *Éste es mi primer asunto. Por favor, sed amables.*

Sin que jamás se hubieran dado cuenta de que las paredes sobre las que habían escrito estuvieran pintadas de un determinado color. Sólo la oscura luz otoñal que había alumbrado tantas angustias podía decir por qué aquellas paredes habían llegado a ser tan grises y tristes.

Pues éstos son los verdaderos muros que mencionan los hombres cuando dicen de otro que tiene la espalda contra la pared. Aquí es donde ponen sus testarudas cabezas contra los desnudos ladrillos; donde mienten, moviéndola primero a derecha y luego a la izquierda, negándolo todo, declarando con falsos juramentos que la verdad es la verdad y toda falsedad perversa. Desde el primer juramento, todos y todas las palabras se convertían siempre en una gran mentira.

Sin embargo, la sala de interrogatorios es el único lugar donde se obliga a los hombres a que hagan las más íntimas confesiones. Donde la verdad, a veces negada hasta al sacerdote, a la madre, al abogado, al doctor, al amigo y al juez —incluso al propio declarante— acude con tanta fuerza a la lengua. Donde ciertas parejas, después de estar juntos durante diez años, acaban por conocerse. Donde el más prolijo tejido de mentiras se rasga para exponer la secreta verdad. Donde la confesión llega siempre con el cansancio.

También es el sitio donde acaban aquellos para quienes todo está hecho, cuya última esperanza se ha desvanecido como un estropajo viejo en el canal de limpieza de la alcantarilla.

Allí la culpabilidad queda establecida con los materiales que se le proporciona a la ley: una baraja de cartas grasientas, una bolsa de compra con el fondo roto o un frasquito farmacéutico.

Allí cayó el «Gorrión» con la gorra de *baseball* arrugada en la mano, para dejarlo

solo en una celda pensando con dolor: «Ésta vez estoy dentro».

Durante todo el día las voces de las mujeres llegaban hasta él: hermanas, novias, madres y esposas que traían paquetes y mensajes, discusiones y quejas, dinero y lágrimas, así como ligeras risas forzadas. O tal vez sólo esperanzas liadas en un viejo periódico cómico.

Los paquetes había que dejarlos en el recibidor, pero la esperanza podía ser llevada hasta la última celda, donde el pobre conductor de un viejo coche, con la lengua escocida aún por el matarratas, seguía vanagloriándose de que su Grace había venido a verle como si Solly Saltskin hubiera dicho alguna vez que no vendría.

Para Solly Saltskin no había ni hermana, ni madre, ni esposa, ni Grace que viniera a gritarle esperanzas sin sentido. Sólo Pokey, con un botón sí y otro no abrochados, seguía echando petróleo a las patas de la silla donde hacía la guardia de noche. El petróleo evitaba que las chinches se le subieran piernas arriba y la silla le permitía asentar sus posaderas algo más arriba del suelo.

Sólo Pokey, con su cabeza de carnero. Y también Bednar «Gran Archivo».

El capitán hizo que el pillastre le esperara tanto tiempo en la sala de interrogatorios que, cuando por fin entró, con íntima satisfacción le vio saltar sobre sus pies y luego, cambiando de parecer, sentarse con cara de ansiedad.

Con la luz de diciembre filtrándose por aquella ventana alta, el granuja se vio abandonado y perdido.

\*\*\*

—Las cartas sobre la mesa, amigo —le dijo de pronto «Gran Archivo» al «Gorrión» sin ninguna intención de revelar su juego.

El pillastre estaba sentado con la gorra en la mano como si hubiera acabado de llegar para charlar y pudiera marcharse en cuanto Bednar empezara a molestarle con preguntas.

—Tenemos un traje para ti que te irá como un guante —le dijo—. Y esto no es agravio malicioso o intriga que pueda ser rebajada a treinta días, Solly. Esta vez podemos apelar a la Ley Harrison. Y entonces es el Gobierno quien coge el martillo.

—No empiece con lo difícil hasta que no me haya dado de comer —protestó el «Gorrión»—. He sido el único en el bloque a quien no le han dado café esta mañana.

—Así es como hacemos las cosas estos días —le explicó «Gran Archivo»—. Primero contesta las cosas y luego comes. ¿Sabes cuánto tiempo te van a echar esta vez?

—Estaba bajo la influencia de la bebida y no sabía lo que hacía —fue lo único que al pillastre se le ocurrió contestar—. De todas maneras está usted obligado a alimentarme como a los otros. Yo soy el único del bloque que no ha tomado café esta mañana.

—Si no sabías lo que hacías es que estabas fuera de tus casillas y por tanto te

pondremos en una habitación para ti solo. ¿Es eso lo que buscas, Solly?

—Lo que busco es algo de comer.

—En el asilo de retrasados mentales se come todos los días.

—Bueno, le diré —contestó el «Gorrión» con seriedad—. No está usted autorizado a obrar así. No tengo todas las agravantes necesarias, y por tanto no soy responsable para aplicarme la Ley Harrison. Yo he sido el único en el bloque que esta mañana...

—No quiero oír nada referente a tu comida. Quiero saber detalles sobre eso que tú sabes.

—Bueno, hablemos en metáfora. Si un tipo llega a las veintiuna, está en sus cabales. Y si no llega más que a once, se le puede meter en el asilo de incapacitados. Pero yo estoy entre los dos. Tengo diecinueve, lo que no basta para echarme una condena larga y es demasiado para el asilo. Esto le pone a usted a prueba. Capitán, no puede hacer nada sin dos doctores psiquiatras, y éstos no estarán nunca de acuerdo conmigo, por lo cual terminaremos en tablas como la otra vez. Discutirán sobre lo que pasa en mi subconsciencia, hasta que declaren que hay que echarme a la calle... y lo primero que haré cuando salga es ir a una salchichería y comprar algo de comer.

—No te pares. Quiero saberlo todo.

—Pues ya lo ha oído usted todo —dijo el «Gorrión» débilmente—. Yo no soy un idiota legal. No soy más que un atontado callejero. Tendrá que reconocerlo así y soltarme. ¿Vamos a comer pronto, capitán?

—Puede que nunca —contestó el capitán—. Tu lógica está demasiado cerca de lo que el tribunal llama simulación, lo que quiere decir que has usado demasiadas veces el mismo truco y ahora te vamos a chafar.

El «Gorrión» estaba sentado con la gorra colgada inútilmente de sus dedos: sus manos parecían las de un parálítico. Habían molestado tanto a todos, que esperaba que ya no molestarían jamás.

—Naturalmente que te reconoceremos atenuantes porque eres algo retrasado —continuó el capitán—. Le haces un chiste a los muchachos y se ponen tolerantes. Pero todos sabemos que eres un pillo. Sabemos que es tu defensa. Pero que sea una buena defensa ya es otra cosa, pues no aceptamos ya defensas por aquí.

Se paró para indicar que los buenos tiempos se habían ido ya para todos.

—Ahora ya has usado tu defensa hasta donde daba de sí. Era buena para los robos de perros, para la embriaguez y para el escándalo. El «Previsor» te sacó fácilmente del asunto de Gold, porque, ¿quién iba a querer condenar a un pillastre por una idiotez? Pero has tirado dentro del coto del Tío Sam, y el Tío Sam no se preocupará de si eres listo o tonto. Cuando le tiras de la perilla al Tío Sam, lo pagas y vas dentro.

—No quisiera ir dentro.

—No, ni yo quiero enviarte. ¿Qué ganaría yo con eso? ¿Qué ganaría yo con arreglarle a un hombre una condena y convertirle en un incorregible legal...?

—Es que no lo soy —observó el «Gorrión».

—Con esta vez bastará —le aseguró Bednar.

—Esta vez no cuenta con relación a la ley de la reincidencia —repuso el «Gorrión». Esto es un delito primario, como usted mismo acaba de decir. Primero tiene que constar éste y luego cometerse otro delito igual para que se me pueda hablar de reincidencia. Es más, el hacer uso por vez primera de una droga es una falta y nada más. Se figura usted que no sé nada, capitán.

—Tú no la estabas usando. La estabas corriendo —indicó Bednar.

—Bien —reflexionó en voz alta el «Gorrión», todo el mundo es un habitual en su corazón. Yo no soy peor que otro cualquiera.

El capitán apoyó pesadamente los codos sobre la mesa y observó al «Gorrión» a través de los dedos cruzados delante de sus ojos. El «Gorrión» pensó durante un segundo que Bednar le sonreía detrás de las grandes manos y le entró una especie de pánico. Comprendía que lo mejor sería acabar pronto. Cuando Bednar levantó la vista, no se apreciaban señales de sonrisa en sus labios.

«Ahora viene lo gordo», pensó el «Gorrión», tratando de sostenerle la mirada.

—Deberías haber sido abogado, Solly —le dijo por fin el capitán—. Sabes algunas cosas muy bien. El tahúr también las sabe. Tú sabes quién mató a Fomorowski y él sabe quién lo dejó colgado con la bolsa en la mano en casa de Nieboldt. Ahí tienes tu delito de la misma clase, Solly. Trataste de dar el golpe en casa de Gold y volviste a casa de Nieboldt.

—Yo no estaba allí.

—Frankie dice que sí. Frankie dice que fue idea tuya. Frankie dice que te ha hecho un favor y que ahora te toca a ti hacérselo a él.

El «Gorrión» alargó el delgado cogote. La gorra se cayó al suelo. No la sintió caer. Bednar esperó.

—¿Cuándo ha dicho eso Frankie?

—Todavía no lo ha dicho, Solly. No lo dirá hasta que no lo detengamos y le preguntemos. ¿Qué crees tú que va a decir cuando esté sentado donde tú estás? Tu pellejo o el suyo están en juego, Solly.

—Yo no sé quién mató a Fomorowski.

El capitán le miró severamente. Había que volver a empezar.

—Mira hacia aquí, Solly. Tienes dos crímenes a tu cargo, ambos delitos de Estado, de malas consecuencias penales. Estás cogido de por vida y sin fianza. Conoces la ley tan bien como yo. Puedes elegir la coartada que quieras, pero tarde o temprano cogeremos a tu amigo. Más temprano que tarde. Porque tarde no nos beneficiaría a ninguno. Ahora sí beneficiaría a cierta gente que quieren que se aclare el asunto Fomorowski. Así es que te damos una ocasión. Nos ayudas y ni siquiera se te acusa de vender drogas clandestinas. Solamente te encerraremos por tentativa de desorden público, para cubrir el expediente. Luego te ponemos en libertad y en paz.

—¿Dónde estará Frankie cuando yo vuelva a la calle?

—Estará de vuelta contigo en la calle dentro de dieciocho meses, te doy mi



palabra. Cuando más tiempo se tarde en pescarle, más severos seremos con él. Declarando puedes hacerle el mayor favor de tu vida.

El pillastre pensó que dieciocho meses era un plazo muy largo.

—No quiero hacerle favores a Frankie —dijo—. Está enfadado conmigo por algo.

—Entonces tienes la gran ocasión para arreglar cuentas con él. ¿Quién se quedó con la cartera de Louie, Solly?

—Me han dicho que Louie murió de un golpe en la cabeza —contestó el «Gorrión»—. ¿Puedo tomar ahora una taza de café, capitán?

—No era necesario que te lo dijera nadie, Solly. Tú estabas allí.

—Yo estaba en casa de Schwiefka. Allí es donde estaba. Salí para tomar café y eso debió ocurrir mientras yo estuve fuera. ¿Por qué no interroga a Schwiefka, capitán?

—Schwiefka está limpio y tú lo sabes. Cuéntanos cómo le dieron a Louie, y sales también limpio de aquí. Ya me las arreglaré para que vuelvas a trabajar en casa de Zero. Un servicio es un servicio.

—No hay sangre en mis manos —dijo el «Gorrión».

—No puedes figurarte la mala impresión que los asesinatos impunes producen en los años de elecciones —repuso el capitán, intuyendo que por fin había encontrado el tono justo: el confidencial—. Los jefes regionales republicanos están publicando folletos desollando al *súper*. Dicen a la gente que si no fuese el criminal uno de los muchachos del *súper*, ya le habrían puesto la mano encima al autor. Louie debía demasiado, Solly. Sus relaciones eran muy buenas. De ahí vienen las presiones sobre el *súper* y las mías sobre ti. Louie debía más pasta de la que tú y yo podríamos contar si nos sentáramos aquí toda la noche. ¿Quién le quitó la cartera, Solly?

El «Gorrión» se miró las manos, vio que se le había caído la gorra, pero sus ojos no la buscaron. En lugar de ello se quedaron fijos en sus manos, como si al fin temiera encontrar en ellas la sangre de alguien.

—Se te acusa a ti, Solly. Louie llevaba consigo un fajo de billetes que no le pertenecían. ¿Quién los cogió?

—A mí no me acusa nadie, capitán.

—No he dicho que te acusen. He dicho que apuntan en tu dirección. Tú estabas allí.

El capitán se levantó, se situó detrás del «Gorrión» y le puso las manos sobre los hombros para enderezarle.

—Si estás conmigo y con el *súper* —dijo en voz baja y segura—, podrás establecer un garlito de tu propiedad. Una buena y tranquila trastienda sin molestias, porque te protegeremos el *súper* y yo. Podrás vivir en el Hotel Kosciusko en una habitación de tu propiedad, y cuando quieras comer no tendrás que hacer más que coger el teléfono y ordenar que te suban un *shaslyk*.

—No me gusta el *shaslyk*.

El capitán se apoyó más. Observó cómo el pillastre se limpiaba el sudor que había

empañado sus gafas. Parecía estar enfermo de muerte. Sintió cómo le temblaban los hombros bajo sus manos y las levantó. Al capitán no le gustaba sentir temblar a un hombre.

Miró al pillastre cara a cara y su voz se hizo tan dura como un par de esposas acabadas de forjar.

—Coge tu gorra. O juegas limpio o te entrego al señor Schnakenberg. Yo mismo estaré en el tribunal para que se ponga aún más tieso.

Fuera de la sala alguien estaba tratando de arreglar un compromiso con una pareja de detectives.

—Tú me dejas solo y yo te dejo solo.

En ese instante el capitán vio al pillastre mejor que nunca le había visto: un astuto y pequeño perro de busca acosado contra la pared, tratando de comprender cuál iba a ser el próximo ataque de sus perseguidores.

—Me está usted clavando en la cruz, capitán —se lamentó el «Gorrión».

El capitán, que nunca se había figurado así al pillastre, tuvo un arrebato.

—¿Que te estoy clavando? —estalló con indignación—. ¿Y qué demonios te figuras que estás haciendo conmigo?

—Pero yo seré el primero en recibir el golpe —replicó el «Gorrión».

Así era como Chester Morris lo decía cuando representaba el papel de Boston Blackie en el «Pulaski». Sin embargo, tenía atravesada en la garganta una saliva que no podía tragar.

—Usted debe creer que está hablando con un incauto pichón o algo así —desafió al capitán.

Y como si Bednar hubiera visto también por aquellos días «Boston Blackie» y conociera su propio papel, le dio un paternal golpecito en el hombro.

—Toma un abogado, muchacho —le aconsejó gentilmente—. Toma un buen abogado. Quiero ver cómo te saltas los obstáculos con los cuales vas a tener que enfrentarte. Vas a necesitarlos todos.

—¿Puedo ya tomar café, capitán? —preguntó rápidamente el «Gorrión».

Pero el capitán había hundido la cabeza entre las manos como si fuera él quien tuviera que declarar. El «Gorrión» vio con inquietud que el capitán fingía dormir.

\*\*\*

Ya no le llamaban Machine. A los jugadores ya no les parecía honrado, sin saber por qué. Sentían que algo no marchaba bien, que a veces parecía como un extraño. Él veía esto en los ojos de los demás y lo sentía en sus palabras. Pero en parte no les hacía caso. Tenía la sensación de que no estaría mucho tiempo en casa de Schwiefka.

Todo el mundo sabía que Bednar estaba trabajando al pillastre. Pero no se decía si lo había quebrantado ya. Frankie asistió a una pequeña apuesta entre el lector de contadores y Schwiefka. Pero era el lector de contadores quien creía que el pillastre

no se rendiría. ¿Y quién había oído nunca que el lector de contadores hubiera ganado una apuesta?

«Esperaré hasta que vea al “Paraguas” defender al muchacho —pensó Frankie—. Cuando vea eso sabré que ha llegado la hora de huir».

Entretanto iba sin descanso de su cuarto a «La Maroma y el Mazo» y desde aquí a casa de Schwiefka. No podía quedarse en el cuarto, no podía costearse el estar bebiendo todo el día con Antek y ya no pertenecía a la casa de Schwiefka.

Por la noche era un descartado entre los descartados, y un nuevo *croupier* —el mismo «Pájaro Perro» a quien aquella noche sirvió mal— se sentaba en su sillón. Si él quería jugar una mano, los muchachos le hacían sitio. Demasiado sitio, le parecía a él. El sitio que le hubieran hecho a un tuberculoso.

Notaba la piedad mezclada con el miedo en los que ahora hablaban con él. Sin embargo, Schwiefka le dejaba guardar la puerta que el «Gorrión» había cuidado tanto tiempo y tan fielmente. Ganaba cinco dólares por noche y las propinas, el mismo salario que tuvo el «Gorrión». Y cada noche, Schwiefka le miraba a los ojos y le preguntaba:

—¿Has ido a casa de Kippel, Frankie?

Éste se encogía de hombros. Lo comprendía muy bien: Schwiefka deseaba que estuviera trabajando en casa de otro por si el pillastre se rendía.

Frankie trataba de no demostrar que sabía que estaba de más. Necesitaba demasiado los cinco dólares. Sí, los necesitaba cada vez más.

Cada noche parecía la última noche de guardia ante la puerta, como cada día parecía el último que había de estar con Sophie. Algunas veces pensaba cuánto tiempo pasaría antes de que ella se diera cuenta de todo lo que no iba bien. Entonces sería él quien se diese cuenta de que ella lo sabía todo desde el día en que regresó.

—No dice nada porque es su mayor golpe. Como cuando me estaba viendo aquel día recoger la vajilla rota del suelo.

Y una hora después, recordando sus sospechas, se reprochaba a sí mismo:

—Debiera darme vergüenza pensar eso de Zosh. ¿Cómo puede saber nada si sólo estamos juntos a la hora de dormir?

Si ella lo sabía era ya hora de huir, y si no sabía nada, era también hora de huir antes de que se enterara. Pero cada noche volvía a salir para oír mencionar el nombre de Solly Saltskin. Sin embargo, todo cuanto podía saber era que el pillastre estaba detenido en uno u otro de los puestos de policía. Y de corazón trataba de creer que el «Gorrión» no acabaría delatándole.

El miedo crecía a cada paso. «Hoy Bednar arrollará al muchacho», se decía. Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que no había huido ya, porque más fuerte que su temor era la necesidad de visitar cada noche a Pig. «Bednar también cuenta con eso», pensaba.

Y esperaba prudentemente, hasta que la luz de ámbar le aconsejaba al cruzar una calle que huyera tanto del amigo como del enemigo. Pues hasta la luz verde del

tránsito había dejado de ampararle.

\*\*\*

Sin Frankie estaba muy aburrido. No había bromas cómicas como otras veces. Sólo el pobre cochero vanagloriándose de su Grace y arrepentido de sus propias y variadas debilidades. Pero el «Gorrión» estaba demasiado preocupado para escuchar a un cochero borracho. «El capitán ha dicho que quería ver cómo saltaba los obstáculos que aparecieran —meditaba sobre las palabras de Bednar—. ¿Qué habrá querido decir con eso?».

Pero bien sabía él en su corazón lo que Bednar había querido decir.

Durante las polvorientas horas de la cárcel, el «Gorrión» estuvo observando cómo aparecían las luces y se esparcían por la galería, cómo cambiaban despacio cuando llegaba el carrito del rancho de mediodía y disminuían al atardecer. Durante este breve día de diciembre dormían todos: los rebeldes, los mendigos y los zánganos sin corazón, celda tras celda y galería sobre galería, no despertaban más que a la llamada del carrito del rancho o al repentino rechinar de la puerta de una celda.

El «Gorrión» recordaba a Frankie Machine y su brazo. En la luz del atardecer se acordaba de cuando barajaba las cartas, del ir y venir de las noches y de las cálidas horas pasadas juntos. Se acordaba de aquel brazo de oro.

Hasta que por último comprendió que Bednar acabaría venciéndole.

Pokey, el carcelero, pasó arrastrando un borracho, sosteniéndole con una mano, mientras con la otra abría la celda de al lado.

El «Gorrión» oyó caer el cuerpo al suelo como un saco.

Oyó la voz de una muchacha gritando una sola pregunta. La habían traído de la calle y encerrado en el piso de arriba, pero lloraba con tanta angustia que parecía que le estaba hablando a él directamente:

—¿No hay nadie a mi lado?

En realidad le preguntaba a él.

—Nadie, hermana. Ni un alma —le contestó el «Gorrión»—. Estás sola. Ya no hay nadie al lado de nadie. Tú eres la única que está a tu lado y yo el único que está conmigo.

En las largas calles de arriba, en la ciudad, a nadie le importaba nadie. Allá arriba cada uno era su única compañía. No había ningún hombre al lado de la humanidad.

—¡Eh, Pokey!

El borracho había oído también el grito de angustia de la muchacha y estaba de nuevo ante los barrotes, decidido a reñir otra batalla con el carcelero.

—¡Eh, Pokey! Acaban de pescar en el río a una joven de «Clark Street». Sube pronto. A ver si es tu mujer.

\*\*\*

—No quiero ir —sollozó el «Gorrión» con el corazón atenazado por el miedo, pues la mano de Bednar había llegado al fondo y encontrado por fin su corazón.

Cuando Pokey volvió a pasar para ver qué quería el cochero, el «Gorrión» sacó su delgado brazo por entre los barrotes y le tocó en la manga.

—Quisiera ahora esa llamada por teléfono.

\*\*\*

Este año no había fiesta. Sólo había un árbol de Navidad de cuatro pies adornado con una sola estrella y colocado debajo del Cristo luminoso contra la pared del corredor.

Como una niña que despierta de un sueño, Sophie dijo las palabras que había dicho en todas las Navidades de su vida:

—*Gwiazdka tam na niebie.*

La víspera de Año Nuevo hubo un pequeño concierto de trompetas de cartón en el bar de abajo, y una sirena solitaria de plata les llamó a ambos desde lejos. Después todo calló: el largo, larguísimo año había pasado y había empezado el nuevo, nacido en una orgía de trompetas de cartón sopladas por extraños. Que soplaban como sus vidas hacia algún lugar lejano.

Frankie no había ido al trabajo.

Se echó en la cama después de las dos de la madrugada. Se durmió. Y tuvo pesadillas.

Pesadillas de pasos sobre una escalera de caracol, con el tiempo escaso de llegar a una cristalera manchada por las lluvias del año pasado o por las lágrimas del día de mañana. Sólo con el tiempo suficiente para dejar resbalar su mano por la falleba y sentirla rasgada por una herrumbre tan vieja como las lluvias y que le quitaba a los dedos toda su fortaleza. Y a través del sucio cristal un mono con un viejo flexible verde en la cabeza. Una pluma roja metida en la cinta del flexible ondulaba en la lluvia. Colgado de una especie de artefacto ganchudo al otro lado de la cristalera, miraba a Frankie con la mirada que los afeminados emplean cuando cambian una obscenidad con los de su ralea.

Frankie se sentía luchando por despertar, pues el mono estaba arrojando las mantas alrededor de sus pies, conservando la misma mirada tierna. Sentía el toque de su garra sucia y veía sus labios sonreír con la cara puntiaguda del «Gorrión». Y despertó con el corazón latiéndole profundamente. La ventana se había abierto, la oscura sombra se iba embotando y alguien llamaba sin ruido y con cuidado a su puerta.

Era el aporreo furtivo de alguien que sólo quiere despertar a uno de los durmientes en un cuarto donde duermen dos personas: un amigo y un enemigo.

Frankie sintió a Sophie agitarse a su lado. Fue hacia la puerta descalzo y preguntó tan suavemente como había llamado la mano:

—¿Quién llama a esta hora de la mañana?

Kvorka, sin uniforme, sudando por el cuello y con los labios blancos, estaba en el pasillo, con la mano derecha levantada, tapándose la cara. Frankie cerró sin ruido la puerta detrás de él.

—El pillastre está cantando, tahúr —le avisó Primo—. Bednar ha salido de la sala hace media hora con el papel en la mano. Los hombres del celular tienen la orden de detención. Están tomando café en el Coney, pero no creo que tarden en llegar.

Pensó darle la mano a Frankie, pero lo pensó mejor y se volvió hacia las escaleras con un último y embarazado ruego:

—No le guardes rencor al pillastre, tahúr. Le ha resistido al viejo en cinco puestos de policía distintos durante treinta días antes de ceder. Ha estado llorando toda la noche desde que lo ha hecho. No le guardes rencor.

—Gracias, Primo.

Oyó cómo se apresuraba a bajar la escalera principal y le gritó por encima de la baranda:

—Cuidado con el escalón que está suelto.

El Primo había pasado ya sin daño el escalón roto y estaba a salvo en la calle. Frankie, aterido por el frío o por el miedo, volvió al cuarto sintiendo caer el picaporte como si aún estuviera soñando. Después ordenó a sus adormecidos pies: «Pronto, dispuestos para saltar»; y la corriente fría del pasillo le atenazó como la garra de un ser extraño; la puerta de la escalera de abajo se abrió sola y estaría dando portazos hasta que el «Carcelero» enviara al pobre Peter a sujetarla.

Ya había atado el cordón izquierdo y tenía las manos sobre el lazo del derecho cuando empezó a temblarle la mano. Estuvo así durante medio minuto mientras se miraba la mano con desesperación. Por fin apoyó el pulgar sobre el nudo y lo ató con la mano izquierda. Cuando acabó de atarlo cesó el temblor tan de repente como había empezado. Sin embargo, algo seguía sacudiéndole allí: el latir de su pulso.

—¿Por qué diablos te has levantado?

—Voy abajo a por panecillos, Zosh.

—¿Ha estado aquí alguien?

—El chico de los periódicos.

—¿Y te pones una camisa limpia para ir a comprar bollos?

—Es domingo, Zosh. ¿De qué clase los quieres?

—De crema.

—De esa clase no los hay en domingo.

Pero Sophie se había vuelto a dormir soñando con pasteles de nata y crema de chocolate.

Frankie recogió su estuche militar de afeitarse y se lo metió con unas vendas en el bolsillo de la americana, y salió sin preocuparse de si Sophie estaba o no despierta.

El bar abierto más próximo era el de la viuda Wieczorek, y en él se metió. Precisamente delante del mostrador estaba el «Hombre del Paraguas», como si estuviera apoyado en él desde la noche del sábado esperando al primer cliente del domingo por la mañana.

Según pudo ver Frankie, parecía estar muriéndose por una cerveza. Pero no dijo una sola palabra cuando Frankie pasó: sólo se echó hacia delante y mendigó con los ojos, mirando a Frankie como un perro moribundo. Frankie movió la cabeza. No...

«Paraguas» volvió a echarse contra el mostrador esperando a que llegara alguien que dijera sí.

Frankie se sentó en espera de que le sirvieran y cerró los ojos.

Cuando los abrió, la viuda le estaba mirando, y le preguntó:

—¿Cómo estáis en tu casa?

—En casa estamos bien —contestó Frankie—. Sólo estaré aquí un minuto para calentarme. ¿Me puedes dar una cerveza caliente?

La viuda le trajo la cerveza y él la dejó reposar mientras trataba de adivinar a cuál de sus dos perseguidores, a Bednar o a McGantic, resistiría más tiempo. ¿Cuánto tiempo podría quedarse fuera de circulación cuando empezara a sentirse enfermo?

Conocía, como conocen todos los toxicómanos del barrio Oeste, un restaurante solitario, cerca de una estación de transbordo de la Madison Street, que traficaba con drogas durante toda la noche.

Ésa era una situación conveniente para los toxicómanos y conveniente también para la brigada de represión, que podía detener a uno determinado de ellos sin tener que perseguirle a través de toda la ciudad. Así que la brigada había detenido al que quería detener, los que quedaban experimentaban una sensación de alivio al saber que no serían molestados durante unas horas.

Los toxicómanos dependían del sargento Dugan, y éste, a su vez, dependía de ellos. Había un arreglo bilateral que le permitía detenerlos como si fuera un buen padre que lleva a casa a un niño caprichoso. Les gustaba ser tratados como niños, y como a niños enfermos los trataba Dugan. Iban resignados. De vez en cuando alguno se entregaba pidiendo ser enviado a Lexington para la cura, y Dugan arreglaba los papeles para ellos si creía sincera la rendición.

Seis meses después Dugan iba de nuevo con los ojos muy abiertos buscando al mismo arrepentido con la orden de detención en el bolsillo.

Dugan era un hombre terreno y deseaba que los demás hombres se quedaran en la tierra. Cuando veía a alguno dirigirse al «País de las Nubes», Dugan se creía obligado, tanto por decencia como por deber, a apearle del burro.

Los habituales habían apodado al restaurante el «País de las Nubes».

«Tendré que ir allí», se dijo Frankie con una primera sospecha de terror.

McGantic trabajaba ahora para Bednar, bloqueándole los únicos sitios donde el

capitán iría a buscarle en primer lugar. McGantic no cesaba de perseguirle, y entre él y Bednar, al que más tenía que temer era a McGantic. Era el perseguidor más listo. Porque sabía antes que el mismo Frankie dónde debía ir y llamar a Bednar. Nunca podría deshacerse de éste si no se quitaba antes de encima a McGantic.

De momento, Frankie sentía que ni el capitán ni el sargento habían empezado a darle caza en serio. Pero pronto comenzarían.

Cuando salió del bar de la viuda se sintió mucho más ligero y libre que antes, tanto casi como el día en que lo licenciaron.

«No darán nunca con el muchacho del brazo de oro —se jactó a sí mismo mientras advertía a sus pies—: ¡Cuidado con el sitio adonde me lleváis!».

Se dio cuenta de que aún tenía una puerta clandestina para engañar a Bednar y a McGantic: la puerta de Molly Novotny. Dondequiera que estuviese...

«¿Cuál es el nombre del sitio donde el lector de contadores dijo que la había visto? El “Club del Gatito” o algo por el estilo. Eso está entre Madison y Lake. Dondequiera que esté siempre será más seguro que el “País de las Nubes”», pensó.

Bajó a lo largo de Paulina hasta el Hudson. El día estaba tan nublado que a pesar de ser por la mañana las luces de los árboles de Navidad lucían aquí y allá como si fuese ya de noche.

«Ahora tendrán que tirar esas cosas —pensó Frankie irritado—. Navidad ha pasado ya».

Se paró en un portal, sacó una venda del bolsillo y un billete de cinco dólares de la cartera. Dobló el billete con cuidado y lo colocó en el interior de su antebrazo derecho, debajo del codo. Una vieja precaución. Los atracadores vacilan en arrancarle una venda si ven que la lleva cerca de la vena. Los policías, como son más valientes, le arrancan a un hombre una venda de la yugular si con ello han de conseguir encontrarse con un billete de dos dólares.

Cuando Frankie llegó a Ontario cortó hacia Ashland y tomó un tranvía del sur. Una manzana más al sur de Lake se apeó en la parada de «Maypole Street».

«Maypole Street» es una larga y fría calle que va de un final al otro de la línea. Frankie se sopló las manos, y con los dedos entumecidos por el frío sacó de la cartera todos los documentos de identidad, los rompió y los echó a una fogata que ardía en la esquina de una callejuela.

«Ahora mi nombre es Nadie —se dijo con su amarga media sonrisa—. Nadie, procedente de cualquier parte menos de un hogar. Y no estaré aquí mucho tiempo».

Cuando estuvo ante un brasero calentándose las manos y viendo cómo el humo hacía rizos por entre los botones de su guerrera, una muchacha mulata bajó por la callejuela arrastrando un cuarteroncillo que trataba de andar al mismo paso que la mulata. Ambos iban envueltos en viejos harapos rojos trasudados, y frente a la fogata la mulata le dio la vuelta al cuarteroncillo de un fuerte tirón y le gritó:

—Ahora eres un tiovivo humano.

Después ambos volvieron a marcharse haciendo como que no habían visto al



señor Nadie de la calle Ninguna.

Salió a la calle principal y desde algún sitio, como si hubiera nacido en los alambres que cruzaban por arriba, oyó la música conocida de una vieja canción de gramola.

Al lado de la calle, sobre la fachada de una taberna, un letrero de neón apagado rezaba:

CLUB DEL GATITO ROSA  
La bienvenida a todos los gatos

Confió en que aquél fuera el sitio que buscaba. Cuando bajaba las escaleras la muestra de neón se encendió en rojo y verde, como si le hubieran estado esperando toda la mañana, y la canción de la gramola sonó más clara:

*Quisiera saber con quién baila mi amiga ahora.*

Frankie tocó la venda que guardaba su reserva de dinero, y empujó la gran puerta encamada.

—Parece que algunos gatos se agitan por aquí —observó mirando a su alrededor.

\*\*\*

El capitán se sentía empalado. Hacía ya mucho tiempo que no se había reído, ni sentido alegría, tristeza o simple extrañeza. Cuando algún murmullo, medio protesta medio burla, le llegaba del otro lado de la pared se sentía inquieto porque hombres enjaulados pudieran reírse de algo.

Un corazón de hierro, una vida de hierro. Las risas y las lágrimas se habían corrompido en su pecho. En la blanquecina luz de la sala de interrogatorios un temblor se apoderó de sus labios. Trató de hacerlo cesar, como un borracho trata de escupir una mosca.

Algo les había pasado a los labios del capitán como algo había pasado a su corazón. En toda su vida de policía había cuidado muy bien a su corazón, sabiendo cuán poco espacio había en el mundo para la piedad y para las confidencias, y cuánto de negocio había siempre en cualquier asunto. Demasiadas mujeres mostraban piedad, como mostrarían un panecillo del día anterior.

—Todos somos necesarios unos a otros.

¿Qué habría querido decir con esa frase aquel sacerdote medio loco? Algo que incluso el pillastre parecía saber cuando dijo: «Todo el mundo es un reincidente en su corazón». ¿Qué quiso decir? Era una injusticia que gente detenida pudiera reír, y que el hombre que la había detenido no fuera capaz ni de llorar. Como si los enjaulados supieran en secreto que todos los hombres eran inocentes, en un sentido que un

capitán no sabría nunca comprender.

—Yo os conozco —les decía Bednar en voz baja—. Os conozco a todos. Pensáis que sois hermanos unos de otros, o algo por el estilo.

Sin embargo, en sus ojos parecía brillar una necesidad que no había sentido nunca antes. Y las hojas de detención sin rellenar que estaban esparcidas sobre su pupitre parecían escritas en una cifra inventada por sus enemigos.

—Como no se quite las hojas de delante acabará usted por escribir en ellas su propio nombre —le había dicho Primo Kvorka en broma aquella mañana.

Hasta ese momento Bednar había estado luchando contra el deseo impulsivo de poner su propio nombre donde hasta ahora sólo había escrito nombres de culpables.

Los culpables. Veía la pálida cara del pillastre, exhausta como la de un niño a fuerza de llorar en su celda, y durante un momento su propio corazón le pareció ser un formulario de acusaciones manchado de sangre y con un pequeño espacio libre para poner un último nombre.

En un impulso de salvación personal cogió la pluma y con mano firme escribió: «Culpable».

«No he hecho sino cumplir con mi deber», se defendió contra sí mismo y contra todos los que en su imaginación le señalaban con el dedo.

Luego trató de tapar con la mano la palabra que acababa de escribir sobre el formulario. Pero la culpa, como un pájaro negro, calvo, sin alas, viejo y frío, alisándose las plumas con un pico obscuro, quedó para siempre encarnada en la escribanía.

«Soy un toro enfermo —se dijo Bednar—. Ya es hora de volver a casa».

Pero después de algunas horas aún seguía sentado delante de las hojas de detención sin rellenar, como si estuviera esposado a la única palabra que tan decididamente había escrito.

\*\*\*

Se secó el sudor de la frente con el pañuelo y luego lo hizo pedazos, nervioso como si se hubiera manchado las sienes con sangre.

«El pillastre no era nada para nadie», recordó.

Pero entonces, ¿por qué al convertirlo en un acusador sentía como si hubiera vendido a un hijo y le hubieran pagado en oro? Si todos eran hermanos, los del otro lado del muro también lo eran de él.

No podía ser. Resultaba demasiado duro admitir que por haber cumplido con su deber había hecho traidor a un hombre. ¿No habría estado haciendo traidores toda su vida?

—A ver si se acaba el ruido por ahí —avisó a los murmuradores del otro lado de la pared. Durante un instante tuvo la sensación de que le estaban observando a través de mil agujeritos, haciéndose señas unos a otros y guiñándose con señales de

inteligencia y complicidad. «Nunca he odiado a ninguno de vosotros», pensó decirles.

Oyó la contestación:

«Ni ha querido usted a nadie».

Oyó decir esto de sus propios labios y se asustó.

Habían empezado por robarle el sueño. Escuchó con la esperanza de oírles gritar que él no era mejor que el peor de entre ellos. Él sabía mejor que nadie quién era el más culpable aquella noche.

Silencio. No le echaban nada en cara. Tenían el nervio suficiente para aceptar el golpe y perdonarlo todo. Todo.

De repente el capitán deseó hacer algo tan grandemente noble, algo al mismo tiempo tan loco y tan tierno, tan lleno de inusitada y perfecta misericordia hacia los más perjudicados, que tanto los presos como los policías se reírían abiertamente de él.

Su corazón se apaciguó con la perspectiva de esa acción como con la anticipación de una orgía. Luego latió más lentamente. «Parece como si estuvieran de rodillas rogando por mí ahí dentro», pensó. Y no deseó que rogaran por él.

Ya era hora de endurecerse. Había estado siempre orgulloso de ser un defensor de las leyes que los hombres vulneran y de ser un hombre que atemperaba la justicia con la compasión. Ahora había llegado la hora de ver si esas cosas existían. Si no había ninguna de ellas para él, obraría como si no existieran. Una vida de hierro, un corazón de hierro y al final una muerte de hierro.

Ahora sabía que aquellos a quienes había negado el pan y el agua, aquellos que estaban al otro lado de la pared, eran la humanidad corriente, la debilidad corriente, la caída corriente y lo único que podía aportar esperanzas a su corazón. No había juez para juzgar a un capitán que sólo cumplía con su deber. Tenía que juzgarse a sí mismo. Todas las deudas han de ser pagadas. Pero para la suya no existía moneda. Todos los errores se castigan. Pero el suyo sólo podía castigarse haciéndose más perdido, más caído y más solo que cualquier otro hombre.

Los ladrones, los embaucadores, los timadores, todos podían redimirse con el tiempo. Para él, que había escogido el juego espiritual de la justicia, no había tal redención. Sólo podía redimirle su propio corazón; o con lágrimas o con risas.

Pero hacía demasiado tiempo que el capitán no había reído.

Alguien —¿podía ser aún el pillastre?— gritaba en sueños al otro lado del muro, trayéndole la seguridad de una pesadilla con policías y prisioneros, tahúres, ganchos y capitanes, ciegos y busconas, inválidos y delincuentes disfrazados.

Por el cazador y por el perseguido, «Gran Archivo» lloraba.

\*\*\*

Mucho después que los hombres de Bednar vinieran y se fueran y que el gran edificio gris murmurase primero y callase después, Sophie, sentada cerca de la ventana mirando la nieve, medía sus horas. Oía el reloj de encima del aparador.

Voces deliberadamente disimuladas en la puerta vecina. Schwiefka explotaba ahora allí su juego. Ella oía al «Gorrión», a Pig el ciego, al lector de contadores y una vez, sólo una vez, la voz de Nifty Louie, todos ellos riendo sordamente como si ella estuviera dormida en su sillón de ruedas mientras Frankie estaba de broma con la profesional del piso de abajo. Todas las noches.

Y todo el mundo en la casa lo sabía menos ella.

Una mentira. Una mentira más de Nifty Louie. Éste siempre estaba levantando calumnias contra Frankie para quedarse con su colocación de *croupier*. Ahora, como si de pronto hubieran sabido que ella les escuchaba, interrumpieron sus chismorreos, indicándose unos a otros que ella estaba al otro lado de la pared oyéndoles. Ella lo sabía, pues les oía dar las cartas. Se llevó el índice a la sien para indicar lo que pensaba de ellos y entonces tan claro como el día, uno dijo: «Eso no vale un cuarto». Y la falleba vibró al paso del «elevado».

Con el ruido se aprovecharon para reír hasta que el tren pasó. Y entonces pretendieron que nadie se había reído.

Cuando levantó la cabeza era noche cerrada, sin luna, y el crucifijo luminoso alumbraba levemente la pared. Se acercó al Cristo cuya cara llena de dolor le impresionaba siempre durante sus ratos de desaliento en la casa tan silenciosa. No había luces a lo largo de la «División Street» ni en el pasadizo del «elevado».

El Cristo estaba con ella desde que llegó allí con Frankie. Él había estado con ella cuando había reñido con Frankie. Él solo sabía cuánto había deseado ella que Frankie estuviese también tullido en un sillón como el suyo.

Loca, completamente loca. El Cristo que tenía delante también parecía loco a fuerza de ser tan bueno. Y Él sabía que ella se beneficiaba ya de su locura, pues al acercarse a Él se hacía la persona más sabia y feliz de la tierra.

No había luz en el corredor largo y frío, ni en la escalera.

Sólo el resplandor de neón en las calles, las luces de cruce; las de los coches y el brillo de los carriles.

En aquel momento Frankie Machine estaba bebiendo solo.

\*\*\*

Dos monos estaban enjaulados encima del mostrador, jugando y persiguiéndose, mirando con picardía a los clientes del bar que les cantaban desde abajo:

*Singo, bongo, bongo,  
¿cómo te iba en el Congo?*

Por entre las mesas, encima del piano y sobre el pequeño escenario flotaba una especie de nube de hedor, algo así como el olor otoñal de las hojas muertas, o como

el olor a enfermo. Algo de muerte en otoño, de amor en verano, de flor en abril, todo reunido en algo tan frío como el guante de un cirujano.

Y también olía a algo tan dulce y amargo como la marihuana en un cuarto oscuro tapizado, cerrado y sin ventanas.

\*\*\*

Frankie Machine estaba sentado entre los extraños gatos del «Club del Gatito» bebiendo la cerveza de las gentes de color.

Se había pasado la tarde bebiendo, y de la reserva de cinco dólares que pegó a su brazo no quedaba más que un poco de esparadrapo colgando de la piel.

El amarillo animador cuyo único sueldo eran las monedas que le tiraban a los pies, empezaba su primera representación de la noche con una especie de danza, mezcla de contoneo y de convulsión.

—Esta función os matará, amigos —amenazaba a los asistentes—, y a los que no mate los dejaré inválidos.

Nadie se rió.

\*\*\*

—Esto es algo que no me has visto hacer.

Fuera, delante de la puerta, alguien rompió una botella contra la acera. La música empezó a sonar y las risas volvieron a hacer brillar las dentaduras.

Los extraños gatos se miraban unos a otros.

Era ya hora de irse a casa. Era la hora de acostarse, la hora de beber algo y la hora de levantarse y marcharse. Pero a Frankie Machine, con las manos apretadas contra las sienes, no le quedaba más que las botellas de detrás del mostrador, los viejos monos de encima de las botellas y la voz del viento llena de nieve, lluvia y granizo por las calles donde las patrullas le buscaban.

«Nadie puede aguantar con este miedo —se dijo—. Nadie puede aguantar esta angustia sin tener un sitio donde ir».

Temeroso de levantarse y temeroso de irse, con miedo a los sentados en las mesas de alrededor y a la vez con el deseo de pelear con todos ellos, permanecía sentado con la mano derecha temblándole de tal forma que tenía que usar la izquierda para llevar a sus labios el vaso de cerveza. Y mientras bebía trataba de no perder de vista el escenario.

Una muchacha blanca con cara de bebé trotaba por allí arriba como si la movieran con cuerdas y cantaba un conocido sonsonete pasado de moda. Pero todo su trabajo consistía en dar vueltas como un caballito de circo con una luz colgada del cinturón de una guerrera, lo que parecía un símbolo para aquella humanidad perseguida:

perseguida, marcada, rebajada y vendida.

Pero sólo el gato de neón tenía penas, sólo las botellas lloraban pequeñas lágrimas, y sólo los monos añoraban su hogar:

*Bingo, bongo, bongo,  
no me quiero ir del Congo...*

Nadie oyó horas después de los pasos de un extraño en el vestíbulo, abajo, ni le oyó luego subir pesadamente, como si llegase tan cansado que no pudiera dar un paso más. Entreabrió unos centímetros la puerta, como un animal acosado, y pensó: «Es Frankie que vuelve a casa». Pensó que venía para darle explicaciones de por qué se había ido sin despedirse, sin siquiera decirle qué era lo que querían de él los hombres del camión. Sin siquiera decirle que era mentira lo que decían de él y de la individuo del primer piso. Sin siquiera decirle una palabra que pudiera contradecir a las de los vecinos. Le sería de gran alivio decirle ahora:

—Todo te lo has merecido. Todo esto es culpa tuya.

Pero por la forma en que regresaba, tan pesadamente, subiendo escalón por escalón, ella sabía lo arrepentido que llegaba. Por fin estaba arrepentido de verdad y había vuelto para confesarlo.

Para confesarlo todo, comer algo, tener un rincón donde dormir y un sitio donde esconderse. ¿Qué importaba que hubiera salido con unas y con otras y que le hubiera dado un golpe en la cabeza a un zángano alguna que otra vez? Lo importante era que volvía y que estaba arrepentido, porque después de todo era a ella a quien quería. Se mordió las uñas nerviosamente.

Oyó al rezagado de abajo apoyarse con fuerza, para respirar, contra la desvencijada barandilla, y deseó que no estuviera otra vez borracho. Si lo estaba tendría que refrescarle, trabajar de prisa y estar siempre callada, pues él estaría muy cansado, muy hambriento, muy enfermo y con todos en contra suya. La necesitaría mucho. Así es que murmuró a través de la puerta: «De prisa, encanto», tan fuerte como se atrevió.

Y entonces alguien que debía estar loco puso un disco en un fonógrafo:

*De todos modos parece ir mal...*

El rezagado lo oyó y ella le oyó a él volverse atrás, tal vez creído de que empezaba una fiesta y que sería mejor no arriesgarse. La puerta se cerró al empezar el disco.

*Puesto que ya no eres novia de nadie.*

Cuando cesó la canción ella pensó que el rezagado estaba dando vuelta a la manzana para usar la escalera de incendios y engañarlos a todos. Ella abriría para él la escalera de escape. Y entraría tan silenciosamente que nadie oiría sus pasos. Nadie sabría dónde estaba escondido su Frankie. Nadie, ni aun siquiera Violet, lo sabría. Le daría de comer, le bañaría, le haría dormir y cuidaría de que los transeúntes no le despertaran.

La luna parecía demasiado blanca. Ella se acercó a la escalera de escape que un largo desuso había atrancado. Metió el calzador entre la ventana y la falleba y aquélla se abrió completamente, manchando de fino polvo de orín la manta echada sobre sus rodillas. Tendría que levantarse para decirle que ahora podía salir de las sombras de la callejuela trasera.

Pero no se oía nada en la escalera de hierro. No se oía el ruido de los pies buscando los oxidados travesaños. Ni un silbido en la noche invernal para decirle que volvía a buscarla.

Apoyada contra la pared manchada de herrumbre, sus ojos se cegaron con la luz de la luna invernal, una luna de cara de huéspedes, una luna de escalera de escape, tan ancha, tan fija, tan inmóvil... Le daba miedo moverse bañada por luz tan intensa, hasta que una cabeza de mujer apareció en la puerta iluminada y preguntó:

—¿Quién ronda por aquí?

Entonces vio la silla vacía y a Sophie apoyada en la baranda. De la atmósfera lunar de arriba, de la turbada atmósfera de abajo y de la quieta atmósfera que la rodeaba, Sophie oyó voces que gritaban hacia ella. Hubiera podido andar sola si no la sostuvieran todos con tal fuerza. Ella lo sabía muy bien.

—Con cuidadito, hermana. Un piececito cada vez. Es nuestra pequeña.

Las vecinas la contemplaban con asombro.

—Se ha pasado la noche haciendo rodar la silla de un lado para otro —se quejó alguien—. No he podido pegar un ojo. Pero sé las desgracias que ha tenido y la he dejado tranquila. Yo no soy de las que molestan a los demás; tengo demasiadas molestias yo misma.

Luego la compasiva voz de Violet les contó a los vecinos cómo había pasado todo:

—Los dos se querían. Pero nunca supieron soportarse.

Sophie sintió como el viento de la «División Street» abofeteaba sus mejillas y el viento invernal se agarraba a su garganta: ¡hacía tanto tiempo que no había salido al aire libre! Después el aire se hizo más pesado. Las casas y los escaparates pasaban en grandes masas como si aún estuviera en su sillón de ruedas. Y riéndose de sí misma por la sorpresa se vio en un vestíbulo pintado de blanco que se prolongaba hacia el infinito.

Hacia el corazón sin esquinas de la ciudad.

\*\*\*

Pequeñas luces rojas luciendo en fila y el terrible olor a enfermedad siguiéndola como una niebla en la atmósfera artificial. Saliendo de detrás de una puerta pintada de blanco donde, remota, perdida para todos, alguien cantaba con voz de niña:

*Me siento tan alegre  
en mi melancolía  
que quizá sea ya la primavera.*

Mientras que alguien muy cercano seguía preguntando cosas lejanas de una persona que más que contestar algo se reía.

Una persona que volvía la cabeza en vez de contestar. Hasta que alguien la cogió del brazo y todos pretendieron estar tristes y pasar por el vestíbulo sin tocar el suelo hasta llegar a una puerta numerada de la que nadie tenía la llave.

—Estamos encerrados —les dijo Sophie solemnemente, y ellos rieron a pesar de que nadie sabía por qué tenía gracia aquello.

El cuarto estaba desnudo desde el techo hasta el suelo de piedra, excepto una litera cubierta por una limpia y bien embozada sábana y una conocida manta caqui echada a los pies.

Sophie sentía un terror enfermizo de las paredes, pues eran tan blancas como los corredores, como la litera, como las sábanas, como el techo y como las caras que la invitaban a entrar. Se volvió sintiendo que nunca saldría de allí, y dio una corta excusa de niña:

—Alguien vive aquí. No debo entrar, pero mañana volveré para hablar un poco.

Encendieron la luz para hacerle ver que nadie la estaba esperando. Pero ella sabía que quienquiera que fuese quien allí habitara estaba escondido y volvería cuando se hubieran marchado, la luz se apagara y la puerta se cerrara tras ella.

Un cuarto sin ventana ni puerta, un cuarto entre muchos otros cuartos sin alumbrar al anochecer, ni por el neón, ni por la luz de la luna, donde ni los ruidos de la ciudad, ni la querida voz de Frankie sonarían de nuevo para ella. Entró con la docilidad de los condenados.

Oyó cerrarse la puerta tras ella para siempre y algo se cerró en su corazón con la misma llave automática. Cuando miró a su alrededor desde donde estaba acostada, no pudo ver indicio alguno de la puerta: las paredes sin puerta eran una sola superficie pintada de blanco. Sus ojos siguieron buscando lentamente algún rincón donde pudieran descansar, pero la pared seguía a la pared haciendo una curva sin fin y no había sitio para que los ojos descansaran. Era como estar en un tiovivo pintado de blanco. Hasta que se le mareó el corazón y el cerebro y rodó dando vueltas, vueltas, vueltas...

La blancura se convirtió en un dolor suave en las pupilas y después en un peso en los párpados, hasta que el tiovivo fue parándose, parándose y sólo se movió al leve



compás de las musiquillas sin tiempo del sueño.

Se despertó en una luz triste, con los rumores del anochecer abajo y oyendo gemir a un animalillo al otro lado de la pared. Era John el «Borracho» pegándole de nuevo a la pobre Molly.

«Si la quiere, ¿qué importan algunos golpes? —pensó Sophie con repentina claridad—. Si un hombre te dice que eres suya, ¿qué importan unas cuantas bofetadas?».

Luego, con sonrisa infantil, pidió a la enfermera:

—Enfermerita, ¿quiere lavarme los dientes, por favor?

Y después que sus dientes estuvieron bien cepillados empezó a nombrar a la enfermera con balbuceo de niña todos los nombres que sabía:

—El «Gorrión», Violet, Stash, Zygmunt, el viejo doctor, Piggy, Louie.

Fue nombrando a cada uno mientras la enfermera le esponjaba la espalda con algo fresco. Describiendo sus extrañas caras perdidas, caras que nunca había querido de veras y que ahora le parecían de repente tan queridas. Les nombraba como un chico cuenta números:

—El «Hombre del Paraguas», Primo Kverka, «Gran Archivo», Schwiefka, Chester del Conweyor, el lector de contadores, la viuda de Wiczorek, el «Carcelero», el pobre Peter, Shudefski, Molly, John el «Borracho».

Cuando se fue la enfermera, sólo entonces y con mayor ternura que a los demás, con más dulzura que a los otros, murmuró por fin el último y más triste nombre de todos:

—Francis Majcinek. Nos casamos en la iglesia...

¡Nostálgico nombre el de Frankie Machine!

\*\*\*

De todas maneras llevaban ya tres semanas persiguiéndole. Estaba oculto en un lugar donde Zygmunt el «Previsor» podía inquirir, Antek el «Patrón» podía conjeturar, cierto superintendente de policía podía saber, «Gran Archivo» podía buscar. El capitán no había contado con una mujer en cuyo corazón se podía pisar con zapatones del ejército.

Pues sólo Molly Novotny sabía con certeza donde estaba.

Habían registrado las trastiendas de las casas de juego y escuchado las tertulias de bebedores en busca de la mención de un nombre. Entre la vana diversión de las tabernas de las calles lejanas habían observado los reptiles de medianoche y a los arruinados. Habían interrogado a cuarenta borrachos y detenido a un rubio condecorado con la *Purple Heart*. Habían dejado que veintiséis coristas les estafaran. La música y el tránsito seguían, grandes vapores forzaban el hielo del río, los pontones cruzaban despacio de un lado a otro y los relojes de las estaciones estaban sincronizados al segundo. Sin embargo, nadie oía aquel nombre. El último borracho

de la noche se levantaba con el viento en sus talones y con la nieve transformándose en lluvia de color de humo.

En una calle de Lake hallaron a un polaco de cinco pies y siete pulgadas liado en un capote del ejército, y durante cinco noches seguidas le golpearon en un puesto de policía distinto hasta que a la sexta noche le dieron una patada y le echaron a la calle, precisamente en el momento en que se recrudecía la lluvia color de humo.

En «North Clark Street» detuvieron a un tamborilero de seis pies y cuatro pulgadas, y en el barrio Sur encontraron a un ratero que se lamentó:

—Ése es el mismo tipo que se hizo con mi reloj en una apuesta de treinta y seis dólares en el «Club de la Jungla». Me dijo que podría doblar a Telma Todd siempre que quisiera. ¿Quién demonios es Telma Todd?

Detuvieron perros amaestrados, registraron a fondo a todos los revendedores que salían del «País de las Nubes», fastidiaron a las dueñas de las tabernas y hablaron de precios con las busconas distinguidas.

Perros amaestrados, revendedores, tabernas y buscavidas, todos ellos le dieron a la ley centenares de nombres de otros buscavidas y de otras tabernas. Después, nombres, coartadas, terrores, protestas y amenazas, todo cayó al suelo y lo arrastró la nieve que se derretía en riachuelos en las aceras y los sumideros de la ciudad.

Habían registrado las tabernas polacas, habían estado escuchando en los lavabos del «Paraíso Guyman» y habían inspeccionado la sacristía de San Wenceslao de Kostka. Habían detenido a cuatro *croupiers* rubios, tres chatos y uno sin nariz, y el propio Bednar presidía los interrogatorios en la Central de Policía con la incommovible certeza de que tarde o temprano la red tendida en la «West Madison Street» pescaría a un muchacho de pelo rubio y nariz chata.

Pero el muchacho rubio no estaba en los bares polacos, ni estaba en «West Madison». Dormía en un camastro militar, en un primer piso de dos habitaciones con agua fría, donde no llamaba nadie excepto un negro llamado Dovie y una mujer blanca que se llamaba Molly.

—Todas las cosas pasan —le aseguró Frankie—. No han puesto nada en los periódicos.

—Si no hay nada del asunto en los periódicos —contestó Molly—, eso quiero decir que lo han reservado para que te vuelvas imprudente y puedan llevarte a la silla.

Frankie pareció ofendido.

—No hay silla en este asunto, Molly. No es más que homicidio.

—Debe ser agradable no tener que preocuparse más que de una cosa tan nimia como veinte años y un día —dijo Molly fingiendo admiración.

Él rió de labios afuera.

—No olvides la rebaja por buena conducta. Puedo estar fuera en dieciséis.

—No podrás aguantar tanto si te esposan con los guardianes. —Desde luego, Molly tenía razón.

—Veinte años y un día serán peores para ti que la silla— agregó—. En el estado

en que te encuentras no vivirías ni cuatro.

Después sintió haberle dicho las cosas tan claras y se acercó a él. Parecía muy decaído, con la cabeza echada en la mesita donde solía sentarse para dar cartas a unos jugadores imaginarios.

—Nada hay en la cabeza de «Gran Archivo», sino humo —le dijo, y se sentó en sus rodillas con las manos sobre sus hombros—. No me has contado nunca lo que pasó aquella noche.

El miró hacia el patio de al lado, donde brillaba el primer deshielo de febrero.

—Vine a las manos con aquel tipo.

Había enflaquecido tanto desde aquella noche que en realidad ella no podía imaginárselo golpeando a un hombre.

—Lo acogoté.

La posibilidad estaba más en el gesto que en los bíceps. Con los brazos hizo un doble movimiento hacia delante, dando a entender que antes había empujado al tipo contra el suelo.

—Y entonces su cuello crujió y comprendí que lo había matado.

—Querrás decir que crujió su boca.

—No, su cuello. —Puso sus puños delante de ella con la ingenuidad de un niño—. Con éstos. —Apretó los dedos hasta que los nudillos crujieron—. Todo está en el pulso.

Ella acarició con curiosidad los apretados dedos tratando de sentir el poder que hubo en ellos entonces y que ya no tenían. Luego los separó lentamente. Cayeron en su regazo por su propio peso y la forma desesperada en que los dejó caer le llegó al corazón. Devolver la fuerza a los dedos y la luz a los ojos era lo que quería Molly Novotny.

—Cuando te sientas inútil no pienses en quitarte de en medio —le había dicho una vez—. Un camino es tan bueno como otro.

Ya no pensaba ella en quitarse de en medio. Tenía que seguir ayudando a Frankie Machine.

—Jamás hice para nadie algo tan sincero como lo que estoy haciendo —pensó tranquilamente, de pie detrás de la silla y con las manos sobre sus hombros como él había estado tantas veces detrás de Sophie—. Nadie me había dado ocasión.

Cerró él los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Ella le sostuvo la cara en sus manos mucho rato. Por la noche los dientes le rechinaban y saltaba como un epiléptico en la cama.

Una noche la sacudió con rudeza.

—¿Dónde está el pillastre? —preguntó.

—En la cárcel —contestó ella con rapidez.

—Pobre pillastre —dijo él, y volvió a echarse de espaldas.

¿Habían dejado al pillastre en libertad bajo fianza o le habían echado la llave? Dormido o despierto estaba inquieto por no saberlo.

—¿Cómo no puedo saber dónde estoy yo y dónde está él? —le preguntó a Molly.

—Nunca sabrás dónde estás hasta que no te cures del todo, conejito —se burló ella.

Podía permitirse alguna burla a cuenta de su debilidad. Hacía ya tres semanas completas que no había tenido fiebre y ella no quería ver a nadie más con tal angustia.

—¿Por qué reincidente, Frankie?

—Los disgustos empezaron el día que volví a casa con Zosh —recordó—. No sabía cómo quitarme de encima sus quejas. Parecía que todo fuese culpa mía. Desde que yo y Zosh éramos niños, siempre he creído que la culpa era mía. Y por eso hice un paquete con todos los disgustos pequeños y los convertí en uno grande.

Una noche Molly le regaló unas cajas de practicar que le había comprado a uno de los tamborileros del bar. Al día siguiente la despertó redoblando suavemente, y así estuvo tocando todo el día siguiendo la música de la radio que tenía a su lado. Ni siquiera se bebió un vaso de cerveza.

Cuando ella regresó a casa a medianoche le encontró más tranquilo.

—Parece que estás mejor, tahúr.

—Llámame tambor —le dijo—. Ya no volveré a dar las cartas. Parece que cada vez manejo mejor estos palillos.

Abrió la radio y siguió la música sin un tropiezo. Pero no le dijo lo mejor: que durante todo el día había usado ambas manos y la derecha se había portado tan bien como la izquierda.

—Como consigas el tacto ya nunca más lo pierdes —se jactó como un chiquillo.

En los primeros días del mes pensó que tendría que buscar una colocación de tamborilero.

—En esta ciudad no hay colocación segura para ti.

—Entonces conduciré un coche. Chófer de día y por las noches una colocación de tambor.

—El primer día te inscribirán, el segundo te denunciarán y al tercero vendrá el hombre aquí. —Y cruzó las muñecas para darle a entender que hablaba de la policía.

—Buscaré carga en «Kinzie Street».

—Te registrarán.

—Conduciré un camión. Iré a trabajar a una fábrica, o al molino de Gary.

—Te registrarán.

—Entonces huyamos de la ciudad.

—Sin blanca no podemos dejar la ciudad.

Ella no mencionaba nunca a John el «Borracho». Sin embargo, cuando quiso contarle que había perdido diez dólares de su paga jugando al veintiséis, él le preguntó con sencillez:

—¿Quieres decir que John cobra de nuevo el barato?

—Quiere que vuelva con él.

—¿Por qué mientes? —inquirió Frankie—. Tú sabes tan bien como yo que John no te quiere ni quiere a ninguna mujer. Le estás pagando porque ha descubierto que yo estoy escondido aquí y ha prometido callarse. ¿Por qué no confesarlo francamente, Molly?

—No sé qué beneficio obtendría él empeorando las cosas para ti —le confesó con tristeza—. Precisamente, cuando empiezas a reponerte y a tener la cara que tenías la noche que fuimos al baile. —De repente recordó el pasado y todas sus esperanzas fallidas—. Tengo miedo de no darle el dinero, Frankie.

—¿Qué vale la promesa de un borracho? —preguntó Frankie. Él estaba echado en el camastro militar y ella sentada en el borde quitándole de los ojos los mechones de pelo—. No vas a estar pagándole toda tu vida, Molly.

—Tengo que cortarte el pelo esta noche —le dijo, poniéndole un dedo sobre los labios—. No sé lo que haría si no estuvieras esperándome cuando vuelvo por la noche.

—Volverías otra vez a la bebida —le dijo lealmente. La miró con gratitud. Tenía veinticuatro años y parecía tener treinta. Y quiso sondear el oscuro pozo de sus recuerdos—. ¿Qué es lo que hace que te cuides de un mal hombre como yo, Molly? —Fue lo único que supo decir.

Ella se rió con risa infantil, se encogió de hombros y contestó:

—No lo sé, Frankie. Algunos gatos saltan así.

Sin embargo, estaba muy preocupada.

\*\*\*

Una primavera corta y fría. Como iba aumentando su inquietud le dio por salir a dar un paseo por la manzana mientras ella dormía. Cuando ella despertó y vio el barro de sus zapatones pensó que sería difícil seguir teniéndolo encerrado. Una vez que volvió oliendo a cerveza hizo de madre ultrajada, le encerró y como castigo le privó del paseo de por la noche.

—Acuérdate que la primera vez que te detengan por borrachera te pondrás en camino a un lugar del cual no volverás más —le advirtió—. ¿Por qué corres esos riesgos, encanto?

Frankie sonrió con su maliciosa y amarga sonrisa.

—Porque algunos gatos saltan así, Molly.

Él lo sabía. Él sabía que cada día estaban los cazadores más cerca de la casa. Tenía que buscar a alguien que supiera en qué situación se encontraba el pillastre antes de hacer otra mudanza. Tenía que quitárselo de encima y pensó en ir directamente a casa de Schwiefka y preguntar por Violet.

El primer día caluroso de marzo, mientras Molly lavaba la vajilla en la fregadera común, salió sin decirle una palabra. Pero ella le vio y le llamó.

—No voy más que a dar un vistazo por sitios donde haya gente —le dijo por

encima del hombro.

—Cuando tengas bastantes detrás de ti escápate por el otro lado —le advirtió ella.

En la «Damen» y «División» vio al lector de contadores y lo evitó, pues no tenía ganas de oírle decir lo orgulloso que estaba de sus muchachos. En cambio, se deslizó hacia la puerta trasera de Antek y esperó allí hasta que éste le hizo señas de que entrara en la trastienda. La mujer de Antek le miró sombríamente y se fue para cuidar del bar mientras Antek llenaba dos vasos y se bebía el suyo antes de mirar a Frankie a la cara.

—Estás en peor situación que nunca, tahúr —le dijo por fin—, y no mejorarás hasta después de las elecciones. Han publicado un nuevo folleto con el título de *Los matones del alcalde en libertad*, o algo por el estilo. Lo que sé es que el superintendente de policía perderá su puesto si «Gran Archivo» no pone en claro lo de Louie. Ahora pretenden que alguien ha sido pagado para matar a Louie y tú eres el tipo que Bednar necesita para justificarse a sí mismo.

—Sáltate la política, «Patrón» —le interrumpió Frankie—. ¿Cuál es la situación del pillastre?

—Él es el que está en el hoyo, tahúr. Dalo por cierto. Bednar lo pescó creyendo que daría el golpe si se servía de él. Ahora está en libertad robando lo que puede para pagar a los abogados. No quieren inculparle después de haberte delatado, pero no lo dejan en paz. Cada vez que trata de buscarse algo van en fila a por él, lo vuelven a coger y una condena se une a la otra. Y le aprietan tanto que no puede decir que no. Ya le han empapelado lo bastante para ahorcarle. Pero ¿qué puede hacer el pillastre? O hace lo que le dicen o lo enchiqieran para siempre.

—¿Pero no sabe que de todas maneras va hacia la perpetua? —repuso Frankie, sintiendo asco de todos—. No sabe que el día que me denuncie ante el tribunal como le ha prometido a Bednar, éste le acusará a él al día siguiente.

—El pillastre no se figura que llegarán tan lejos —dijo Antek tratando de apaciguarle—. Nadie puede imaginarse hasta dónde llegarán. Un tipo tiene que tener esperanzas, y lo único que le ayuda al pillastre es eso: la esperanza. Cree que le acortarán la condena si les hace el juego y no se le ocurre nada más. Ya no puede retroceder. Tiene que seguir adelante sea lo que sea lo que el final traiga para él, para ti o para cualquiera. El día que fijaron su fianza vino aquí y me dijo: «No me echarán más de un año y un día, “Patrón”. Tengo la palabra del capitán. Después estaré en libertad tan limpio como un corderillo». Cuando me lo dijo tenía una cara de enfermo como tú no podrías imaginarte nunca. Lo malo es que gasta más de lo que le dejan reunir. Ya no se preocupa de beber en vaso. Coge directamente la botella como si creyera que es la última que volverá a tener en las manos en toda la vida.

Antek calló para echarse un trago de la botella y luego la soltó con cierta decisión. La bebida le había convencido que era ya hora de contarle al tahúr todo lo sucedido.

—Dios sabe que no fue él quien desvalijó a Louie, Frankie.

Por un momento Antek pareció un hombre sorprendido robando un cadáver.

—Yo siempre he tenido la sospecha de que no fue él —repuso Frankie—. Ahora lo comprendo. Pig tuvo que enviarle aquella noche con el envoltorio para salvar su propio pellejo. Bednar pensó que el pillastre era la única persona que podía contarle la verdadera historia sobre lo de Louie y no se equivocó.

—De todos modos fue una faena asquerosa poner a Pig en las listas de pago para cargarse al pillastre —dijo Antek—. Ya puedes figurarte en la ratonera en que yo estaba metido, Frankie, y lo que tuve que hacer para conservar la nariz fuera. Pero no creas que te reprochamos nada. Hiciste lo que tenías que hacer. La culpa no es de un tipo solo. Estamos todos pringados en ella de una manera o de otra.

Frankie soltó su copa.

—Es muy difícil decir de quién es la culpa en un asunto así —repuso—. Hay demasiadas cosas de las cuales yo parezco ser responsable. Ni siquiera sé por qué. Incluso el pillastre tiene bastante que echarme en cara por lo de ahora. Yo quise reventarle, pero no de manera que no pudiera salir nunca. Parece como si les echara mal de ojo a todos los que tengo a mi alrededor... ¿Cuál es la situación de Zosh?

Si antes Antek se quedó blanco, ahora se puso rojo como la etiqueta de la botella. Sin embargo, alguien tendría que decírselo.

—Tu Zosh es una gallina enferma, Frankie. Se soltó la melena el mismo domingo que te largaste y tiró la radio al vestíbulo. Mi señora fue a verla una vez mientras estuvo en County y Violet también fue a verla. Pero ya no está en County. Está al final de la línea del Parque Irwing, y tampoco eso es culpa tuya, como estás pensando. Siempre ha estado loca.

A pesar de haberlo pensado en secreto, Frankie no lo admitió. Se quedó mirando a la botella.

—¿Y cómo se ha portado Violet? —preguntó por fin, sólo por preguntar algo y conservar la serenidad.

Antek se sintió aliviado al ver que Frankie había cambiado de tema.

—No conocerías ya a esa mujer, Frankie. Está redimida. «Labios que toquen licor no tocarán los míos», es su refrán en estos días. Al «Carcelero» lo ha apartado también de la botella. Por lo menos la mitad de mi alquiler se ha ido al diablo entre los dos. ¿Sabes que se ha casado legalmente con el «Carcelero»? Ahora lo único que hacen es contar el dinero. Schwabatski la ha instalado en su propio piso y su idiota va a una escuela de retrasados mentales o algo por el estilo. Hasta el perro se ha quitado de la bebida, Frankie.

Por un momento Antek dudó entre reír o llorar.

—Tendrías que ver a los cuatro bajar por la «División» los sábados por la noche. El tonto con un libro debajo del brazo, conduciendo al perrazo con un collar nuevo, cepillado y peinado. No reconocerías al perro. Va a buscar leche y galletas, y ahora trae a casa el periódico en vez de una botella.

—¿Y adónde van «División» abajo si no van de tabernas? —preguntó Frankie

con suspicacia.

—¡Oh! Van a buscar literatura a la «Milwaukee» y a la «Ashland», todo ello referente a la guardería de faros o cosa por el estilo. Están metidos en un asunto religioso. Aquella tabla suelta no la ha vuelto a clavar, y parece que no la clavarán hasta que el tonto aprenda en la nueva escuela a clavarla él mismo. Parece como si la tabla suelta estuviera ahora en la cabeza del «Carcelero».

—Podría estar peor que Violet —dijo Frankie dándose en la coronilla con el gorro plegado.

Antek lo retuvo un momento.

—Quítate de la vista hasta que hayan pasado las elecciones. Para entonces tendrán que haberle hecho un traje al pillastre, pues no podrá resistir acumulando reincidencias. No tendrás que temer si puedes tirar hasta noviembre. Podrás soportar el golpe si llegas a reunir uno grande. Zygmunt ha evitado por menos dinero golpes peores que el tuyo. Yo pondré un billete de cien y los demás muchachos me imitarán. Hasta Schwiefka tendrá que aportar por la forma en que le hemos puesto las cosas. Nos reunimos todas las noches aquí para reunir la paga para ti. ¿Cuánto necesitas ahora?

—Échame cinco para que pueda vivir —canturreó Frankie.

Al darle el dinero, Antek dijo con un tono embarazado:

—Evita el gas de la felicidad, Frankie. Si puedes vencer eso, venceremos a Bednar. ¿Va lo apostado?

—Acepto la apuesta.

Frankie le sonrió y le dio la mano. ¡Esas apuestas se hacen tan fácilmente!...

Con el billete de cinco en el bolsillo dejó que Antek explorara la calle de arriba abajo antes de irse.

—Si puedes aguantar hasta noviembre, todo irá bien —repitió Antek.

En la esquina un cartel de gran tamaño, editado por los partidarios del hombre que apoyaba a «Gran Archivo», mendigaba descaradamente en letras de cinco pies:

VOTAD POR EL TÍO MIGUEL

—Votaré por ti, querido tío —le aseguró Frankie, y se dijo a sí mismo con referencia al tiempo y al lugar: «El pastel está demasiado caliente para marzo».

Evitó una callejuela conocida, cruzó la calle y tomó el tranvía hacia Madison, hacia las calles de su destierro. A lo largo de «Lake Street» cortó por las misiones negras hacia «Maypole Street».

\*\*\*

La puerta se abrió detrás de él y John el «Borracho» volvió a meter el hocico dentro del cuarto.

—La botella, amigo, la botella.



Frankie bebió un trago de ella, se la entregó a John y le oyó marcharse por fin.

—Ése no perderá mucho tiempo —le dijo Molly, como si él no lo supiera.

—Tampoco lo voy a perder yo —pretendió, pero con un verdadero temor de que ella le dejara irse solo. Cuando se le acercó notó que estaba temblando—. No temas, no volverá. Puedes dejar de temblar.

—No es por eso por lo que tiemblo —contestó Molly—. Es por lo que has dicho de irte tú solo ahora. ¿Y yo qué? ¿Qué haré si no puedo irme también?

—Te caerás si te unes a mí —le advirtió Frankie.

—Preferiría caer contigo a irme sin ti, Frankie.

Él le sostuvo la cabeza sobre el hombro y comprendió que en definitiva también esto era verdad.

—No podría estar solo una semana, y tú lo sabes —confesó—. A los dos días volvería a resbalar, Molly. Aunque tuviese que robar.

—Pues entonces no nos separemos —decidió ella de una vez para siempre—. Iré a trabajar al barrio Sur y nos ayudaremos los dos. Sólo los dos.

—Trabajar en una barraca del barrio Sur no es un juego seguro, Molly —tuvo que recordarle él como tantas veces lo había hecho ella—. Me encontrarían a través de ti. Si sigues trabajando en un escenario el hombre de las esposas vendrá a cogernos a los dos.

—Bien, haré de camarera. Mira.

Se pasó de arriba abajo como si llevara una bandeja imaginaria. Frankie la cogió y le hizo pensar de nuevo en el asunto pendiente.

—Serás camarera en Dwight<sup>[5]</sup> si no empiezas a empaquetar tus cosas. Vamos.

Se llenó los bolsillos de cigarrillos, y se metió también el cepillo de los dientes y los chismes de afeitarse.

—Como cuando iba a cobrar mis raciones en la Rue Pigalle —se rió mientras ella se ponía su mejor ropa y llenaba una modesta maletita con ropa interior y su vestido de lujo. Él la vio mirar tristemente el armario donde colgaban sus otros trajes—. No hay remedio, Molly. Hemos de viajar con poco peso.

—No es sólo eso —se lamentó ella—. Tengo que cobrar seis días de paga en el club. ¿Qué hacemos con el dinero?

—Olvidalo. Le he pedido prestados a Antek cinco dólares y eso nos permitirá pasar uno o dos días. Vámonos por la trasera, Molly. El pastel está que arde.

El pastel estaba bien caliente. El pastel se quemaba. Ya estaban a medio camino hacia el pasadizo de la callejuela cuando oyeron el ruido de los neumáticos de los coches. Molly había estado representando el papel de camarera diez minutos de más.

—Vuelve a la casa —le dijo él.

Pero ella se agarró a él aterrorizada y le apoyó contra la pared. Él la hizo volver cogiéndola por la espalda y la empujó con fuerza:

—Entretenlos.

Los taconcitos plateados se fueron golpeando como un martillo de plata sobre la

piedra, el cemento y el pequeño tramo de escaleras como si quisieran cerrar el camino hacia su habitación. Buena chica. Lo había hecho como él le había dicho. Eso representaba un año y un día, y después el golpecito de los taconcitos de plata no valdría mucho. Recorrer un poco las calles perdidas al anochecer y nada más. Pues su propio futuro se quebraba con el de él.

«Ese John debe haber dicho que estaba haciendo el equipaje», pensó Frankie al ver una patrulla delante y otra en la trasera de la casa.

Bien, el muchacho del brazo de oro había sido feliz una vez hacía mucho tiempo, y ésta podía ser la ocasión de que volviera la antigua suerte, cuando las cosas ya no podían empeorar. Volvió al corredor, a mitad de camino del sótano. Desde la puerta oyó los pasos pesados del propietario y luego el ligero correr de una rata. Se metió en la obscuridad y se apoyó sobre las tuberías para subir al tragaluz.

Arriba se oía el registro de cuarto en cuarto, el golpear de las puertas, las llamadas en las escaleras, los gritos y las amenazas de los policías de «Lake Street». Abrió el tragaluz desde el interior, lo sujetó con cuidado a un gancho del techo y salió a la acera entre las tapias.

No había conseguido ganar más que la distancia del ancho del edificio. Estaría mucho más alejado de los policías cuando llegase a la callejuela. Se bajó el gorro y se metió las manos en los bolsillos.

«Si ella puede entretenerlos dos minutos más, todo irá bien», pensó.

Un negro delgaducho tocado con una gorra de *baseball* se paró para descansar en la acera de enfrente y contempló a Frankie con la gravedad de un explorador observando a un bicho raro.

«Aquí salen pronto a practicar en primavera», se dijo Frankie, santiguándose por primera vez desde que había salido de la County.

Iba a necesitar ayuda. Saltó al callejón unos treinta pies detrás de la patrulla. Zigzagueando a lo largo como un borracho, contó cuatro columnas del «elevado» antes de oír a los policías.

—Ese hombre, fuera del sótano —gritó alguien, y diez metros más arriba la luz del sol—. Tú, abajo de ahí.

Ahora había llegado el momento, pero siguió tambaleándose con rapidez, como si fuera sordo, mudo, medio ciego y no tuviera rumbo ni prisa especial. Estaba esperando el disparo de atención, y el policía se lo hizo. El tiro se perdió en lo alto. El próximo disparo sería efectivo y corrió agachado, a paso de asalto, zigzagueando para guardar las espaldas y pensando: «Esto lo he hecho ya tres veces. Todo ello está en el manual del soldado». Entonces saltó sobre la escalera de hierro, y cuando había subido tres escalones sonó el nuevo disparo. La bala dio en el hierro unas pulgadas más abajo y sintió el golpe breve, frío y sin dolor que le rasguñó el talón. Pasó con la cabeza baja la taquillera, la oyó llamar una vez y luego saltó la barrera.

—¡Eh, caballero!

El sonido del gong se perdió en el tronar del tren de circunvalación que llegó, se

paró y emprendió en seguida la marcha.

Apoyado de costado contra la puerta, pudo tener una breve visión del coche parado en el callejón de abajo y a poco desapareció en un rayo de sol. «Bednar se va a encolerizar terriblemente contra alguno por la faenita», pensó. Y dejó de esconderse.

Una vez sentado se limpió el sudor y pensó: «Sólo deseo que no vayan demasiado lejos con Molly». Sintió el antiguo remordimiento de conciencia. Algo le pasaba siempre a quien se ponía demasiado cerca del hombre del brazo de oro. «Algún día se lo pagaré», trató de tranquilizarse.

Pero era difícil para él hallar la tranquilidad. Contó tres estaciones. Habían pasado Franklin y Wells cuando empezó a sentir que el sudor le goteaba hasta los pies y miró hacia abajo.

Un calcetín estaba lleno de sangre. En ese instante el coche empezó a llenarse. Llegó a State y Dearson. Cruzó el puente de transbordo cojeando lo menos posible. «El viejo doctor D. se acordará de mí y me vendará el pie y el “Patrón” me dará la pasta para esconderme hasta que pasé lo duro y Zygmunt pueda defenderme. Yo les recompensaré a todos».

El tren urbano de Long Square entró en la estación.

«Hoy todos los trenes van a su ahora —murmuró, y añadió burlonamente—: Y aún les debo quince centavos».

Cuando el tren empezó a tomar velocidad al dejar el Loop, el fugitivo quiso burlarse de los policías que estarían esperándole en todos los andenes del barrio del Oeste. A cada parada el coche se iba llenando, hasta que no quedaron asientos libres.

Cuando el conductor anunció «Madison» se dio cuenta que no podría llegar a «División» sin estar tirado en el suelo del coche antes de llegar. Salió del coche con el tiempo justo de que no le aprisionara la puerta.

El aire libre, después del viciado del coche, le alivió y cuando llegó al final de las escaleras de la «Madison Street», en el cruce con «Damen», vio un fardo de tablas liado con fuertes cuerdas.

«Esto me recuerda al vivales del vendedor de periódicos de la esquina», se dijo. Ahora se encontraba más ligero mientras cojeaba hacia el este, manzana tras manzana, en dirección al «País de las Nubes». Avanzando por callejuelas llenas de borrachos, torció por esquinas emporcadas por botellas y detritos. Se sintió mal y entró en un vestíbulo que ofrecía una invitación:

HOTEL  
SOLO HOMBRES

Había llegado el momento de subirse una vez más en el tiovivo. Esta vez iría más lejos que nunca. Pero, al sentir lo basta que era la franela de la camisa de dormir, se preguntó dónde podría ir hecha una facha. ¿Dónde estaban sus ligas, sus medias y su traje?

Le habían quitado las ligas, le habían quitado el bolso, le habían quitado su espejo de mano y le habían cerrado la puerta. Le habían quitado el vestido oscuro y el blanco, que le iba como un guante.

—¿Cómo quiere usted que una persona tenga buena cara si ni siquiera dispone de un espejito donde mirarse? —le preguntó al doctor—. ¿Cómo voy a poder peinarme?

Se le acercó tanto que el doctor le cogió las manos y se las retuvo. Entonces, antes que él pudiera decir una palabra, ella soltó uno de sus dedos y señalando el bigotito del doctor dijo riéndose:

—¡Chicas! Mirad qué cepillito más cuco.

Tendrían que oírla todos ellos. Si no le dejaban tener las cosas que debe tener toda persona decente, se abandonarían y descuidarían el pelo, la cara, el cuerpo y las uñas. Hasta que estuvieran tan avergonzados que tuvieran que traerle una blanca mesita de tocador con esmalte para las uñas. Entonces ella se arreglaría de nuevo para cuando alguien viniera a visitarla.

Algunas veces oía llegar gentes bien educadas al vestíbulo, y no sólo de la «West División Street», sino las verdaderamente refinadas del *Boulevard* Augusta. Pero cuando sabían lo mal vestida que estaba se iban en seguida para visitar a otras que estuvieran más de acuerdo con la moda.

Así es que tendría que devolver las visitas como estaba. Meciéndose ella misma en el borde de la litera de hierro, con una almohada a la espalda, como si siguiera en la silla de ruedas. Meciéndose así se sentía entrar en la obscuridad y tomaba el camino del tiovivo dando vueltas hacia un lugar donde estuvo antes.

Pero no debía encontrarse con nadie en el camino, pues la volverían a traer. Sin decir ni una sola palabra a nadie, tenía que abandonarlos a todos y no mirar hacia atrás. Porque si sabían dónde intentaba ir la obligarían a volver al camastro de hierro. Era una especie de reglamento de la casa que le prohibía salir de la habitación, ya fuera por la puerta o por el tiovivo, y se despertaba con temblores en la espina dorsal y dolores en las muñecas por donde la habían cogido para obligarla a regresar. Entonces notaba que la habían encerrado otra vez.

«No debe hacer eso», le decían. No debía ir allá, porque alguna noche podría no volver más. Ella veía que allá estaba más oscuro y hacía más frío que nunca. Aquello estaba tan frío, tan oscuro y tan lejano que nadie podría ayudarla a encontrar el camino de vuelta. Estaban a su alrededor observando a la despeinada mujer, con una gran tranquilidad y luminosidad en sus ojos, y cuando estaban muy ocupados en decirle lo que debía y lo que no debía hacer, ella los miraba y muy despacio les decía todo lo que ellos tenían que hacer.

Porque ella estaba enterada de todas sus tretas y sabía una o dos cosas que no revelaba. Nada les decía del patín mágico que ella usaba y que la volvía a traer a cada viaje porque cierto patinador le enseñaba el camino con una especie de luz que vencía la obscuridad y el frío.

No era de extrañar que no la dejaran salir, pues les pagaban bastante para

retenerla. De lo que estaban asustados era de que se llevara su negocio a otro sitio. Por eso era por lo que no le devolvían sus ropas, por lo que seguían tomándole la temperatura pretendiendo que estaba enferma. Por eso era por lo que trataban de sorprenderla. La puerta se abría sin avisar en medio de la noche y se encendía la luz, y la encontraban allí con la cabeza entre las manos y las rodillas levantadas. Era como un juego, y cuando perdía la pinchaban con una aguja. Pero ellos no sabían cuántas veces no habían podido cogerla.

Al principio los había combatido, había tirado al suelo su termómetro, mordido la mano de la enfermera y rechazado los alimentos, los consejos, las manos y los ojos.

Después, demasiado pronto, se volvió extrañamente dócil.

—En verdad es una buena muchacha —oyó que decía la enfermera al doctor—. Es tan buena como puede ser, y estamos orgullosos de ella.

Sin mirarle los ojos, Sophie estaba satisfecha. Había descubierto la falsía en el tono de la voz de la enfermera y sabía que su docilidad actual les molestaba más que su hostilidad anterior. No sabían cómo sacarla de quicio. Ellos sabían que su docilidad era fingida, pero no podían llegar a ella por su mediación. Pues no era docilidad. Era una pared.

Después empezó a evadirse de ellos. Lo que ahora querían de ella era por lo que le habían castigado al principio: que llorase, que los injuriase, que les rogara que la dejaran irse y que tirase el alimento al suelo y escupiera encima.

Ahora comía sólo cuando le guiaban la mano a la boca y ni una cucharada más.

—Trate de comer sola. Usted puede comer y también andar. Sólo necesita quererlo.

Bajo el tono de voz de la enfermera había una rabia escondida contra ella.

A la mañana siguiente la enfermera trajo consigo una baraja para probar sus conocimientos y Sophie lo comprendió en seguida. Cuando hubiera contado todas las cartas que había en el mundo podría volver a casa. Esto les enseñaría que estaba tan fuerte como podía estar y tendrían que dejarla marchar.

Sabiendo que la observaban secretamente, aunque se encontraba en una maravillosa paz consigo misma, separó las cartas con gran cuidado y las contó una por una para estar segura de no equivocarse y echar a perder la ocasión. Al mismo tiempo podía ver que estaban algo apartados, tan blancos, tan tiesos y tan limpios como siempre deben estar los buenos doctores y las buenas enfermeras.

Y cuando hubo contado todas las cartas en la forma debida, empezó a tirarlas, eligiendo ésta y rechazando aquélla, porque ésta era una buena carta y aquélla era mala, y siempre cogiendo la que ellos menos esperaban, la que ella sabía que ellos no habían visto, porque se había estado ocultando de todos menos de ella. Las empujaba de acuerdo con el lento movimiento de la nieve que cayó durante aquella noche en la que no volvió a casa.

Cuando todo el juego estuvo terminado y llegó la hora de volver a casa, levantó la cabeza y le dijo al doctor amablemente:

—Ahora dígame al capitán del distrito que me traiga mi vestido de moda y mi *babuska* verde para poder ir a casa con cara bonita —y agregó, porque le gustaba repetirlo—: Usted, el del cepillito cuco.

—Ya se lo diré al capitán del distrito —le prometió «Cepillito Cuco» sin dejar de observarle la cara con sus grandes ojos grises—. Le diré que se muda usted a un distrito nuevo.

Entonces los miró a ambos con algo de confianza, en que era piedad lo que había dentro de las blusas blancas del hospital. Pues estaban viendo una cara de niña hinchada por un dolor mudo que no confesaría nunca. Una pobre cara que había maquillado con el colorete de la enfermera y parecía la de un niño que se hubiera pintado como un payaso. Y con los ojos negros y fuertemente cerrados...

El doctor hizo señas con la cabeza a la enfermera y le dijo algo que Sophie no debía haber oído. Pero ella les dijo en la cara:

—Pueden ustedes decirles que todo el asunto es una mentira asquerosa y todo el que en este instante pretenda tener razón debe callarse.

Sophie vio sus miradas de verdadera sorpresa y se calló sintiendo el súbito terror de que acababa de entregarse ella misma y que ya no volvería a casa. Pues ambos a la vez le rogaron que hablara más, que dijera algo más. Hizo un lento gesto con la mano, y cantó burlonamente, sólo para que la oyera «Cepillito Cuco»: «Oh, doctor, me hace usted mucho bien». Después ocultó la mirada detrás de sus ojos cerrados y se puso tan rígida bajo la caricia de la enfermera que el doctor tuvo que ordenar a ésta que la dejara quieta.

—Tiene verdadero rencor contra usted —le oyó decir Sophie a la enfermera.

Esa noche, para demostrarles a ambos lo que pensaba de ellos, Sophie salió a la calle adornada de árboles de tarjeta postal, empujándose a sí misma en el mágico patín, tratando de seguir viendo al patinador que la precedía por el camino que conducía al portal lleno de hojas bajo la luz de las farolas.

Pero allí, por primera vez, fue dejada sola en la obscuridad. Era más tarde que nunca y él no había esperado para enseñarle el camino de vuelta. Aquello estaba tan oscuro, tan lejano, tan frío, con las hojas arrastrándose por doquier. Hasta que las campanas del viejo San Esteban volvieron a sonar y el viento empezó a soplar contra las moscas. Las luces se apagaron y una voz le dijo al oído:

—¿En qué estás pensando ahora, Sophie?

Levantó sus rodillas hacia la barba y demostró a la voz lo que era estar muerto.

Si volvían a entrar en la blanca habitación después de esto, sólo verían una gentil sombra meciéndose, vestida con una larga camisa de dormir sobre el camastro fijo, con la cabeza entre las manos y las rodillas pegadas a la barba, entre cartas desperdigadas y olvidadas. Como todo lo que había desperdigado y olvidado sobre el frío cemento gris a sus pies.

Cuando por fin recogieron las cartas del suelo y se las llevaron en una preciosa cajita, ella dijo con un suspiro, pues sabía que había ganado:

—El viento echa las moscas fuera. Dios nos ha olvidado a todos.

Ya no volvió a sentir nada, sino el blanco silencio que la rodeaba, que cada día era más alto y más blanco.

Las eternas murallas del País de Ninguna Parte, más altas que las tapias de cualquier hospital.

Del país de donde no se vuelve.

El viento había expulsado las moscas del verano.

\*\*\*

En cuanto se quitó la bota, se raspó el talón desnudo en busca de la herida. Pero empezó a sangrar de nuevo, la muñeca perdió fuerza y tuvo que echarse con la mano manchada de sangre sobre la frente y con el pie desnudo descansado sobre el desgarrado paquete de tablas.

Una vez pudo levantarse, coger un pedazo de jabón y restregarlo por encima del tobillo para quitarse la sangre. Pero la luz era demasiado fuerte y volvió a tenderse sobre la cama con el gorro doblado a guisa de almohada, conservando el resto del jabón en la mano. Hubiera deseado que alguien apagara la luz o evitara que siguiera oscilando.

Una amapola de papel colgaba del flexible directamente encima de él y no podía recordar haberla visto nunca. «Debe ser que estuve borracho anoche», pensó vagamente. A menos que Peter la hubiera colgado allí. Debía estar aún borracho. Necesitaba un trago, un trago de algo y rápidamente, pues al parecer su garganta, como el pie izquierdo, estaba manchada de sangre y debía ser lavada también. «Otra vez en combate —se dijo—. ¿Con quién he luchado ahora?».

De pronto se sentó en la cama. ¿Qué estaba haciendo aquí echado cuando había tanto que hacer? Era tarde, era ya demasiado tarde. No le quedaba tiempo sino para ocupar la última silla vacía y decir: «Sírvenme juego».

Fue una sota negra, y la mirada del *croupier* se dirigió a lo lejos como a él siempre le había gustado hacer para cubrirse. En tanto que el jugador llevaba puesto su propio gorro arrugado.

Se puso de lado y observó a ambos. Él era a la vez jugador y *croupier*. Sin embargo, no le importaba nada de lo que a ambos pudiera sucederles. Bajo el resplandor de la luz nocturna yacía un solo dólar de plata manchado con su propia sangre.

«Si gano esta baza van a decir que he matado a un tipo», pensó el jugador cuando el *croupier* le echó el as de oros.

El *croupier* se reía debajo de la visera, y alrededor de la mesa muchos Bednar se sonreían detrás de sus cartas. Cada uno de ellos mantenía su juego delante de la boca para que ningún jugador pudiera adivinar que hacían el juego al *croupier*: echarle al jugador esa baza de mal agüero significaba veinte años o quizá la perpetua.

—No cojas todo lo que puedas —le dijo una vez Molly suavemente desde el otro lado de la pared, y la muchacha sabía lo que se decía, porque la baza de mal agüero se alargó bajo la luz y se transformó en una jeringuilla hipodérmica. Alrededor de la mesa de juego todos los astutos y gruesos Bednar sonreían: no habían venido aquí a jugar a la sota negra.

Habían venido a ver a Frankie Machine y alguien empezó a moverle el brazo para hacer circular la sangre. Se despertó cuando el empleado del despacho le cogió el pulso.

—¿Qué es lo que no va bien aquí? —preguntó directamente—. ¿Dónde te han herido?

—Me he clavado un clavo —contestó Frankie sonriendo débilmente a través de las manchas de sangre de sus mejillas—. No soy de los que dan disgustos, Dov —se defendió sin fuerza—. ¿Me puede dar un vaso de agua?

Pero ya no había nadie en el cuarto y no podía decir si había visto de verdad o sólo imaginado al encargado del despacho. Pero era igual. Tenía que levantarse y telefonarle a Antek para que viniera a buscarle. Antek no tardaría en llegar para ayudarle a bajar al coche, de suerte que no valía la pena molestarse. Todo estaba casi hecho, no tenía más que flotar un poco echado de espaldas para dejar que las olas pequeñas le lavaran. El sol le molestó en los ojos. Se iba yendo demasiado lejos. Ahora apenas podía ver la playa por culpa del resplandor. Se incorporó moviendo la cabeza para aclarar sus ideas.

Alrededor de la bombilla ardía un círculo irisado, y la bombilla vacilaba un poco dentro de la pantalla como si alguien hubiera venido a ponerla en movimiento de nuevo mientras él estaba flotando. No debía flotar así otra vez. Tenía que moderarse. Sostenerse con fuerza y contar el tiempo que le quedaba. ¿Quién era el tipo que le había preguntado: «Dónde te han herido»?

Se incorporó con el sudor cayéndole por la garganta. Resbalaba como las cuentas de un rosario alrededor de su cuello cuando volvía la cabeza, y deseaba que la bombilla cesara de oscilar constantemente. Ahora, al seguir el pequeño arco que describía, le hería en los ojos. Había algo alrededor de él que necesitaba comprender, y lentamente lo vio: encuadrado por el resplandor irisado McGantic le miraba con una gentil burla en sus ojos.

El sargento McGantic había venido a llamarle. Los ojos de Frankie recorrieron la habitación buscando lo que el sargento le había traído, y por fin lo encontró. En realidad ya no importaba que no tuviera una hipodérmica. Era bastante que el sargento le hubiera echado a través de los hierros de la cama un doble macillo de sogas amarilla.

Apoyado en un codo sobre la cama manchada de sudor y de sangre, Frankie se preguntó en voz alta, mirando de soslayo el brillo del latón de la cabecera de la cama debajo de la oscilante bombilla:

«¿A qué estoy esperando? ¿Al rodar de los neumáticos de la patrulla? ¿A que el



hielo de la sangre llegue a mi corazón? ¿O al horror de unos zapatones detrás de la luz de una linterna subiendo las escaleras? Espero que Molly se separe de John cuando haya cumplido su condena».

Rogó un poco por ella, pero ya no había tiempo ni para orar ni para esperar.

Se levantó sobre la cama y se apoyó contra los barrotes de la cabecera.

Sintió el intenso frío que muchos años transcurridos habían dejado encerrado en el metal, como el frío encerrado en sus propios huesos.

Un piso más abajo, un tranvía de la «Madison Street» pasó con ruido de río y furia de gato aullador y lo dejó con la fuerza de una excitación extraña. Antes de que el rumor del tranvía muriese, había cogido entre sus manos el doble macillo de soga y sus dedos trabajaban tan firmes y seguros como cuando hacía corbatines de *jazz* para Solly Saltskin.

«Todo está en el pulso y le he cogido el tranquilo», se dijo en un resurgir de su fría confianza, y lejos, tan lejos que aún se sabía por delante de todos, los primeros alaridos metálicos de las sirenas desgarraron las sombras, gimieron débilmente a lo largo del flexible y luego más fuerte hasta llegar a ser una clave telegráfica de lamentos enviando un mensaje de ondas hacia las ondulaciones del cerebro.

—Que tengas un buen sueño. Sueña que estás bailando, Zosh...

Y las palabras fueron arremolinadas como hojas por un viento frío y mortal que sopló del otro lado de la pared con un breve y estrangulado gemido que rechinó al traspasar la última y más oscura de todas las paredes.

**Primera y última Audiencia**  
**Sumario sobre la muerte de Francis Majcinek**

Transcrito del testimonio de declaración y de los procedimientos habidos en la información llevada a cabo acerca del cadáver del arriba mencionado ante William Hackett, delegado fiscal del distrito de Cook, Illinois, y un jurado debidamente inscrito y juramentado en el 199 de la Avenida Ashland, del barrio Norte, Chicago, Illinois, el día primero de abril de 1948 a las tres horas de la tarde.

SERVICIO DE INFORMACIÓN LLORRAINE  
R. Jackson, taquígrafo

### *Declaración del primer testigo*

*Pregunta.* —¿Cuál es su nombre y profesión?

*Respuesta.* —Antón Witwicki. Tabernero.

*P.* —¿Cuál era el nombre completo del difunto?

*R.* —Frankie, es decir, Francis Majcinek. Ése es el verdadero nombre, pero la gente le llamaba Frankie Machine.

*P.* —¿Su dirección?

*R.* —Lo mismo que la mía, en el piso de arriba.

*P.* —¿Su edad?

*R.* —Treinta o treinta y uno o alrededor de ellos.

*P.* —¿Era casado o soltero?

*R.* —Era casado. Su mujer está tullida de resultas de una noche que él se emborrachó...

*P.* —¿Dónde nació?

*R.* —¿Por qué? Ahí cerca de la «División». Entonces tenía un coche de segunda mano. He olvidado la marca...

*P.* —¿Dónde nació su padre?

*R.* —En Polonia, como el mío. Hace tiempo que murieron los dos.

*P.* —¿Y su madre?

*R.* —Era una madrastra a quien él llamaba «madre adoptiva». Se llevaban muy bien. Ella se volvió a casar y se marchó no sé dónde. Nunca hablaba de eso. Parecía haberlo olvidado.

*P.* —¿Qué trabajo hacía?

*R.* —Cuando vino a verme no tenía trabajo.

*P.* —Antes de eso. Antes de que se marchara y se metiera en esos disgustos con la policía.

*R.* —Estaba en la cárcel de vez en cuando. Nada serio.

*P.* —¿Antes de ir a la cárcel trabajó para usted?

*R.* —No. Sólo hacía una cosa: dar las cartas. Cuando trabajaba lo hacía muy bien. A veces no podía trabajar todas las noches. Así son esas cosas.

*P.* —¿Qué otro trabajo sabe usted que hiciera en el pasado?

*R.* —Cuando era niño un verano fue *caddy* a diario. Íbamos juntos. Le llamaban en el campamento «Indian Hill» o algo así. Una vez que me debía algo por bebidas me arregló la estufa. Sabía trabajar bien, pero no todos los días. Era muy inquieto y empezó a beber. Cuando no trabajaba no bebía tanto.

*P.* —¿Bebía antes de estos disturbios?

*R.* —Algunas veces bebía mucho, luego durante algún tiempo no bebía nada, como si estuviera pensando en algo. Entonces si se emborrachaba se apartaba hasta

empezar de nuevo. Una semana y a veces dos con apenas una copa o una cerveza o dos.

*P.* —¿Le debía a usted ahora dinero?

*R.* —Nada, nada.

*P.* —¿Cuándo le vio usted por última vez?

*R.* —Ayer por la mañana. Acababa de abrir y estaba esperando allí. En los primeros minutos yo no supe quién era. No lo dijo. Estaba allí en la obscuridad, sin decir nada. Yo dije: «¿Quién está ahí?», y él contestó entonces: «¿Estás solo?». Cuando fui hacia él le vi. Parecía como recién salido del hospital.

*P.* —¿Sabía usted que la policía le estaba buscando? Usted sabe que tenía la obligación de haber llamado a la policía.

*R.* —Yo no sabía nada. Todo lo que yo sé es que a veces estaba un poco en la cárcel. El porqué no es asunto mío. Sabía que estaba metido en algún fregado, pero yo nunca pregunto sobre esas cosas. Yo no me mezclo en política. No hago más que servir cerveza y *whisky*.

*P.* —¿Le dijo a usted que desearía estar muerto, que quisiera morir, o algo por el estilo?

*R.* —No, no. Ése nunca hablaba así. Nunca. Todo lo que decía era que iba a trabajar para Gene Krupa, a tocar *hot*, como él le llamaba, en algún sitio de la ciudad. Luego se reía, pues en verdad no pensaba hacerlo. Sólo quería oír cómo sonaba cuando hablaba de tales grandezas.

*P.* —¿Estuvo nervioso durante la última conversación?

*R.* —No. Sólo dijo que no se encontraba bien. Tenía demasiados disgustos familiares, demasiadas cuentas, demasiada cerveza, y nada más.

*P.* —¿Sabía usted que usara algo más estimulante que la cerveza?

*R.* —*Whisky. Nada más. Whisky.*

### *Declaración del segundo testigo*

*P.* —¿Cómo se llama usted, sargento?

*R.* —L. H. Fallón.

*P.* —¿Es usted el oficial que encontró al difunto?

*R.* —Sí, señor. Yo y el oficial Otto Schaeffer. Era algo más tarde que la medianoche.

*P.* —¿Y dónde fue?

*R.* —En el 1179 de la calle Madison, del barrio Oeste, en un pequeño hotel que se llama Sangamon y Adams. Este señor que está ahí era quien llamaba. Había subido a ver por qué estaba gritando el interfecto.

*Empleado.* —Había subido antes y vi que estaba herido, de modo que bajé al teléfono y mientras estaba telefoneando oí ruido y subí de nuevo corriendo. No pude abrir la puerta, pues no tenemos llaves. Además, él había puesto algo contra el pestillo. Salté y miré por el tragaluz, que está provisto de alambre flexible de acuerdo con el Consejo de Sanidad, y lo vi colgado. Pero no pude cortar el alambre, ni pude entrar. Pensé que eso no era asunto mío, sino de los agentes... Llevo trabajando en ese sitio unos tres meses y es la primera vez que esto ha ocurrido, excepto otra vez en mi primera semana. Tan pronto como el hombre entró, me pareció...

*Delegado.* —Deje usted al agente decir lo que encontró.

*Agente Fallons.* —Cuando echamos abajo la puerta, el difunto se había caído y el alambre donde había enganchado la soga había cedido, pero la soga estaba aún alrededor de su cuello. Estaba enjabonada y todavía le quedaba un poco de jabón en la mano. Estaba apoyado contra la cama, confundido con ella. Debió empujar la cabecera con la frente al ceder el alambre, pues el sitio del golpe estaba rozado y rota la manga de su guerrera. Las rodillas estaban replegadas debajo de él y la cabeza colgaba de costado hacia el hombro.

*P.* —¿Estaba completamente vestido?

*R.* —Completamente vestido, pero sólo tenía puesta la bota derecha. El talón del pie descalzo había sido herido por un proyectil del 0,38. Lo llevamos al hospital polaco-americano, donde fue identificado como el hombre que se había escapado por la mañana temprano. Había una orden de detención contra él por asesinato. Fue declarado muerto por el doctor Blue y llevado al depósito de cadáveres del distrito.

*P.* —¿Cómo estaba vestido cuando lo encontraron?

*R.* —Llevaba uniforme del ejército. Guerrera y una camisa del ejército teñida de verde con insignias militares.

*P.* —¿Se le encontraron fondos?

*R.* —Algunas monedas en un bolsillo. Ningún documento. En la cartera llevaba una medalla de buena conducta.

### Declaración del tercer testigo

P. —¿Es usted la joven detenida en relación a la muerte de Francis Majcinek?

R. —Así es, señor.

P. —¿Cuándo vio usted por última vez al muerto?

R. —Hacia la una o las dos de la tarde de ayer.

P. —¿Dónde fue eso?

R. —En casa. En la calle Maypole, donde vino la policía.

P. —¿Es un hotel?

R. —Una casa de alquiler.

P. —¿Vivía usted allí con el muerto?

R. —Desde el invierno.

P. —¿Se llevaban ustedes bien?

R. —Muy bien. No había disgustos.

P. —¿Qué le pasaba para mantener la casa? ¿Qué carácter tenía?

R. —Siempre estaba disgustado, sin trabajo, triste por cosas que había hecho y que se reprochaba.

P. —Lo que yo quiero saber es si no había otras cosas... Malas costumbres adquiridas que le desanimaran.

R. —Bebía. Era su único vicio.

P. —¿Le oyó usted alguna vez amenazar con suicidarse?

R. —Nunca. Ni una vez. Bueno, tenía costumbre de decir cosas, pero no querían decir nada.

P. —Díganos qué quiere decir con eso.

R. —Algo así como el lenguaje que usan los músicos de *swing*. Le gustaba decir «algunos gatos saltan así». Después se reía. Era sólo un decir que no quería decir nada.

P. —¿Sabía usted que le buscaban por asesinato?

R. —Nunca me lo dijo.

P. —¿Pero usted lo sabía?

R. —*Nadie* me lo dijo.

P. —Ya veo. ¿Y se unió usted a él recientemente?

R. —Conocía a Frankie desde hacía diez años. Salíamos juntos antes de que se casara.

P. —¿Se da usted cuenta de la acusación que pesa sobre usted?

R. —Todavía no me lo han dicho.

P. —Se llama complicidad. Eso es muy serio. Tendrá usted que ir a la cárcel si la declaran culpable.

R. —¿Está usted tratando de juzgarme aquí? ¿No será mejor dejar hablar a mis

abogados ante el tribunal?

*Delegado.* —La declaración del médico forense es como sigue: «En mi opinión, la muerte se debe a asfixia por estrangulación». ¿Hay alguna razón para que no pueda cerrarse esta encuesta?

*(Ninguna contestación).*

*Delegado.* —Ponga en el informe que no ha habido contestación. El veredicto del Jurado público expresará que el difunto falleció de asfixia, por estrangulación con una soga alrededor del cuello, sujeta a un alambre del techo, puesta con sus propias manos con intención de suicidarse, en la habitación de alquiler arriba mencionada, entre la medianoche del 31 de marzo y las doce y veinte de la mañana del 1 de abril de 1948, estando el interfecto temporalmente loco. El caso está visto.



NELSON ALGREN (Detroit, 1909 - Nueva York, 1981) fue un escritor estadounidense.

Hijo de un maquinista, creció en Chicago y trabajó a su modo mientras estudiaba en la Universidad de Illinois, en tiempos de la Gran Depresión. Sus novelas capturan la atmósfera del lado oscuro y pobre de las ciudades y están liberadas del habitual naturalismo por su visión del engreimiento, la gracia e inagotables anhelos de sus personajes.

Entre sus más populares obras se encuentran *El hombre del brazo de oro* de 1949; llevada al cine en 1956 y *Walk on the Wild Side* de 1956; apareciendo en la pantalla grande en 1962. También publicó una afamada colección de cuentos llamada *The Neon Wilderness* en 1947.

Saludado durante los años cuarenta y cincuenta como «el poeta de los bajos fondos», y elogiado con entusiasmo por los existencialistas franceses, se le acusó después de presentar su experiencia de los bajos fondos como algo romántico y convertir a sus personajes en estereotipos. La aparición póstuma de su novela *The Devil's Stockings* (1983) llamó la atención de la crítica sobre su obra, en equilibrio, como gran parte de la literatura estadounidense del siglo xx, entre las tendencias simbólicas y la exigencia realista.



# Notas

[1] Medalla militar por heridas sufridas. (N. del T.)<<

[2] Juego de azar americano. (N. del T.) <<

[3] En los tribunales de los Estados Unidos el juez usa un mallete en vez de la campanilla. (N. del T.)<<

[4] Asociación Federal del Trabajo. Sindicato americano. (N. del T.)<<

[5] Cárcel de mujeres del condado de Chicago. (N. del T.)<<